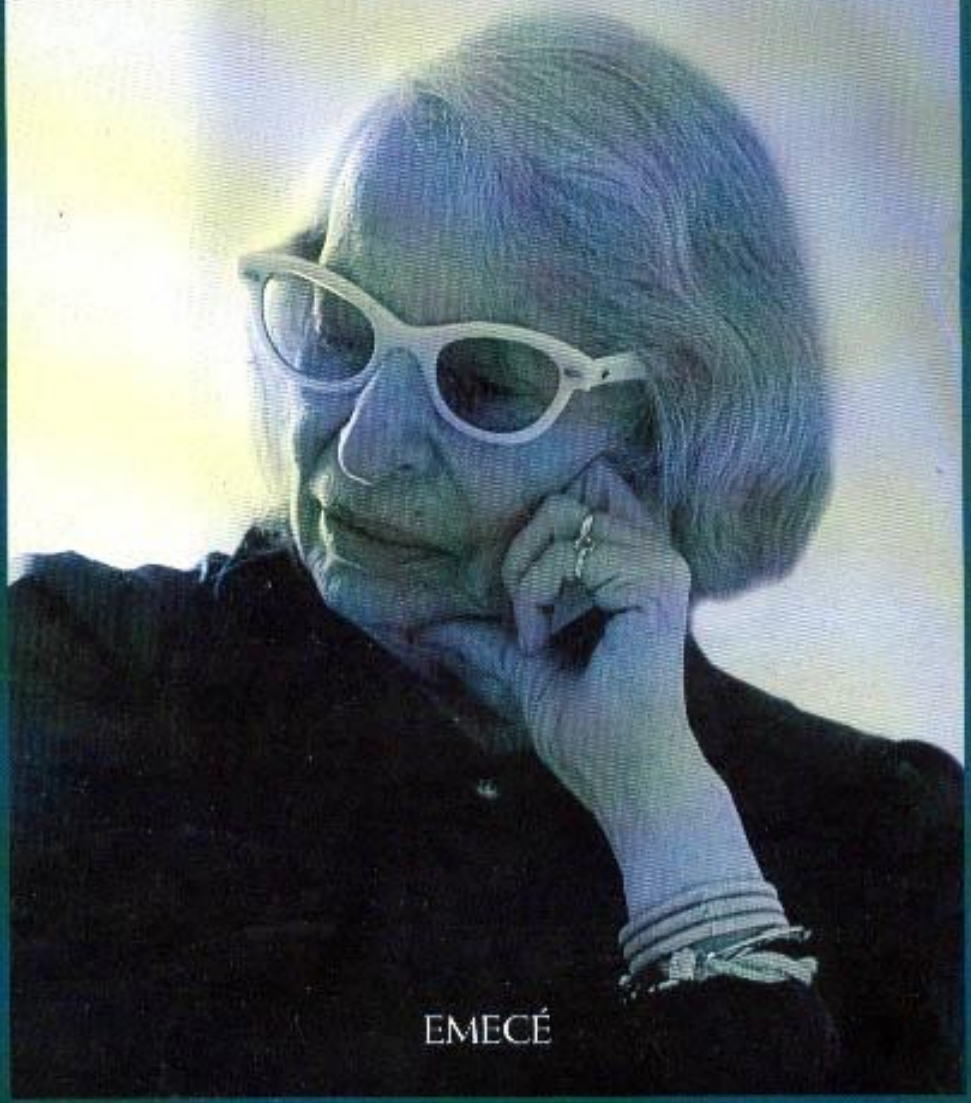
SILVINA OCAMPO

CUENTOS COMPLETOS II



EMECÉ

SILVINA OCAMPO – CUENTOS COMPLETOS (Vol. 2)

Emecé – Buenos Aires, 1999

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Í N D I C E

Hombres animales enredaderas
Amada en el amado
Cartas confidenciales
Ulises
Las vestiduras peligrosas
Atinganos
Las esclavas de las criadas
Ana Valerga
El enigma
Celestino Abril
La soga
Coral Fernández
Livio Roca
Clavel
Albino Horma
Anamnesis
Clotilde Ifrán
Malva
Fidelidad
El chasco
Mi amada
Amancio Luna, el sacerdote
La muñeca
Los grifos
La divina
Paradela
Nueve perros
Keif

Carl Herst
La inauguración del monumento
La música de la lluvia
El bosque de Tarcos
El automóvil
La lección de dibujo
Casi el reflejo de la otra
El sombrero metamórfico

El secreto del mal
George Selwyn
La fiesta de hielo
El rival
Sábanas de tierra
La pista de hielo y de fuego
La cabeza de piedra
La sinfonía
Las conversaciones
Pier
Algo inolvidable
Y así sucesivamente
El Destino
Memorias secretas de una muñeca
En el bosque de los helechos
El cerrajero
Cornelia frente al espejo
Soñadora compulsiva
Del color de los vidrios
Los libros voladores
Jardín de infierno
El piano incendiado
La máscara
Con pasión
La alfombra voladora
El zorzal
El sillón de nieve
Arácnidas
El banquete
Los retratos apócrifos
Los celosos
El mi, el si o el la

Él para otra
Amé dieciocho veces pero recuerdo sólo tres
Ocho alas
La próxima vez
Permiso de hablar
Intenté salvar a Dios
La nube
Miren cómo se aman
Color del tiempo
El miedo
Átropos
El encuentro
Los enemigos de los mendigos
La caja de bombones
Leyenda del aguaribay
La begonia china
La nave
Okno, el esclavo
Anotaciones

Hombres animales enredaderas

Al caer perdí sin duda el conocimiento. Sólo recuerdo dos ojos que me miraban y el último vaivén del avión, como si una enorme nodriza me acunara en sus brazos. Así agradará a un niño que lo acunen. Cerré los párpados, vagué por mundos desconocidos. Después un ruido ensordecedor y luego un golpe seco me devolvieron a la realidad: el encuentro duro de la tierra. Después nada me comunicaba con esa tierra, salvo la sensación de una hoguera que se apaga y deja la ceniza gris parecida al silencio. No comprendo en qué forma sucedió el accidente: que yo esté solo en esta selva con los víveres y que no quede ningún rastro a la vista de la máquina donde viajé, me desconcierta. Alguien vendrá a buscarme, confío en la astucia de los aviadores que, más que buscarme a mí y a los demás tripulantes y pasajeros, buscarán la máquina. Me encontrarán por casualidad; la casualidad existe y a veces conviene. Estas provisiones, cuidándolas, alcanzarán para veinte días. Mi cálculo podría ser inexacto.
Además algún roedor, algún pájaro o una bestia cualquiera podrían devorar los víveres que no están adecuadamente envasados; entonces, mi dieta se reduciría considerablemente. Me quedarían, asimismo, las conservas y las galletitas con gusto a cartón que están en latas, el lomito ahumado, las lengüitas, los dátiles y las ciruelas, las repugnantes castañas de Cajú, el maní.
Pero aquellos ojos, ¿dónde estarán?.
Veinte días es mucho, es casi un mes. Víveres para veinte días, ¿qué más puedo pedir?. Compartirlos. ¿me será dada esa felicidad?. No sé dónde leí que algunos monjes se alimentaban durante mucho tiempo de dos o tres dátiles por día. Las botellas de vino también me ayudarán a mantenerme sano y fuerte.
Pero aquellos ojos que me miraban, ¿qué beberán?.
A ningún animal le interesa tomar vino, ¿por qué será?. Y hablando de

animales, pienso en la posible existencia de fieras.
Oigo a veces crujir las ramas y me parece que hay olor a fiera, pero entiendo que si doy curso a mis cavilaciones me volveré loco, y entonces me echo de bruces en la tierra, la beso y trato de imaginar un mundo de corderos, como en las estampas de primera comunión, y de mariposas, como en los libros de lectura infantil. Mi cama es tan cómoda que después de haber dormido ocho horas, me despierto plácidamente creyendo que estoy en casa. Extiendo el brazo y con mano segura, trato de encender la lámpara de mi mesa de luz; me demoro un rato en esa ilusión. Si la noche está muy oscura, me apresa una gran angustia, pero si hay luna, contemplo la luz que brilla en las hojas de los árboles y en los troncos cubiertos de musgo y me imagino que estoy en un jardín bien cuidado. Me tranquiliza esta imagen tan tonta en realidad, ya que siempre preferí la selva a un jardín civilizado. Por eso mismo andaba siempre despeinado, me dejaba crecer la barba y, a veces, el aseo de mi ropa no era impecable. Ahora que estoy rodeado de una vegetación que se expande al azar, ¿preferiría estar rodeado de las más disciplinadas plantas? No, de ningún modo. Todos mis pensamientos me llevan a la ciudad que odié; a los alrededores de la ciudad que desprecié. Recuerdo con rencor su olor a nafta, a naftalina, a farmacia, a sudor, a vómito, a pies, a sótano, a viejo, a insecticida, a mingitorio, a recién nacido, a escupitajo, a excrementos, a cocina. No cometo la equivocación de redimir la imagen de la ciudad con la imagen de las personas queridas. Trato de no echar de menos ni la letrina ni el lavatorio. Me acostumbro a esta vida. Uno se acostumbra a todo, me decía mamá y tenía razón.
No conozco el clima de este sitio; eso sí, me molesta un poco mi ignorancia. Sería difícil conocerlo sin nada que me oriente: ni baró-metro, ni indicación geográfica, ni estudios botánicos ni climáticos. Por culpa de una tormenta el avión tuvo que cambiar de rumbo, de modo que no sé ni siquiera aproximadamente dónde cayó. Podría consultar el cielo, pero tampoco entiendo mucho de estrellas, temo equivocarme. Creo que este lugar es húmedo porque hay ciertas lianas y cierta variedad de madreselvas que crecen en lugares húmedos. No sé si el calor que siento es del trópico o simplemente del verano. Hay bajo los árboles ciertos helechos que se amontonan entre el musgo.
¿De qué color eran aquellos ojos?. Del color de las bolitas de vidrio que yo elegía, cuando era chico, en la juguetería.
De noche hay luciérnagas y grillos ensordecedores. Un perfume suave y penetrante me seduce, ¿de dónde proviene?. Aún no lo sé. Creo que me hace bien. Se desprende de obres o de árboles o de hierbas o de raíces o de todo a la vez (¿no será de un fantasma?); es un perfume

que no aspiré en ninguna otra parte del mundo, un perfume embriagador y a la vez sedante. Husmeando como un perro ¿me volveré perro?, estrujo las hojas, las hierbas, las flores silvestres que encuentro. Estudio las hojas para averiguar si ese perfume emana de ellas. Arranco y pruebo la corteza de los árboles. Finalmente he descubierto lo que perfuma el aire con tanta vehemencia: es una enredadera, tal vez de flores insignificantes. Nada en su aspecto la distingue de las otras, salvo su impetuoso follaje. Mientras la miro me parece que crece. Me alimento metódicamente de acuerdo con el cálculo de cantidades diarias que me he propuesto comer para que los alimentos me alcancen hasta la llegada del avión o del helicóptero que espero de los hombres y de Dios. Como varias veces por día pequeñas dosis de alimentos. Hay algunas frutas silvestres que enriquecen mi dieta. Soy una porquería. ¿Por qué me cuido tanto?. No hace ni un mes que pensaba suicidarme; ahora metódicamente me alimento, trato de descansar, como si cuidara a un niño. Hay personas que tardan mucho en saber quiénes son. El canto de los pájaros a mediodía (lo que yo calculo que es el mediodía) se vuelve ensordecedor. Hubiera podido fabricar una honda con elásticos que tengo en la cintura de mi anorak y dos ramas que he recortado. ¿Para qué cazar un pájaro?, me pregunto. Lo natural sería matarlo y comerlo. No podría. Mi voluntad se debilita, tal vez. Duermo mucho. Cuando me despierto, saco fotografías de los árboles, de mi mano, de mi pie, del follaje, pues ¿qué otras fotografías podría sacar?. No tengo disparador automático para fotografiarme. Además no sé si mi cámara fotográfica funciona, porque ha recibido un golpe. En algunos momentos pronuncio mi nombre varias veces, dando a mi voz tonalidades diferentes. ¿Tendré miedo de olvidarlo?. Descubro que hay un eco en el bosque. Nada me da tanto miedo. A veces oigo, o creo oír, el motor de un avión: entonces miro el cielo desesperadamente.

¿Dónde estarán aquellos ojos que me miraban tanto?. ¿De qué conversarán?. ¿Habrán caído al mar atraídos por su propio color?. ¿Si llegaran de improviso?.

Poco a poco me acostumbro a esta vida. Prefiero dormir, es lo que hago mejor, a veces demasiado. Si una fiera me atacara durante mi sueño no podría defenderme y cometo todos los días la imprudencia de dormir profundamente a la hora de la siesta; es claro que no sé a ciencia cierta cuándo es la hora de la siesta, porque mi reloj se ha parado y por primera vez he perdido la noción del tiempo. A través de tantos árboles la luz del sol me llega indirectamente. Después de perder el hilo de la hora, si así puede decirse, difícil sería orientarme de acuerdo con esa luz. No sé si es otoño, invierno, primavera o verano. ¿Cómo podría

saberlo si no sé en qué sitio estoy?. Creo que los árboles que me rodean son de hojas perennes. No me atrevo a aventurarme por el bosque: podría perder mis provisiones. Ésta ya es mi casa. Las ramas son mis perchas. Extraño mucho el jabón y el espejo, las tijeras y el peine. Empieza a preocuparme la cuestión del sueño, me parece que duermo casi todo el tiempo y creo que las culpables son estas flores que perfuman tanto el aire. El aspecto anodino que tienen, engaña: forman una glorieta que observándola bien es diabólica. Vanamente las arranco de la tierra: vuelven a crecer con más ímpetu. Traté de destruir algunas enterrándolas, pero no tengo herramientas para cavar la tierra y me serví de un trozo de madera chato, cuyo manejo me resultó engorroso. Pobre Robinson Crusoe, o más bien dicho, feliz Robinson Crusoe que sabía desempeñarse en las tareas que impone la soledad. Yo no sirvo para una situación como ésta. Vanamente traté de destruir las flores, como estaba diciendo, pues muchas de ellas se trepan a los árboles y se pierden en la altura tapándome el cielo. No podría destruir con nada su perfume, ya que este lugar es como un cuarto cerrado. A veces me he dormido observando una rama con dos o tres flores; al despertar he advertido que la misma rama ya tenía nueve flores más. ¿Cuánto tiempo yo habría dormido?. No lo sé. Nunca sé el tiempo que duermo, pero supongo que duermo como en los días en que llevo una vida normal. ¿Cómo en ese tiempo tan corto han podido florecer tantas flores? Si pienso en estas cosas me volveré loco. Observo la flor culpable de mi sueño: es como una campanilla, y es dulce (la he probado). Las ramas en que brota van tejiendo extrañas canastitas. Nunca observé una enredadera tan de cerca. Se enrosca en troncos y en ramas, con un tejido tan apretado que a veces resulta imposible arrancarla. Es como un forro, como una cascada, como una serpiente. Sedienta de agua, busca mis ojos, se aproxima. Ahora tengo miedo de dormir. Tengo pesadillas. Ya van varias noches que sueño lo mismo: la madreselva me confunde con un árbol y comienza a tejer alrededor de mis piernas una red que me aprisiona. No creo que estoy mal de salud. Creo, por lo contrario, que estoy perfectamente bien. Sin embargo, este estado de somnolencia no parece tan normal. A veces me pregunto: ¿no habré perdido totalmente la noción del tiempo?. ¿Duermo más de lo que es habitual para un ser humano, o creo que duermo más?. ¿Es el perfume que me da sueño?. A la hora en que más se expande, empiezo a parpadear, se me cierran los ojos, y caigo en un letargo que al despertar me asusta. El progreso que hace la enredadera sobre el árbol fue durante unos días mi reloj. Como una tejedora iba tejiendo sus puntos alrededor de cada rama. Al despertar, por los nudos que había hecho yo podía calcular el tiempo de mi sueño, pero ahora,

últimamente, se apresura. ¿Soy yo o el tiempo?. Pasar de una idea a la otra sin orden alguno, es una de mis características actuales, pero la verdad es que nunca dispuse de tanto tiempo ni de tanta inactividad física. Jamás creí que me encontraría en una situación semejante. La abstinencia, además, me causó siempre horror. Ayer ¿sería ayer ayer? bebí dos botellas de vino para desquitarme, y después de vagar por el bosque, embriagado, caí dormido no sé por cuánto tiempo.
Soñé que decía: ¿Dónde estarán aquellos ojos que tanto me miraban?. ¿Qué beberán?. Hay personas que son manos; otras, bocas; otras, cabellera; otras, pecho donde uno se recuesta; otras, cuello; otras, ojos, nada más que ojos. Como ella. Trataba de explicárselo cuando íbamos en el avión, pero ella no entendía. Entendía sólo con los ojos y preguntaba: "¿Cómo? ¿Cómo dice?".
Desperté lejos de los víveres creyendo que jamás volvería a encontrarlos. Me amonesté cruelmente. Tuve discusiones conmigo mismo. Volví guiado por una gracia divina, sin duda, al lugar de salvación: mis alimentos. ¡Qué ironía de la suerte!. ¡Depender de alimentos cuando me jactaba entre los hombres de poder pasar veinte días ayunando y me reía de las huelgas de hambre!. Ahora, por un dátil o por una repugnante castaña de Cajú, vendería mi alma. Sin duda todos los hombres son iguales y reaccionarían del mismo modo. No me muevo, estoy encerrado como en una celda. No supuse que celda y selva se parecieran tanto, que sociedad y soledad tuvieran tantos puntos de contacto. Dentro de mi oreja un millón de voces discuten, se enemistan, se dedican a destruirme. Tra ra ra ra ra estoy harto.
Dios mío, que me sea dado no olvidarme de aquellos ojos. Que el iris viva en mi corazón como si mi corazón fuese de tierra y el iris una planta.
Esas voces contradictorias (volviendo a las voces que siento dentro de mi oreja) se dedican a destruirme.
Amaos los unos a los otros. Nunca me resultó tan difícil seguir ese precepto. Asimismo no hay que despreciar la soledad. Un día el mundo se poblará tanto, que mi actual guarida no será solitaria. Pensar en transformaciones me da vértigo. Con los ojos cerrados pienso todos esos disparates y es una imprudencia: la enredadera aprovecha mi descuido para treparse por mi pierna izquierda, teje una red minuciosa en cada dedo de mi pie. El dedo más chiquito me hace reír. Con qué artimaña lo envuelve. No hablemos del dedo gordo que parece un hisopo. La enredadera avanza rápidamente en su trabajo con distintos métodos: para los dedos chicos de mi pie utiliza simplemente un punto que se parece mucho a los barrotes de las sillas de mimbre modernas, para superficies grandes utiliza una amalgama extraña de arabescos

que imitan los asientos plásticos de los automóviles. Arranco de mi pie la trenza con cierta dificultad. Recuerdo una enredadera de mi casa que se llama enamorada del muro, y que tiene patitas con garras que se adhieren a los muros. Recuerdo haber arrancado, de niño, algunas ramas y haber sentido la resistencia de la planta en cada una de las hojas como gatitos que no quieren soltar su presa. Esta enredadera no tiene patitas como la enamorada del muro. Mayor es su mérito. Infatigablemente va tejiendo y tejiendo lazos. ¡Pobres árboles, pobres plantas que caen bajo sus garras!. Dichoso el árbol que es apenas sensitivo. Se lo decía a alguien (por quien ya no siento ningún amor) para conmoverla. Me quedó el verso. No estoy tan seguro de ese apenas sensitivo. De noche me parece que oí a los árboles quejarse, abrazarse, rechazarse o suspirar, arrodillarse frente a otros de su familia o de otros que habían sucumbido bajo la enredadera. Ingresé en este mundo vegetal desconociéndolo totalmente. El único árbol que conocí, fuera del sauce, se entiende, fue la tipa. Una vez mamá dijo al cruzar la plaza San Martín:
-¡Qué lindas tipas! -pasaban en ese momento dos mujeres horribles y me reí.
-¿De qué te reís? -protestó mamá mirando el follaje de las tipas y añadió-: ¿Acaso ahora no se puede admirar ni los árboles? -¿Qué árboles? -interrogué.
-Las tipas, ignorante. Todavía no sabés lo que son las tipas. -¡Ah!, las tipas -respondí con debido asombro-, "yo creí que hablabas de las tipas".
-Ya no sabés ni hablar. Tendrías que irte a la selva para hablar con los monos.
Pobre mamá, cómo se habrá arrepentido del insulto. A veces me desvela ese recuerdo pero no puedo evitarlo. Miro en la oscuridad las tipas. Tenían flores amarillas: el vestido de mamá parecía más celeste. ¿Y yo tendré siempre mi cara gris de Buenos Aires?.
¿Qué mirarán aquellos ojos?.
Cara de pan crudo, decía la modista que venía a coser para mis hermanas en casa y que siempre pensaba que yo tenía doce años cuando ya había cumplido los veinte. ¡Qué opio tener veinte años!. No extraño mi casa; eso sí que no, pero un espejo es una compañía, mala o buena, como todas las compañías, y allí tenía mi espejo redondo como una luna. He dormido esta vez más que todas las otras veces, más que el día de la borrachera; es claro que no puedo estar seguro de no equivocarme.
¿Dónde estarán aquellos ojos?. ¿Los estaré olvidando?. No recuerdo muy bien la forma del lagrimal.

A veces uno duerme cinco minutos y parecería que ha dormido toda una noche. Me dormí al atardecer, me desperté con una luz de atardecer. ¿Habría dormido cinco minutos?. Pero tengo una prueba contundente de que no fue así: la enredadera tuvo tiempo de tejer su trenza alrededor de mi pierna izquierda y de llegar hasta el muslo; ¡la tiene con mi pierna izquierda!. Como si no fuera bastante hizo otro tanto con mi brazo izquierdo. Esta vez la arranqué con mayor dificultad pero con menos urgencia que la vez anterior, diciéndole animal, como a una de mis amigas que siempre me embroma. He resuelto cambiar de guarida. Cargo mis víveres y me mudo en busca de un sitio sin enredaderas pero no lo encuentro y la caminata me cansa. A veces pienso que han pasado varios años y que soy viejo; pero si fuera así no me quedarían provisiones. Ahora me quedé en un lugar tal vez peor, pero no tengo ánimo para volver sobre mis pasos. Toda esta selva es una enredadera. ¿Para qué preocuparme?. Hay que preocuparse sólo por lo que tiene solución. El perfume seguirá embriagándome, dándome sueño. La enredadera seguirá haciendo sus trenzas. Ahora raras veces me despierto sin que haya tejido alguna trenza alrededor de mi brazo o de mi pierna. Ayer no más, se trepó a mi cuello. Me fastidió un poco. No es que me diera miedo, ni siquiera cuando se me enroscó alrededor de la lengua. Recuerdo que al soñar grité y abrí imprudentemente la boca. Es extraño. Nunca pensé que una enredadera podía introducirse tan fácilmente adentro de mi boca.
-Anormal. ¿Qué te has creído?. Uno no se puede fiar de nadie -le dije-.
Me hace gracia porque pienso en la risa que les va a dar a mis amigos esta anécdota. No me creerán. Tampoco creerán que no puedo estar ociosa. Últimamente trato de tejer trenzas como la enredadera alrededor de las ramas: es un experimento bastante interesante, pero difícil. ¿Quién puede competir con una enredadera?. Estoy tan ocupada que me olvido de aquellos ojos que me miraban; con mayor razón me olvido hasta de beber y de comer. ¡Variable género humano!. Envolví la lapicera en mis tallos verdes, como las lapiceras tejidas con seda y lana por los presos.

Amada en el amado

A veces dos enamorados parecen uno solo; los perfiles forman una múltiple cara de frente, los cuerpos juntos con brazos y piernas suplementarios, una divinidad semejante a Siva: así eran ellos dos.
Se amaban con ternura, pasión, fidelidad. Trataban de estar siempre juntos y cuando tenían que separarse por cualquier motivo, durante ese tiempo tanto pensaban el uno en el otro que la separación era otra

suerte de convivencia, más sutil, más sagaz, más ávida.
Lo primero que hacían al separarse era poner cada uno en su reloj pulsera la hora exacta.
-A medianoche quiero que repitas los versos de San Juan de la Cruz, que me gustan.
-¿Oh noche que juntaste amado con amada, / amada en el amado transformada?
-Los diremos a la misma hora.
-A las seis de la tarde, en el reloj, mis ojos te mirarán.
-En el lápiz de los labios estaré cuando te pintes, o en el vaso cuando bebas agua.
-A las ocho te asomarás a la ventana para contemplar la luna. No mirarás a nadie.
-Creyendo que es tuyo, para no gritar de pena, me morderé el brazo, no el antebrazo.
-¿Por qué?
-Porque el brazo es más sensible.
-¿En qué sitio?.
-En el sitio en que la boca lo alcanza cuando el brazo está doblado con el codo hacia arriba, apoyado contra la cara, como guareciéndola del sol. Es tu postura predilecta, por eso la imito como si mi brazo fuera el tuyo.
-A las nueve menos cinco de la noche, cerrá los ojos. Te besaré hasta las nueve y cinco.
-¡Podrías más tiempo!
-¿Pero acaso no llegaríamos a morir prolongando indefinidamente ese momento?.
-No pediría otra cosa.
Con estos y otros desatinos se despedían. Como es natural, cumplían religiosamente lo pactado. ¿Quién se atrevería a romper semejante rito?. El que no lo comprenda, nunca ha amado o ha sido amado, ni valdría la pena que ame o que sea amado, ya que el amor es hecho de infinita y sabia locura, de adivinación y de obediencia.
Todas las miserias grandes y pequeñas de la vida cotidiana, todo lo que es un motivo de fastidio para otras personas, para ellos era muy llevadero.
La casa en donde vivían no era muy cómoda; tenía poca luz porque sus cuartos daban a un patio interior. Ruidos intestinales de cañerías se hacían oír en todos los pisos. El baño estaba metido dentro de un armario, la ducha sobre la letrina, las ventanas no cerraban o abrían según el grado de humedad del tiempo, un camino de cucarachas distinguía la cocina de los otros cuartos, pero ellos encontraron en esas

incomodidades cómicos motivos de regocijo. (Compartir cualquier cosa vuelve cualquier cosa mejor para los enamorados, cuando son felices.) La felicidad les prestaba simpatía, simpatía para el verdulero, para el carnicero, para el panadero, para el médico cuando había que consultarlo, para los participantes de una cola, por personal y larga que fuera.
De noche, cuando se acostaban, el cansancio que sentían, abrazados, era un premio. Él soñaba mucho; ella no soñaba nunca.
Él, al despertar a la hora del desayuno, le contaba sus sueños; eran sueños interminables y accidentados, llenos de alegría o de zozobras. Le gustaba contar los sueños, porque casi todos tenían (como las novelas policiales) suspenso: aprovechaba el momento en que iba a tomar un trago caliente de té o en que se metía un trozo grande de pan con manteca y miel en la boca, para interrumpir la parte sensacional del sueño y hacer esperar debidamente el desenlace.
-Quisiera ser vos -decía ella, con admiración.
-Yo también -decía él- ser vos, pero no que vos fueras yo.
-Es lo mismo -decía ella.
-Es muy distinto -respondía él-. Lo primero sería agradable, lo segundo angustioso.
-¡Por qué nunca puedo estar en tus sueños, si en la vigilia te acompaño! -ella exclamaba-. Oírtelos contar, no es lo mismo. Me faltan el aire, la luz que los rodea.
-No creas que son tan divertidos (tengo más talento de narrador que de soñador), son mejores cuando los cuento -dijo él.
-Los inventarás, entonces.
-No tengo tanta imaginación.
-De todos modos, quisiera entrar en tus sueños, quisiera entrar en tus experiencias. Si te enamoraras de una mujer, me enamoraría yo también de ella; me volvería lesbiana.
-Espero que nunca suceda -decía él. -Yo también -decía ella.
Durante un tiempo resolvieron dormir teniéndose de la mano, con la esperanza de que los sueños de él pasaran dentro de ella a través de las manos. Por incómodo que fuera, ya que para mantener una posición estratégica dar vuelta la almohada buscando la frescura se volvería imposible, resolvieron dormir con las cabezas juntas. Pensaban que ese contacto sería más eficaz que el de las manos, pero ella seguía sin sueños.
-Hay personas que no sueñan -decía él-. No hay nada que hacer.
-Sería capaz de tomar mezcalina, fumar opio. Cualquier cosa haría con tal de soñar.
-Es lo único que falta -decía él.

Una mañana de primavera, a la hora del desayuno, ella trajo como siempre la bandeja con las dos tazas servidas y las tostadas con manteca y miel. Colocó todo sobre la mesa de luz. Se sentó sobre la cama, lo despertó ahogando risas con besos, y dijo:
-Anoche soñaste con una vaquita de San José. Aquí está. -Mostró sobre su brazo el bichito rojo como una gota de sangre.
Él se incorporó en la cama y le dijo:
-Es cierto. Soñé que estábamos en un jardín donde en vez de flores había piedras, piedras de todos los colores.
-Un jardín japonés -musitó ella-.
-Tal vez -respondió él-, porque en las piedras había letras grabadas que parecían japonesas o chinas. Por una calle de piedras más altas, pues todas las piedras eran de distinta forma y tamaño, venías caminando como si fuera dentro del agua. Te acercaste y me mostraste el brazo que creía que te habías lastimado con un alfiler, pero mirándolo bien, advertí que la gota de sangre que veía en tu brazo era en efecto una vaquita de San José.
-De algo me sirvió dormir con la frente pegada a la tuya -dijo ella, tratando vanamente de hacer pasar el bichito rojo de una mano a la otra-. –En tu próximo sueño trataré de obtener algo mejor o más duradero -prosiguió, viendo que el bichito abría un ala rizada, suplementaria, que tenía escondida, y salía volando para desaparecer en el aire-.
A la noche siguiente, ella se durmió antes que él. A las cinco de la mañana se despertaron al mismo tiempo.
-¿Qué soñaste? -ella preguntó, sobresaltada.
-Soñé que estábamos acostados en la arena, pero... vas a enojarte...
-Lo que sucede en un sueño no podría enojarme.
-A mí, sí.
-A mí, no -contestó ella-. Seguí contando.
-Estábamos acostados, y vos no eras vos. Eras vos y no eras vos.
-¿En qué lo advertías?
-En todo. En el modo de besar, en los ojos, en la voz, en el pelo. Tenías pelo de nylon como la muñeca de la motocicleta que te gustaba en el escaparate del subte, ese pelo amarillo lustroso. Un día me dijiste: "Me gustaría tener el pelo así".
-¿Y qué te hizo pensar que esa mujer tan distinta de mí, era yo?
-El amor que yo sentía.
-Llamas amor a cualquier cosa.
-Aquel pelo amarillo de nylon, tan parecido al de la muñeca de la motocicleta, tal vez fuera culpable. Cada hebra era como un hilo de oro que yo acariciaba.

-¿Así? -dijo ella, mostrándole una hebra de nylon amarillo que colgaba del cuello del camisón.
Él tomó en broma el diálogo. A decir verdad esa hebra de nylon amarilla podía haber estado anteriormente en la casa, por cualquier motivo. ¿Acaso las hijas de las amigas no iban de visita con sus muñecas, que tenían pelo de nylon?. Se usa tanta ropa de nylon, ¿acaso una hebra de una costura no podría caer?.
La próxima noche él tuvo que salir y ella quedó sola. Él volvió muy tarde; ella dormía. Empezaba el invierno y le trajo un ramo de violetas. En el momento de acostarse él puso en uno de los ojales del camisón de ella, una violeta.
-¿Qué soñaste? -dijo ella, como siempre, al despertar.
-Soñé que viajaba en un trineo por un campo cubierto de nieve, donde merodeaban lobos hambrientos. Estaba vestido con pieles de lobo; lo advertí en el modo de mirarme que tenían los lobos. Un bosque de pinos se divisó en el horizonte. Me dirigí al bosque. Frente a ese bosque bajé del trineo y en la nieve encontré una violeta, la recogí y me alejé rápidamente.
En ese momento ella vio la violeta en el ojal de su camisón.
-Aquí está -dijo ella.
-Te la traje anoche con un ramito que te compré en la calle; elegí la violeta más grande y la puse en el ojal de tu camisón.
-¿El sueño lo inventaste?.
-Si lo hubiera inventado sería más divertido.
-¿Cómo supiste que ibas a soñar con violetas?. Sos mentiroso. Querés imitarme, inventando experimentos mágicos. Eso no impide que tus verdaderos sueños obren milagros para mí -dijo ella-. La vaquita de San José, la hebra de nylon, no han sido un invento. Saldré pronto en los diarios, fotografiada como la mujer que saca objetos de los sueños ajenos.
-¿Mis sueños te son ajenos?.
-Para los diarios, sí.
Fue durante una siesta de verano. Él soñó que andaba caminando con ella por una ciudad desconocida, con desfiles de soldados. En una puerta verde, debajo de un puente, Artemidoro el Daldiano, vestido de blanco, con sombrero y capa, lo llamó.
-¿Quién es Artemidoro? -preguntó ella.
-Un griego. Escribió la Crítica de los sueños.
-¿Cómo sabés que era él?
-Lo conozco. Estudiamos juntos -contestó él.
Artemidoro le tendió la mano como si lo apuntara con un revólver, pero lo que tenía en la mano era un filtro misterioso, aquel que bebieron

Tristán e Isolda. "Cuando quieras llevar a tu amada como a tu corazón dentro de ti", le dijo, "no tienes más que beber este filtro.
Cuando él despertó a la hora del desayuno, ella le dijo:
-Aquí está el filtro -y le mostró una botellita diminuta-.
No necesitaba que le contara el sueño.
Él le arrebató el frasco de la mano, lo miró atónito, cerró los ojos y bebió. Cuando abrió los ojos quiso mirarla de nuevo. Ella no estaba. Él la llamó, la buscó. Oyó una voz dentro de él, la voz de ella, que le contestaba:
-Soy vos, soy vos, soy vos. Al fin soy vos. -Es horrible -dijo él-.
-A mí me gusta -dijo ella-.
-Es un conyugicidio.
-Conyugicidio... ¿Y qué quiere decir? -ella interrogó-.
-Muerte causada por uno de los cónyuges al otro –respondió-. Bruscamente despertaron.
Él volvió a soñar a lo largo de la vida y ella a sacar objetos de sus sueños. Pero la mayor parte de las veces no le sirvieron de nada pues son todos objetos de poca importancia; a veces ni siquiera los mira. Los atesora en su mesa de luz. Rara vez, por suerte, le sirven para sufrir transformaciones, como sucedió con el filtro: el término sufrir está bien elegido pues en toda transformación hay sufrimiento. A veces tienen miedo de no volver a su estado anterior -al hogar, a la vida habitual- y volatilizarse. ¿Pero acaso la vida no es esencialmente peligrosa para los que se aman?.

Cartas confidenciales

Querida Prilidiana:
Desde los días de la escuela que no nos vemos seguiste siendo mi amiga por carta y por teléfono. Ahora me gustaría verte porque te quiero, bien lo sabés, por eso te elegí madrina de mi hijo. Tengo que hablarte de Toni porque apenas te dije algo de lo que quería decirte la tarde del bautismo en que había tanta gente.
Yo adoraba a Tomi, sería porque estaba de compras y que mi hijo saldría parecido a él. Cuando Tomi cumplió siete meses, era en cierto modo la persona más importante de la casa. Pobrecito, huérfano, me toco a mí cuidarlo. Con él aprendí a poner los pañales de modo que no se mojara el resto de la ropita; con él aprendí a bañarlo, a limpiarle las orejitas y el ombligo; con él aprendí a preparar las mamaderas.
Hay cosas que nadie cree, pero que todo el mundo comenta como si creyera que son ciertas, y esas cosas se relacionan con Toni, pero para explicarlas tengo que hablar del pasado.

Apareció en casa, según me contaron, sesenta años antes de mi nacimiento (todavía vivían mis tatarabuelos), en un cuarto de la bohardilla, tal vez el más bonito del edificio, un hombre viejo, reviejo. De haberlo descubierto, yo me hubiera muerto. ¿Quién lo vio por primera vez?. Nadie lo sabe. Nadie en la casa se disputó el honor o el horror de haberlo encontrado, porque inmediatamente estuvieron acostumbrados a verlo, y nunca se les ocurrió que alguna vez no había estado ahí formando parte de la familia, compartiendo sus penas y sus alegrías, sus bailes y velorios. Al parecer, era viejísimo, con arrugas que le cuadriculaban la cara, con pelos que parecían el interior de un colchón deteriorado. Tengo fotografías de él: un hombre de expresión adusta, casi cruel, pero correcto en el vestir y limpio. No necesito que me digan que tenía buenos modales: me basta ver las posturas que adoptó para que lo fotografiaran. Hablo como hablaría mi abuela: era un caballero, desde todo punto de vista; de otro modo, lo hubieran echado, pues ¿quién le permite a alguien que se ha introducido misteriosamente en una casa de familia, su permanencia indefinida?. No se le permitiría ni a un perro ni a un niño y menos a un hombre. De modo que la situación tenía que ser extremadamente halagüeña, y el viejo notablemente distinguido y bueno o pudiente. Nunca te dije estas cosas, porque me daban vergüenza. Tu abuelo se vanagloria de su árbol genealógico y que un tipo desconocido fuera como un pariente nuestro, le hubiera repugnado. Mamá, que no es cariñosa, adoraba al viejo Toni, que ya no era tan viejo y, por cada caramelo que éste le regalaba, le daba un besito, rodeándole el cuello con los brazos cosa que a mi abuela le disgustaba, porque los caramelos estaban sueltos en el bolsillo del viejo, que ya no era tan viejo, o adentro de un pañuelo.

De tanto verlo a don Toni, nadie en la casa advirtió, después de unos años, su rejuvenecimiento. Un día, al cabo de no sé cuánto tiempo, volvió a visitarlo un amigo de su edad. Un rato de charla bastó para asombrar al amigo, que corriendo fue al cuarto de mi bisabuela y le preguntó ansiosamente, según me contaron:

-Señora Joaquina, ¿Toni es Toni o se transformó en otro?

Mi bisabuela, asombrada, le dijo:

-Se trata siempre del mismo don Toni. ¿En qué está la diferencia? Todos los santos días yo lo veo y no cambia ni por pasteles.

-Señora, la diferencia está en la edad. Se ha rejuvenecido tanto, que sólo le quedan las arrugas perpendiculares. Supongo que no se hizo hacer la cirugía estética.

-Cuando se vive con alguien durante tanto tiempo, esas nimiedades no se advierten.

Pero mi bisabuela, que siempre desconfió de don Toni, volvió a

desconfiar:
-¡Qué amigo raro tiene este viejo! -le dijo a mi tía abuela-. ¿Quién se fija, a esa edad, en las arrugas?. Realmente, a veces me da miedo alojar a un intruso en la casa.
Y mi tía abuela, la mayor, que lo quería al viejo (que ya no era tan viejo) con locura, contestó:
-¿Acaso no dicen en la Biblia no sabemos ni de dónde venimos ni adónde vamos?. Todos estamos en la mismísima situación. ¿Por qué llamarlo intruso a don Toni?. Nosotros somos también intrusos, y si lo somos ¿por qué acusar a los otros, con desdén, de algo tan habitual?.
Mi bisabuela y mi tía abuela mayor no se hablaron durante cuatro meses, y esto es la purísima verdad.
-Ese viejo trae discordias en la familia -exclamó mi bisabuela cuando se encontró a solas con la sirvienta, que era chismosa y que se lo contó al viejo, lo que provocó reyertas y reconciliaciones, que reafirmaron el vínculo que unía a nuestra familia con don Toni.
Fue en aquellas épocas cuando don Toni se dedicó al estudio de la arquitectura. No faltó quien se riera de él por haber empezado tan tarde el estudio de una ciencia tan difícil.
-Nunca es tarde cuando la dicha es buena -solía decir-.
Se compró una mesa de dibujo. Estudiaba y dibujaba hasta altas horas de la noche. Cuando había algún corte de luz, encendía una vela y seguía estudiando como si nada fuera. Dibujaba planos de casas, de iglesias, sobre todo de bóvedas, como si tuviera nostalgia de la muerte. Pensaba rendir examen de ingreso a la facultad. Rindió con éxito el examen pero mi abuela después dijo que fue un embuste.
Parece que un profesor le preguntó con sorna al verlo llegar un día a la facultad:
-¿Piensa vivir por mucho tiempo? ¿Como Matusalén?.
-¿Por qué? -preguntó don Toni.
-Porque si pretende recibirse de arquitecto... bueno, mejor que no siga, por respeto a los ancianos.
-¿Y por qué no? -interrogó cándidamente don Toni-.
-Dentro de seis años calcule la edad que va a tener, si es que llega hasta entonces.
-No me preocupa -contestó don Toni sin enojarse-. Piano piano si va lontano.
-En efecto, será mejor que se dedique al piano, porque el lontano me parece bastante problemático de alcanzar, en su caso.
-Aprenda a hablar -contestó don Toni, peinándose la lana del colchón deteriorado que brillaba sobre su cabeza, porque empezaba a usar brillantina-.

Todo esto lo sé por mi abuela, porque mami, que era una cuentalotodo, en esa época todavía no había nacido. Mamá nació cuando don Toni andaba de novio y lucía aquellos trajes tan elegantes de gabardina y un anillo con una piedra azul en el dedo meñique. Con sus planos había edificado ya una casa en el Tigre que llamaba la atención en los días de regatas por la originalidad de sus balcones, y una capilla barroca que no existía la par en Buenos Aires. El día que se comprometió, más bien el día después, vinieron él y la novia invitados por mi abuela a tomar el té a casa. La novia era preciosa y una notable guitarrista, al decir de todos. Alguna vez obtuvo un premio de belleza. Mucha gente sospechaba que don Toni se teñía el pelo, pero otros decían que el pelo había vuelto a su color natural, debido a las ilusiones de amor que habían despertado en él, gracias a la novia. Rondita (así se llamaba la novia) muy pronto se enteró de la edad que osaba tener don Toni, aunque nadie a ciencia cierta la supiera. A ella le falló el coraje de echársela en cara, sino con indirectas, y finalmente con la devolución del anillo de compromiso, que le arrojó a la cara, en una mañana de sol. La belleza pasó después una semana sin salir de su cuarto, buscando desesperadamente en su memoria algún joven de quien enamorarse. Cuando descubrió que nadie era mejor que don Toni, don Toni la había olvidado, para atender a niñas mucho más jóvenes. La verdad es que don Toni, por despecho, se dedicó a los deportes y se rejuveneció hasta tal punto que la gente no lo reconocía por la calle. Dicen que era bárbaro. Mi abuela tenía que descolgar el tubo, por los llamados telefónicos: ¿Don Toni está? ¿Don Toni salió?. No resonaba otro nombre en la casa.

Cuando se recibió, o dijo que se recibió, de arquitecto, fue todo un acontecimiento. Lo supe por un enano de la carnicería, porque mi abuela siempre negó los triunfos de don Toni y el enano siempre decía la verdad, aunque la verdad duele casi siempre. En el segundo patio de la casa, se ofreció un banquete con caviar y champagne francés. Desde la calle se veían las mesas. El enano vislumbró hasta el color de los platos y las puntillas. Era el mes de diciembre. Mamá, que era chiquita en esa época, lloraba en su cuarto porque la niñera la dejó sola para espiar a las visitas. De aquella noche, mamá conservó una neurosis casi incurable. Don Toni estaba tan buen mozo que hasta la Pita Roca lo miró con insistencia y la Paulina Acosta, despechugada como siempre, fingió un desmayo, para que la auscultara. Tal vez esto sea un invento de una ama de llaves (pues en esa época existían las amas de llaves y de leche), pero algo habrá de cierto; la cuestión es que tengo una foto vulgar y silvestre donde el tipo está bárbaro. Las mujeres se lo disputaban, sobre todo las más jóvenes, que preferían a un hombre ya

grande y vivo y no un chiquilín tonto. Don Toni se dejaba amar con barba y todo. ¡Con qué maestría alimentaba el fuego en el corazón de sus enamoradas!. Acudían a su oficina no sólo mujeres en busca de planos de viviendas o de bóvedas, sino mujeres que lo amaban por haberlo encontrado en alguna reunión. Muchas se arruinaron por querer construir una bóveda, sin disponer del dinero necesario. Y así transcurrieron los años, que lo rejuvenecían entre el amor y el estudio, entre los negocios y el ocio. Y así llego a la pubertad, cuando mamá se casó y se enamoró platónicamente de él, y a la adolescencia, cuando la belleza de su rostro impresionó tanto a una princesa, que enloqueció por no poder besarlo; y a la niñez, cuando los juguetes electrónicos llenaron su cuarto y las figuritas espaciales adornaron los espejos de su armario; y a la edad insaciable y delirante de las mamaderas, cuando el hombre es como un enfermo pequeño, que no se maneja solo, porque es un niño arrugado, de pocos meses.

Son infinitas mis conclusiones: mi abuela es la culpable; sin embargo, a veces rechazo la idea loca de que Toni sea don Toni, que la n se transformó en m y el hombre en niño. Pero ¿quién podrá ahora quitarme las dudas que se retuercen en mis entrañas?. Vos tal vez, porque ves las cosas de afuera.

Tomi ha desaparecido justamente en el momento en que yo he dado a luz. La última frase que me dijo fue:

-No me gusta que uses minifalda ni vestidos transparentes y patatí y patatá -como un viejo reviejo-.

-Andá a freír papas -le contesté-, sin saber que me arrepentiría para toda la vida, porque la última frase que uno dice es siempre la que vale.

Pensándolo bien, nadie lo trajo a esta casa a Tomi, como a don Toni. Pasó de la adolescencia a la infancia sin que yo ni nadie de la casa lo advirtiera. ¿Estaríamos todos papando moscas?. Como si fuera hoy, a los cinco años me mostró una foto y me la regaló diciéndome:

-Es una foto de cuando yo era viejo. No quedó otra para regalarte.

Me pareció natural, tan natural que no se lo conté a nadie; o bien me pareció tan sobrenatural, que no se lo conté a nadie. Oírlo hablar de ese modo, me hizo redoblar mi cariño por él y mi ceguera. Todos somos ciegos en el amor.

Escribíme diciéndome lo que pensás de todo esto. Si el infierno existe, seguramente será el que acabo de conocer con la desaparición, que nadie confiesa en la casa, de Toni. ¡Qué buen compañero de mi hijo hubiera sido!. Se me caen las lágrimas cuando contemplo las fotos de cuando era viejito. Me dirás como la otra vez, que me haga psicoanalizar. Andá. Mil besos de tu Paula.

Querida Paula:
Leí tu carta icomo si me hablaras en chino! ¡Y pensar que somos tan amigas!. Te complicás por nada, eso es lo que a mí me parece. Don Toni, del que oí hablar en tu casa, me daba sueño en cuanto lo nombraban. Conque don Toni, después de instalarse en tu casa, para mayor abuso, se transformó en Tomi. ¿Te lo dijo tu abuela?. Que se lo cuente a otro. Esa vieja es un quemo y vos la escuchás. Para mí que hay gato encerrado, porque decime en qué cabeza cabe que un hombre aparezca en una casa de la noche a la mañana sin que lo echen y sin que a nadie se le ocurra llamar a la policía para ver si es un asaltante, un leproso, un ladrón o un loco escapado de un manicomio. ¿No se dieron cuenta tus papis, Nena, del peligro en que ponían a toda la familia?. Qué querés que te diga, yo nunca soñé que algo así podía suceder en tu casa, con lo severos que han sido siempre con vos: "Nena, no vayas aquí", "Nena, no vayas allá", "Nena, no vayas de pantalón y menos de minifalda, para ir al Electric de la calle Lavalle", "Ese corpiño te marca mucho", "Esa faja ¿no te ajusta?". El día que dieron Rocco y sus hermanos, con Alain Delon, prohibida para menores de dieciocho años, se armó la podrida. ¿Hay derecho?. Teníamos quince años: en la India, las tipas se casan a los doce. La pucha que son locos los padres que uno tiene; parece que lo odiaran a uno de puro cariño.
Lo que menos entiendo es tu preocupación por Tomi. Yo quise mucho a mi perrito Macho, pero cuando desapareció, como si ni lo hubiera conocido pensé: hay otros perritos en el mundo, y me conseguí otro más bonito, que no ensucia tanto. No digo que sea lo mismo, pero no creas que anda tan lejos; total, un chico molesta bastante. ¡Si conoceré las mañas que tienen cuando vomitan encima del mejor vestido que uno tiene!. Yo no quería tener chicos, te lo dije el día del bautismo; pero Adrián protestaba: "¿Y para qué nos casamos, vieja?. Si no es para tener chicos, no valía la pena". ¿Querés creer que me enfrié después de esa frase?. No contesté nada, porque si contesto soy como leche hirviendo, y si me enojo de veras, como cuando contesto, le doy con el cuchillo de la manteca que tenía en la mano. La vida es triste, querida; no hay vuelta que darle. Y todavía vos te preocupás por un fantasma, por ese Tomi, que ha desaparecido. ¿Qué más querés?. Su ropita le servirá a tu hijo ¿o se fue con la ropita?. Cuando la vi, me quedé bizca. ¡Qué alforcitas, qué vainillas, qué broderie, qué bordados!. Parecía la ropa del niño Jesús, del Convento de las Niñas Harapientas, ¿te acordás? ¿O ya olvidaste nuestros chistes?. Y el cura piola, que nos confesaba: "¿Qué otro pecadito, mi hijita? ¿Qué otro pecadito?. Haga memoria". Y era siempre el mismo pecadito que confesábamos, y el mismo pecadito que quería que tuviéramos y la misma penitencia que

nos daba. ¿Qué edad tenía Tomi, en aquellos tiempos?. Me dijiste que fumaron un atado de cigarrillos, encerrados en el cuarto de baño, y que te dio un beso, como de cine, cuando te desmayaste. Era mayor que vos y después fuiste mayor que él. No tiene ni pies ni cabeza. Por más que me rasque la rodilla, no entiendo ni palote, y lo peor de todo es que me da miedo. Si a los hombres les diera por vivir como a don Toni, para atrás, ¿qué pasaría?. Si un buen día, ya niños, desaparecieran, por lo menos no habría tantas sorpresas, sabríamos (salvo un accidente) cuánto van a vivir. ¿Sería posible, vieja, que esto pasara?. Me quedan dudas al respecto, pero me parece que no voy por buen camino para tranquilizarte, así que chau, un beso para el nene y otro para vos.
Prilidiana.

Ulises

A Enrique.

Ulises fue compañero mío, en la escuela, cuando pasé del jardín de infantes a primer grado. Tenía seis años, uno menos que yo, pero parecía mucho mayor; la cara cubierta de arrugas (tal vez porque hacía muecas), dos o tres canas, los ojos hinchados, dos muelas postizas y anteojos para leer, lo convertían en un viejo. Yo lo quería porque era inteligente y conocía muchos juegos, canciones y secretos que sólo saben las personas mayores. La maestra no sentía por él ninguna simpatía; decía que era muy consentido y mentiroso; yo sé que un día lo encontró fumando en la calle, y sospecho que ésta era la verdadera causa de su desaprobación. Aunque yo pensara que mi maestra era demasiado severa, debí reconocer a la larga que Ulises contaba cosas muy extrañas, que no parecían ciertas, y llegué en algún momento a creer que en efecto era lo que vulgarmente se llama un mentiroso. A mediodía, pues asistíamos al turno de la mañana, iba a buscarlo a la escuela una mujer distinta o que me parecía distinta; poco a poco fui individualizando a cada una de estas mujeres, que en definitiva eran tres. Supe que se trataba de las trillizas Barilari, que lo habían adoptado. Las trillizas tenían setenta años, pero entre los trillizos hay uno que es mayor y otro menor. Yo imaginé que la mayor era una que parecía una jirafa, no sólo por el porte sino por la manera de mover el cuello y la lengua, y no me equivoqué. Otra, que debía de ser la segunda, era de estatura mediana y muy menuda. La menor era una mezcla de las otras dos, pero más ágil. Las tres eran alegres y tarareaban alguna canción en boga, cuando esperaban a Ulises en la

puerta de la escuela, aunque lloviera, hiciera mucho frío o calor sofocante. Solían comprar chupetines y cubanitos a los vendedores que merodeaban para tentar a los niños con las golosinas.
-¿Son buenas tus tías? -le pregunté un día a Ulises-.
-Son bulliciosas -me contestó-. No lo creerás. Acabo el día casi siempre con dolor de cabeza, por eso uso anteojos (no porque tenga astigmatismo, como dicen ellas). Además, rompen todo, porque andan a los golpes saltando como cabras por la casa. A veces me encierro en el cuarto de baño para no oírlas. Pero cuando me encierro es peor, porque vienen a golpear la puerta y me gritan por turno:
¿Que hacés, qué hacés, Ulisito? ¿Vas a terminar?. Ya te dije que no te encerraras con llave. ¿Acaso sos un viejo?". Cuando no les abro la puerta en seguida, las oigo que lloran y que lloran, y cuando les abro, no porque me den lástima sino porque me aburren, descubro que lloran en broma. A veces les digo: "Un día las voy a matar". Se matan de risa las tres. Parece que les hicieran cosquillas. Después de todo, no me preocupo porque son locas, aunque digan que soy yo el loco. De noche me desvelo de tanto oír decir: "Si no te dormís vas a tener cara de viejo". Termino por no dormir. Entonces me levanto y en puntillas entro en el cuarto de la Laucha -así llamaba a la menor de las trillizas- y le robo de la mesa de luz un somnífero asqueroso.
-¿Qué es un somnífero? -pregunté.
-Una droga que hace dormir ¿qué va a ser? -¿Qué es una droga?-.
-Buscá en el diccionario. No soy maestro.
Este diálogo no parece que pudiera existir entre un niño de siete años y otro de seis, pero en mi memoria así ha quedado grabado y si los términos en que nos expresábamos no eran exactamente los mismos, el sentido que queríamos dar a nuestras palabras era exactamente el mismo. Naturalmente que el que hablaba todo el tiempo era Ulises, yo simplemente hacía preguntas o comentarios sobre lo que él me decía.
Ya pasado el invierno Ulises parecía mucho más demacrado que mis otros compañeros. Yo sabía que los niños que viven encerrados en sus casas, en invierno, que madrugan para ir al colegio, que salen de sus casas sin haberse desayunado porque vuelcan la mitad de la leche sobre la mesa o sobre el delantal (lo que es peor), se adelgazan y parecen enfermos a veces. Ulises no parecía enfermo sino muerto.
Me invitó a su casa para el día de su cumpleaños. Nadie le había regalado nada. ¿Juguetes? ¿Quién se los iba a regalar? ¿Libros?. Los habría leído todos. ¿Bombones?. No le gustaba ninguno. El único regalo que recibió fue el que yo le llevé: una docena de pañuelos. Dicen que no hay que regalar pañuelos porque son lágrimas, pero yo no hice caso y se los regalé. Aquel día me hizo confidencias: me dijo que estaba

cansado de ser como era, que iría a consultar a una adivina que vivía en un lugar bastante retirado, que en su casa diría que saldría conmigo y que lo ideal sería que esto no fuese mentira. Después de pensarlo mucho resolví acompañarlo. Yo dije a mis padres que pasaría la tarde en la plaza, con Ulises, y que las trillizas Barilari irían a buscarnos. Ulises dijo a las trillizas que mis padres irían a buscarnos y como no se conocían no podían averiguar que esto no era verdad. En el camino me habló de la sibila Artemisa, de la sibila Eritrea, de la sibila Cumea, de la Amaltea y de la Helespóntica: conocí los oráculos de cada una. Yo no entendía nada de todo ese palabrerío y me parecía que estaba delirando, pero después comprendí que él había consultado un libro titulado Práctica Curiosa o Los oráculos de las Sibilas. En este libro, me lo explicaron mucho tiempo después, había listas de preguntas y de Sibilas con un acertijo de números en que uno podía buscar una contestación adecuada, según la suerte, a cada pregunta. El único inconveniente que había era que las preguntas no eran las que suelen hacer los niños, de modo que en su mundo, por más viejo que Ulises se sintiera, no existía la zozobra ni el interés por consultar algunas cosas. Durante mucho tiempo Ulises empleó ese libro como entretenimiento, luego como libro de consulta, que desechó casi inmediatamente, para ir en busca de lo que era para él una verdadera adivina.

Caminábamos en busca de la casa de Madame Saporiti, la adivina. De vez en cuando Ulises buscaba en el bolsillo un papelito doblado, lo consultaba y volvía a guardarlo. Se detenía de pronto, como si hubiera perdido algo, buscaba de nuevo en el bolsillo y sacaba un pañuelo atado por las cuatro puntas, lo desanudaba, contaba el dinero que tenía adentro, luego volvía a guardar el pañuelo después de anudar sus puntas, con el dinero adentro. Caminábamos ligero, pero no sentíamos el cansancio ni la tentación de demorarnos en el camino mirando los escaparates o los carritos de los vendedores de golosinas. En un abrir y cerrar de ojos, llegamos a la casa de la adivina. Un diminuto jardín, que parecía rodear la tumba de un cementerio, adornaba el frente de la casa. Abrimos el portón, que no medía más de diez centímetros de alto, y tocamos el timbre, con emoción. Al cabo de un largo rato, con mucho ruido y mucha dificultad, nos abrieron la puerta. Madame Saporiti en persona nos hizo pasar. Estaba vestida de entrecasa con un batón de frisa color solferino; en la cabeza llevaba puesto un tul azul eléctrico. Era de mediana estatura, pero corpulenta y empolvada. La seguimos por un corredor oscuro, a la sala, donde nos dejó esperando. Pasada la primera emoción miramos los detalles del cuarto. Nos reímos. Todos los muebles que había en ese cuarto estaban envueltos en forros de celofán: la araña, en primer término, después venía el piano

perpendicular, después una estatua que parecía un fantasma y finalmente una caja que parecía de música y todos los sillones y las mesas. Los forros brillaban y dejaban entrever la forma y el color de cada objeto. Nos pusimos a reír. Nunca habíamos visto una casa como esa. Cuando Madame Saporiti vino a atendernos, nos dijo con tono severo:
-Parece que no les gusta mi casa.
-¿Por qué?.
-Porque yo me doy cuenta de todo y aunque no hablen adivino lo que están pensando.
Madame Saporiti nos hizo pasar a su dormitorio.
-¿Cuál de ustedes es el que quiere que le adivine la suerte?. Me llamaron muy temprano esta mañana por teléfono. Se ve que tienen mucho interés en conocer el porvenir. ¿Cuál de ustedes es...?.
-Soy yo -dijo Ulises, comiéndose una uña-.
Madame Saporiti se sentó y buscó en un cajón las barajas.
-Este es el grand taraud.
Dispuso los naipes sobre la mesa, en fila: Ulises tuvo que tapar todos los naipes de la fila con otros naipes que ella le dio a elegir. A medida que Madame Saporiti disponía de modo diferente los naipes sobre la mesa, iba prediciendo el porvenir; todos los inconvenientes que Ulises tenía en su casa, iba enumerándolos como si yo se los hubiera contado. Le habló de su desdicha, que consistía en parecer un viejito. La ceremonia de las cartas duró una hora. Cuando terminó, Ulises, que había perdido toda su timidez, preguntó:
-¿No tendría un filtro?.
-¿Para qué? -preguntó asombrada Madame Saporiti-.
-Para dejar de ser viejo -contestó Ulises-. Se lo voy a pagar.
-No hablemos de eso. No hay filtros para niños -dijo Madame Saporiti-.
-Como no soy un niño, eso no importa.
-Tienes razón -respondió Madame Saporiti-. Te prepararé un filtro, ya que lo pides, pero saldrá un poco costoso.
Ulises sacó del bolsillo el pañuelo, desanudó las puntas, mostró el dinero e interrogó:
-¿Esto alcanza?.
Madame Saporiti con el dedo mayor apartó las monedas de diez pesos, que eran muchas y respondió:
-Creo que sí.
En el cuarto contiguo alguien tocaba el piano. Aquella música me dio un poco de sueño y me dormí. ¿Cómo Madame Saporiti preparó el filtro? ¿Cómo Ulises lo bebió?. No sé. Me despertó el ruido del vaso de vidrio sobre el plato de porcelana, que Madame Saporiti puso cuidadosamente

sobre la mesa. Contemplé a Ulises, con asombro. No parecía el mismo. Su tez pálida se tornaba rosada, sus ojos brillaban y miraban nerviosamente de un lado a otro, como los de cualquier niño travieso. Pero no era ese el Ulises que yo quería, tan superior a mí y a mis compañeros de escuela.
Salimos de la casa de Madame Saporiti corriendo. En el camino nos detuvimos a mirar los escaparates y en una frutería robamos dos naranjas. Caminábamos, o corríamos más bien dicho, como si tuviéramos alas. Pero yo pensaba en Ulises, el que había dejado de ver en la casa de la adivina, como si hubiera muerto.
Cuando llegamos a la casa de las trillizas, le pregunté a Ulises:
-¿No nos van a retar?.
-No tienen tiempo de ocuparse de nosotros. Son muy frívolas -respondió Ulises-.
En cuanto tocamos el timbre, una de ellas, la Jirafa, vino a abrirnos. Si Ulises no era el mismo, la Jirafa tampoco era la misma: había sufrido una transformación contraria. Había perdido el aire jovial que la mantenía joven, a pesar de su edad.
-¿Dónde fuiste? -preguntó-. ¿Por qué volvieron tan tarde?. Nosotras aquí esperando y esperando. Esto no es vida.
Entraron en la habitación donde las otras dos hermanas estaban tejiendo. Tenían puestos anteojos negros y temblaban tanto que no podían tejer.
Las dos gritaron al mismo tiempo:
-¿De dónde vienen? ¿Qué has hecho, Ulisito?. Nunca te vi tan lindo y con ese color tan rosado en las mejillas. Ya no parecés un viejo. Te llamaremos Niñito, como las vecinas a sus hijos; pero ¿dónde fuiste? ¿Qué has hecho?.
-Fui a ver a una adivina.
-¡Ave María!.
-Y me dio un filtro: el filtro de la juventud, así lo llama.
-¿Y dónde vive esa adivina?.
Ulises sacó inocentemente de su bolsillo el papelito, con la dirección de la adivina. Una de las trillizas se lo arrebató.
-Iremos a verla -dijeron las tres a coro-. Iremos mañana mismo.
Al día siguiente fui de visita a casa de Ulises. Cuando llegué las trillizas no habían vuelto del consultorio de la adivina. Ulises de pronto se puso triste y viejo. "Qué suerte" pensé, "otra vez reconozco a mi amigo, con su inteligente cara arrugada." Sentí ganas de abrazarlo y decirle: "No cambies". Me miraba con desconfianza. Cuando llegaron las trillizas saltando con una peluca en la mano, resolví irme, pero no me dejaron y me dieron mil besos y me acariciaron. Se probaron la peluca, me

consultaron, rieron. En ronda bailaron alrededor de Ulises, cantando "Aquí está el viejo, aquí está el viejo".
Al día siguiente Ulises fue en busca del filtro y volvió a parecer joven y las viejas a parecer viejas. Y al día siguiente las viejas fueron en busca del filtro y parecieron jóvenes y Ulises viejo. Le aconsejé que se quedara como estaba, porque ya no le alcanzaba la plata para comprar los filtros. Me hizo caso. Además sabía que yo naturalmente lo prefería arrugadito y preocupado.

Las vestiduras peligrosas

Lloro como una Magdalena cuando pienso en la Artemia, que era la sabiduría en persona cuando charlábamos. Podía ser buenísima, pero hay bondades que matan, como decía mi tía Lucy. Lo peor es que por más que trate, no puedo describirla sin quitarle algo de su gracia.
Me decía:
-Piluca, haceme un vestido peligroso.
Era ociosa y dicen que la ociosidad es madre de todos los vicios. A pesar de eso, hacía cada dibujo que lo dejaba a uno bizco. Caras que parecía que hablaban, sin contar cualquier perfil del lado derecho que es tan difícil; paisaje con fogatas que daba miedo que incendiaran la casa cuando uno los miraba. Pero lo que hacía mejor era dibujar vestidos. Yo tenía que copiarlos después, esa era la macana, porque la niña vivía para estar bien vestida y arreglada. La vida se resumía para ella en vestirse y perfumarse; en seguida me decía chau y ni un lebrel la alcanzaba. Cuántas personas menos buenas que ella hay en el mundo que están todo el día en la iglesia rezando.
Yo había trabajado de pantalonera antes de conocerla y no de modista como le dije, de modo que estaba en ascuas cada vez que tenía que hacerle un vestido.
Perdí mi empleo de pantalonera, porque no tuve paciencia con un cliente asqueroso al que le probé un pantalón. Resulta que el pantalón era largo de tiro y había que prender con alfileres, sobre el cliente, el género que sobraba. Siendo poco delicado para una niña de veinte años manipular el género del pantalón en la entrepierna para poner los alfileres, me puse nerviosa. El bigotudo, porque era un bigotudo, frente al espejo miraba su bragueta y sonreía. Cuando coloqué los alfileres, la primera vez me dijo:
-Tome un poco más, vamos -con aire puerco.
Le obedecí y volvió a decirme con el mismo tono, riéndose:
-Un poco más, niña, ¿no ve que me sobra género?.
Mientras hablaba, se le formó una protuberancia que estorbaba el

manejo de los alfileres. Entonces, de rabia, agarré la almohadilla y se la tiré por la cara. La patrona no me lo perdonó y me despidió en el acto diciendo que yo era una mal pensada y que la protuberancia se debía al pantalón que estaba mal cortado.
Soy una mujer seria y siempre lo fui. La señorita Artemia me tomó por el diario. Acudí a su casa con la cédula. En seguida simpatizamos y le dije que me llamara por el sobrenombre, que es Piluca, y no por el nombre, que es Régula.
Iba a su casa tres veces por semana, para coser. Siempre me invitaba a tomar un cafecito o una tacita de té, con medias lunas. Yo perdía horas de trabajo. ¿Qué más quería?. Si yo hubiera sido una cualquiera, qué más quería; pero siendo como soy me daba no sé qué. A pesar de la repugnancia que siento por algunas ricachonas, ella nunca me impresionó mal. Dicen que estaba enamorada. Sobre su mesa de luz, pegada al velador, tenía una fotografía del novio que era un mocoso. Tenía que serlo para dejarla salir con semejantes vestidos. Pronto me di cuenta de que ese mocoso la había abandonado, porque los novios vienen siempre de visita y él nunca. El amor es ciego. Le tomé cariño y bueno, ¿qué hay de malo?.
Un enorme ventanal ofrecía el cielo a mis ojos, una regia máquina de coser eléctrica estaba a mi disposición, un maniquí rosado traído de París, que daba ganas de comerlo, una tijera grandota, que parecía de plata, un millón de carreteles de sedalina de todos colores, agujas preciosas, alfileres importados, centímetros que eran un amor, brillaban en el cuarto de costura. Una habitación con sus utensilios de trabajo no parece nada, pero es todo en la vida de una mujer honrada.
Hay bondades que matan, como dije anteriormente; son como una pistola al pecho, para obligarle a uno a hacer lo que no quiere.
-Piluca, hágame este vestido para mañana. Piluquita, aquí está el género y el modelo -rogaba la Artemia-.
-Pero niña, no tengo tiempo.
-Yo sé que lo vas a hacer en un cerrar y abrir de ojos.
-Manos a la obra -yo exclamaba sin saber por qué, y me ponía a trabajar-. Me tenía dominada. A veces yo trabajaba hasta las cinco de la mañana, con los ojos desteñidos por la luz, para concluir pronto. El lirio de la Patagonia me ayudaba. Llevaba siempre su estampita en mi bolsillo.
La señorita Artemia era perezosa. No es mal que lo sea el que puede, pero dicen que la ociosidad es madre de todos los vicios y a mí me atemorizan los vicios. Sin embargo, para algo no era perezosa. Dibujaba, de su idea propia, sus vestidos, ya lo dije, para que yo se los copiara. No crean que esto era fácil. Con un molde, yo cortaba

cualquier vestido; pero sacar de un dibujo el vestido, es harina de otro costal. Lloré gotas de sangre. Ahí empezó mi desventura. Los vestidos eran por demás extravagantes. A veces ella misma pintaba las telas, que en general eran livianas y rosadas. El jumper de terciopelo, el único de terciopelo que le hice, tenía un gran escote por donde me explicó que se asomaría una blusa de organza, que cubriría sus pechos. Varias veces le recordé, después de terminarle el jumper, que tenía que comprar la organza, para hacerle la blusa. El día que se le antojó estrenar el jumper, no estaba hecha la blusa: resolvió, contra viento y marea, ponérselo. Parecía una reina, si no hubiera sido por los pechos, que con pezón y todo se veían como en una compotera, dentro del escote. Mama mía. La acompañé hasta la puerta de calle y después hasta la plaza. Allí me despedí de ella. No pude menos que admirar la silueta envuelta en el hermoso forro negro de terciopelo que a regañadientes yo le había cortado y cosido. Qué extravagancia. Al día siguiente, cuando la vi, estaba demacrada. Tomó el diario bruscamente y me leyó una noticia de Budapest, llorando. Una muchacha había sido violada por una patota de jóvenes que la dejaron inanimada, tendida y desgarrada en el suelo. La muchacha llevaba puesto un jumper de terciopelo, con un escote provocativo, que dejaba sus pechos enteramente descubiertos. La Artemia lloraba como si se hubiera tratado de una parienta o de una amiguita o de su madre. Yo le pregunté por qué lloraba: qué podía importarle de una muchacha de Budapest que no había conocido. ¡Qué sensibilidad!.

-Debió de sucederme a mí -me contestó, enjugándose las lágrimas-.

-Pero niña, está bien que sea buena -le dije- pero no hasta el punto de querer sacrificarse por la humanidad.

-Es horrible que esto haya pasado. Comprenda que es mi jumper el que llevaba esa mujer. El jumper que yo dibujé, el que me quedaba bien a mí.

No comprendí. Me ruboricé y sin decirle nada salí del cuarto, para tomar una tacita de tilo.

Al día siguiente volvió con el dibujo de un vestido no menos extravagante, para que se lo copiara. Fruncí el ceño y exclamé involuntariamente:

-¡Dios mío! ¡Virgen Santísima!.

-¿Qué tiene de malo? -me dijo fulminándome con la mirada. Y como yo no contestaba, prosiguió: -¿Para qué tenemos un hermoso cuerpo? ¿No es para mostrarlo, acaso?-.

Le dije que tenía razón, aunque no lo pensara, porque soy educada muy a la antigua y antes de ponerme un vestido transparente, con todo al aire, me muero.

-Usted es una santulona, pero no hay derecho de imponerle sus ideas a los demás.
-Fui educada así y ya es tarde para cambiarme.
-Yo me eduqué a mí misma y no es tarde para cambiarme, pero no voy a cambiar. Ayúdeme, entonces -me dijo-.
El vestido que había dibujado era más indecente que el anterior. Era todo de gasa negra, con pinturas hechas a mano: pinturas muy delicadas, que parecían reales, como el fuego de las fogatas y los perfiles. Las pinturas representaban sólo manos y pies perfectamente dibujados y en diferentes posturas; manos con anillos y sin anillos. Al menor movimiento de la gasa, las manos y los pies parecían acariciar el aire. Cuando terminé el vestido y se lo probó me ruboricé. La Artemia se complacía frente al espejo, viendo el movimiento de las manos pintadas sobre su cuerpo, que se transparentaba a través de la gasa. Le pregunté:
-¿Cómo le hago el viso?.
-Su abuela -me contestó-. ¿No sabe que se usa sin viso?. Usted, vieja, está muy anticuada.
Esa noche salió a las dos de la mañana. Como era el mes de enero y hacía calor, no se puso un abrigo ni un chal para cubrirse. Con temor la vi alejarse y no dormí en toda la santa noche.
Al día siguiente la encontré malhumorada, frente al desayuno. Tomó el diario en una mano, mientras con la otra bebía el café con leche. Me leyó una noticia: en Tokio, en un suburbio, una patota de jóvenes había violado a una muchacha a las tres de la mañana. El vestido provocativo que la muchacha llevaba era transparente y con manos y pies pintados.
La Artemia se echó a llorar y yo traté de consolarla.
-No puedo hacer nada en el mundo sin que otras mujeres me copien -exclamó sacudiendo la cabeza-.
-Pero, niña, no diga esas cosas.
-Son unas copionas. Y las copionas son las que tienen éxito.
-¿Qué éxito es ése?. No es nada de envidiar.
-No me entiende, Régula.
-Llámeme Piluca y no se enoje.
El siguiente vestido me sacó canas verdes. Era de tul azul, con pinturas de color de carne, que representaban figuras de hombres y mujeres desnudos. Al moverse todos esos cuerpos, representaban una orgía que ni en el cine se habrá visto. Yo, Régula Portinari, metida en ésas; no parecía posible.
Durante una semana cosí temblando la túnica pintada con lúbricas imágenes, pero no sabía los efectos que sobre el cuerpo de la Artemia podían producir.

Rebajé cinco kilos cosiendo ese dichoso vestido; rompí varias agujas de puro nerviosa. Aquel cuarto de costura era un tendal de géneros mal aprovechados. Senos, piernas, brazos, cuellos de tul, llenaban el piso.
Felizmente la noche del estreno del vestido hubo un apagón en la cuadra y nadie vio salir a la Artemia de casa, cubierta de esa orgía de cuerpos que se agitaban al menor movimiento. Le previne:
-Va a tener frío, niña. Lleve un abrigo.
-Qué frío puedo tener en el auto con calefacción.
Era pleno invierno, pero la niña no sentía frío.
Al día siguiente, nada nuevo auguraba su rostro. Otra vez leyendo el diario, sorprendió una noticia que la impresionó a tal punto que tuve que prepararle una taza de tilo. En Oklahoma, una muchacha salió a la calle con un vestido tan indecente, que la ciudad entera la repudió y un grupo de jóvenes, para ultrajarla, la violó. El vestido era de tul y llevaba pintados cuerpos desnudos que en el movimiento parecían abrazarse lúbricamente. Me dio pena y horror la perversidad del mundo.
Aconsejé a la Artemia que se vistiera con pantalón oscuro y camisa de hombre. Una vestimenta sobria, que nadie podía copiarle, porque todas las jóvenes la llevaban.
En mala hora me escuchó. Con suma facilidad y rapidez le hice el pantalón y una camisa a cuadros, que corté y cosí en dos patadas. Verla así, vestida de muchachito, me encantó, porque con esa figurita ¿a quién no le queda bien el pantalón?.
Cuando salió de casa me abrazó como nunca lo había hecho. Tal vez pensó que no volvería a verme. Cuando fui a mi trabajo, a la mañana siguiente, un coche patrullero de la policía estaba estacionado frente a la puerta. Ese silencio, esa luz cruel de la mañana, me anunciaron algo horrible que después supe y leí en los diarios:
Una patota de jóvenes amorales violaron a la Artemia a las tres de la mañana en una calle oscura y después la acuchillaron por tramposa.

Atinganos

A Amalia.

Rómulo Pancras se dejaba crecer la barba como Fidel Castro. Tal vez la barba fuera uno de sus encantos. Tenía ojos muy oscuros y brillantes, una greña negra, una boca que era como un tajo, el cuello arrugado, muy arrugado, cuadriculado casi, las cejas rojas, quemadas por el sol. Era cuidador de un terreno baldío. Yo no sabía que los terrenos baldíos tuvieran cuidador; sin embargo, él con toda naturalidad, era el cuidador

de un terreno baldío, en la calle Sáenz Peña, en el barrio Sur de Buenos Aires. Vivía en una casilla pintada de verde. Cuando aparecieron los gitanos con sus carros, su ropa, sus hijos, sus muebles viejos, su montonera de sartenes, peroles y cacerolas, sus carpas, sus alfombritas, sus perros, sus gallinas, sus filtros, sus barajas, Rómulo Pancras se alegró. Sabía que tenían dinero, relojes de oro y collares, dos brillantes. Les alquiló parte del terreno y los dejó que se instalaran cómodamente, en los lugares donde había algunos yuyos y algunos cardos, que aprovecharon de algún modo para tender los pañales de los recién nacidos. Frecuentemente hacían fogatas y cocinaban la carne o las gallinas sobre el fuego, entre dos piedras grandes que colocaban estratégicamente.

La madre de mi amiga Albina, la señora de Leonarducci, que vivía al lado del terreno baldío, un día mandó a llamar a Rómulo Pancras, para protestar porque los gitanos se habían alojado en ese sitio, donde antes había una alegre calesita. Temía que entraran en su casa, a robar; además, el olor continuo a carne asada, a quema de basuras y la cantidad de moscas que se metían por las ventanas, le molestaban y quería terminar de una vez por todas con esos inconvenientes. Rómulo Pancras, que sabía por qué motivo la señora de Leonarducci lo mandaba llamar, tomó sus precauciones (le habían dicho que iban a denunciarlo a la policía por alquilar el terreno baldío, del cual era cuidador y no propietario); en una canasta llevó huevos frescos, del criadero de gallinas de los gitanos. A la señora de Leonarducci le gustaban mucho los huevos frescos. ¿A qué ama de casa no le gusta recibir de regalo tres o cuatro docenas de huevos frescos justamente en momentos como esos, en que las gallinas no ponen? Al ver aparecer a Rómulo Pancras, con la canasta limpia, llena de huevos, blancos o de color marfil, pero todos fresquitos, la señora de Leonarducci se conmovió. Ella, que iba a hablarle en términos duros, cambió el tono y el sentido de sus palabras bruscamente, pensando en los bizcochuelos y en los budines del cielo que haría con esos huevos y con todos los venideros.

-Don Rómulo -le dijo-, ¿no le parece que es imprudente tener a todos esos gitanos metidos en el terreno baldío?. Después de todo, usted es un hombre serio y le podría traer muchos inconvenientes alojar a esa gentuza en este lugar. Es un criadero de basuras: mañana o pasado la municipalidad llegará, revisará el lugar y lo llevarán a usted preso, a usted y no a los gitanos. Yo me inquieto por su situación, creáme, no sólo porque soy su vecina, sino porque lo aprecio. Es claro que a mi hija, la doctora, le disgustan estas cosas; cuando los pacientes vienen a su consultorio les impresiona ver tanta basura antihigiénica.

Rómulo Paneras se aclaró la voz y respondió:
-Señora Leonarducci, los gitanos son gente muy limpia y buena, qué le va a hacer. Tienen mala fama pero muy inmerecida, créame; yo los he visto recoger a una criatura hambrienta, traerla aquí, darle huevos frescos, sopita, alimentarla, cubrirla con abrigos de lana verdadera, ¿y para qué?. Para no recibir ningún agradecimiento de los padres, que eran como cerdos, créame, de esa criatura; los he visto también recoger perros perdidos, darles agua, carne, fideos, darles besitos; los he visto rezar de noche, usando los collares como rosarios, y, créame, que en el fondo son bastante limpios, recogen el agua llovida en baldes para lavarse el pelo, con manzanilla, que juntan por ahí. Las gallinas que pusieron estos huevos están perfectamente cuidadas y muy bien alimentadas; en fin señora, usted no tiene más que observarlos desde su ventana y verá que son gente correcta, que no molesta a nadie, qué le va a hacer; aunque alguna de las chicas salga a decir la buenaventura para divertirse, son chicas jóvenes que les gusta hacer ese tipo de trabajo porque está en la raza de ellos, son adivinas, leen en las manos cosas que nosotros no vemos, qué le va a hacer.
La señora de Leonarducci asintió, sacudiendo la cabeza.
-Puede ser -dijo-. Puede ser. Rómulo Paneras, nunca se me hubiera ocurrido que esta gente fuese buena, pero si usted los ha visto vivir, los ha visto mejor que yo.
Rómulo Paneras volvió al terreno baldío, y se tranquilizó, pues estaba un poco inquieto pensando que la señora de Leonarducci iba a denunciarlo, aunque en la municipalidad él tuviera dos amigos incondicionales.
El campamento de gitanos iba agrandándose. Compraron un automóvil del año mil novecientos veinte, negro, grande, con faros de bronce; se sentaban adentro, a veces para comer, a veces para conversar, a veces las mujeres se sentaban para coser o para pelar papas. Rómulo Paneras pidió permiso a un vecino para colocar una manga y bajar agua desde la ventana de su casa al terreno baldío. Con esa agua los gitanos lavaban la ropa en palanganas y tachos. Estaban muy contentos, pero un día dejaron de pagar el alquiler. El primer mes no sucedió nada, el segundo tampoco, pero el tercero a Rómulo Paneras no le gustó mucho que el campamento se fuera agrandando tanto, tuviera tantas comodidades y no pagaran puntualmente; tuvo una discusión con el jefe de los gitanos, que era un hombre temible. Rómulo Paneras le dijo que iba a denunciarlo a la policía y el gitano le dijo que lo hiciera. Cualquier denuncia lo tenía sin cuidado. Rómulo Paneras resolvió buscar a sus amigos que trabajaban en la municipalidad; les pidió que fueran a inspeccionar el terreno baldío y que echaran a los gitanos porque

estaban molestándolo.
A los pocos días los inspectores fueron al terreno baldío, hablaron con el jefe de los gitanos que, de entrada, les habría ofrecido no sé qué cantidad de dinero para que los dejaran seguir viviendo en el terreno baldío, pues al final de un breve diálogo palmotearon, por turno, la espalda del jefe de los gitanos, mientras moscas revoloteaban sobre manjares momentáneamente abandonados.
Los inspectores, que habían llegado cuando los gitanos comían, a las dos de la tarde de un día de verano, habían interrumpido demasiado brutalmente el almuerzo. Durante un momento el odio brilló en los ojos de los gitanos. A la cabecera de una larga mesa estaba el asiento del gitano jefe, un antiguo mueble muy lujoso, todo destartalado. Los asientos de los gitanos menos importantes estaban colocados de cada lado de la mesa y recubiertos con un montón de cortinas viejas; los asientos de las mujeres apartados adentro del automóvil.
El jefe de los gitanos invitó a los inspectores a sentarse a la mesa y a beber un poco de vino. También los invitó con asado y con algún plato de tallarines con tuco, muy bien preparado. Rómulo Paneras, a una distancia prudencial, observaba la escena. Conocía el gusto de esos tallarines. Moscas azules y verdes revoloteaban sobre la comida y sobre los dedos que empuñaban los vasos. La comida era buena y tan pesada que daba sueño al más desvelado. Atinganos, la hija del jefe de los gitanos, que tenía doce años, dijo la buenaventura a uno de los inspectores. Este la sentó sobre sus rodillas, cosa que enfureció a Rómulo Paneras. "Es un tratante de blancas" pensó. Él, Rómulo, que le llevaba caramelos a Atinganos para Navidad, serpentinas y pomos para Carnaval, nunca se había atrevido a sentarla sobre sus rodillas en público, aunque hubiera sido natural que lo hiciera, ya que tantas cosas había hecho con ella en la oscuridad, por más que ella le dijera "No me toques, no me toques" siempre inútilmente.
Fue en ese momento cuando se le ocurrió tomar, por despecho, una de las decisiones más importantes de su vida: casarse con Atinganos.
Cuando los inspectores se fueron, Rómulo Pancras, al sentirse perdido, se humilló un poco más: solemnemente pidió al jefe de los gitanos, exponiéndose a que se la negara, la mano de Atinganos. Era una buena edad para que Atinganos se casara y el jefe de los gitanos aceptó con algunas condiciones, todas relacionadas con el terreno baldío.

Las esclavas de las criadas

A Pepe.

Herminia Berni era preciosa. No creo que su belleza fuera puramente espiritual, como ciertas personas decían, aunque detallándola tuviera algunos defectos: ojos un poco bizcos, labios demasiado gruesos, mejillas hundidas, cabellera enteramente lacia; sin embargo, hubiera podido ser Miss Argentina. La belleza es un misterio. Herminia era preciosa y su patrona la adoraba.
-Mi patrona es una señora muy querida -me dijo cuando entré en la casa, de visita-.
La miré con asombro: a más de bonita era buena. Jamás supuse que fuera hipócrita. El cariño era recíproco entre la dueña de casa y la criada, después lo supe.
Aquel día, en que entré por primera vez en la casa, tropecé con un tigre embalsamado y rompí una bombonera de porcelana. Herminia recogió religiosamente los pedazos de la bombonera rota y los guardó en una caja con papel de seda. No toleraba que rompieran ningún adorno de la señora. Hacía tres meses que la señora estaba enferma, gravemente enferma. La casa estaba llena de tarjetas, de telegramas, de flores y de plantas, que las amigas le habían mandado.
-Sólo un muerto recibe tantos ramos -comentaba una de las visitas, que era envidiosa hasta para las enfermedades. No volvía a su casa ni para dormir, de miedo de perder algún beneficio que le otorgaran a la enferma; quería disfrutar no menos de las ventajas que de los padecimientos de su amiga.
-No es sano respirar el olor de tantas flores -decía otra, que se llevaba las mejores rosas.
-A mí me parece que es una falta de tino. ¿Por qué no le mandan un salto de cama, una batita, bombones, caramelos de leche, que tanto le agradan? -decía otra, que tejía sin descanso.
-A mí las flores me dan en los nervios. Artificiales las que quieran, pero verdaderas ni pintadas -decía otra, que era cariñosa con Herminia.
A decir verdad todas eran cariñosas con Herminia y tenían razón de serlo. Al verla mustia y tan delgada, haciéndose tanta mala sangre por la enfermedad de la señora, las visitas le traían chocolate en una caja pintada con gatos, o pancitos de salud en una canastita de material plástico, o empanadas con dulce de membrillo en una valijita que decía Buen Viaje, o jalea de naranja en una polvera de vidrio, con algunos pelos. No podían verla tan demacrada.
-Usted tiene que cuidarse -le decían.
-Preferiría morir -protestaba ella, sin faltar a la verdad.
Su fidelidad era ejemplar, pero ejemplar también era el cariño que le prodigaba la señora de Bersi. En su cuarto atestado de cuadros, en el lugar privilegiado, estaba el retrato de Herminia, vestida de Manola.

La hubiera dejado hablar por teléfono a la hora que quisiera, salir de noche, silbar o cantar mientras acomodaba los cuartos, sentarse a mirar la televisión en la sala con un cigarrillo entre los labios, pero Herminia no hacía nunca esas cosas.
-Es una chica nada moderna -decía una visita a otra.
Poco a poco me di cuenta de que todas esa señoras iban, en realidad, a visitar a Herminia, no a la señora de Bersi. No lo disimulaban y a cada rato las sorprendía diciendo:
-Somos esclavas de nuestras criadas, confesémoslo.
-La muchacha se me fue.
O bien:
-La muchacha que tengo es malísima.
O bien:
-Estoy buscando una muchacha pero con recomendaciones. -Herminia es una perla.
Iban a visitar a Herminia, con la esperanza de encontrarse a solas con ella, para decirle más o menos estas palabras, que ya tenían preparadas:
-Herminia, cuando muera la señora de Bersi, Dios no lo quiera, pero todo puede suceder, a veces me pregunto si no vendría usted a trabajar a mi casa. Tiene un cuarto para usted sola, puede salir todos los domingos y días de fiesta, se entiende. La trataré como a una hija, y, después, créame, no sería tanta la tarea que usted tendría que hacer; menos que aquí. Los salones estos son muy grandes; hay muchas escaleras y cepillar esas fieras embalsamadas no debe de ser poco trabajo. Usted es fuerte, pero nunca se sabe si conviene hacer tantos esfuerzos. En casa, es claro, tendría que hacer un poquito de costura, de lavado, de cocina, de limpieza de patios, de planchado, también tendría que sacar al perro a pasear, tres veces por día, y bañarlo y secarlo, cepillarlo una vez por semana, pero son todas cositas livianas que se hacen en un minuto. En una palabra, no tendría nada que hacer.
A Herminia le gustaban los trabajos de la casa de la señora de Bersi. El tigre embalsamado tenía cepillo especial para sus dientes, y las teclas del piano también; el cupido de mármol, una esponja, y las palomas de plata, un pincel. Le fastidiaba que las visitas hablaran con tanta insolencia. "Algún día las mandaré al diablo, me están potreando como si estuviera enferma."
Tuco, el hijo mayor de la señora, que era casado y aficionado a la música, rondaba alrededor del piano. Una vez Herminia lo vio tomar las medidas del piano con un centímetro. Nada bueno prometía este acto insólito. ¿Quería apropiarse del instrumento musical? Herminia redobló su vigilancia. Se apostó junto al piano, para remendar la ropa o para

anotar las cuentas del mercado, pero un día el hijo de la señora trató de tomarle la mano y le dijo:
-¿No se vendría conmigo, preciosa?
Herminia, ante la monstruosa proposición, se hizo la sorda y no contestó nada. Pero el interés que el señor Tuco demostraba por el piano no amainó y Herminia volvió a sorprenderlo, con un centímetro, anotando esta vez las medidas del piano en una libretita verde, que llevaba en el bolsillo. Herminia no dormía, pero de nada le valió su vigilancia. Siempre había que salir a hacer compras o a pagar cuentas y en una de esas oportunidades ocurrió lo que ella temía: manos criminales arrebataron el piano. Herminia deploró la ausencia del mueble, con sus candelabros y sus pedales de bronce, pero había sucedido algo imprevisible. Tuco, que se había empeñado en bajar personalmente el piano a hurtadillas, ayudado por dos changadores, pagó muy caro su desleal atrevimiento. A más de ser un inútil era débil y el esfuerzo resultó sin duda demasiado grande para él. En el momento en que bajaba el último escalón de la casa, tropezó y murió bajo el peso del piano. Herminia fue la encargada de darle la noticia a la señora. Ni una lágrima derramó la señora al recibir la noticia de la muerte de Tuco. Herminia tenía tacto hasta para dar las malas noticias. Era una perla.
La señora Alma Montesón no tardó en proponer seriamente a Herminia un puesto de ama de llaves o de dama de compañía en su casa. Le dijo que viajarían a Europa y que ella se ocuparía de arreglar los equipajes, de ordenar la ropa en las valijas, de tomar pasajes para los distintos puntos de Europa a donde viajaran, en fin, una vida muy agradable y sin ningún trabajo de los que había siempre hecho, tan fastidiosos como lavar, planchar, limpiar los cuartos. Herminia no se sintió tentada por ese puesto y contestó airadamente:
-Por ningún motivo del mundo yo abandonaría a la señora de Bersi.
-Pero fíjese usted que la señora de Bersi está muy enferma y que necesita más bien una enfermera y no una criada como usted, que está perdiendo su vida acá encerrada.
Herminia le dio la espalda y no contestó ni una palabra. Al día siguiente salió la noticia en los diarios: la señora Alma Montesón inesperadamente había fallecido de un ataque cardíaco.
Lilian Guevara, una pariente lejana de la señora de Bersi, recién casada, que fue varias veces a visitar a la señora para ver cómo se encontraba, un día propuso un trabajo a Herminia. Era tímida y después de muchas vacilaciones, de aclararse la voz, de toser, le dijo:
-Herminia, yo necesitaría una muchacha como usted, y como la señora de Bersi, que está tan grave, no lo dudo, terminará por morir un día no

muy lejano, pienso que usted en mi casa se encontraría muy bien. Veraneo al borde del mar. Tengo una casa preciosa, que usted habrá visto tal vez fotografiada en El Hogar o en el rotograbado de La Nación. La llevaría conmigo y usted podría ir todas las mañanas a la playa, a bañarse. También, durante el invierno, hago algunos viajes a Bariloche, y la llevaría a usted, porque yo no me separo de mis criadas, cuando son buenas, cuando son buenas como usted. La señora de Bersi me habló en muchas oportunidades de todos sus méritos y realmente tengo muchos, muchos deseos de tener una persona como usted en mi casa.
Herminia quedó asombrada. No podía creer que esta muchacha joven le hablara en esos términos tan vulgares. Por no llorar, se echó a reír con frenesí. Fue un momento terrible, porque su risa no podía aplacarse con nada. En aquella casa, silenciosa y triste, la risa de Herminia pareció más trágica que todas las lágrimas de las personas hipócritas que preguntaban por la salud de la señora de Bersi. Luego se quedó quieta en un rincón de la casa, meditando, como si rezara.
Dieron la noticia la misma noche en las radios: Lilian Guevara había muerto en un accidente de automóvil, en las cercanías de La Magdalena.
La señora de Bersi no empeoraba ni mejoraba. Su salud llenaba la casa de inquietud y de pesar, pero no parecía sufrir mayormente y se fue habituando a ese estado tan particular que tienen algunos enfermos. Las visitas, cada día más numerosas, resolvieron pedir que en una consulta de médicos se discutiera el tratamiento que había que darle a la enferma. Llamaron pues a un clínico notable y lo hicieron venir de La Plata, llamaron a un especialista del corazón y a otro de niños que vivía cerca de la casa de la señora de Bersi y los esperaron en el vestíbulo de la casa, nerviosamente reunidas y conversando como lo hacían todas las tardes en aquella casa. Las más atrevidas, siempre hay mujeres atrevidas, resolvieron que iban a hablar con los médicos, antes de que se reunieran. Por la ventana espiaron la llegada de estas eminencias. Desde la ventana los vieron bajar del automóvil; cautelosamente se acercaron a la puerta esperando la subida del ascensor y como por casualidad les hablaron a la entrada de los corredores, cuando se quitaban los abrigos y las bufandas.
Algunas dijeron:
-¿No le parece, doctor, que prolongar la vida de una señora que sufre tanto es un... una falta de humanidad?.
Otra le dijo a uno de los médicos:
-Dígame, doctor, ¿y no se le podría dar alguna cosa que acortara un poco este vía crucis?.
Y otra dijo:

-Yo, en el lugar de ella, preferiría realmente que se me diera algo para terminar de una vez con la vida.
Herminia estaba sentada junto a la ventana viendo todas estas cosas. No le gustaba, no le gustaba nada que se hubieran apoderado de esa casa, que se hubieran apoderado de la vida de su patrona, que tantas mujeres frívolas anduvieran por los corredores de la casa, se sentaran en la sala, tocaran los libros, los floreros, las fieras, acariciaran el pelo de las queridas fieras de la señora. Ya era bastante amargura que el hijo se hubiera llevado el piano. ¿No habían forzado la cerradura de una de las vitrinas donde brillaban los abanicos y las piezas de ajedrez de marfil? ¿A qué desmanes llegarían? Qué triste es la vida, pensaba Herminia. Nunca hubiera imaginado que las personas fueran tan malas, la amistad tan falsa, las riquezas tan inútiles. Lágrimas caían de sus ojos; explicaba: "Se me entró una basurita en un ojo". Suspiros salían de sus labios; explicaba: "Soy un poquito asmática". Tenía pudor hasta de su pena. Las personas que la veían tan triste se preocupaban más por ella que por la señora de Bersi. El lechero que traía la leche, el panadero con su enorme canasta de panes, el almacenero, todos preguntaban:
-¿Cómo está la señorita Herminia? ¿Qué tiene la señorita Herminia? ¿Está enferma la señorita Herminia?.
Lina Grundic, la profesora de piano, que en otra época había enseñado a la señora de Bersi a tocar el piano, parecía seria, parecía lejana, parecía mejor que todas las otras señoras. Un día llamó a Herminia y le dijo:
-Herminia, se me descosió el broche del corpiño. No quisiera molestarla, pero con estos pechos que tengo provocaría hasta a una estatua; ¿no podría darme una aguja y un hilo para coserlo?.
Juntas fueron al cuarto de baño. Herminia, sentada sobre el borde de la bañadera, cosió el broche del corpiño de la pianista mientras ésta se peinaba frente al espejo, se mojaba el pelo marcándose las ondas, se ponía rouge en los labios, se empolvaba la cara. Ninguna de las dos hablaba. En el silencio de la tarde se oyó una música, una música alegre que venía de la casa de al lado.
-Qué deprimente será para usted, Herminia -musitó la pianista-, vivir en esta casa, usted que es tan joven. ¿Cuántos años hace que está al servicio de la señora de Bersi?.
-Ocho años -contestó Herminia.
-Era muy joven cuando vino a esta casa, una niña tal vez.
-No creo que fuera tan joven. Otras chicas de mi edad, amigas mías, hacía ya cinco años que trabajaban en otras casas, cuando yo entré en ésta.

-Usted es una perla y como las perlas verdaderas, necesita ventilarse. ¿Sabe lo que sucede con las perlas verdaderas si se dejan encerradas mucho tiempo?. Pierden el brillo y a veces mueren, y nada las hace revivir, nada.
-Con los adelantos modernos, a lo mejor reviven.
-Qué adelantos modernos ni ocho cuartos. De todos modos me parece muy deprimente. ¿No tiene ganas a veces de irse a otros lugares, de viajar, de conocer el mundo? En fin, no sé, me imagino que una persona tan joven como usted debe de tener curiosidades en la vida.
-Nunca pensé en eso -respondió Herminia.
-Me gustaría tener una persona como usted en mi casa. Me invitaron a Estados Unidos, al Conservatorio de Chicago, para dar algunos conciertos; también a Italia y a Francia; la llevaría conmigo. Pavita, ¿por qué se sonroja?.
El corazón de Herminia palpitaba: ésta también traicionaba a la señora de Bersi. Cortó el hilo de la costura con los dientes y entregó el corpiño negro, relleno de gomapluma, a la pianista. Luego, sin decir una palabra, salió del cuarto de baño y cerró la puerta.
Una semana después encontraron a la pianista Lina Grundic muerta en el ascensor de su casa. El misterio de su muerte no pudo aclararse. No supieron si se trataba de un suicidio o de un asesinato.
Herminia, que también se llamaba Arminda, parecía más tranquila. Las visitas no acudían a la casa tan asiduamente. A decir verdad, tenían miedo de correr la misma suerte que la malograda Alma Montesón, que el Tuco Bersi, que Lina Grundic o que Lilian Guevara. Los días parecían más felices y la señora de Bersi tenía mejor semblante, estaba más alegre y conversaba como hacía mucho que no conversaba. En realidad parecía que su vida iba a prolongarse y que algún día saldría en los diarios como esas señoras que cumplen los ciento diez años o ciento veinte y que aparecen fotografiadas con una pequeña biografía de cómo hicieron para mantenerse sanas hasta una edad tan avanzada, de qué se alimentaban, del agua que bebían, de las horas que dedicaban al sueño o a los juegos de naipes. Y este milagro de su longevidad se lo debía a Herminia, así lo confesó ella misma a los cronistas.
-Dios concede a Herminia todo lo que le pide. Es una perla. Ha prolongado mi vida.

Ana Valerga

Ana, Ana, la llamaban y acudía corriendo como si la persiguieran. Los ojos de lebrel, la boca de anfibio, las manos de araña, el pelo de caballo, hacían de ella un animal más que una mujer. La conocí por

casualidad en el policlínico cuando acompañé a una de mis amigas a visitar a un niño que estaba internado allí. Por su cuenta, Ana Valerga había instalado en el edificio, en un rincón del garaje en desuso, una clase para niños atrasados, que le valió cierta fama en el barrio. Los niños eran difíciles de educar, algunos rebeldes y tercos, pero Ana Valerga tenía un sistema para domarlos: los amenazaba con un vigilante que los llevaría presos. El vigilante, que era amigo de ella, después de darle un beso, se colocaba estratégicamente detrás de una puerta para asustar a los niños. Ana también los amenazaba, cuando no estaba el vigilante disponible, con los monumentos de la ciudad; les decía que no eran de bronce, ni de piedra, ni de mármol, como creía la gente, sino de carne y hueso. Los indios, los caballos, los toros, los hombres y las mujeres aparentemente no se movían, pero bastaba que pasara un niño para que lo robaran. Lo que nunca había sabido era para qué los querían. En noches de insomnio, Ana Valerga ideaba modos de lograr la obediencia de los niños. Para que ellos creyeran las historias que inventaba, no vaciló en molestarse de mil maneras. Una vez persuadió al vigilante para que la detuviera, ante los niños, porque un vaso de agua se derramó; otra vez llevó, con un grupo de niños, maíz a un caballo de bronce; otra vez pan a mujeres de mármol; otra vez agua a un prócer. Los niños reaccionaron de un modo favorable: obedecieron, fueron más dóciles ante las amenazas. Si no hubiera sido por el desdichado Mochito, que estuvo a punto de perder la vida entre las flechas de los indios de mármol, de la plaza Gualeguaychú, una tarde, Ana Valerga hubiera progresado en su labor educativa; pero las autoridades cerraron su clase y la llevaron presa por practicar una enseñanza ilegal y por torturar a los niños enfermos. Las madres protestaron: los niños habían progresado, sin vacilar reconocían el nombre de los monumentos, de los próceres. No parecían muertos, como antes.

El enigma

Fabio, un compañero de colegio, solía venir a casa, a estudiar el piano, después de sus horas de trabajo. En su casa no había piano, ni dinero para comprarlo, ni lugar donde ponerlo si lo hubieran comprado. Era casi siempre al final de la tarde cuando Fabio venía a casa, tomaba un vaso de agua helada, picoteaba alguna fruta del centro de mesa y se sentaba al piano. Le pedíamos que atendiera el teléfono, si estábamos ocupados en algo importante o si teníamos que salir; así fue como un día, en lugar de estudiar el piano, se puso a hablar por teléfono. Las conversaciones duraban cada vez más tiempo y las posturas de Fabio

eran cada vez más cómodas. Primero de pie, después sentado en una silla, después sentado en el suelo, después arrodillado, después acostado en el piso.
-¿Con quién hablás? -yo le preguntaba, de puro celosa-.
-No sé. Una voz de mujer contestaba, y al ver mi asombro…
-No sé quién es, creeme; ni sé cómo se llama. No la conozco.
-Te felicito -le dije-. Perdés el tiempo.
Durante un mes duraron las misteriosas conversaciones telefónicas y un día, antes de irse a su casa, me llamó y me dijo:
-Tengo que pedirte un favor. La mujer del teléfono me citó en una confitería. Va a estar vestida de blanco, llevará un libro en la mano, una hojita de hiedra en la solapa y un perro. ¿Irías a ver cómo es?. Tengo miedo que sea una gorda o una vieja o una enana.
-¿Y qué tengo que decirle? -pregunté con inquietud.
-Según como sea.
-¿Si es gorda o vieja?.
-Que estoy tuberculoso o que me muero. -¿Si es una enana?.
-Que soy muy alto para ella -dijo riendo-. O que soy loco. Podrías pedirle una fotografía.
-¿Si es bonita?. ¿Acaso conozco tus gustos?.
-Si es bonita le das cita en un cinematógrafo, para el día siguiente, y le decís que no pude ir por razones de trabajo. Primeramente le pedís una fotografía.
-Trataré de conseguirla. Dame una tuya.
-Muy buena idea -contestó, satisfecho-. Es la única solución.
Buscó ese día entre sus papeles una fotografía y me la dio. La guardé en un cajón. Al día siguiente me vestí de mala gana, por la tarde, para salir. No tenía ninguna curiosidad por conocer a la mujer del teléfono. Perder el tiempo me causa horror; pero mi cariño por Fabio es tan grande que difícilmente le rehúso un capricho. Caminé dos cuadras, antes de advertir que había olvidado la fotografía. Volví a casa y busqué en el cajón. Tuve que llevarme un sobre lleno de fotografías, para buscar en el camino la de Fabio, pues había quedado mezclada entre las otras. Llegué a la confitería El Tren Mixto, frente a Constitución, a la hora convenida. La sala es grande, con muchas luces que se reflejan en muchos espejos y que me deslumbraron en el primer momento. Me detuve en la puerta de entrada, mirando sin ver a la gente, que estaba sentada frente a las mesas. Fabio me había dicho que la mujer estaría sentada en la cuarta o quinta mesa del lado de la entrada, hacia la derecha, con el perrito llamado Coqueto, a sus pies. La busqué y la vi muy pronto, pero no era rubia, como se había descrito a sí misma (según Fabio me dijo), sino más bien morena, con el pelo renegrido. Me

acerqué. Intimidada, tropecé con una silla al acercarme. Me dijo:
-Siéntese.
Me senté sin decir una palabra.
-En los primeros momentos uno no sabe qué decir -me dijo, quitándose los guantes-. Comprendo su turbación. Es tan natural.
-Fabio me pidió que le diga que no pudo venir porque está enfermo. Lo lamenta mucho. Le manda estos jazmines.
Le di el ramo envuelto en papel manteca. Aspiró el perfume de las flores.
-No me gustan los desencuentros -dijo-. No son de buen augurio. Del primer instante de una relación dependen todos los demás. Por eso esta circunstancia no me parece favorable.
-¿Es supersticiosa?.
-Muy -me dijo-. Más de lo que usted puede suponer.
-No creo que en este caso tenga que serlo -le respondí-.
-Éste o cualquier otro es lo mismo -me dijo-.
-Fabio quisiera tener una fotografía suya. Como un gran favor se la manda pedir.
-Tengo pocas fotografías buenas. Tal vez se desilusionaría si viera alguna.
-Aquí le manda la de él.
Saqué de mi bolsillo por error la fotografía de Raimundo Canino, el librero, y se la di. Ella la tomó y la miró distraídamente.
-No se puede saber cómo es una persona por una fotografía, si no la conocemos. Cuando conozca a Fabio, esta fotografía me revelará muchos misterios de su personalidad que aún no conozco. Sólo conozco su voz, que me perturba.
A partir de ese momento, la fotografía le sirvió de abanico.
-¿Quiere tomar algo? -me preguntó bruscamente-. ¿Té, un helado, una taza de chocolate?.
-¿Yo? Siempre tomo té. Es mi bebida predilecta.
No esperó que respondiera y llamó al mozo para que me sirviera un completo. Resultó mucho más natural nuestro diálogo acompañado de algunos sorbos de té y bocados de tostadas con manteca. Hasta reímos del apetito que teníamos.
-A mí me encanta el té de la tarde -exclamaba de vez en cuando-. Prefiero quedarme sin comer a cualquier otra hora del día.
Cuando estábamos por terminar la última tostada, llamó al mozo, pagó y me pidió que la llevara hasta la salida. Tuve la sensación de acompañar a una paralítica, porque no se desprendía de mi brazo. Me pidió además que llamara un taxi. En cuanto subió al taxi, me dijo antes de despedirse:

-Dígale a Fabio que lo llamaré mañana. -¿Y la fotografía? -le pregunté-. Buscó en su billetera.
-Aquí tengo una de la cédula. Parezco una criminal -me dijo, dándome la fotografía, al decirme adiós-.
Cuando volví a casa, Fabio me esperaba. El relato de mi encuentro con Alejandra no lo dejó satisfecho. No me atreví a decirle que la mujer parecía paralítica y que en vez de pelo rubio, tenía pelo negro, pero le di la fotografía, que le gustó. Durante un buen rato quedó mirándola, tapándole primero la boca para mirarle los ojos y la nariz, luego tapándole los ojos y la nariz para mirarle sólo la boca. Acercaba y alejaba la fotografía para mirarla con distintas perspectivas.
Los días pasaron. Fabio esperaba en el teléfono, pero Alejandra no llamaba.
-¡Qué le habrás dicho! -protestaba Fabio-.
-Lo que me dijiste, ni más ni menos.
-Es tan raro que no me llame.
-¿Por qué no la llamás vos?.
-No me dio su número. Si no me llama no tendré la oportunidad de verla nunca, nunca más. ¿Te das cuenta?. Fabio llegó a llorar amargamente.
-Alejandra volverá a llamar -yo le decía a Fabio, deseando que no llamara-.
Y Alejandra volvió a llamar. Inmediatamente Fabio quiso ver a Alejandra y la citó en un cinematógrafo, pero ella no accedió y quiso verlo en la confitería de la otra vez. Supuse que esa entrevista sería el fin de mi amistad con Fabio, puesto que él se enteraría de la fotografía del librero, que por error yo le había dado a Alejandra; no fue así. El curso de los acontecimientos fue inesperado. Cuando volvió de la cita, Fabio me dijo consternado:
-Me mandó una emisaria, pretextando un dolor de cabeza. Esa mujer me volverá loco.
-¿Quién era la emisaria?
-Una amiga de ella. Para desesperarme. Nada más que para desesperarme. Ahora sí que estoy enamorado.
Alejandra y Fabio tardaron mucho en encontrarse. Siempre sucedía algo, algún inconveniente por el que alguno de los dos no acudía a la cita. Presentían, tal vez, un desenlace trágico.
Al fin se dieron cita en la confitería El Tren Mixto. Acudieron trémulos de impaciencia y de amor. Coqueto, debajo de la mesa, les lamía los pies.
Después de hablar de mil cosas, que por teléfono no se pueden hablar, Alejandra, antes de despedirse, sacó, amorosamente de su cartera, la

fotografía de Raimundo Canino, que había encuadrado en un marquito de cuero, y la besó.
-No me separo de tu foto -exclamó enseñándole la fotografía-.
Fabio no supo si reír o llorar. En el primer momento creyó que era una broma.
Todo esto me lo contó en el paroxismo de la desesperación.
¿No la vio más?. ¿No pudo soportar ese engaño, ni esa cara de Raimundo Canino, besada, en una fotografía, por Alejandra?. ¿Se preguntó Fabio si fue por distracción o por cinismo que sacó de la cartera esa fotografía?. No me atreví a decirle nada. Quise confesarle mi error, pero no volví a verlo, porque se había mudado de casa y no dejó la nueva dirección.

Celestino Abril

A Estela.

Don Celestino era amigo de mi abuelo; esta amistad fue en nuestra familia al principio una honra y al final una vergüenza. ¿Vergüenza?. Todavía me resulta difícil creerlo. Don Celestino tenía un porte magnífico; desde todo punto de vista, era lo que se llama un caballero. Aun cuando don Celestino sintiera antipatía o agresividad por ciertas personas, su actitud hacia ellas equivalía siempre a una suerte de reverencia. Su elegancia era célebre. Las mujeres decían hablando de una nueva bufanda: "Esa bufanda tipo don Celestino", o de una boquilla a la última moda: "Boquilla de madera finísima, tipo Celestino". Recuerdo, más que su cara, los zapatos de gamuza, los guantes de invierno forrados en piel, las corbatas, tan bien combinadas con el color de su traje. Más que sus manos, recuerdo el anillo chevalier, con un zafiro, que llevaba en el dedo meñique; más que su pelo ensortijado, que peinaba con brillantina perfumada, recuerdo los sombreros que colocaba sobre su cabeza, hubiérase dicho, con el solo propósito de saludar. Era goloso: descubría yemas interesantes; acaramelados que duraban tres días, sin derretirse; alfajores más finos que las hostias; dulces de limón sutil venidos de La Rioja; bombones como nadie conoció iguales en Buenos Aires. Su amistad con mi abuelo comenzó cuando cursaban el bachillerato. Los dos pensaban seguir la misma carrera, medicina, que don Celestino abandonó en el segundo año, para irse a vivir a Bahía Blanca, donde tenía unos campos. Su hermano, que había acumulado una gran fortuna con una línea de colectivos al sur, parecía más modesto. Su cara era franca y alegre, se vestía muy mal,

llevaba zapatos amarillos o de un color rojo subido. Nunca pudimos averiguar si don Celestino sentía lástima o admiración por su hermano. El día en que éste murió misteriosamente (entonces no se supo si por suicidio o por asesinato), don Celestino lloró como un viudo. Era la única persona de su familia que le quedaba y, en cierto modo, el exceso de pena que demostró, pareció natural a todo el mundo. En el primer momento, quiso donar la fortuna de su hermano a algunas instituciones de caridad, alegando que no era digno de tantas riquezas pero sus amigos, especialmente mi abuelo, lo aconsejaron que no cometiera esa locura, ya que un día podría casarse, tener hijos y deplorar su incapacidad para darles el bienestar que tal vez merecieran. Don Celestino aceptó el consejo. Moderó sus gastos. Siempre elegante, dejó sin embargo de preocuparse por la ropa. Redobló su bondad con sus amigos, hizo obras de caridad, fundó tres escuelas en las inmediaciones de Bahía Blanca, donó un pabellón al policlínico del lugar.

La gente no cesaba de repetir que era un santo. Vivía sacrificándose por sus amigos enfermos o pobres. En un momento de su vida recogió a una mujer leprosa y desvalida, no tuvo miedo al contagio; después de muchas vicisitudes, obligado por el Instituto de Leprosos, tuvo que internarla, para que le hicieran un tratamiento.

Llegado el momento de su muerte, la gente acudía a su casa, sintiendo que perderían a un protector, una especie de padre o de consejero. Sobre su mesa de luz no faltaban las yemas ni los bombones ni los dulces ni los dátiles, para convidar a las visitas, que salían llorando, cargadas de dulces, de papeles de seda y de cintas. Modesto en su lecho de muerte, no quiso que lo agasajaran y llamó a un sacerdote, porque tenía urgencia en confesarse. La criada protestó diciendo que un santo no tenía pecados. El sacerdote acudió y, después de comer un bombón, un caramelo o unos dátiles, ceremoniosamente le dijo que se sentía honrado de confesar a un alma tan bondadosa y caritativa. Don Celestino protestó, y ordenó que cerraran todas las puertas de su cuarto, se incorporó, acercó su boca al oído del sacerdote para que no lo oyeran ni las estatuas, ni los retratos, ni las cortinas, que en esa casa ya eran como personas, y susurró:

-No padre, mi alma no es bondadosa ni caritativa; mi alma es simplemente hipócrita. He vivido de simulacros desde que murió mi hermano. Estoy asombrado. No podría a ciencia cierta confesar mi arrepentimiento, porque el horrorizarse de haber cometido un acto no significa a veces arrepentirse, sino verse de afuera. Ahora, sin embargo, que estoy en mi lecho de muerte, quiero confesarme de un horrible crimen que llevo en mi conciencia: maté a mi hermano. ¿Fue la codicia lo que me impulsó a cometer este crimen?. Siempre traté de

buscar alguna disculpa, sin hallarla, pero traté de redimirme, no por redimirme, sino para disimular. El dolor está en mi corazón como el carozo dentro del dátil reseco. No aproveché mi crimen. Ahora le pido la absolución, porque usted sabe que soy creyente y que voy a morir.
¿Vaciló el sacerdote?. Lágrimas corrieron por sus mejillas. Las lágrimas que deseaba ver en las mejillas de don Celestino, a quien tanto quería. Pidió a Dios que lo iluminara y respondió:
-Podré darte la absolución, hijo mío, si haces pública tu confesión. No muestras bastantes signos de arrepentimiento. Recítame, como en la infancia, el acto de contrición, para que Dios te ilumine. ¿Lo recuerdas de memoria?.
Don Celestino, sintiendo que le quedaban pocas horas de vida, rezó sin equivocarse, dio orden de dejar pasar a toda la gente, para que oyera su confesión. Las visitas y los sirvientes rodearon su cama. Exaltado por el relato del crimen, que cautivó la atención de la concurrencia, recobró el pulso y la respiración normales. Algún amigo lo aplaudió, muchos lo abrazaron, otros lo felicitaron al verlo beber, como los oradores, un vaso de agua.
El sacerdote, después de la ceremonia, lo absolvió. Los médicos no tardaron en darlo de alta.

La soga

A Antoñito López le gustaban los juegos peligrosos: subir por la escalera de mano del tanque de agua, tirarse por el tragaluz del techo de la casa, encender papeles en la chimenea. Esos juegos lo entretuvieron hasta que descubrió la soga, la soga vieja que servía otrora para atar los baúles, para subir los baldes del fondo del aljibe y, en definitiva, para cualquier cosa; sí, los juegos lo entretuvieron hasta que la soga cayó en sus manos. Todo un año, de su vida de siete años, Antoñito había esperado que le dieran la soga; ahora podía hacer con ella lo que quisiera. Primeramente hizo una hamaca, colgada de un árbol, después un arnés para caballo, después una liana para bajar de los árboles, después un salvavidas, después una horca para los reos, después un pasamanos, finalmente una serpiente. Tirándola con fuerza hacia adelante, la soga se retorcía y se volvía con la cabeza hacia atrás, con ímpetu, como dispuesta a morder. A veces subía detrás de Toñito las escaleras, trepaba a los árboles, se acurrucaba en los bancos. Toñito siempre tenía cuidado de evitar que la soga lo tocara; era parte del juego. Yo lo vi llamar a la soga, como quien llama a un perro, y la soga se le acercaba, a regañadientes, al principio, luego, poco a poco,

obedientemente. Con tanta maestría Antoñito lanzaba la soga y le daba aquel movimiento de serpiente maligna y retorcida, que los dos hubieran podido trabajar en un circo. Nadie le decía: "Toñito, no juegues con la soga".
La soga aparecía tranquila cuando dormía sobre la mesa o en el suelo. Nadie la hubiera creído capaz de ahorcar a nadie. Con el tiempo se volvió más flexible y oscura, casi verde y, por último, un poco viscosa y desagradable, en mi opinión. El gato no se le acercaba y a veces, por las mañanas, entre sus nudos, se demoraban sapos extasiados. Habitualmente, Toñito la acariciaba antes de echarla al aire; como los discóbolos o lanzadores de jabalinas, ya no necesitaba prestar atención a sus movimientos: sola, se hubiera dicho, la soga saltaba de sus manos para lanzarse hacia adelante, para retorcerse mejor.
Si alguien le pedía:
-Toñito, prestame la soga.
El muchacho invariablemente contestaba: -No.
A la soga ya le había salido una lengüita, en el sitio de la cabeza, que era algo aplastada, con barba; su cola, deshilachada, parecía de dragón.
Toñito quiso ahorcar un gato con la soga. La soga se rehusó. Era buena.
¿Una soga, de qué se alimenta?. ¡Hay tantas en el mundo!. En los barcos, en las casas, en las tiendas, en los museos, en todas partes...
Toñito decidió que era herbívora; le dio pasto y le dio agua.
La bautizó con el nombre de Prímula. Cuando lanzaba la soga, a cada movimiento, decía: "Prímula, vamos. Prímula". Y Prímula obedecía.
Toñito tomó la costumbre de dormir con Prímula en la cama, con la precaución de colocarle la cabecita sobre la almohada y la cola bien abajo, entre las cobijas.
Una tarde de diciembre, el sol, como una bola de fuego, brillaba en el horizonte, de modo que todo el mundo lo miraba comparándolo con la luna, hasta el mismo Toñito, cuando lanzaba la soga. Aquella vez la soga volvió hacia atrás con la energía de siempre y Toñito no retrocedió. La cabeza de Prímula le golpeó en el pecho y le clavó la lengua a través de la blusa.
Así murió Toñito. Yo lo vi, tendido, con los ojos abiertos.
La soga, con el flequillo despeinado, enroscada junto a él, lo velaba.

Coral Fernández

A Rosie.

Se llamaba Coral Fernández; llevaba siempre la oreja izquierda cubierta con el pelo y la derecha descubierta. Era tan bonita que en el primer momento pensé que era tonta.
Nos conocimos en un almuerzo campestre, para celebrar la inauguración del Club del Ciclista, en Moreno. Debajo de un bosquecito de paraísos florecidos estaban dispuestas las mesas; había una tarima con la orquesta, y un tablado para bailar. Nos tocaron sillas contiguas, durante el almuerzo. No nos hablamos al principio, pero en seguida nos sentimos recíprocamente atraídos. Existe el amor a primera vista, sin duda. Debajo de la mesa algo rozó la pierna de Coral, algo que no era una pierna escandalosa, sino un gato. Coral se sobresaltó, los dos nos agachamos para ver que había debajo de la mesa, y nos reímos. En un momento dado la saqué a bailar y me gustó su mano, y me gustó abrazarla, y me gustó su risa y su perfume. Ya declinaba el sol y todavía quedamos sentados en aquel sitio, tan seducidos estábamos el uno por el otro. Me acometió un pequeño mareo, un violento dolor de cabeza. Lo atribuí a una insolación, aunque apenas me había expuesto al sol. Ella humedeció su pañuelo en la jarra de agua y me refrescó la frente. Como soy regalón y ella cariñosa, con este acto empezó una intimidad. Al despedirnos le dije sinceramente que desde ese día en adelante un dolor de cabeza me traería el más agradable de los recuerdos: el de haberla conocido.
Teníamos los dos la misma táctica: no dejar ver el interés que sentíamos el uno por el otro. Durante un tiempo sólo nos vimos una vez por semana, en casa de amigos comunes. La casa tenía un jardín donde paseábamos apartados de la gente. Las reuniones se hacían los domingos por la noche, con juegos de barajas, baile, música. No necesitábamos vernos más, para saber que nos entendíamos maravillosamente bien.
-Lástima que siempre me toque verte el día de mi dolor de cabeza -le dije una vez, para disimular la emoción, pues era de emoción que me dolía la cabeza y que me insolaba-.
-Podríamos vernos cualquier otro día -dijo Coral, provocadora-.
Tomamos la costumbre de encontrarnos diariamente en confiterías, en cinematógrafos, en plazas, en cualquier parte, hasta en lugares que no menciono. Enfermé y la dicha se oscureció. No era una enfermedad cualquiera la mía: tan pronto me dolía la cabeza, o me resfriaba o me cubría de urticaria, o no podía enderezarme, o me ardían los ojos. Consulté a varios médicos, que me sometieron, en vano, a análisis de sangre, a radiografías. Los médicos se enojan con las enfermedades que no conocen. Mi enfermedad no tenía nombre. El médico aseguró que estaba sano. En el acto resolví que me casaría y que partiría,

casado, a Córdoba. Sin embargo, por cuestiones de trabajo, durante veinte días estuvimos separados. Yo debí hacer un viaje al Brasil y mejoré notablemente de salud.
Volví cambiado, lleno de energía y de entusiasmo. Coral me lo reprochó en cierto modo.
-Parece que te hiciera bien alejarte de mí.
Volvimos a vernos todos los días, pero pronto mi salud decayó y Coral volvió a reprocharme el cambio favorable que se producía en mi ánimo cuando estaba lejos de ella. Estaba celosa; celosa de su ausencia. Nos peleamos como dos niños. Finalmente me fui, con un sobrinito, a veranear a Tandil, y dije a Coral que me internaba en un sanatorio de enfermedades nerviosas. Le escribí cartas, pero le oculté mi dirección; le di otra, para que me contestara. Mejoré sensiblemente pero en los momentos en que tomaba la pluma para escribir a mi novia, las manos se me llenaban de eccema. Me curaba, me enfermaba, sucesivamente. Empezaban a arderme los ojos, ni bien recibía las cartas de Coral. Pedí al sobrinito que me las leyera. Tomaba la precaución de sentarme en la otra punta del cuarto, porque si estaba muy cerca de él cuando me las leía, sentía escozores en diversas partes del cuerpo, especialmente adentro del pabellón de los oídos. Mi amor por Coral, sin embargo, no declinó. Le escribí cartas apasionadas, diciéndole que no la vería nunca más y que si me amaba realmente aceptaría que yo no le diera explicaciones. Ella redobló su amor por mí. En las cartas me aseguraba:
-He pensado toda la noche en vos, sin poder dormir.
Esa noche yo, quejándome de algún dolor extraño, tampoco dormía.
-No pienses en mí -le suplicaba-.
-Entonces ¿cómo haré para vivir?. Verte me hace tanto bien.
-Nuestro organismo no nos permite estar juntos -le dije, sintiendo los estragos de su presencia en un acceso de tos-.
Telefónicamente le propuse que tuviéramos un hijo por inseminación artificial, después de casarnos por poder. La conversación telefónica fue breve, pero el trámite fue tan largo como penoso. Ninguna otra mujer hubiera aceptado la situación difícil en que yo la ponía frente a la sociedad. La aceptó con resignación. Nuestro hijo tenía que vivir. Veíamos ya su rostro en los más hermosos cuadros; el color de su pelo y de sus ojos, las virtudes que heredaría.
De vez en cuando, hago el sacrificio de escribir a Coral, tomando mil precauciones.
De lejos he visto a nuestro hijo salir de la escuela, pero no me acerqué a hablarle, por temor de que haya heredado el poder de la madre, que obró tan mal sobre mi organismo alérgico. Sé que tiene un retrato mío en la cabecera de la cama, y el cortaplumas de nácar de mi infancia, y

que, como yo, se llama Norberto; que ha heredado de la madre el perfil y del padre la facilidad para el dibujo.

Livio Roca

Era alto, moreno y callado. Nunca lo vi reír ni darse prisa para nada. Sus ojos castaños nunca miraban de frente. Llevaba un pañuelito atado al cuello y un cigarrillo entre los labios. No tenía edad. Se llamaba Livio Roca, pero lo llamaban Sordeli, porque se hacía el sordo. Era haragán, pero en sus ratos de ocio (pues consideraba que no hacer nada no era haraganear) componía relojes que nunca devolvía a sus dueños. En cuanto podía, yo me escapaba para visitar a Livio Roca. Lo conocí durante las vacaciones, cuando íbamos a veranear a Cacharí, un día de enero. Yo tenía nueve años. Siempre fue el más pobre de la familia, el más infeliz, decían los parientes. Vivía en una casa que era como un vagón de tren. Amaba a Clemencia; era tal vez su único consuelo y el comentario del pueblo. La nariz de terciopelo, las orejas frías, el cuello curvo, el pelo corto y suave, la obediencia, todo era un motivo para amarla. Yo lo comprendía. De noche, cuando desensillaba tardaba en despedirse de ella, como si el calor que se desprendía de su cuerpo sudado le diera vida y se la quitara cuando se alejaba. Le daba de beber para alargar más la despedida, aunque ella no tuviera sed. Tardó en hacerla entrar en el rancho, para que durmiera ahí, de noche, bajo un techo, en invierno. Tardó porque temía lo que después sucedió: la gente dijo que estaba loco, loco de remate. Tonga fue la primera que lo dijo. Tonga, con su cara amargada y sus ojos de alfiler se atrevió a criticarlo a él y a Clemencia. No se lo pudo perdonar jamás, ni ella a él. Yo también amaba a Clemencia, a mi modo.
En el cuarto de los cajones estaba la bata de seda de la abuela Indalecia Roca. Era una suerte de reliquia que yacía a los pies de una virgen pintada de verde, con el pie roto. De vez en cuando, Tonga y algunos otros miembros de la familia, o alguna visita, le ponían flores de mala muerte o ramitos de yerbis, que olían a menta, o bebidas dulces y de colores llamativos. Hubo épocas en que un cirio retorcido, pintado de colores, temblaba con su llama moribunda al pie de la virgen; por eso la bata de seda recibió gotas de estearina grandes como botones, que más que ensuciarla la adornaban. El tiempo fue borrando estos ritos: las ceremonias se espaciaron. Tal vez por eso, Livio se atrevió a utilizar la bata para hacerle un sombrero a Clemencia. (Yo le ayudé a hacerlo). Creo que de ahí provino su desavenencia con el resto de la familia. Tonga lo trató de degenerado y uno de sus cuñados, que era albañil, lo trató de borracho. Soportó los insultos sin defenderse.

Los insultos lo ofendieron después de algunos días.
No recordaba su niñez sino en la desdicha. Durante nueve meses tuvo sarna, durante otros nueve, conjuntivitis, según me contaba mientras cosíamos el sombrero. Tal vez todo eso contribuyó a hacerle perder la confianza en cualquier clase de felicidad para el resto de su existencia. A los dieciocho años, cuando conoció a Malvina, su prima, y que se ennovió con ella, tal vez presintió el desastre en el momento de darle el anillo de compromiso. En vez de alegrarse se entristeció. Se habían criado juntos: desde el momento en que resolvió casarse con ella, supo que esa unión no prosperaría. Las amigas de Malvina, que eran numerosas, dedicaron el tiempo en bordarle sábanas, manteles, camisones, con iniciales, pero ellos nunca usaron esa ropa, tan amorosamente bordada. Malvina murió dos días antes del casamiento. La vistieron de novia y la pusieron en el ataúd con un ramo de azahares. El pobre Livio no podía mirarla, pero dentro de la oscuridad de sus manos, donde escondió sus ojos aquella noche en que la velaron, le ofreció su fidelidad con un anillo de oro. Nunca habló con ninguna otra mujer, ni siquiera con mis primas, que son feas; en las revistas no miró a las actrices. Muchas veces trataron de buscarle una novia. Las traían por las tardes y las sentaban en la sillita de mimbre: una era rubia y con anteojos, la llamaban la inglesita; otra era morocha, con el pelo trenzado y coqueta; otra, la más seria de todas, era una giganta, con cabeza de alfiler. Fue inútil. Amó por eso a Clemencia entrañablemente, porque las mujeres no contaban para él. Pero una noche, un tío de esos que no faltan, con una risa burlona en los labios, quiso castigarlo por el sacrilegio que había cometido con la bata de la abuela, y de un balazo mató a Clemencia. Mezcladas al relincho de Clemencia se oyeron las carcajadas del asesino.

Clavel

Clavel era blanco y castaño. Las puntas de sus patas eran castaño oscuro, los ojos vivos, el pelo enrulado. Lo conocí en Tandil, en una casa de campo donde fui en mi infancia a veranear con mis padres. Me esperaba moviendo la cola, en la puerta de mi cuarto, a la hora de la siesta. Después de cinco días de conocerme, me seguía por todas partes y me quería más que a sus amos. Sus modales eran extraños e incómodos; se abrazaba a mis piernas, o a mi espalda, arqueándose como un galgo, cuando yo estaba sentada en el suelo. La amistad que yo sentía por él no me permitía juzgarlo severamente. Que fuera mal educado, que me levantara la falda con el hocico, no lo disminuía en mi estima. Un perro no puede conducirse como un hombre, yo pensaba.

Hace cosas raras, cosas de perro. Esas cosas de perro me perturbaban. Esas cosas de perro parecían más bien de hombres. Me repugnaba a veces. Yo le daba azúcar, pero lo mismo era que no se la diera.
La hija del casero tenía la misma edad que yo, la llamaban "La boba" y estaba confinada en el último cuarto del caserón, dedicada a remendar las medias de sus padres y hermanos, con un huevo verde de material plástico lleno de agujas, que me fascinaba.
-Tan chiquita y remendando -decía mi madre-.
A ella también Clavel la quería; era natural porque hacía mucho tiempo que se conocían. ¡Pobre Clavel!, su vida de perro consistía en visitarla y en visitarme, por turno. Rara vez nos encontrábamos los tres juntos. Supongo que mis padres me llevaban a hacer excursiones en las horas que ella tenía libres para jugar y en las horas que yo estaba en la casa la mandarían a hacer compras.
Me despedí con pena de Clavel; con menos pena de Bobita. Al poco tiempo supe, de un modo indirecto, que el casero había asesinado de un balazo a Clavel. Cuando pregunté por qué, obtuve diversas respuestas: Clavel estaba rabioso; el casero estaba loco; Clavel había mordido a la hija del casero. Conservo una fotografía de Clavel, pero no parece el mismo perro. Nadie lo enterró y algunas personas de la familia hablaron mal de él.

Albino Horma

Albino Orma era buen mozo y zurdo, pero manejaba bien la mano derecha.
Me dijo, un día, que manchando una hoja de papel con salpicaduras de tinta y doblándola por el medio cuando la tinta todavía estaba fresca, no sólo se podía (de acuerdo con la imagen que vería en esa mancha) sacar conclusiones sobre el estado psíquico de una persona, sino conocer también la fecha o la circunstancia de su muerte. Como a mí me interesaban las brujerías (él me aseguraba que se trataba de algo científico) acepté que hiciéramos la prueba. Nuestro idilio duró una semana. A veces yo no iba a las citas porque tenía que pasear con Irma. Salí un día con él, en bote, por el lago de Palermo. Nos acercamos a la isla prohibida y ahí nos bajamos. Después de besarme buscó en el bolsillo un papel y una lapicera fuente. Le retiró el capuchón a la lapicera y la sacudió sobre el papel hasta que se formó una gran mancha de tinta; luego dobló en dos el papel y lo oprimió con los dedos; cuando lo desdobló, vimos una figura extraña, que parecía un murciélago. Me explicó que la vida, a ejemplo de esa mancha, era simétrica y que entre las primeras y las últimas experiencias había una

relación estrecha. La vida era como esa mancha. Todo se repetía: si a los ocho años de haber nacido él había sufrido un accidente, ocho años antes de morir sufriría un accidente similar. Si a los nueve años de nacer el individuo había sido intensamente feliz, nueve años antes de morir volvería a ser intensamente feliz, por motivos parecidos. Si a los tres años probaba el gusto de la banana, tres años antes de morir descubriría, por ejemplo, el gusto parecido de la chirimoya. Si a los cinco años conocía a un Luis barbudo, cinco años antes de morir conocería a un Juan o a un Carlos barbudo. Con el pretexto de averiguar la duración de mi vida le hice confidencias. Sobre la mancha como sobre un mapa anotaba los hechos más sobresalientes, siguiendo los contornos de aquel dibujo monstruoso.

Comprobé que, en efecto, existía una simetría extraña, casi perfecta, entre mis primeras experiencias y las que consideré, en ese momento, mis últimas. Así fue como Albino descubrió mi traición y también mi muerte, que ocurriría pronto (por lo que me perdonó). Aquella etapa de mi vida correspondía, según sus cálculos, a mis seis años; el niño Juan que conocí en la plaza, correspondía a Albino Orma. Mientras las niñeras conversaban con íntima animación, nosotros, Juan y yo, escondidos detrás de los arbustos, jugábamos a juegos inocentemente obscenos. No recuerdo muy bien en qué consistían esos juegos, porque eran tan complicados que sólo un niño podría entenderlos. Devastados planetas oscilaban en mi memoria cuando viajábamos hasta la estratosfera en los columpios. Fornicar era una de las palabras más atrayentes en el libro de catecismo. Queríamos en la práctica descubrir su significado. Lo descubrimos. Juan era tan precoz como yo y me cubrió de oprobio cuando blandió su sexo como un palo contra mí. Soporté aquello con heroísmo, pero juré vengarme y lo hice en la primera oportunidad.

De una venganza a veces nace el afecto. Seis años era poco tiempo para vivir un amor tan apasionado como el nuestro. Albino se entristeció; yo en cambio sentí con más intensidad la alegría de mi vida, que empezaría a extinguirse.

La hija del frutero venía a casa, con el repartidor, y me hice amiga de ella. Jugamos en la plaza y me aparté de mi lascivo amiguito, haciéndole desprecios. El fin del amor de Juan estaba tan cerca de mi nacimiento, como el fin del amor de Albino de mi muerte.

Por pudor no relato los pormenores de mi experiencia con Albino Orma: concuerdan exactamente con los de Juan, el niño de la plaza. Con él también viajé hasta el cielo en los columpios, pues el amor nos vuelve a la infancia.

Anamnesis

Mi paciente tiene una idiosincrasia extravagante, un organismo con memoria, una sensibilidad, una presciencia infatigables.
Preparada desde la más tierna infancia para el contagio absorbe gérmenes y contaminaciones a velocidades incontrolables. Mejor sería no hablarle de incestos.
Un rencor ancestral duerme, más bien, vela, en sus entrañas. Séquitos de materias inalienables cuyos orígenes oscuros se desconocen hacen abortar sus mejores planes. No puede abrir un cajón para buscar un lápiz violeta. ¿Por qué violeta?.
Dice que las palomas tienen algunas plumas de ese color sobre el pecho.
Si interrogo extrañado: -¿Violetas? -protesta. -No. No son violetas.
Si insisto en preguntarle: -Entonces ¿por qué dice que son violetas?.
Responde: -Son como si fueran violetas.
No puede tapar el pomo de la pasta de dientes, ni recordar la fecha del cumpleaños de una persona que ofende el olvido. Cualquier pluma la mortifica severamente salvo las del pavo real que colecciona y guarda en una enorme caja de bombones. El incumplimiento variado de sucesivos suicidios (saltos en el abismo, venenos, tajos en las venas, tiros en el abdomen) modifican el esquema interior de su esqueleto.
Quien no la oyó reír no conoce la emoción de su fragilidad capilar.
Una aguja viajó por su cuerpo durante muchas horas.
Antes de llegar al pecho se detuvo: con un brillo helado cambió de rumbo y se clavó sobre la rosa artificial que sostenía en ese momento la mano delicada de mi paciente creyendo que formaba parte de la mano. Amó hasta el delirio una voz, una mirada detrás de un vidrio, sin otros aditamentos, una frase que una persona jamás llegó a decir pero que tal vez habría pensado sin expresarla con un leve suspiro pensando en otras cosas. Teme la giba de la ancianidad, el insomnio de la hipertensión en los espejos de tres cuerpos. Presiente la incongruencia de los espasmos abdominales el servilismo del riñón flotante en la epidermis de una fotografía de pasaporte, que no fue aceptada en el departamento central de policía. El pelo sufre las más extremas transformaciones: de noche sobre la almohada suena como la cuerda de un arpa.
Pasa del rosa al verde asomado a la ventana del día, eléctrico, estremece a quien lo toca. He oído decir a mi paciente que adopta voz de nena y a veces hasta de laucha para narrar su sensibilidad.
-Mi pelo tiene orejitas tiene también ojos (como la cola del pavo real).
Teme ver a una persona que desea ver con ansias en cambio se

apresura a ver a las que le son desagradables.
Como usted.
Un hombre que la mira mata a mi paciente. Un perro que la sigue la esclaviza.
Un niño que la busca la obnubila.
Un durazno maduro la hipnotiza.
Una tumbergia en flor la vuelve loca. Convendría no perturbarla. Transcribo nuestro diálogo:
-Los médicos me nutren de enfermedades numerosas para distraerme de las mías. Los caramelos sirven para esos fines: me convidan con microbios seleccionados porque me creen golosa y no quiero defraudarlos. Yo la interrumpo. -¿Defraudar a quién?. ¿A los caramelos o a los médicos?. A esta pregunta capciosa invariablemente contesta:
-A los caramelos porque los médicos no existen. Llego a una triste conclusión: Mi paciente es mentirosa.
Mas ¿cómo desentrañar la verdad de la mentira?. Si existe una verdad.
Mejor sería no ofrecerle caramelos sino comerlos en su presencia para despertarle el apetito. Mi paciente ama con el páncreas con el plexo solar y con la médula. Espera con la garganta y con las rodillas. Teme con las recónditas venas. Con el sexo promete ¿qué? nada que el sexo pueda dar. Oye con los pies y las axilas (aunque mienta diciendo que es con la boca). Aborrece con las arterias y con el riñón derecho (el izquierdo lo ha donado). Arbitraria, muerde con los omóplatos, operación difícil pero posible. Ningún cromosoma es tan sutil, ninguna fístula tan corrosiva, ningún virus tan arcano como su corazón, único órgano perfectible del cuerpo.
Tuvo relaciones íntimas con tres estafilococos dorados sobre almohadones de damasco amarillo. De un examen de fondo de ojo logré extraer sin modificaciones aparentes el diminuto cairel de una araña y un dije de plata minúsculo, con una figura grabada que no descifró ni pudo descifrar ninguno de mis colegas. Irritadas amebas, prestigiosos virus le anularon insustituibles años que ningún médico por competente que sea le devolvió.
Los movimientos del colon dibujaron graciosas figuras televisadas en blanco y negro parecidas al fondo del mar.
-En cada ser está el universo -exclamó con indiferencia-.
Sus excrementos olieron a jazmín cosa que no es frecuente, aunque el jazmín llegue a tener olor a excremento.
Masticó lentamente en un cerebro ilusorio los nombres propios que molestan la memoria de cualquier ser humano capaz de escribir una palabra sobre un papel de seda.
Huyó del escorbuto y del carbunclo con las alas que da el tiempo.

Huyó de la malaria en sucesivas reencarnaciones sin contar la viruela la lepra y la fiebre amarilla que buscó entre las rosas de un jardín oriental en las orillas crecientes de la putrefacción.
Y todo eso para seguir viviendo, muriendo, ignorando a veces que la voluntad del alma es una sola.
Heredó la barriga de una ninfa de bronce que sostenía una antorcha para iluminar el descanso antiguo de una escalera los celos incontenibles de la cocinera por toda voz telefónica la aguda vista de la bordadora que hacía las veces de institutriz francesa el remolino de la ceja derecha en un retrato del tatarabuelo la afición por los caramelos ácidos del consabido portero que le enseñó a jugar al truco a los cinco años con naipes húmedos y bolitas de vidrio la agilidad de la tía Clorinda que era capaz de treparse a una palmera para juntar huevos de urraca o de paloma a la hora de la siesta.
Heredó y esto parece una utopía el cutis de las magnolias que en los floreros daban con su perfume dolor de cabeza para el resto del día. Heredó con toda reserva el ímpetu avasallador de algunos adornos encerrados en la vitrina de una sala: un tigre de marfil rodeado por una serpiente con flores perversas.
Heredó la belleza iquisiera saber de quién! ella dice que la heredó de un plato sopero donde en el fondo de la sopa de tapioca, brillaba siempre Diana Cazadora.
De las consecutivas mañanas de primavera la mentira.
De un gato la entrega aparente de sí misma a cualquiera o a nadie. De Narciso en un libro de mitología amarse por sobre todas las cosas. Heredó del lebrel la elasticidad y la dulzura el color de los dientes y de la lengua y ese apetito incontenible frente a cualquier plato de carne condimentada.
Heredó el vaivén de la mecedora y del columpio de la plaza donde grabó en la madera del asiento sus iniciales.
De los sapos la voracidad sexual que dura tanto en apagarse como las noches de Alcmena.
Aunque nunca trabajó en un circo de contorsionista como era su vocación sus articulaciones tan flojas podían desmembrarse, lo he comprobado, en pocos minutos, sin instrumentos quirúrgicos ni la habilidad técnica que ya he olvidado pero que inspiraba la admiración de mis condiscípulos.

Clotilde Ifrán

Lloró todo el día por el traje de diablo que no le habían hecho. Faltaban tres días para Carnaval, la fecha de su cumpleaños. Su madre no tenía

tiempo para ocuparse de esas cosas.
-Buscate una modista. Ya tenés nueve años. Sos bastante grande para ocuparte de tus cosas.
El canto de las chicharras, las flores de las catalpas con elocuencia señalaban el verano y el maravilloso misterio de las proximidades de Carnaval. Clemencia buscó la libreta vieja donde estaban anotados los números de teléfono. En la letra M encontró el número de una modista que había muerto hacía ocho años. Decía así: Clotilde Ifrán (la finada). Pensó: ¿Por qué no la voy a llamar?. Sin vacilar marcó el número. La atendieron en el acto. Interrogó:
-¿Está Clotilde Ifrán?.
La voz de Clotilde Ifrán respondió:
-Soy yo.
Con todos los pormenores de sus desventuras Clemencia explicó lo que le sucedía. Clotilde Ifrán con bondad la escuchó. Prometió buscar el género. Tenía las medidas de Clemencia. Recordó que no hacía un año le había hecho un vestido de fiesta. Iría a probarle el vestido al día siguiente, a la hora de la siesta.
Clemencia no dijo nada: era la pequeña venganza que utilizaba en contra de su madre por no haberse ocupado del traje de diablo. Durante las horas que esperó a Clotilde Ifrán, Clemencia no comió ni durmió. Cuando llegó Clotilde Ifrán se sentía envejecida. No había nadie en la casa. Se hubiera dicho que los relojes se habían detenido. Clotilde Ifrán desenvolvió el traje, sacó las tijeras y los alfileres de su cartera, se enjugó la frente y, arrodillada frente al espejo, le probó el traje de diablo, que olía a aceite de ricino. Le quedaba muy bien, salvo los cuernos del gorro y las costuras del pantalón que en cinco minutos se podían corregir con unas puntadas.
-¿Cuántas diabluras harás? -musitó la modista con una sonrisa distraída.
Clemencia sintió una gran simpatía por Clotilde Ifrán y se echó en sus brazos.
-Te llevaría conmigo a mi casa. Tengo bombones y una careta preciosa -exclamó con ternura-, pero tengo miedo que tu mamá no te dé permiso.
-Tengo aquí la plata para pagarle la hechura -dijo Clemencia abriendo un monedero de material plástico-.
-Es mi regalo de cumpleaños -respondió Clotilde Ifrán, al despedirse-. Una luz oscura resplandeció en sus ojos enormes.
-Quiero irme con vos ahora mismo -protestó Clemencia-. No me dejes.
-Vamos -dijo Clotilde-.
Envolvieron el traje de diablo en un papel de diario para llevarlo y

dejaron la valija con el cepillo de dientes y el camisón. Las dos salieron tomadas de la mano.

Malva

Era preciosa, pero de improviso se volvía fea. Sus enormes ojos, sin perder el brillo afiebrado, podían achicarse; su boca sin labios también. La recuerdo en un casamiento rodeada de flores el día que la conocí. ¡Pobre Malva López!. Como en las cabinas de transmisiones, en las paredes de su dormitorio había corcho; como en las ciudades muy frías, géneros rellenos de guata; como en los cuartos de juguetes para niños, colores celestes por todas partes. De igual modo los picaflores instintivamente hacen sus nidos con el algodón del palo borracho, que aísla los ruidos, con flores de tilo que son sedantes, con pétalos de jazmines del cielo que son celestes. Yo sé que tomaba en lugar de té agua de azahar y en lugar de aspirina, Sedobrol, que ya pasó de moda. No parecía sin embargo nerviosa.
Cuando pienso en esta historia creo que soñé, pero la prueba de que no sueño está en los comentarios y chismes que oí a mi alrededor. La primera vez que Malva mostró su desmedido grado de impaciencia fue en la escuela, cuando tuvo que hacer un trámite para su hija. Media hora esperó que la atendieran en el patio de la escuela, luego otra media hora en la secretaría. Oír canciones folklóricas y zapateos en los pisos altos del establecimiento no bastó para tranquilizarla.
Durante ese lapso su impaciencia creció y la desfiguró. En el momento en que rompió con los dientes uno de sus guantes, se le cortó la respiración. Lo sé por una de las maestras de tercer grado que la vio. Cuando quedó sola -que esperara ese momento prueba que se dominaba un poco- se comió el dedo meñique de la mano izquierda. ¿Por qué el meñique y no el pulgar o el índice?. ¿Por qué el meñique?. ¡Debía de ser tan incómodo!. Felizmente los guantes no estaban del todo rotos y pudo esconder aquel día adentro del guante la mano ignominiosa. Dicen que Malva no sabía contenerse. Nada más falso. ¿No fue acaso por obra de su voluntad que contuvo la sangre de la herida que naturalmente hubiera corrido a borbotones revelando su oprobio?. Los yoguis, los espiritistas, sólo ellos pueden hacer estas cosas.
El segundo episodio ocurrió en un taxímetro, que la conducía a Villa Urquiza, a visitar a una señora enferma. En el paso a nivel de Belgrano R. bajaron las barreras en el preciso momento en que iba a pasar. La demora fue interminable. Primero pasó un tren que cambió de vía, después una locomotora que retrocediendo y adelantando maniobró como un juguete, durante más de un cuarto de hora; después un tren

de carga con fardos de avena y animales; después un raudo y vano tren eléctrico. En el ínterin Malva trataba de distraerse con unas plantas que vendían en un vivero, emplazado en los bordes de las vías. Reconoció los nombres de algunas flores y de algunas enredaderas. En un carrito estacionado junto al automóvil quiso comprar unas naranjas; se las pusieron en una bolsita de papel agujereado y, sin darle tiempo a subir al automóvil, cayeron y rodaron. Comenzó a crecer su impaciencia de manera alarmante. Recogió sin embargo las naranjas, una por una, para distraerse, pero no tuvo tiempo de llegar al automóvil; agachada, recogiendo la última naranja, se comió la rodilla hasta el hueso. Como la vez anterior no brotó sangre, como lo requería el caso. Subió al automóvil con la naranja en la mano. La falda felizmente le cubría la rodilla y de ese modo ocultó la herida, que era horrible.

El tercer episodio fue en la fábrica de alpargatas de la calle Moreno. Como las alpargatas iban a subir de precio, le convenía llevar por lo menos una docena. Después de elegir las del color y la forma que le gustaban, las pagó para apurar el trámite. El vendedor salió en busca de los doce pares de alpargatas. Cada vez que volvía era para treparse a una escalera de mano y hurgar en las estanterías. Malva creía que ya le entregaban las alpargatas restantes, pero el hombre con rapidez desaparecía de nuevo. Malva empezó a impacientarse. Ella misma, por su cuenta, empezó a probarse las alpargatas que sacaba de las cajas y que no correspondían al número que buscaba. De tanto ponérselas y quitárselas se le corrió un punto de la media Circe, el último par que le quedaba de un precioso color de zanahoria. En cuclillas siguió probándose, hasta que la portera del local, armada de una escoba, la barrió creyendo que era una sombra un poco más abultada que las otras. En ese momento Malva se mordió el hombro; era difícil pero en ciertos momentos, cualquiera hace una cosa difícil. El mordisco llegó, como en las ocasiones anteriores, hasta el hueso, y atravesó los tendones con suma facilidad.

A partir de ese día la gente comenzó a comentar malignamente la mano estropeada de Malva. Nadie pudo ver ni la rodilla, ni el hombro, ni otras partes magulladas, siempre cubiertas; pero la mano, aun con el guante, no lograba disimular la falta del dedo. Dijeron que en épocas anteriores a su casamiento, Malva, con serias dificultades económicas, había trabajado en una fábrica de embutidos y que ahí las máquinas le habían amputado un dedo. Mentiras todas, pues Malva jamás había carecido de medios para vivir holgadamente. También dijeron que en un picnic, a la hora de la siesta, un mono le había comido el dedo, creyendo que era un ejemplar de la bananita llamada dedito de oro. Malva nunca probó una banana, jamás fue a un picnic y menos en Brasil, donde hay tantos

insectos.
El mundo es perverso, pero Malva ignoraba lo que decían de ella. Esto fue una suerte, pues bastante desdichada era ya con lo que le sucedía. Sin poderlo remediar, fue destruyendo, en sucesivos momentos de locura, las partes más difíciles de alcanzar, de su carne. Por un ascensor demorado en algún piso, por un teléfono público que se tragaba las monedas, por un trámite demasiado largo en el Departamento Central de Policía, por una cola interminable formada en queserías, donde se encaprichaba en comprar personalmente queso Parmesano, por la conversación de una mujer charlatana, por la incompetencia de una vendedora que se equivocaba de mercadería y explicaba por qué se equivocaba, sin traer nunca la mercadería, quedaban pocas partes del cuerpo de Malva sin mordiscos que llegaran al hueso. Ella, tan aficionada a vestirse con trajes de baño o de baile, rehuía los veraneos y los bailes, porque no podía exhibir su piel.
En los últimos tiempos en que mis amigos la vieron no necesitaba de casi nada para impacientarse. La última vez fue por un pucho encendido, que el marido tiró sobre la alfombra, recién traída de la tintorería. El espectáculo resultó sorprendente. Yo no sabía que Malva tuviera tanta elasticidad en el cuerpo. Hubiera podido trabajar de contorsionista en un circo. Se arqueó como una víbora, y echando la cabeza hacia atrás, se mordió el talón, hasta arrancárselo. Felizmente llevaba puesta una culotte negra, de otro modo el espectáculo hubiera sido indecoroso. Había gente: el ministro de educación y una pianista italiana, a la elegante luz de las velas. Algunas personas estúpidas aplaudieron. El marido de Malva la arrastró, no sé dónde, fuera de la sala. Una hora después apareció solo y anunció que su mujer se había sentido mal y que se había acostado. Al alejarse, poniéndose bufandas, sombreros y abrigos, las visitas murmuraron algunos lugares comunes: "Hay que nacer acróbata", "Hay que empezar desde la infancia", "No se pueden hacer esas cosas de un día para el otro", "Hay que dar tiempo al tiempo", "¿Se acuerdan de Claudia, cuando se desnudó?", "Y Roberto que perdió el brazo izquierdo", "Caramba, caramba".
Al día siguiente me anunciaron la muerte de Malva. Fui al velorio. Le habían cubierto la cara con un velo espeso. Supe que no habían tocado ningún objeto de su cuarto, para que yo eligiera, en memoria de ella, el que más me gustaba. Me hicieron pasar. En el suelo quedaban aún las marcas de pasos mojados, sobre la madera del piso, que comunicaba con el cuarto de baño. Las miré atentamente. No eran improntas de pies humanos. Parecía que un perro o un lobo hubiera rondado por ahí. Sobre su mesa de vestir miré el peine y el cepillo con restos de cabellos. Pero, qué digo. No eran cabellos; nada de humanos tenían

esos pelos cortos, duros, negros, con las puntas rojizas. Al pie de su cama encontré tres huesos, realmente preciosos, de forma caprichosa. Reconocí el buen gusto de Malva, que descubría la belleza en todas partes. Pregunté a su marido para qué Malva coleccionaba esos huesos, aunque bien sabía que eran adornos. Me respondió que los usaba para afilar sus dientes. "Era tan excéntrica" agregó con risa de lobo. Entonces recordé la risa contagiosa de Malva. Una risa extraña, aguda, intempestiva, tal vez contagiosa. A veces yo misma me sorprendo riendo así.
No creo que nadie la quisiera mucho; a mí se me cayeron las lágrimas. ¿Acaso uno quiere a las personas por sus cualidades morales?. El cariño es un misterio.
Volví junto al cajón, que habían dejado solo, y arranqué el velo que la cubría, para verla por última vez. Debajo del velo, que temblaba a la luz de los cirios, no hallé nada, sino el horrible encaje tieso y blanco, destinado a adornar a los muertos.
Nunca sabré si Malva murió, si se destruyó íntegramente a mordiscos, si está encerrada en algún lugar de la ciudad o en selvas de Brasil, donde a veces sueño que se ha perdido, después de huir en un barco. Esta ciudad no era para ella. Que terminara tan pronto de comer su propio cuerpo era humanamente imposible. Yo creo que aún le quedaban muchos dedos, una rodilla, un hombro, la nuca, las pantorrillas, todos sitios alcanzables para la boca de una contorsionista como ella. No ha muerto, pensé, y esta sospecha me pareció más horrible que la certidumbre de su muerte.

Fidelidad

Nadie sabía que éramos amigos. Nadie oyó los diálogos, ni vio las miradas que nos sirvieron de vínculo. Nadie sabía que año tras año nos citábamos, a mediados de la primavera, en la glorieta silvestre de las barrancas que daban al río, y que estas entrevistas duraban hasta el fin del otoño, y que año tras año, como sucede en los cuentos y en la vida real, hablábamos de las mismas interminables, íntimas cosas. No faltábamos jamás a las citas. Yo acudía a veces con un sombrero de paja sucio, cuyas alas pintaban sombras en mi cara ovalada; ella, con un reflejo alado en sus ojos parpadeantes. No sé bien de qué hablábamos, pero me aventuro a evocarlo: yo, de un anzuelo con carne cruda en la punta del hilo de una caña de pescar; ella, de un hormiguero importante, con túneles y edificaciones sólidas; yo, de una estatua de terracota y de un avión, y del avión a chorro; ella de las semillas que hay en la basura; yo, de las fornicaciones debajo de los

puentes; ella, de los gusanos, de las almendras, de las flores violetas de los paraísos, del estiércol dorado; yo, de los zafiros, de las esmeraldas, de los rubíes del reloj. La muerte no nos separaba. La muerte no interrumpía el coloquio inalterable de nuestras voces. Sin embargo el tiempo pasa, suele pasar a veces.
-No me amas bastante -yo le decía-. A veces tengo que esperarte.
-¿Qué es amar? -me preguntaba-.
-Amar es una cosa siempre diferente -le respondía-.
-¿Pero qué sabor tiene?. ¿Qué hábitos?.
-Sabe a miel, a lluvia, a polvo, a barro, cuando llueve. Sus hábitos son múltiples, tan maravillosos como horribles a veces.
-¿De qué te servirá?.
-De nada.
-¿Para qué quieres que te ame, entonces? -Para que podamos hablar-.
-¿No hablamos?.
-No hacemos otra cosa.
-¿Entonces, te amo?.
-Me amas, sin duda me amas.
Cuando llegábamos a proferir estas últimas frases, la noche invariablemente caía y el sueño nos tumbaba en nuestros lechos. A veces soñábamos el uno con el otro. No soñábamos con otras cosas. El sueño no nos separaba, tampoco nos separaba la muerte, ni el trabajo, ni las distracciones, ni la crueldad, ni la familia. Sin embargo el tiempo pasaba y como suele acontecer pasaba junto a la felicidad, rozándola, carcomiéndola como si no hubiera existido. El sombrero de paja cada vez más sucio, amarillento como las hojas encendidas de una fogata, se rompía; la glorieta se resquebrajó en sucesivas tormentas. Yo cambié de vestiduras y de costumbres. Casi podría decirse, de cuerpo. La ingratitud no es necesariamente pura.
Distraído, ya borracho, acudía al Night Club y acariciaba con la punta de los dedos y de las miradas las alas de la amada ausente convertidas en otras alas, los ojos convertidos en otros ojos. ¿Se trataba de un ángel?. Una descripción minuciosa nos ayudaría tal vez a descubrirlo. Unos pequeños espejitos en forma de rombos o de triángulos pegados a un tul azul eléctrico relumbraban en las noches; sobre esas capas consecutivas de tul se hallaba un corselete verdoso de terciopelo, cuya suavidad se asemejaba a los pétalos de las rosas; un acerado relámpago de lentejuelas repetidas al infinito, irisaba el contorno del ruedo de esa falda que se plegaba y se desplegaba al viento como dentro del agua las aletas de algunos peces, o algunas plumas de la cola, en abanico, del pavo real. Se trataba del vestido de una mujer, y como ese vestido revestía un cuerpo creía que me había enamorado del

cuerpo.
Todo el mundo oyó las palabras que nos decíamos (sólo la infancia mantiene secretos inviolados). Para besarnos, a veces nos demorábamos en los zaguanes, en los corredores, en los ascensores, para ocultar los proyectos que nos decíamos al oído. Todo el mundo sabía que éramos amantes y que nos encerrábamos en los cuartos de una casa amarilla, con las persianas cerradas, para escondernos.
-No me amas bastante -yo le decía-. A veces tengo que esperarte, no compartes mi ansiedad.
-¿Qué es amar?.
-No me lo preguntes, el mundo está lleno de trampas. Amar es sufrir, pero también es la felicidad (o se le parece).
-¿Para qué quieres que te ame si amar es sufrir y la felicidad es ilusoria?.
-Para que hablemos. -¿No estamos hablando? -Sí.
-Entonces, te amo.
Y dejaron de hablar. El vestido estaba sucio, roto, no brillaba en la noche. ¿Dónde estaban sus alas, sus espejitos? -Un día me olvidaste.
-Nunca te olvidé. Amé tu recuerdo en un vestido -dijeron en la glorieta las dos voces que nadie oyó-.

El chasco

Yo fui acompañada por una señora. Estaba enteramente nerviosa hasta que llegamos. Tres horas duró el viaje, en automóvil, por caminos de tierra. Había barquinazos y un pantano donde casi nos quedamos a pasar la noche.
Llegamos con el último rayo de sol.
En un conventillo, en un patio, estaba el cuerpo; lo habían colocado en un sillón; no era un sillón, no era una mesa, no era una cama; era una especie de cama turca. Yo la miré y me di cuenta de que no era Eleodora... por el pelo, por la frente, por las manos que las tiene tan bonitas. Ahora usted sabe que muchos muertos cambian; no parecen la misma persona.
Por momentos me sentía muy decaída. ¿A usted no le pasa a veces? Yo me sentía que no era yo. Yo era otra persona. Tuve que tomar algo en el hotel de enfrente. No sé explicarme. En el pueblo de Chascomús, en un conventillo, en un corralón más que un conventillo, ahí, en una especie no digo de cama, en una especie de diván turco, estaba el cuerpo. Yo temblaba. Lo destaparon y al destaparlo me di cuenta de que no era Eleodora. Tenía un traje azul, tipo camisa, pero reconocí que no era ella, por el pelo, por las manos. No eran las manos de Eleodora,

porque Eleodora tiene unas manos con anillos muy finos. En seguida la taparon con unos trapos viejos, con una lona. Un detalle desagradable: había muchas moscas. Había dos de la policía, gente de allí. Había un padre, un cura para darle ¿cómo se dice? la bendición que se les da a los ahogados. Cuando me mostraron el cuerpo, no podía creer. Estaba un poco pálida y dije "Oh, Eleodora", pero después me di cuenta de que no era ella. Buscaban a alguien que conociera el cuerpo. Eran exactamente las dos menos diez de la mañana; a esa hora hace frío aunque sea verano. Me cubrí con un poncho las rodillas, porque en las rodillas es donde se tiene frío. Haría tres o cuatro horas que la habían sacado de la laguna de Chascomús. El cadáver no estaba descompuesto. Estaba mojado, eso sí, como un alga; estaba rodeado de agua, de charquitos de agua.

Era flaca, más bien flaca, de treinta años, pómulos hundidos por la desesperación de los ahogados. Se me borraron muchas cosas, ahora me acuerdo; había paisanos impresionados. Entre ellos hablaban. Había un médico, sí, un doctor que tomaba los datos. Y me preguntaron varias veces, muchas cosas. Decían, allí, todos, que la conocían: que era una Eleodora Albert, una borracha que no sabía lo que decía. Trabajaba de cocinera, en una casa. La habían visto de noche a esta Eleodora Albert en un café, en una taberna más bien, en un almacén, usted sabe, donde los hombres se emborrachan con grapa.

Yo la sentí mucho, créame. Con decirle que la lloré por teléfono, antes de saber que no era ella. Fue un chasco.

Parece que ahí en Chascomús había una mujer, ¿cómo explicarle?. Una mujer de mala vida, una loca, una mujer cansada de la vida. A esa mujer le gustaba ir a la laguna. Como quien se tira desde un balcón se tiró a la laguna, porque no sabía nadar, en cambio Eleodora sabía nadar muy bien y por eso iría a la laguna. Ahora está la diferencia de clase, se nota en seguida que no era de nuestra clase. Yo lo noto en seguida en las personas muertas. Por las manos, por la cara, por más que Eleodora está en malas condiciones: olor desagradable, pelo sucio, no se lava los dientes, mal vestida. Se ve que es fina cuando se arregla. Le juro por Dios que no se baña hace un año, me lo dijo últimamente. Aunque siempre tiene los ojos brillosos como de terciopelo y el pelo bonito, castaño.

Cuando estuvo en el colegio de La Esperanza, en la calle Viamonte 318, ella estaba con los Ositos. ¿No conoce los Ositos?. Los Ositos eran los chiquitos huérfanos. Ella era la educadora de estos chicos, que llamaba los Ositos. La llamaban de sobrenombre o de seudónimo Ella.

"Ella, Ella", la llamaban los chicos en un gran patio. Los llevaba todos los domingos a misa a los Ositos. Y la compañera de ella era Herminia

Panseco. Voy a decirle la verdad. ¿Sabe lo que hacían?. Repujados. Tengo verdaderos adornos hechos por Eleodora Albert. Ahora le voy a contar algo interesante. Antes de que se fuera a Chascomús, me vino a ver un chico, uno de los Ositos, que era bizco pero bueno, me dijo que la encontró tirada, completamente, en Leandro Alem. La ayudó a levantarse, con dificultad, porque es flaquito y la llevó a su departamento y lloró porque era su educadora. "A nosotros, los Ositos, Ella nos enseñó el bien y la encontramos perdida" me dijo. El chico lloraba, le aseguro. Con decirle que se le manchó la camisa. Ahora está empleado: fue Osito de ella. Eleodora, con un delantal blanco, enseñaba religión muy seriamente, clase de dibujo también. Ella no sabía dibujar.
En el colegio no tenían baño. Era impresionante. ¿Por qué, yo digo, Eleodora Albert, tan religiosa, tan refinada, vivía tan mal?. Entonces fue cuando Herminia Panseco la dejó para irse a Córdoba.
Despachó a los chicos y tocó las campanas, y me llamó y me besó. Quería que quedara con ella en esa casa, con ese Cristo, figúrese. No dormí con ella. Le puedo llevar chicos que le pueden contar lo que yo le cuento. Existe un colegio y la puerta del colegio La Esperanza todavía está en la calle Viamonte 318.
Siempre que la encuentro a Eleodora, ahora la encuentro lastimada. No es que la golpeen. Es una cosa rara.
"¿El estado de ella?" pregunté. "Es el último de una mujer" me dijeron. Era como una hermana de Caridad. Yo conozco a las hermanas de Caridad.
El amor de ella era la de Panseco. Ahora ella quiso vivir conmigo. Yo me reí a carcajadas. Le juro que Eleodora era todo para mí. Cuando alguien hace algo por ella se acuerda. Tenía mujeres y varones, pero Herminia no le daba las mujeres para las clases de dibujo. Porque usted sabe que hay mujeres que se enamoran de chicas chicas, chicas de conventillo, pero monas. Lo disimulaba bien. Eran como beatas, pero yo me di cuenta.
Era buena, muy buena. Los chicos le tenían terror. No les pegaba en el sentido de pegarles; les gritaba. Como educadora, no tiene mucho dominio. La adoraban, le temblaban. ¡Que ojalá mis sobrinas tuvieran una gobernanta así!. Sacaba a los chicos a tomar sol y aire en colectivo. ¿Y quiere que le diga la verdad?. Me hacía hacer ejercicios a mí también. Era una maravilla.
Ella era como la leyenda de los Ositos. Es un cuento, un cuento de chicos.
"Pobre Ella" dicen los chicos todavía.
Después, tuve la noticia que la encontraron viva, más allá de Sevigné,

en muy malas condiciones. Lastimada, herida no, lastimada, con la ropa destrozada, rota, y que la recogió el Ejército de Salvación.
Yo la sentí mucho, créame. Con decirle que la lloré por teléfono, antes de saber que no era ella. Fue un chasco.

Mi amada

Tenía los ojos verdes y alargados.
Soy dibujante y por eso tal vez pienso detalladamente en el cuerpo de Verónica, aunque admire sus excelencias espirituales y la ame profundamente. No debía sin embargo amarla: fui traicionado, abandonado por ella, pero si pienso por un instante sólo en su cabellera, tengo que amarla y olvidar el reiterado mal que me hizo.
La cabellera es tan inmemorial en el amor, tan cantada como la luna en el cielo para los poetas. Sirvió de don y de castigo. Berenice la ofreció a Venus, Santa María Magdalena secó los pies perfumados de Jesús con ella, ¿por ella no fueron arrastradas a la muerte Santa Catalina, Desdémona, la mujer de Barba Azul?. ¿La reina Filomena no la extendió como una alfombra para que el rey se arrodillara frente a ella la noche de sus bodas?. Y decía otros disparates por ese estilo. Fue lo primero que conocí de Verónica y algo que no llego nunca a conocer del todo. Si quisiera decir de qué color es, no podría: no por las tinturas (mezcla de manzanilla y de agua oxigenada) que después supe que usaba, sino por la calidad de los reflejos que se infiltran en ella como en los caireles de las antiguas arañas, que llevan los colores del arco iris. Desatada, caída sobre los hombros parece un manto cuyo ornamento principal es, en las puntas, el fleco, que podría servirle de flequillo; a veces es una enredadera torturada y sinuosa; a veces una cortina fresca que juega con el viento o que me ampara; a veces una carpa donde se esconde y donde no me deja entrar. Me sirvió de pañuelo, de almohada, de velo, de tapiz, de venda, de vestidura, de cubrecama, de adorno. Fue lo primero que conocí de su cuerpo. Ciertamente la toqué antes que a sus manos sobre la arena húmeda como si hubiera sido una planta junto a los tamariscos. Ella tenía sueño aquella mañana (lo supe después), y detrás de sus anteojos de sol, yo no podía saber que sus párpados estaban cerrados. Sabía en cambio que su cabellera enmarañada y fina se estremecía cuando el viento sopló sobre mi boca. Me buscaba sin que ella lo sintiera. La respiré, la mordí, la besé contra la arena. Desde aquel día fue mi cómplice, mi partidaria, aun cuando nos peleamos.
Estábamos en una de esas playas cuya arena es como el fondo de algunos bajorrelieves griegos donde no cabe ninguna otra figura ni adversa ni amiga. No advertíamos la promiscuidad de nuestros cuerpos,

bajo el sol que nos estremecía. Apoyé clandestinamente mi cabeza sobre su cabellera (que había extendido sobre una toalla), para soñar que era mía. La toalla era celeste, con grandes flores de relieve y con un fleco impecable que se mezclaba con las puntas del pelo: era una suerte de continuación del cielo. Pero alguien a su lado le hablaba y al mirar el dibujo de las sombras sobre la toalla entreví lo que significaba el sonido de su voz contestando amorosamente a otra persona que la conocía, que conocía su nombre, su edad y tal vez los secretos más íntimos de su vida. No me dolió. Me indicaba sin embargo la presencia de otro cuerpo que la amaba. Antes que existiera mi amor, ya existía esa entrega total de mi ser. Antes que existiera nuestro vínculo, existió mi confianza ciega, incondicional, resuelta. Se volvió y me miró fulminándome con la mirada. El movimiento de uno de mis pies impacientes llenó de arena su pelo. Tuve que alejarme, arrancarme, separarme.

El mundo moderno con sus hacinadas playas permite la originalidad de estos encuentros. A veces quisiera haber vivido en otras épocas, pero en este episodio fui un privilegiado.

La cabellera de Isolda, la de Julieta, la de Melisandra, que bajaba por la ventana al encuentro de su amante, ninguna puede compararse con la de Verónica.

Me abrazaba sobre los sitios donde se había acostado; buscaba el hueco donde se apoyaba mi cabeza para susurrar a mi oído aquí estoy, bésame.

Durante mucho tiempo conocí sus estados de ánimo por su cabellera, cosa que la perturbaba. Menos informativo es un termómetro. Era lacia y un poco más oscura cuando estaba triste, también lacia (de un modo inconfundible) cuando había hecho el amor; era lacia también cuando no se preocupaba en parecer más bonita o más seductora. Era ondulada cuando estaba en la naturaleza, dentro de la naturaleza como dentro de un huevo que no quería romper para salir; era ondulada también cuando se enfurecía por motivos injustos; enrulaba entonces en uno de sus dedos un mechón y lo martirizaba hasta cansarse de él; era ondulada también cuando se despertaba después de haber dormido en posturas desesperadas sobre la almohada.

Muchas mujeres usan peluca para fingir que tienen más pelo, pero ella no necesitaba ese agregado. Sobre su cabeza planea la cabellera como una aureola de santa, que no participa de sus vicios. Gracia divina que es de ella pero sin embargo no del todo suya: está unida a ella, pero separada por no sé qué mágica sombra del nacimiento.

¡Cómo habría yo guardado las cintas que amorosamente trenzaron (conviviendo con ella) su cabellera de niña!. ¡Cómo habría yo guardado

las puntas cortadas de pelo, que cayeron en los pisos de las peluquerías o de su casa, cuando se lo recortaba la madre, la tía o la sirvienta, para jugar a las peinadoras, o para tratar de arreglarla mejor en un día de fiesta!. ¡No lo puedo saber!. ¿Cómo podría comprender que yo amé (aparentemente) una parte de ella más que a ella misma?.
En el hotel La Madreperla, sentada en una mecedora, se secaba el pelo con una pantalla. Su vida se resumía en verano a secar y mojar, mojar y secar, el pelo que envolvía con numerosas horquillas; no me importaba su holgazanería. El verano es para eso. Su tarea de dactilógrafa la cumplía estrictamente cuando terminaban las vacaciones. "Nunca me divierto" me decía; "No me gustan las fiestas. No parezco una chica moderna." Agregaba suspirando: "Soy anticuada. No me pinto los ojos, no fumo ni bailo rock and roll. A veces me da vergüenza."
Fui feliz con ella hasta el día en que le regalé el peine perfumado. Un peine de ámbar que usaba con insistencia voluptuosa. En vano la visitaba y la esperaba. Siempre en el momento de besarla blandía como un arma el peine perfumado y se peinaba nerviosamente, ignorando mi presencia. Nunca supimos cómo se le formaban aquellos interminables nuditos en el pelo, que había que desenredar.
-Verónica, un día acabaré por ahorcarte con tu propio pelo -le dije-. Dame el peine.
-El peine es mío. Podés hacer lo que quieras conmigo, pero no con el peine -me contestó, tendiéndome un largo mechón tentador-.
-Sería fácil –exclamé-.
-Ya lo creo -me dijo-.
Tomé en mis manos su cabellera que dividí rápidamente en dos, le crucé las dos partes debajo de su mentón y las anudé alrededor de su cuello con fuerza. Su cara se puso roja, saltaron las venas de su frente, puso en blanco los ojos, sacó un poco la lengua.
-Esta es tu obra -le dije-.
Pero no me oyó. Se había desvanecido. Su mano no soltó el peine perfumado. No logré estrangularla gracias a la suavidad de su pelo, cuyo nudo se deshacía para defenderla o para contrariarme, o para salvarme de un crimen.
Ahora, Verónica rehúsa verme. A veces me llama por teléfono.

Amancio Luna, el sacerdote

Tenía un triángulo verde en el iris castaño de uno de los ojos, el pelo oscuro y lacio, las mejillas hundidas, los pómulos salientes, la boca violeta, como una cicatriz. Lo vi una vez en mi vida, cuando yo tenía

ocho años, pero nunca pude olvidarlo. Durante un veraneo, tuve una otitis infecciosa; mi madre me llevó a verlo al monasterio. Hacía mucho tiempo que yo sufría de dolores de cabeza cuyas causas ningún médico supo descubrir y yo sabía que me llevaban al monasterio como a otro consultorio. Esperamos a Amancio Luna en un enorme patio lleno de sol; los canteros tenían piedritas bien cuidadas y una preciosa profusión de naranjos. Para endulzar mi sufrimiento mi madre me regaló aquel día un paquete de caramelos. Cuando apareció Amancio Luna, con su hábito oscuro y su rostro grave, me inquieté. Luna se caló las gafas. Ceremoniosamente nos hizo pasar a su celda; me quitó el paquete de caramelos y el abrigo. Después de mirarme la oreja, salió al patio a buscar algo y volvió. Volvió con una piedrita que me aplicó a la oreja. Me pareció al principio que la piedrita me quemaba; luego sentí un bienestar extraño.

-¿No te duele? -inquirió el sacerdote-.

Sacudí la cabeza. Mi madre tímidamente le preguntó: -¿Cura con piedritas?-.

En efecto, era un cura con piedritas, pero advertí después que mi madre le preguntaba si curaba con piedritas las enfermedades. El sacerdote tardó en contestar porque buscaba en mi oreja algún lugar que seguramente era la clave, el álgido punto donde actuaría mejor el calor milagroso de la piedra. Hábilmente colocó la piedra sobre el pabellón de mi oreja, luego puso mi mano en el sitio donde estaba la suya para que yo misma sostuviera la piedra. Se acercó a un mueble, abrió un largo cajón lleno de piedritas y las señaló:

-Estoy en este monasterio gracias a estos objetos aparentemente insignificantes -dijo con lentitud-. Cuando yo tenía la edad de esta niña -prosiguió- jugaba con las piedritas del jardín. El jardín estaba aquí emplazado y rodeaba mi casa natal. Yo no quería salir del jardín, porque ahí me entretenía más que en ninguna otra parte, y con razón. Una vez descubrí que en cada piedra Dios me mandaba un mensaje divino.

Entre el pulgar y el índice el sacerdote tomó una piedra y, haciéndola brillar en el aire, la mostró.

-¿Qué ve usted acá? -preguntó a mi madre-. Un monasterio ¿verdad?. ¿Reconoce la fachada?. Es éste. Estaba en esta piedra, antes de que yo lo hubiera hecho construir.

Mi madre suspiró elocuentemente.

-¿Y su casa, la casa donde nació? -preguntó mi madre-.

-No pude conservarla. Resultaba costoso mantener los dos edificios. La hice demoler.

-Qué pena -exclamó mi madre-, era tan linda. Yo la veía siempre

cuando iba a la escuela. Me detenía a mirar los leones de piedra del portón y el aljibe con el brocal de mármol.
El sacerdote hizo un ademán como de espantar una mosca y prosiguió con sus preguntas:
-¿Y acá? -dijo, tomando otra piedra, como si fuera un bombón de chocolate.
-Veo a la Virgen con el Niño -susurró mi madre, que se sonrojó vivamente-.
-Muy bien, mi hijita. ¿Y acá -dijo el sacerdote tomando otra piedra entre los dedos-.
-Una santa.
-¿Cuál? Fíjese bien.
-Santa Clara.
-No, mi hijita, Santa Clara no lleva una corona de rosas, lleva en su mano una linterna. Reflexione un poco. Nuestra Patrona.
-Sí, sí -dijo mi madre-. Santa Rosa de Lima.
-¿Y acá? -dijo el sacerdote tomando otra piedra entre sus dedos.
-Un niño.
-¿Qué niño?. Vamos, mi hijita.
-El Niño Jesús.
-Naturalmente. ¿Cómo no había usted de reconocerlo?. Mire -agregó, señalando con el índice los detalles de su cabellera-. No le faltan ni los rulitos.
Mi madre exclamaba con júbilo:
-Qué maravilla, pero qué maravilla.
Ya no me dolía el oído y retiré la piedrita del lugar en donde la había colocado el sacerdote, pero me ordenó sostenerla de nuevo hasta que la piedra se enfriara y con un ademán severo me la aplicó otra vez sobre la oreja. Grité porque sentí el ángulo de la piedra.
El padre prior acudió para ver qué sucedía. Entreabrió la puerta, chistó, colocó el índice sobre su boca y, al vernos, abrió los ojos desmesuradamente. En verdad la piedra parecía mágica o más bien diabólica pues tardó muchísimo en perder ese calor sedante que tenía y que, pasado mi dolor, me abrumaba.
Mientras tanto mi madre contemplaba la colección de piedritas que el sacerdote le enseñaba. A la caída del sol salimos del monasterio. Cinco pares de ojos en la puerta nos espiaron. Felices, yo de no sentir más dolores en el oído y mi madre de haber logrado que alguien me sanara, entonamos una canción y volvimos a casa.
Fue a principios del otoño cuando mi madre, por una tía, recibió la noticia de que a Amancio Luna le habían quitado los hábitos. Lo acusaban de practicar brujerías con personas enfermas, que iban al

monasterio a visitarlo. Mi madre tuvo remordimientos, porque pensó que tal vez nos habíamos demorado demasiado en la celda el día de nuestra visita. Hablaba con sus amigas de la aparición del prior y de los ojos que nos espiaban a la salida. Era probable, argüía, que hubiéramos despertado sospechas, pues yo llevaba la cabeza vendada y con mis quejidos atraje la atención de algunas personas, cuando esperábamos, en el patio, la llegada del sacerdote. ¿Pero acaso no hacía tiempo que los métodos curativos de Amancio Luna se conocían y se respetaban?. ¿En qué momento todo eso dejó de parecer natural y se convirtió en sacrílego?. Nunca lo sabríamos, pero mi madre, que era muy escrupulosa, pensó que todo se había desencadenado aquella tarde.
Poco después leímos en los diarios que Amancio Luna había muerto. Según dijeron, en su mano encontraron un piedrita que llevaba, estampado, su rostro, con lágrimas. No faltó quien atacara a la Iglesia por no canonizarlo, pues parientes de Luna sostenían que la piedra, todos los años, en la fecha de su muerte, emitía verdaderas lágrimas.

La muñeca

Todo el mundo dice: Yo tal cosa, yo tal otra, salvo yo que preferiría no ser yo. Soy adivina. Sospecho a veces que no adivino el porvenir, sino que lo provoco. En Las Ortigas comencé mi aprendizaje. Tengo un consultorio en La Magdalena. Nubes de polvo, la policía, mis clientes me asedian.
De acuerdo con la pericia de los médicos, mis documentos de identidad consignan que tengo veintinueve años. Mi madre murió el día de mi nacimiento, así me lo aseguran. Me dijeron, lo que prefiero ahora recordar, que alguien me recogió una noche de enero, en los potreros de Las Ortigas. A lo largo de mi vida, los informes que me dieron sobre mi nacimiento fueron dispares. No tengo motivos para creer en unos más que en otros. Sin embargo, prefiero imaginar mi nacimiento en esos potreros, donde hay una laguna con sauces, y no en la entrada del galpón, con techo de zinc, donde almacenan maíz y lana. La laguna tiene muchos pájaros y un lecho de arena blanca; los sauces proyectan sombras temblorosas, que buscan las majadas y algunos caballos parecidos a Eriberto Soto. El galpón está lleno de gatos y de pieles de ovejas. De noche los gatos ululan y saltan sobre la balanza. Hay pulgas, muchas pulgas, y hormigas coloradas.
En alguna versión de mi nacimiento, mi madre era polaca y vestía un traje nuevo, y calzaba un par de zapatos de charol negro; en otra versión, era italiana y llevaba un vestido raído y un atado de leña; en otra, era simplemente una colegiala que llevaba debajo del brazo un

cuaderno y dos libros (uno de geografía y otro de historia); en otra, era una gitana mugrienta, que llevaba en un bolsillo de su falda roja barajas españolas y monedas de oro. No faltó quien me regalara una fotografía apócrifa de mi madre. Esta imagen exaltó por un tiempo mi sentimiento filial. Coloqué la fotografía sobre la cabecera de mi cama y le dediqué durante muchos días oraciones. Después supe que la fotografía era la de una actriz de cinematógrafo y que alguien la había recortado de una vieja revista para alegrarme o para mortificarme. La conservo con un ramo de flores viejas.

Durante toda mi infancia, que me pareció muy larga, la gente para entretenerme solía contarme la historia de mi nacimiento. La señorita Domicia amenizaba su relato con dibujos de copas y de casas en un cuaderno cuadriculado. En el momento en que se quitaba los lentes, para limpiarlos con un pañuelo blanco, invariablemente me hablaba de la laguna donde se agrupan los sauces y los pájaros que pueblan las madrugadas. Mis párpados, por donde entraba el sueño, se cerraban. La señorita Domicia era metódica. Durante los dos años que conviví con ella, antes que sobreviniera la riña, que luego relataré, entraba y salía a las mismas horas de mi cuarto. Me contaba con las mismas palabras el mismo cuento. Llevaba en su cintura un manojo de llaves, que me fascinaba. Su pelo oscuro era seco, liso y largo; lo llevaba siempre trenzado y colocado en roscas, de cada lado de la cabeza. La señorita Domicia era una suerte de ama de llaves, aborrecida por la servidumbre. Durante su estadía, la casa estuvo fresca, limpia, ordenada; así lo aseguraba el señor Ildefonso, que la temía un poco. Los juegos de sábanas con vainillas, según sus apreciaciones, no estaban mezclados, como en otras épocas, con los manteles bordados y las servilletas. Los cubrecamas no estaban rotos ni manchados con café o con hierro. La señorita Domicia era el ángel guardián de las alacenas, de la despensa. Con tintineo de llaves abría las enormes puertas de los muebles donde almacenaban jabón, conservas, vinos, frutas secas, té, café, galletitas, dulces; donde guardaban la ropa blanca cubierta de encajes, de bordados y de vainillas.

La señorita Domicia no me quería: me lavaba las manos en agua hirviendo; me ponía las medias torciendo mis dedos; me pasaba un pañuelo, aplastando mi nariz, hasta hacer saltar mis lágrimas. Si la menciono, en primer término, es porque descubrió mi don de adivinación. Recuerdo, como si fuera hoy, un día lluvioso de enero. No nos permitían salir al patio techado, para jugar. Detrás de los vidrios de la sala, mirábamos los follajes de los árboles movidos por el viento. Súbitamente, en medio de mis juegos, anuncié la llegada del ingeniero Kaminsky.

El señor Kaminsky había visitado una sola vez la estancia. Su nombre y su estatura me habían impresionado vivamente. Con minuciosas mímicas describí su llegada, que tuvo lugar unas horas después. La señorita Domicia, con sus manos duras y secas, levantó el pelo húmedo de mi frente, con sus ojos de araña miró mis ojos, y me dijo: "Bandida, serás una bruja". ¿Qué quería decir "bruja"?. Presentí que me decía algo horrible. Bruscamente aparté sus manos de mi frente. Insistió en peinarme y yo en evitar a manotones y chillidos, el contacto de sus manos. ¿Cuánto tiempo duró la riña?. No sé. Me pareció que ocupaba, que ocuparía toda mi vida. Concluimos encerradas en el cuarto de baño. Me había lastimado. La señorita Domicia mojó mi cabeza y mis párpados con agua fría, me puso en penitencia. Juró que no volvería a tocarme, promesa que cumplió.

La vieja de Las Rosas -así la llamaban a Lucía Almeira porque vivía en el puesto de Las Rosas- me recogió, según me aseguraron, noche de mi nacimiento y me guardó en su casa hasta que cumplí, tres años. Tal vez confunda mis recuerdos con los cuentos que tuve que oír. No lo sé. Un cuarto con piso de tierra, un perro ovejero y cinco gallinas con pollitos se hospedaban conmigo en la casa de Lucía Almeira.

Lucía era delgada, arrugada y morena. Nunca la vi sentada. Siempre se movía de un lado a otro de la habitación. Era tan pobre que sus zapatos no tenían suelas. ¿Por qué me recogió?. ¿Con qué me alimentó?. Nunca se supo. Algunas personas dijeron que tenía el proyecto de criarme para hacerme trabajar en el circo del pueblo; otras dijeron que amaba con locura a los niños y que al recogerme realizaba uno de sus sueños. En sus manos, arrugadas y negras, recuerdo los trocitos de pan que me daba, recuerdo también la estera que bajaba sobre la abertura de la ventana para hacerme dormir y la chatura de su pecho donde oía latir su corazón.

Aquellos días silenciosos en que mi memoria vislumbra apenas algunos ínfimos detalles del mundo que me circunda, Lucía Almeira me cuidaba celosamente; todas las referencias coinciden con este hecho. Me llevaba a la casa de los Rivas, tres veces por semana, cuando iba lavar. Mientras ella lavaba, yo me entretenía con viejos trapos rotos, con piñas, con gatos (hasta que uno de ellos me arañó desagradablemente). Jugando con los niños de la casa, aprendí a caminar. Se acostumbraron tanto a verme que al anochecer, cuando Lucía se despedía y me cargaba es sus brazos para llevarme, algunos de ellos lloraban.

Lucía Almeira consintió en dejarme pasar una noche, la noche de Navidad, en la casa de los Rivas. Volvió a dejarme en otras oportunidades, cuando los niños de la estancia se lo pedían. Poco a poco se

acostumbró a aquello que parecía imposible, a separarse de mí. Tal vez la enfermedad que más tarde iba a causar su muerte, estaba debilitándola hasta el punto de quitarle el deseo de guardarme y de cuidarme como a una hija. Tal vez el entusiasmo de Esperanza por mí, despertó sus celos. En una oportunidad, no volvió a buscarme. Después de un conciliábulo prolongado, el señor Ildefonso la convenció de que era mejor que me dejara para siempre en la estancia.
A Esperanza le gustaba mi compañía. El señor Ildefonso pensó que mi estadía en la casa haría olvidar a su hija el perro cachorro del cual no se separaba. En lugar de jugar con el perro, Esperanza jugaría conmigo.
Esperanza olvidó al perro y yo olvidé a Lucía.
No recuerdo cuándo llegué a esa casa amarilla. La conozco desde siempre. Esperanza me mostró sus rincones más secretos: el altillo y el cuarto de las ratas, como llamábamos a una suerte de celda oscura, donde apilaban las botellas y las bolsas vacías. La casa tenía un patio cerrado y un aljibe, un corredor con baldosas azules y una puerta de entrada ojival, con vidrios de diseños blancos, como de encaje. Los árboles que la rodeaban, casi todos eucaliptos y casuarinas, eran muy altos y muy enmarañados.
Esperanza y yo teníamos la misma estatura, la misma edad. Cuando corríamos carreras siempre me ganaba porque lograba hacer alguna rapidísima trampa; cuando nos trepábamos a los árboles sostenía que la rama final de mi ascensión estaba muy por debajo de la de ella, aunque la mía se encontrara mucho más arriba.
Los brazos de Esperanza estaban cubiertos de pecas. Ella era rápida y alegre; cuando gritaba se le marcaban las venas del cuello y se ponía muy colorada. Le gustaba arañar. Las marcas de sus uñas quedaban por muchos días grabadas en la piel con trazos violetas. Muchas veces pensé que pertenecía a la familia de los felinos y que por ese motivo su perro preferido, al verse libre de ella, se alegró tanto. Nunca pude quererla. Me gustaban los varones y, por brutos y antipáticos que fueran, me parecían superiores a las mujeres.
Mi dormitorio estaba situado en el ala de la casa que miraba al frente. Dormía con una niñera que me despertaba para preguntarme si había rezado el Padre Nuestro, si tenía miedo, si dormía. Sólo de noche me cuidaba.
Frente a mi puerta, separados por el patio, estaba la pieza de los varones, que antes de ir a acostarse, para asustarnos, golpeaban el vidrio de nuestras ventanas e imitaban el grito de las lechuzas. Muchas veces lloré de miedo, mientras Elsa, la niñera, frente al espejo, se untaba la cara con crema y enrulaba su pelo en papelitos. Muchas

veces ahogué mi llanto en la almohada mientras la veía cerrar los postigos, después de haberlos entreabierto un poco para mirar afuera.
Para mí, las noches de tormenta eran las únicas noches tranquilas. Me parecía que la casa, como el Arca de Noé, flotaba sobre el agua y que nadie vendría a perturbar el sueño de su tripulación, formada de hombres malos y de animales buenos. Había perdonado al gato su arañazo, pero no perdonaba a Esperanza ni a la señorita Domicia sus tortuosas maldades.
Desde aquel día en que había anunciado la llegada del señor Kaminsky, algunas personas me trataron con más respeto. Comencé muy pronto a pronosticar el tiempo, a anunciar desde temprano si llagarían o no llegarían cartas, si los conejos morirían. El señor Ildefonso un día que salió para la feria me preguntó si los novillos se venderían bien. Contesté sin vacilar lo que probó después ser la verdad.
El señor Ildefonso era corpulento, tenía el pelo muy negro y abultado, sus ojos verdes brillaban con una extraordinaria vivacidad; usaba un sombrero de paja rojizo, con la copa perforada de agujeritos; sujetaba este sombrero debajo del mentón, con una tira de cuero sobado. Hablaba con énfasis, pronunciando como una amenaza las sílabas finales de cada palabra. Llevaba siempre un pañuelo anudado al cuello, y un alfiler de corbata, con una perlita engarzada en oro. Todo en su persona indicaba que era ordenado, pulcro y dominante. Muchas veces oí hablar de él en términos respetuosos; mucho más respetuosos que los que oí a propósito de su mujer, Celina, cuyos actos de caridad mal distribuida le granjearon ciertos resentimientos, inolvidables entre la gente del lugar. La señora Celina era lejana para mí, como un retrato. Su salud precaria la obligaba a levantarse tarde, a salir fugazmente, con sombrillas, a dormir largas siestas y a acostarse temprano. Vestida siempre de blanco, con faldas largas, parecía muy alta. A veces cubría la parte superior de su cara con un velo azul; esos días, su boca, cuya sonrisa era dulce, ocupaba toda mi atención. La señora Celina me permitía aproximarme a ella sin temor. Siempre llevaba puestos guantes grises y sólo se los sacaba para cerrar la sombrilla. Después de cerrar la sombrilla, enderezaba entre sus dedos la piedra azul de su anillo y pasaba sus manos desnudas por su frente, como si las manos y la frente no fueran de ella. Besaba distraídamente uno por uno a sus hijos, a mí entre ellos, no sin repugnancia. Horacio, que era siempre el último, recibía el beso más largo, más silencioso. Nunca supe si esa demora era intencionalmente dirigida a Horacio o si formaba parte de la distracción que volvía mecánicamente del último beso a un beso más largo. Yo siempre observaba, paralizada, aquel beso, cuyo ademán quedó tan grabado en mi memoria. Me parecía que una voluptuosidad

secreta organizaba siempre ese momento: era la mañana con sol y frutas, era la salida de la noche con pasto cubierto de rocío.
Celina Rosas encarnaba para mí todos los dones de la dulzura y del refinamiento. Su cuarto, con las persianas casi siempre cerradas, era una suerte de altar vedado para el resto de los mortales. Yo solía entrever, al pasar frente a la puerta a veces entreabierta de su cuarto, los cortinados floreados y la cama de bronce, misteriosa, donde dormía. Me parecía que su vida no estaba en contacto con las otras.
Esperanza y yo comíamos en la antecocina; Juan Alberto, Luis y Horacio comían en el comedor. Después de las comidas, mientras servían el café, jugábamos en el patio a los vigilantes y ladrones, al Martín Pescador y a las esquinitas.
En una de sus lánguidas sobremesas, en que el señor Ildefonso fumaba su cigarro y la señora Celina distraídamente miraba la ventana, con la mano apoyada en una de sus mejillas, una escena me reveló la falsedad de la calma que reinaba en esa casa.
La ausencia de la señora Celina no parecía entristecer a Horacio. Me asombraba que aquellos largos besos matinales y nocturnos no hubieran dejado más nostalgia en su corazón. Horacio, con un cuchillito y con su perro Dardo, solía emprender excursiones por las mañanas. Apenas me miraba, y si lo hacía, era para exigirme o para reprocharme algo. Su actitud en cierto modo parecida a la de Juan Alberto y a la de Esperanza, no me ofendía tanto. Yo lo admiraba. Después de muchos subterfugios conseguí vestirme de un modo que me trajo suerte. La vestimenta consistía sólo en una bombacha, una camisa de lino y unas botas de goma, que me habían regalado. Aproveché un día de carnaval, en que nos disfrazamos, para adoptar esa vestimenta de varón, más conspicua que la de Esperanza, que usaba una jardinera. Horacio empezó a tratarme como a un amigo. Tratarme como a un amigo era, a veces, maltratarme mucho. A menudo me invitaba a salir a caballo. Cuando le venían ganas de orinar, lo hacía delante de mí, sin esconderse, mientras mirábamos los caminitos de hormigas. Teníamos diálogos que no nos hubiéramos atrevido a tener delante de otras personas. Dos o tres veces nos bañamos en el tanque australiano, sin que nadie lo supiera. Para parecer más viril yo me desvestía hasta la cintura. A la hora de la siesta me escapaba a su dormitorio para contarle, a él y a sus hermanos, las conversaciones que había oído en la cocina y para describirles las cosas que hacía Elsa de noche, frente al espejo, antes de acostarse. Nunca pensé que aquella intimidad con Horacio pudiera costarme tan cara.
Juan Alberto decía que los perros eran como las personas; en cuanto uno de ellos estaba maltrecho, todos los otros se precipitaban sobre él

para ultimarlo. Luis decía que los perros eran mucho mejor que los hombres; que los hombres eran como los monos, que se imitan los unos a los otros. Horacio decía que a cada hombre le corresponde parecerse a un animal, o que a cada animal le corresponde parecerse a un hombre y que era ridículo comparar los monos con los perros. La señorita Domicia parecía un camello; Elsa parecía un conejo; el señor Ildefonso, de perfil, un búfalo; el ingeniero Kaminsky, un burro. Esperanza se indignó, y después de algunas protestas en favor de sus padres dijo que los hombres se parecían todos a las lechuzas, porque chistaban de noche a la gente, para que se callara. Yo dije lo único que se me ocurrió: que los hombres se parecían a las chicharras y no supe decir por qué. Luego, cuando nadie me oyó, en medio de la gritería, dije que se parecían a las chicharras porque hacían mucho ruido.

El tedio que sentía frente a Esperanza prolongaba el tiempo. Muchas veces creía que estaba a punto de desmayarme, cuando Mademoiselle Gabrielle nos llevaba a su lugar predilecto, bajo los árboles, a darnos clase. Allí, en las sombras de un tilo, abría una bolsa tejida y sacaba, entre ovillos de lana, tiras de género, galletitas y piolines, un libro roto. Todo el mundo sabía que Mademoiselle Gabrielle era desordenada: donde ella pasaba quedaban hilachas, géneros, lana, trocitos de galletitas. Cuando nos reprendía porque dejábamos algo tirado, se ruborizaba sintiendo que nada la autorizaba a exigir de los otros lo que ella no cumplía. Era buena, era rubia, era pálida, tenía bigotes. Me enseñó a leer; me enseñó algunos rudimentos de francés y de matemáticas; me enseñó también algunas fábulas, que me obligaba a recitar para el cumpleaños de la señora Celina.

Mademoiselle Gabrielle nos hacía leer, por turno, en alta voz, las páginas de un libro con ilustraciones, que ella misma había coloreado. Los días en que me tocaba soportar estas lecturas eran maléficos para mí. Siempre sucedía algún percance, que surgía directamente de mi malhumor o de mi disconformidad. En uno de esos días rompí deliberadamente la agenda de Juan Alberto, que ya se creía grande y digno de ser respetado, porque tenía una agenda. En esas hojas minúsculas había leído las ridículas anotaciones: 22 de enero, compré cinco atados de cigarrillos y una raqueta; 23 de enero, bebí una caña; 24 de enero, Luisita me miró cuando pasé frente a su puerta; 25 de enero, es horrible la extracción de una muela.

Cuando supo que le había roto la agenda no dijo nada, pero en el fondo de sus ojos adiviné sus intenciones: pensaba esperar la oportunidad y vengarse de un modo bajo. Durante todo el día traté de ser amable con él, de darle la razón en todo, pero sabía que cuanto hiciera para evitar su venganza la precipitaría.

Juan Alberto tenía once años. Creo que es la edad en que los varones son más crueles; las mujeres comienzan a serlo mucho más temprano, a los nueve o a los ocho, edades que yo no había cumplido.
Esperábamos la llegada de la señora Celina. Un telegrama la anunció. Yo no me había atrevido a decir que ella volvería, como lo había previsto mucho antes que llegara el telegrama. Desde temprano empezaron a encerar los pisos. Mademoiselle Gabrielle, Esperanza y yo fuimos a buscar flores y duraznos a la quinta. En un platito de porcelana azul pusimos los duraznos y en un bol de cristal las flores más bonitas. Aprovechamos la ocasión para comer duraznos, nueces y dos o tres barras de chocolate, de las tabletas que Mademoiselle Gabrielle consiguió para hacer unos postres que tenían mucho éxito.
Aquellos días excepcionales, en que podía comer fuera de las horas de las comidas, se hubiera dicho que cualquier alimento me gustaba con locura; diríase que contenía esencias que me embriagaban, pues al probarlas reía sin poder contenerme, con una risa nerviosa. La alegría de volver a ver a la señora Celina se manifestaba en distracciones múltiples, en platos de comida y en flores que elegía Mademoiselle Gabrielle.
A quien me quiso oír describí una muñeca que imaginé con rulos castaños, ojos azules, un sombrero de paja y un vestido de organdí celeste. Decía papá y mamá continuamente.
A la hora de la siesta aproveché el estado de perturbación que atravesaba la casa para escaparme con Horacio. Sin sombrero cruzamos el sol de la tarde y llegamos al tanque australiano con la intención de bañarnos. Horacio se quitó las alpargatas, la bombacha y la camisa; yo hice otro tanto, pero conservé mis alpargatas y un pañuelo que me até como vincha alrededor de la cabeza. Nos trepamos a la chapa de zinc para deleitarnos frente al agua sucia antes de zambullirnos, cuando Horacio me anunció que había visto una víbora y que iba a matarla. De un salto bajó a tierra y yo me dejé caer detrás de él. La víbora se deslizó y desapareció en la maleza. La buscamos arrodillados. Desde hacía tiempo Horacio buscaba una víbora de coral, para guardarla en una botella: la de esa tarde era la primera víbora de coral que había encontrado. Las había visto en las láminas de los libros.
Orinamos, yo en cuclillas, sobre un declive y Horacio de pie, junto a mí; luego, acurrucados entre los pastizales, en la misma postura, pues Horacio pretendía que eso atraía a los reptiles, esperábamos recuperar la víbora cuando oímos una voz que nos señalaba: "Aquí están". Nos dimos vuelta. Junto a nosotros estaba Juan Alberto; un poco más lejos, debajo de un paraguas negro, la señorita Domicia. Inmóviles, sin darnos cuenta de lo que sucedía, nos miramos. Juan Alberto nos señaló

con el dedo y dijo: "Siempre están haciendo lo mismo". La señorita Domicia, cuya cara estaba escondida por la tela del paraguas dio una suerte de gruñido y se volvió diciéndole a Juan Alberto que la siguiera. La soledad y el calor volvieron a abrazarnos. Horacio se encogió de hombros y volvió a buscar su víbora. Yo me vestí viendo las nubes oscuras y amenazantes del cielo. Sin hablar a Horacio volví corriendo a la casa; entré en mi cuarto y me tiré en la cama. ¡No podía pensar en la muñeca!.

Una gran tormenta estaba preparándose. Me sentí aliviada al oír los primeros truenos. "Tal vez sobrevendrá el diluvio y me salvaré de mi vergüenza", pensé. Oí muchas corridas en el patio, luego la lluvia y las persianas que se golpeaban. Oí las campanas de las cuatro, oí el ruido de las tazas y de las cucharas, que anunciaban la hora del té. No me atreví a salir de mi cuarto. Después de un tiempo, que parecía comunicarme con la eternidad, Mademoiselle Gabrielle vino a buscarme. La miré aterrorizada. Pronto advertí que no estaba disgustada conmigo y me levanté de la cama para seguirla, después de peinarme y de vestirme lo más pronto que pude. En la antecocina Esperanza estaba sentada frente a la mesa. Sin hablarle me senté y para tranquilizarme imaginé que había soñado la escena de la tarde. Faltaban unas pocas horas para que llegara la señora Celina. En un break irían a buscarla el señor Ildefonso, Juan Alberto y Luis. Bebí el té con sumisión. Cuando terminamos de tomar el té, al cruzar el patio, oí que hablaban de Horacio y que al nombrarlo me nombraban. El cuento había pasado de boca en boca, llegaría a los oídos de la señora Celina, que dejaría de protegerme con su distante sonrisa.

-Tendremos que decírselo -decía la señorita Domicia-.

-¿Y va a atreverse? -contestaba doña Saturna-.

-No podría descansar si no lo hiciera. Tendría un cargo de conciencia.

-¿Y quién cargará con los vidrios rotos? -dijo Saturna-.

-No sé. Ni me importa -dijo Domicia-. Esto les enseñará a no recoger lo ajeno. Bastantes hijos tienen para no buscar otros. Yo me lavo las manos.

El ruido de un carruaje, en medio de la lluvia, interrumpió el diálogo. El break se detuvo frente a la entrada del patio de la casa. El señor Ildefonso, con las gafas puestas y el paraguas abierto, se dispuso a saludar a su mujer. Esperanza corrió para llegar antes que nadie a los brazos de su madre. Juan Alberto y Luis salieron golpeando las puertas. Horacio llegó el último. Yo me quedé mirando, detrás de una columna, lo que pensaba que era el comienzo de una tragedia. Todos bajaban del coche las cajas de cartón, los paquetes y las valijas que la viajera traía, mientras ella pisaba los estribos, envuelta en su capa de goma verde.

La señora Celina miró la casa de arriba abajo, como si la viera por primera vez. Besó a sus hijos, interrumpiéndose para sacarse un guante, alisarse el pelo o sacudir la capa de goma, cubierta de gotas de agua.
Al besar a Horacio me vio detrás de la columna y me llamó. Lentamente me aproximé a ella, a recibir su beso. Puso entre mis manos una caja de cartón, pidiéndome que la abriera para ver lo que había adentro. Asombrada de no provocar la repulsión que esperaba, abrí la caja y encontré la muñeca con rulos castaños, ojos azules, un sombrero de paja y un vestido celeste de organdí. La sacudí. La muñeca dijo papá, mamá, con un quejido muy suave. Me aconsejaron que la sacara de la caja arrancando algunas cintas que la tenían presa. Porque no me atrevía a hacerlo, la señora Celina la arrancó ella misma de su prisión.
-Bruja -me dijo la señora Celina-.
-Sorciére -me dijo Mademoiselle Gabrielle-.
Las dos reconocieron la muñeca descrita por mí. Así me consagraron al arte difícil de la adivinación.

Los grifos

Tengo un fanal en miniatura con grifos que dejan caer gotas sobre una superficie de agua, del tamaño de una hostia. Los oigo de noche a la hora de las comidas y al alba cuando no puedo dormir. Con una llave especial se gradúa la altura de los grifos y la rapidez de las gotas. Esto es muy conveniente, porque resultaría a veces monótono, ya que se trata de una suerte de música, que mantuvieran siempre el mismo ritmo. Gracias a un recipiente emplazado debajo del fanal, si no olvida uno la precaución de llenarlo cuando se evapora el agua, los grifos funcionan continuamente.
A veces, durante las comidas, cuando una de las puertas está cerrada o hay música en otros pisos de la casa, Borges pregunta:
-¿Que pasa?. No se oye...
Nos miramos en silencio, para escuchar mejor a través de la puerta cerrada o de la música, y sabemos, sin nombrarlas, que esperamos el repicar de las gotas. Alguien dijo una vez:
-¿Por qué no llaman al plomero?.
La pregunta resultó inadecuada. ¿Acaso pensaba que faltaba un cuerito a la canilla?. Con odio miramos a nuestra interlocutora. ¡Si había oído el repiqueteo, por lo menos que lo apreciara!. Desdeñaba el fanal, las gotas de agua que caían; ¡ella que tocaba en el piano tantas músicas que pretendían parecerse al agua!. Chopin, Liszt, Ravel, Debussy.
Es cierto que a veces apenas se oye el murmullo de las gotas, y el

visitante desprevenido pondrá su atención en otras cosas menos importantes como el diálogo, el monólogo, la música de algún disco, o el placer que otorga la alimentación compartida. Hay pocas probabilidades de que las oigan, aunque Marta y Rodolfo dejen las puertas abiertas a propósito. Sin embargo, un día que vino Norah a nuestra casa, estoy segura de que las oyó. No dijo nada. Pero de pronto se callaba como si en el comedor hubiera entrado una mariposa amarilla en busca de la luz. Es claro que Borges le habría dicho:
-Escúchalas, pero no las nombres.
Si no fuera por este fanal ¿quién sabría que yo he viajado, que llegué a los confines del Tíbet, que llegué a regiones desconocidas?. Ni lo creería yo misma, porque los viajes parecen sueños.
Este fanal es el recuerdo más duradero que conservo de un paraje del Oriente, a donde no pude llegar, a donde probablemente nadie pudo llegar, pero cuyos sonidos musicales llegaron a mi oído aguzado por la curiosidad y el cansancio. Imaginé jardines recorridos por laberintos. Los secretos de ese paraje me fueron revelados lentamente con una suma infinita de dudas, de fechas y de datos vagos que nunca coincidían del todo los unos con los otros, por los moradores de la región, que ni siquiera tienen nombres, y que viven en las inmediaciones del lugar donde se refugian los pájaros y los perros que huyen, como de una catarata, del sonido penetrante de aquellas gotas que caen sin cesar de los grifos, cuyo número y formas todavía no han sido revelados. Lo más extraño de todo es que esos mismos pájaros cantan la melodía de los grifos y que los perros, no menos asombrosos, las aúllan en noches de luna; que las piedras mismas y algunas rocas llevan esculpidas con nitidez a veces la forma de una gota, que nunca se confunde con la forma de una lágrima.
Me hablaron también de un árbol con hojas peludas llamado grifoforme, que suda interminables gotas por los pelos de las hojas.
Compré tarjetas postales, mapas, planos de la zona, pero en ninguno figura el lugar. Recordé los húmedos y cálidos jardines de Tívoli donde me desmayé, en el Viale delle Cento Fontane. ¡Qué diminutos me parecían!. ¿Sería éste, como aquéllos, un sitio de placer?. Pensé en Horacio, en Propercio, en Catulo. No, no podía compararse un sitio con otro. Y acaso ¿sería un jardín?.
¿Dónde estará emplazado el Templo de los Grifos?. No tengo motivos para llamarlo templo, sino por el respeto religioso que me infunde el rito de los grifos, que tampoco sé si puede llamarse rito.
Este templo que se erige ahora en mi imaginación podría ser una torre, un teatro, un enorme galpón, un circo, una suerte de palomar, o bien una gruta artificial o natural, tallada en la piedra, más previsiblemente,

al pie de una cascada, una glorieta tejida con seleccionadas hojas de árboles. Cualquiera de estas construcciones artificiales o naturales, ¿dónde estará situada?. ¿Forma una ciudad?. ¿Estará en el interior de un bosque?. ¿O en un oasis rodeado de palmeras?. ¿O bien en la cima de una montaña o en una hondonada, lejos del sol, por donde apenas se entrevén las estrellas?. ¿O en un simple jardín?. Lo único seguro, o lo que más se aproxima a la seguridad, es que el lugar se encuentra en China, lindando con Mongolia, y que los siglos que han transcurrido entre sus muros, suponiendo que hubiera murallas, son infinitos. Nunca se supo cómo se construyó, suponiendo que se hubiera construido, un edificio con una acústica tan perfecta, ni cómo se formó, suponiendo que fuera natural, aquel conjunto de grifos que eternamente dejan caer sus gotas, ni cuáles fueron los primeros ritos ni de dónde provienen.

A mis preguntas las contestaron con dificultad y con desconfianza, con un dedo índice sobre los labios, para cada palabra pronunciada; alguien afirmó que el agua venía de los deshielos; alguien, que era agua de rocío; otro, de sudor de obreros; otro, de pensadores; otro me dijo que era de lágrimas.

Oí tantos detalles falaces sobre el misterio del agua que alimenta los grifos, que me descorazoné y no traté de indagar su esencia, la que se volvía cada vez más vaga, a través de explicaciones secretas, contradictorias y minuciosas. Me limité a escuchar lo que me decían. Me dijeron que a través del tiempo, de cada sonido había brotado una palabra y que el número de palabras que habían emitido los grifos era incalculable, puesto que el ritmo modificaba esas palabras. Me dijeron también que en toda gota había una cara con la boca abierta, de hombre o de bestia; que predecía el tiempo y los misterios del porvenir. (Esto le pareció absurdo a Borges, porque le recordaba grotescos dibujos animados).

Tal vez no me atreva ni siquiera a veces a recordarlo porque me da miedo, y si no fuera por el fanal creería que lo he soñado. Vislumbro en mi memoria, bajo un sombrerito de paja, a una criatura que llega a aquel sitio con un canasto que parece lleno de frutos, para la venta. Esta criatura se acerca y con los labios entreabiertos, muestra los dientes que son perfectos, reproduce, golpeándose el paladar con la lengua, llenándose la boca de globitos de saliva, los sonidos aquellos, traídos por el viento, de las regiones de los grifos. Si los pájaros cantaban la melodía y los perros aullaban ¿por qué no lo haría una criatura?. Le pregunté más con los ojos, apenas con palabras -idesconozco el idioma!-, el significado de tales sonidos. Cambia de melodía y de ritmo; se echa de bruces al suelo, como si yo hubiera comprendido y me deja en la mano derecha un fanal. Temiendo que se

me caiga al suelo, toma mi mano izquierda y la coloca debajo del fanal para que lo sostenga con las dos manos.
Durante unos segundos oigo el rumor de la paja dorada del sombrerito, que se va alejando.

La divina

La llamaban la Divina. Tenía las cejas negras e hirsutas, tan gruesas y prominentes que el resto de la cara pasaba inadvertido. Se hubiera dicto que no tenía nariz, ni boca, ni mejillas, ni dientes (que eran bastante feos), ni pelo, ni ojos: tenía solamente cejas. Algunas personas decían que en la oscuridad cada uno de los pelos, que parecían de bicho quemador, era luminoso como los ojos de los gatos, pero nunca pude averiguar si esto sucedía realmente o si era una ilusión de quienes la admiraban.
Fui a consultarla porque me debatía en un amor sin esperanza. Irma Riensi vivía en la calle Lima al 2000, en una casa oscura y húmeda, llena de ramilletes de flores teñidas, de estatuitas de porcelana y de abanicos. En el pasillo, un piano me reflejó tristemente. Yo llevaba una carta de presentación de mi prima Lucía; la adivina, como tenía en ese momento mucha clientela en su cuarto y quería atenderme bien, me hizo pasar al baño, a esperarla. Después me atendió en el mismo cuarto de baño, según me dijo, para que nadie nos molestara. Me arrimó una silla, que trajo del dormitorio, y ella se sentó en el borde de la bañera. En una palangana llena de espuma nadaban globos de género rosado y de un grifo colgaba un corpiño negro. De la ducha caían gotas que resonaban con extraño sonido. Su olor a dentífrico me hizo pensar que olía a algo peor. Leyó mis manos hábilmente, pues lo que ella no adivinaba me lo hacía decir a mí. Al fin exclamó, moviendo las cejas:
-La veo asociada al agua.
-¿Qué quiere decir eso?. ¿Es malo o bueno?.
-Un viaje, veo un viaje. El barco no naufraga, pero a usted algo le pasa. Una aventura.
-¿Algo inesperado?. ¿Me enamoraré?. -insistí para que me explicara más claramente lo que veía-; se negó a hacerlo.
-Hay signos confusos -me dijo-. Y hoy estoy cansada para descifrarlos.
Me enojé con ella. Suspiró y, para conmoverme, me contó su vida. Desde niña la ponían en penitencia por culpa de su maldita vocación.
-¿Qué me pasará hoy, Irma? -le preguntaba una hermana mayor-.
-Te plantará tu novio.
Penitencia por la respuesta.

-¿Qué me pasará hoy, Irma? -preguntaba la madre-.
-Papá te mandará a freír papas a otra parte.
Penitencia por la respuesta.
Si llegaba de visita alguna amiga de su madre, también le preguntaba a la pobre:
-¿Qué me va a suceder, Irma?.
Una vez, a una amiga de su madre, que era muy coqueta, le contestó:
-Se va a quedar calva y la crema para las arrugas le va a traer eccema.
Su madre la dejó sin postre ese día, pero la calvicie pronosticada llegó inexorablemente y el eccema también, por lo que dejaron de ponerla en penitencia y aun llegaron a respetarla un poco.
A los veinte años abrió un consultorio; la clientela acudía de todas partes. Como provisionalmente se había instalado en los fondos de un almacén, estaba bastante protegida de la persecución policial. Su cuarto era una suerte de depósito lleno de latas de aceite y de bolsas de yerba; nadie sospechaba que allí se ocultaba el consultorio de una adivina. Irma se enriqueció rápidamente. Cuando cumplió treinta años, compró con las economías un tapado de zorrino, luego un televisor, un terreno en Burzaco, una casita en La Lucila, un automóvil y finalmente pudo hacer un viaje a su tierra natal, a Italia. Su dicha no tenía límites. Emprendió, después de seis meses, el viaje de regreso, en barco, se entiende, porque detestaba los aviones. Sin embargo, en cuanto pagó el pasaje tuvo una premonición. Después de salir de la agencia de turismo entró en un cinematógrafo sin mirar la cartelera: daban El hundimiento del Titanic. La película le pareció de mal augurio (nunca lloraba; lloró), pero ya era tarde para devolver el pasaje. Una semana después se embarcó. La vida de a bordo le agradaba; había una piscina, donde nadaba todos los días, y gente muy simpática. Sin sospechar que era adivina, un grupo animado de jóvenes estaba continuamente con ella, porque jugaba bien al ping-pong y a las barajas; por fin un día, alguien que la conocía de nombre propagó el secreto de su profesión y ella se vio obligada a leerles a ocho personas, en una tarde, las líneas de la mano. La cosa comenzó a las tres de la tarde y terminó a medianoche. En la primera mano que le tendieron, vio el signo alarmante que descubrió en todas las otras; una misma tragedia reuniría a esa gente tan diversa. A todos dijo lo que leía en sus manos, pero no les dijo cuál era la tragedia, porque no lo supo, en el primer momento. El barco que se mecía suavemente durante toda la travesía, a medianoche empezó a moverse demasiado; pero a esa hora todo era un pretexto para inventar juegos y el grupo que la rodeaba se puso a patinar en la cubierta, sin respetar el sueño de los otros pasajeros. Nadie quería acostarse. Cuando por fin Irma se retiró a su

camarote, leyó por primera vez las líneas de su propia mano y descubrió, atenuado, el mismo signo que había visto en las manos ajenas. Comprendió oscuramente qué iba a suceder. Había que esperar y callar, para no sembrar el pánico. Recordó el hundimiento del Titanic. Pasó días ansiosos hasta que volvió a ser feliz, por el mero hecho de estar embarcada.
Todas las noches, en el barco, pasaban films en la sala de música. Irma no perdía una función. Una noche anunciaron en el menú, en letras rojas, El hundimiento del Titanic. Mucha gente comentó que ese no era un film para ofrecer a los pasajeros de un barco. Hacían falta temas alegres, de aventuras o de amor, y no dar la idea del peligro, que pone una nota triste en el ánimo de los viajeros. A Irma se le apretó el corazón, pero quiso ver de nuevo el film, que había visto antes de embarcarse. Ahora llegó a distraerse hasta el punto de olvidar que estaba ya embarcada. En el momento en que aparece el hermoso caballo de madera, de la sala de juguetes del Titanic, sintió que el barco daba un tumbo, que la alarmó un poco; pero siguió mirando, porque las imágenes la fascinaban. Cuando la vajilla del comedor del Titanic se amontona en un estruendoso caos y el agua entra por todos los resquicios, crujió el barco y otro tumbo brusco lo ladeó. Algunas sillas cayeron. Creyó, en su ilusión, que estaba en el barco de la película y que habían chocado contra un témpano. Fue como un relámpago. Del hundimiento del Titanic, pasó al real hundimiento del barco, sin saber cómo se había operado el cambio. Después (en un después que no recordaba con precisión, pues parecía parte de un sueño), perdió el conocimiento junto a los botes de salvataje y alguien la recogió por uno de esos milagros que revelan, según dijo, la existencia de Dios.

Paradela

Juan Paradela era bajito y llevaba un sombrero de fieltro, de color de café con leche, que no se quitaba nunca de la cabeza.
Usaba de adorno o como entretenimiento, siempre metido en la boca, un escarbadientes que movía con la lengua. En sus ojos brillaba cierta petulancia. Entendía mucho de maderas, de bulones, de elásticos, de brocados, de espejos, de arañas, de pesos (no sólo del precio, del peso de los muebles) y sobre todo de ofertas. Era changador de la casa de remates Mamparas y Compañía, de la calle Sarandí.
A cualquier hora lo encontrábamos sentado en diferentes sillones lujosos, con el sombrero puesto como si estuviera al aire libre y en pleno sol, a veces fumando cigarros, cuando no masticaba el consabido escarbadientes, conversando consigo mismo o con otros interlocutores

menos atentos.
Mi prima Adela, que llamábamos Adelita, con el correr del tiempo se casó y decidió comprar en una casa de remates parte de los muebles que le faltaban. Yo la acompañé a la calle Sarandí. También fui allá con sor Emilia Cruz, cuando compró el reclinatorio (para el colegio de monjas) pero esa es otra historia.
Nos recomendaron hacer las ofertas por intermedio de un changador serio. Cuando mi prima supo que había uno que se llamaba Paradela, inmediatamente pensó que la suerte se lo deparaba y no quiso saber nada de otros, que parecían más capaces o dignos de confianza. Además supimos que a él le tocó abrir aquel ropero (salió fotografiado en todos los diarios), que traía en su interior, encerrado con llave, un niño enano dormido (y no recién nacido, como se podía suponer); queríamos oír la resabida historia de los propios labios de Paradela, aunque nos defraudara, ya que nuestra imaginación casi siempre es más truculenta que la realidad. La imaginación ¿será más truculenta que la realidad?. Con el correr del tiempo me acomete la duda y aún más cuando pienso en Paradela.
Durante todo un invierno y parte de un verano fuimos a la casa de remates en busca de una cama, de un taburete para el piano, de un biombo, de un armario, de sillas, de mesas de luz y de una cómoda con repisa de mármol verde. Mi prima sabía lo que quería, por eso mismo resultaba difícil la compra de los muebles, que siempre eran o un poquito o muy distintos de los que ella había soñado.
Cada vez que íbamos a la casa de remates conversábamos con Paradela. Conversar es un modo de decir. Después de contarnos la historia del armario, Juan Paradela, por lo general, nos decía cosas que no entendíamos, con una pronunciación rarísima y nosotras tratábamos de que repitiera aquello que de nuevo no entenderíamos. Mi prima sospechaba que era un espía. ¿De qué?. Ella no sabía muy bien de qué, ni para qué, ni por qué. Un día, para perturbarlo, le preguntó bruscamente:
-Paradela, diga la verdad, ¿de qué nacionalidad es usted? -Gallego -respondió escandalizado. -Pero ¿en qué idioma habla?.
-En castellano, hombre -contestó-. Estuve en colegio de curas cinco años.
-Vaya, pues, ahora comprendo -le dijo mi prima-. Nosotras no sabemos latín.
Su amor por los muebles parecía sincero. Acariciaba maderas como si fueran perros; espejos, como arpas; brocados, como cabelleras (con dedos transformados en hábiles dientes de peine); bronces, como monedas de oro; caireles, como frutas que cuelgan de un árbol.

Un día, a la hora de la siesta lo encontramos acostado sobre una cama con baldaquín. Nos pareció, al acercarnos, que olía a vino, pero era a naranja; las cáscaras amontonadas en un papel de diario, no muy lejos, nos revelaron con qué perfección había mondado y comido la fruta.
Paradela, pese a su postura, no dormía; contemplaba sonriendo, guiñando un ojo, el extravagante baldaquín de la cama. En puntillas nos acercamos. Advertimos que silbaba. Como si fuésemos unas cualquiera, no se levantó para saludarnos, lo que nos ofendió como una falta de respeto. Pensé: "Está borracho, sin duda". Se bajó el sombrero sobre la cara. Murmuraba una palabra (a mí me pareció una palabra) en no sé qué idioma: "Vodí, vodí, vodí". La fatiga entrecortaba cada sílaba como si fuera la última que pronunciaría en la vida.
-Ves, ves -protestó mi prima-. No es gallego. Por lo menos quítese el sombrero, Paradela.
Aparentemente no la entendió.
-A quien no se hace respetar la toman por idiota -susurró mi prima-.
Le quitó el sombrero. La cara de Paradela, de costumbre tan roja, apareció pálida, casi verde, en el paroxismo de la agonía. De vez en cuando, con esfuerzo, volvía a silbar.
-Este hombre se ríe de nosotras -exclamó mi prima-.
Es una desconfiada, y le dije con fastidio:
-Se está muriendo.
-Qué va a morir ése -me respondió-.
-Se está muriendo, te digo -insistí con énfasis-.
-Qué va -dijo de nuevo para quedar con la última palabra-.
Pensaba que no todo el mundo tiene derecho a morir.
Felizmente un médico, que rondaba por la casa de remates en busca de libros, me dio la razón y pudo socorrer a Paradela; éste, en efecto, estaba agonizando. En la farmacia más cercana un comedido buscó aceite alcanforado, jeringa y aguja, y el médico le aplicó una inyección intramuscular. Todo fue penoso.
Paradela no reaccionaba. Llamaron a la Asistencia Pública. Cuando lo sacaron de la cama para ponerlo en la camilla, reaccionó inesperadamente. El médico nos dijo que el peligro había pasado.
Paradela se incorporó, se puso de pie, se sentó en un sillón, pidió un vaso de agua, no quiso acostarse de nuevo en la camilla y dejó que la ambulancia se fuera vacía.
Unos días después dijo a mi prima que le tenía reservada la cama donde había agonizado. El baldaquín era muy decorativo, ciertamente, y parecido al que en alguna oportunidad mi prima había descrito como su mayor ambición. Pero ella no quiso saber nada de esa cama. Se acordaba de la agonía de Paradela y declaró que nunca dormiría debajo

de ese baldaquín, por valioso que fuese. Paradela nos explicó que la cama era muy conveniente, pues había pertenecido a un príncipe ruso que no sólo durmió sino que murió en ella. También nos explicó que el príncipe tenía una gran fortuna y que murió arruinado, abandonado por su familia, en una casa de campo. Sólo el perro, que era inteligente como una persona, permaneció a su lado. Cuando el príncipe, en los últimos momentos dijo que tenía sed, el perro salió corriendo en busca de agua. El pobre moribundo, porque no quería quedar solo, silbó para que el animal volviera.
-Y usted ¿por qué agonizó en esa cama, quiere decirme? -preguntó mi prima-.
-Son cosas del oficio -respondió Paradela sin mirarla-.
-Son macanas.
-¿Macanas? -repitió Paradela-. Bueno, de todos modos, aunque sean macanas...
-No me hable de esa cama ni del príncipe ruso -dijo mi prima-. Es muy desagradable. Nunca dormiría en una cama donde alguien murió.
Paradela explicó que no le proponía la compra de la cama con esos fines, sino para que hiciera un negocio. Explicó que él la había comprado muy barata, para un cliente que le encargó la reventa a mejor precio. Mi prima la compraría muy barata también y él, Paradela, se encargaría de venderla a otro cliente a un alto precio. -¿Y quién me asegura que lo que usted me dice es verdad? -exclamó mi prima.
-Mi palabra de caballero -dijo Paradela golpeándose el pecho con elegancia-.
Estaba en ese momento debajo de una araña, cuyos caireles se entrechocaron con el envión que les dio al pasar el sombrero de Paradela. Me pareció que un perfume de agua de Colonia se derramaba en el aire o que salía del pañuelo o de su cabeza, pues el perfume que yo aspiraba no era el de mi prima ni el mío.
-¡Qué rico! –exclamé-.
-¿Qué rico, qué? -inquirió mi prima, furiosa-. -Ese olor a agua de Colonia-.
-Sueñas con tu olfato -me contestó-.
-¿Qué agua de Colonia usa usted, Paradela? –interrogué-. -Ajo -contestó mi prima-.
-Palabra de caballero -repitió Paradela-.
-¡Qué caballero ni caballero! -dijo mi prima y me susurró al oído-: Palabra de caballo.
Paradela era un plato, era un corso, pero no me reí, porque me desagradan las groserías y me perturbó aquel perfume de agua de Colonia. ¿Por qué no confesarlo?. Una vez más mi prima me pareció

estúpida. Paradela sonrió; sin decir palabra, se perdió entre los altos armarios, recién llegados y polvorientos. Seguramente había oído la palabra caballo.
Una semana después encontramos a Paradela sentado en un taburete cantando Che, papusa, oí, con voz típicamente argentina y hermosa. Tenía el sombrero ladeado. Sin advertir al principio lo insólito de la escena, mi prima dijo, burlándose como siempre:
-Hoy estamos de buen humor.
Pronunció la frase con acento gallego. Siempre que quiere imitar a alguien lo hace como la mona, pero estaba comiendo un caramelo y le salió bien por casualidad.
Nos acercamos un poco más, pues no podíamos creer que de la boca del changador saliera una voz tan idéntica a la de Gardel.
Inmóviles y serias, al principio pensamos que el mismo Paradela o alguno de los visitantes de la casa de remates llevaba en el bolsillo o colgaba del hombro, como si fuera una cámara fotográfica, una de esas pequeñas radios que dan la ilusión de que la música sale del estómago, del ombligo, de la manga o del dedo gordo de una persona. Miramos atentamente: nadie llevaba radio y la boca de Paradela se movía articulando claramente las palabras que cantaba. Nos pareció en ese instante hasta buen mozo. No sé si las inflexiones de una voz pueden transformar una cara. Nosotras le vimos cara de Gardel (a juzgar por las fotografías debía ser idéntico), esa cara de buen mozo argentino, que nada tiene que envidiar a los otros buenos mozos del mundo. Lástima que mi tío no estaba con nosotras. A él sí que le hubiera gustado. La canción duró un buen rato. Las circunstancias quisieron que pareciera más larga de lo que es en realidad. A mí me fascina oír los discos de Gardel, pero a mi prima (como a mi tío) la enloquecen: cuando oyó esa voz conmovedora, pensó que perdía el sentido:
Cuántas noches fatídicas de vicio, tus ilusiones dulces de mujer...
Mi prima, verdaderamente perturbada, pensó que Paradela quería ofenderla de nuevo, pero advirtió que era absurda su desconfianza ante un hecho tan extraño.
Al terminar la canción, Paradela se levantó; apartó el taburete con el pie y le dijo a mi prima, señalándoselo con el índice:
-Aquí le encontré el taburete.
Mi prima, olvidando la voz de Gardel, lo miró y respondió con énfasis:
-Pero es un banquito de cocina. Es de pino vulgar y silvestre. ¡Cómo voy a poner eso frente a un piano!. Yo quería un taburete tipo Luis XV No me veo tocando Claro de Luna sentada en este taburete. Mi piano es de cola.
-Qué cola ni cola.

Paradela sacudió la cabeza y colocando la rodilla sobre el taburete, cantó de nuevo Zorro gris. Miramos la rodilla apoyada sobre el taburete: diríase que de ahí salían las palabras, pero por extraño que parezca (ya que menos extraño hubiera sido que cantara con la rodilla), de la boca de Paradela salía la voz de Gardel. Bruscamente Paradela retiró la rodilla del taburete e interrumpió la canción.
-Lo felicito -le dijo mi prima-.
-¿Por qué? -interrogó Paradela con cara incrédula, entornando un ojo-.
-Por su canción. Zorro gris es mi tango predilecto.
Paradela juiciosamente encendió el cigarro que se le había apagado.
-¿No lo compra? -dijo señalando el taburete con la punta del pie-.
-Si costara cuarenta pesos lo compraría para la cocina -contestó airadamente mi prima-.
Paradela se alejó por aquella ciudad de armarios.
La noche siguiente, entre muebles heterogéneos y destartalados, pusieron en venta el taburete. Fuimos a la casa de remates por que nos interesaban algunos grabados que se remataban esa noche.
Con sorpresa supimos (porque figuraba en un catálogo) que el taburete había pertenecido a Carlos Gardel cuando vivía en la calle Jean Jaurés. El rematador hizo una biografía de Gardel. Las ofertas llegaron a cifras increíbles.
Con júbilo, Paradela mordía un cigarro, mirando a mi prima. -Banco de cocina -susurró al pasar junto a ella, guiñándole un ojo-.
Hablamos mucho con mi prima de esas canciones de Gardel, tan misteriosamente cantadas por Paradela. Tal vez no nos asombramos debidamente. Mi prima me dijo poco tiempo después:
-Quiero librarme de Paradela. Es un atrevido. Me arrincona contra los muebles.
-Pobre Paradela -exclamé-. Es un amor.
-Te prohíbo que lo llames así; lo odio y le tengo miedo. Sí, le tengo miedo. ¡Para qué le habré dado mi número de teléfono!.
En efecto, mi prima le había dado su número de teléfono para que la llamara cuando tuviera muebles que podían convenirle. (En su casa, donde reinaba el piano de cola, había sólo una mesa, cuatro sillas, un colchón y un armario de pino). Esta circunstancia resultaba molesta, porque siempre Paradela estaba cargoseando, por muebles que no interesaban.
Una tarde de diciembre la llamó para decirle que había una cómoda con repisa de mármol verde, idéntica a la que buscaba. Mi prima protestó; sin embargo, fuimos a ver el mueble. La cómoda era bellísima, no tanto por su forma, sino por la madera y por el color del mármol; además, el espejo ovalado reflejaba las imágenes un poquito alargadas, lo que

encantó a mi prima, que quería ser un fideo. Durante una hora, mi prima dio vueltas alrededor de la cómoda, abrió todos los cajones, pidió a Paradela que quitara la repisa de mármol para ver si realmente pertenecía a la cómoda. Paradela pacientemente la secundó. Hasta le alcanzó una silla para que se sentara frente al espejo ovalado. Mi prima se humedeció el índice con saliva para pasarlo por el mármol; luego, peinándose (tiene la maldita costumbre de peinarse y meterse horquillas en la boca cuando habla con la gente), preguntó:
-¿De qué estilo es la cómoda?.
-Luis Chinche -respondió Paradela. -¿Luis qué? -interrogó mi prima-.
-Luis Chinche -respondió Paradela. -Su abuela -exclamó mi prima-.
-¿No dijo que le gustaba? -protestó Paradela-.
Mi prima lo miró con desconfianza. Paradela desapareció esta vez entre un amontonamiento de anaqueles y de biombos, luego se detuvo en un espacio que había entre los muebles, como si no nos viera, mirándonos. Mi prima lo llamó y se hizo el sordomudo.
Mi prima me preguntó:
-¿Dijo Luis Chinche porque la cómoda estará llena de chinches o porque le parezco muy chinche?.
-Lo dijo porque es su modo de pronunciar.
-No lo creo -me contestó-.
Mi prima buscó algo en el catálogo que llevaba entre sus manos; llamó a Paradela, y cuando éste se acercó le dijo:
-Soy présbita.
-Santa Lucía -exclamó Paradela-.
-No veo de cerca -prosiguió mi prima-. ¿Podría decirme qué número es éste? -Con el índice le indicaba un número en el catálogo-.
-Quince -pronunció Paradela correctamente, y agregó-: ¿Le interesa? Es un reclinatorio.
-No -respondió mi prima-. Me interesa la cómoda, siempre que no tenga chinches. ¿Me oye?.
Paradela se puso de pie y acompañó a mi prima junto a la cómoda.
-¿Cuánto costará?. ¿Mucho? -dijo mi prima.
-Las dos juntas podrían salir baratas -dijo Paradela-.
-¿Qué dos juntas? -preguntó mi prima-.
-La cómoda y la cama.
-La cama no la quiero, usted bien lo sabe. Aunque me la regale, no la quiero.
-Hace mal, señorita, de no quererla. No se pueden vender separadas: son un juego.
Insensiblemente, siguiendo a Paradela, mi prima se acercó a la cama.
-Es antigua y tiene unos elásticos magníficos, que no se encuentran en

cualquier parte. Un colchón de goma pluma. Aquí durmió y murió un príncipe. Pruébela, señorita.
-Qué asco, ¿acostarme? -musitó mi prima-. No me gustan ni los príncipes ni las muertes.
-¿Qué tiene de malo?.
Paradela, indignado, de un envión se echó sobre la cama. Más valiera que no lo hubiera hecho. Como la vez anterior, quedó desmayado y sólo volvió en sí para gritar: "Vodí, vodí, vodí" y silbar intempestivamente.
-¿Qué significa el silbido? -dijo mi prima-.
-Son los bronquios -le dije-.
-Es histérico -dijo mi prima-. Quiere imitar al príncipe. Mejor será dejarlo. No me gusta el modo de mirar que tiene.
-¿Y si muere? -le respondí horrorizada-. ¿Si realmente está muriendo?.
-¿Acaso murió la otra vez?.
Nos fuimos, pero arrepentidas, nos volvimos de la esquina para recibir la increíble noticia de que Paradela había muerto.
Era muy querido. Un mundo de amigos lo rodeaba; entre ellos, el niño enano.
Nos arrodillamos y rezamos, pero al rezar tuve la sensación de que estábamos rezando no sólo por Paradela sino por el príncipe ruso y el perro y por Gardel y el Zorro gris.
Cuando sacaron a Paradela de la cama, para ponerlo en el furgón, mi prima dio un grito:
-¡Está vivo!.
El público la miró como si hubiera dicho: "Es un sinvergüenza".
De nuevo lo llevaron en la camilla hasta el interior de la casa de remates. Mi prima sacó el espejo de su polvera y lo colocó junto a la boca del muerto. El espejo se empañó. Mi prima lo mostró al público. Alguien aplaudió; alguien imitó al que aplaudía. El contagio fue instantáneo. Todo el mundo aplaudió. Paradela abrió un ojo, después el otro, después los dos.
¿Cómo será resucitar?. Paradela lo sabe, pero no lo comunica a nadie. Mi prima dice que es un mistificador; que detiene su pulso, la circulación de la sangre; que es ventrílocuo. Lo odia. Pero entonces yo, que lo amo, le pregunto: -¿Por qué no trabaja en un teatro?.
Y él me contesta:
-Siempre que sea con los muebles...

Nueve perros

Para A.B.C.

El primero estaba en un cuadro pintado al óleo, sobre la chimenea del comedor de la casa de campo, donde veraneaba en mi infancia. Mientras comíamos en una enorme mesa, con muchos comensales y fuentes, yo miraba de soslayo al perro, que era de caza con dibujos en la piel que se asemejaban a un mapa, y él me miraba de frente, como miran los perros. Recuerdo que estaba sentado al pie de un árbol sin follaje, en que se apoyaban la mochila, los rifles, las escopetas, las perdices y no sé si una liebre o varias, o si todas las perdices eran liebres. Yo también estaba sentada, casi a la cabecera de una mesa en forma de óvalo, cubierta con un mantel de Damasco, blanco, con rosas, mariposas o lirios. De buena gana hubiera cedido mi asiento y me hubiera sentado al pie del árbol. A ese perro pintado me unía el silencio. Ninguno de los dos hablábamos a la hora de las comidas; yo, por timidez, y él, no por ser perro sino por estar en un cuadro; así me parecía a mí. "Ayúdame a sobrevivir", tal vez le habría dicho interiormente, si hubiera sabido formular el sentimiento, porque siempre en mi infancia, en mi adolescencia y después por bastante tiempo, sufrí de vivir: hasta que lo conocí a Ayax.

El segundo se llamaba Ayax. Me parecía más hermoso que todos los otros, quizá por su altura, la belleza de su piel o la mirada, que era tan viva y tan noble. Me enseñó que no sólo el hecho de ser un perro, sino el de tener un perro, es trágico a veces. Me enseñó también a conocer, a apreciar la verdadera fidelidad. No era mío, pero eso no importaba, ya que en toda posesión hay remordimientos; fue mi predilecto, pero ¿qué digo?, fue mi predilecto porque lo asocio a la llegada de la felicidad: este es el mayor motivo de gratitud que tengo. En mi recuerdo, la dicha va siempre acompañada de aquel perro, como San Roque del suyo.

Áyax era atigrado, con orejas chicas y frías. Sus ojos eran del color amarillento del agua de los estanques y, cuando se enfurecía, grises. Parado sobre las patas traseras, alcanzaba la altura de un hombre. Que fuera tan grande y que tuviera las orejas tan chicas y frías, me enternecía no sé por qué. Yo solía acariciarle las orejas y no el lomo o la frente, que su amo acariciaba mirándole los ojos con tanto entendimiento. Recostado parecía un tigre, sobre todo cuando apoyaba la mandíbula sobre el suelo, mordiendo ávidamente un hueso. Las primeras veces que lo vi, más que simpatía, me inspiró miedo. Cuando advertí que era bueno, a pesar de su color, de su tamaño y de su ladrido, me sentí protegida por él, pero todo eso tardó en suceder, porque ni él se rendía a mi adulación, ni yo a su franqueza. Yo no podía prever que todo aquello que me inquietaba en él, alguna vez me

infundiría tranquilidad, que las noches en el campo, el silencio, la soledad, los ruidos arcanos, la oscuridad total, gracias a Áyax, ya no me acecharían con amenazas. Áyax era el guardián, la sirena de alarma, el médico rural. Se me antojaba que tenía poder de apagar el fuego, ahuyentar la muerte o los malos espíritus. Durante un verano, cuando nos mudamos a la casa de campo que había pertenecido a una de nuestras abuelas, el piso alto se llenó por la noche de ruidos insólitos, que atribuimos al principio a comadrejas, gatos o ratones que corrían por el techo, hasta que apareció un sombrero sin dueño, que nadie reconocía. El sombrero era indudablemente de otra época. Lo mirábamos sin comprender, como los monos miran los objetos que inventan los hombres. Áyax nos miraba. Entonces supimos que la casa estaba habitada por fantasmas y que uno de ellos usaba sombrero. Nos alegramos, pero Áyax, siempre vigilante, creyó que los ruidos y los objetos misteriosos nos molestaban, destrozó el sombrero olvidado en la silla de mimbre, ladró a los pasos anónimos que poblaban el admirable silencio y ahuyentó a los fantasmas.

Áyax tardaba un buen rato en acomodarse en su cama. Daba vueltas en un círculo cerrado hasta que se acostaba. A veces las vacilaciones eran angustiosas; después de vueltas y vueltas, se detenía y miraba escandalizado algo en la cama, pero ese algo era un mínimo detalle, que nadie, salvo él, advertía.

Nunca ponderamos bastante la inteligencia de un animal querido, pues no podemos citar una frase que haya dicho o escrito memorablemente; para alabarlo contamos sólo con las manías o los gestos íntimos de cariño que tuvo y que van perdiendo fuerza con el tiempo, a medida que los borran de nuestro recuerdo tantas acumuladas frases orales y escritas de los seres humanos.

Cuando hablamos de un perro, nadie nos cree, y si nos creen, apenas nos escuchan, porque piensan: ":Yo también tuve (o tengo) un perro", o bien, "Nunca me interesaron los perros".

No poder repetir algo que Áyax me dijo me parece ahora extraño, pero, ¿acaso hablar es tan importante?. Un detalle de su biografía, que no omitiré, es que hubo en nuestra vida un antes y un después de Áyax y un cuando Áyax, el más feliz de todos. Esto me recuerda las palabras que cita Arthur Waley en la biografía del poeta chino Li Po: "Cuando avanzaban hacia el patíbulo, Li Su volvióse hacia su hijo y exclamó: -Ah, si todavía estuviéramos en Shanghai, cazando liebres con nuestro perro castaño. “¡Cuántas veces quisiéramos estar con aquel perro!”. Áyax tenía un ladrido profundo: siempre gruñía antes de ladrar, como si dijera "Voy a ladrar". Para el común de los perros, su fidelidad era exagerada. Una vez casi se suicidó: creía que atacaban a su amo y se

arrojó del piso alto de la casa para defenderlo.
Cuando me fui a vivir con él, no quise que durmiera en mi dormitorio, que era el cuarto donde él acostumbraba dormir. Advirtió que al llegar la noche yo no lo dejaba entrar en el cuarto. Usó de una estratagema que surtió durante unos días efecto; con prudente anticipación se acomodaba a la entrada del dormitorio, apoyando la cabeza contra la puerta abierta, de modo que no pudiera echarlo, ni cerrar la puerta. La primera vez intenté echarlo y gruñó. Con respeto me alejé. La segunda vez amenazó morderme. Durante un tiempo me resigné a su capricho, luego cerré la puerta todas las noches antes de su llegada. Quedó perplejo y triste y no volvió a gruñirme.
Cuando su amo se iba de viaje, yo tenía que dormir teniéndole la pata, porque su llanto era tan lastimero que me veía obligada a consolarlo de ese modo. "No llore -yo le decía-, volverá muy pronto". Nunca lo tuteé como a los otros perros. Le estrechaba la pata en mi mano, de igual modo hubiera estrechado una mano, hasta que se dormía, o que yo me dormía. Pero tal vez toda esa representación era un engaño y en lugar de ser yo quien lo tranquilizaba, él me tranquilizaba.
No le gustaban las playas: se le erizaba el pelo cuando caminaba en la arena. Con los años se volvió maniático. Después de comer, hipócritamente, como si hiciera una caricia, se limpiaba el hocico en los pantalones de cualquiera, salvo en los míos y en los de su amo, siempre que no estuviera distraído. Tomaba los remedios dócilmente, comía dulce de leche. Creíamos que le iba a gustar como a nosotros, algún día. Pero él no dudaba de sus gustos.
Una vez la perrera lo recogió en la calle y hubo que buscarlo hasta la calle San Pedrito; entre coches fúnebres y carros de basura que llevaban flores. La angustia de perderlo y la alegría de encontrarlo, fueron parejas.
Sus amores eran apasionados. No me parecía posible que un perro tan serio se volviera tan desconsiderado. Se escapaba de la casa, en busca de una hembra, cruzaba potreros, campos desiertos, arboledas, como si nunca fuera a volver, y si volvía lloraba toda la noche y todo el día. Se enamoró de Sombra, que fue su más grande amor. Sombra no valía nada. Lloró por ella muchas noches, sin dejarnos dormir. Tuvo hijos, casi mató a uno, a Sacastrú, cuando lo vio por primera vez en una estación.
Una piedra en el campo, donde murió, lleva su nombre. Cuando paso junto a esa piedra, siento ganas de persignarme o de ponerle flores.
El tercero, o más bien la tercera, se llamaba Sombra, era negra, tenía una oreja parada y otra caída, lo que le daba un aire apesadumbrado. Seguramente la habían castigado mucho porque andaba siempre con la

cola y la cabeza entre las patas, salvo cuando estaba en celo y se ponía desdeñosa y erguida, haciéndonos creer que era preciosa. Invariablemente, después de esos días, queríamos enderezarle la oreja doblada y le poníamos tela adhesiva.
El cuarto se llamaba Sacastrú. Atigrado, vicioso, triste y solitario, Sacastrú, con un imperceptible vaivén, pasaba horas debajo de un sauce, para que las ramas, que eran como cortinas, y su propio movimiento, le hicieran cosquillas. Nos reíamos de él; se me antojaba que era como reírme de un mudo o de un niño. No creo que fuera tan idiota como parecía. Sospechábamos que se hacía el idiota. Por otra parte, nadie se ocupó de educarlo. Alguien dijo que era hipócrita o rabioso. Juzgué la acusación injusta. Los hombres no soportan que un perro sea independiente. Dicen que está rabioso al verlo solo. Tres o cuatro veces por año, durante cinco días, tenía un amo, no se hacía la ilusión de tenerlo; entonces se alegraba un poco, vigilaba las puertas y salía de su inercia. Ese ilusorio amo, era un amigo nuestro que venía a visitarnos en el campo de vez en cuando y que no quería a Sacastrú, pero que se sentía un poco halagado y obligado por amabilidad a demostrarle algún cariño, permitiéndole dormir en el umbral de su puerta. Nada más.
El quinto se llamaba Lurón, Lurón de la Morlay. No tenía cola. Su pelo castaño era enrulado y suave. En una de sus orejas alguna vez puse un moño. Alguien me pregunto. por qué lo disfrazaba. Me ruboricé y le quité el moño, pero le puse en el collar un cascabel. Era un perro de aguas, de circo de ciegos. A Áyax, al principio le desagradó la intromisión en nuestra casa, de otro perro que no fuera de su familia, de su estatura. "¿Qué hace aquí este enano sin cola, más incómodo que la arena y que duerme en mi dormitorio?", decían sus ojos. Trató de ignorarlo; luego, cuando lo consideró, le gustó menos aún. Sin embargo, se acostumbró a él y fue durante un tiempo su perro favorito y no el mío, como lo fue después. Lurón, en cambio, siempre lo admiró y hasta puedo decir que lo imitó. No existieron rivalidades entre ellos: ni siquiera por un hueso, por una hembra o por una persona que acariciaba a uno de ellos más que al otro.
A Lurón le placía revolcarse sobre las osamentas, los excrementos y las basuras; fue su único defecto. Nunca perdió la costumbre, por bien bañado y peinado que estuviera y por grande que fuera su remordimiento. Después de esas transgresiones, el mundo lo repudiaba. Ningún perfume lo salvaba de la indeleble fetidez. Alguien lo torturó quemándole las orejas con cigarrillos encendidos, tal vez porque ensució una alfombra o un piso encerado. Nunca se descubrió al desalmado, aunque sospecho que fue alguien que lo llamaba "Precio-

sura" y lo acariciaba como si lo quisiera. Le dejó para siempre, donde los perros de juguete llevan el precio, una muesca en la oreja.
Era un gran nadador. Como a todos los perros de aguas, le gustaba el agua y era difícil retenerlo cuando veía un charco, una zanja, una laguna, un lago, un arroyo, el mar. Ahí olvidaba basuras, amor, hambre. Preso de un incontenible frenesí acuático, se tiraba al agua saltando sobre las olas si las había, nadando en contra de la corriente si la había. Con maestría sorteaba las dificultades que le regalaba el agua en las cascadas de Córdoba, en Mar del Plata, en las rompientes más bravas, en las lagunas entre los totorales y los patos salvajes. Ebrio de barro y de arena, olvidado de la tierra, salía del agua mirándola de reojo, lamiendo sus últimas gotas, lamentando dejarla, como si fuera su elemento.
Juntos bordeábamos zonas de milagro. Una noche asábamos castañas en las brasas, Lurón me secundaba. Como en un sueño mirábamos el fuego. Oíamos música. Era una de esas noches que no se olvidan. No hay motivos para que uno las recuerde, salvo la belleza que emana de ellas. Con un hierro yo movía las castañas y las daba vuelta; aparté o creí apartar una castaña y la tuve en mis manos, pasándola rápidamente de una mano a otra, hasta dejarla caer. Lurón la mordió, la dejó caer y la mordió de nuevo para dejarla caer. ¡Era una brasa!.
Lurón aprendió a hacerse el muerto, a marchar, a bailar, a sacar los sombreros a personas que estaban de pie, a arrastrarse por el suelo, a llevar los diarios o una canasta, a saltar por un aro. Con éxito hubiera trabajado en un circo.
Bastaba decirle: "Acordate de tus antepasados" para que redoblara su paso de baile. Sabía que esa era la prueba más importante de todas las que hacía, porque la gente sonreía y lo rodeaba sin hablarle. (Sabía distinguir la sonrisa burlona de la sonrisa de admiración). A veces creo que lo aplaudieron, y aunque el sonido de los aplausos no le agradó, supo de algún modo lo que significaba tener éxito.
Recuerdo que Teresa Borra y Carmelo Soldano, con cierto escepticismo, querían que Lurón les obedeciera. En vano intentaban meterle el diario en la boca gritando: "Llévele La Nación a la señora", "Llévele el periódico a la señora", "Llévele esta cosita a la señora"; Lurón no obedecía.
-Teresa -yo protestaba, dirigiéndome a Soldano, esperando que él comprendiera-, tiene que tutearlo a Lurón y decirle: "Llévale el diario a la señora"; de otro modo el perro no entiende.
El diario ya estaba tan manoseado, que parecía un trapo. Y Teresa insistía:
-Llévele el diarito a la señora. Llévele esta cosita a la señora. -Lurón no

se movía. -Lo que pasa es que el perro va cuando quiere. Pobre animal -regañaba Teresa-.
-Animal es usted. -Soldano reía-.
-Gracias -musitaba Teresa-.
-No comprende que el perro no puede recordar tantas palabras: ¡La Nación, "el periódico", "esta cosita"! Usted lo confunde -explicaba en vano.
-Claro -exclamaba Soldano-.
-Por eso digo que el perro no entiende. ¡Qué sabe si el diario es La Nación o La Prensa!. Para él todo es lo mismo. Pobre animal -gritaba Teresa, con sus ojos apenados-. Hay que ver que no es una persona.
-Animal es usted -yo insistía-.
Era distraído: siempre esperaba mi llegada, para demostrarme su alegría. A veces, cuando yo estaba desde hacía una hora en casa el oía un ruido en la calle, creía que yo iba a llegar de nuevo y delirando de alegría rasguñaba la puerta. ¡Alguien entraba; no era yo!. Con un profundo suspiro, se sentaba de nuevo a mis pies, para volver a esperarme.
Su obediencia, a veces tan extrema, era nociva. Cuando subía al automóvil, no tenía que moverse, y no se movía hasta que la palabra hop le permitiera salir de su sitio y de un salto, bajar del coche. Un día se acomodó debajo del asiento de tal modo que mirando dentro del coche no se lo veía. Cuando llegué a casa, después de hacer varias diligencias y abrí la puerta del coche, no lo vi a Lurón, vi sólo su ausencia en la carpeta de felpilla. Volví a salir. Volví a llamarlo. Fue entonces cuando Borges, para consolarme o para enfurecerme, me dijo: "Si lo encontraras, ¿estás segura de reconocerlo?". ¡Como todas las personas que no tienen perros, creía que todos los perros son iguales!.
A los ocho años, Lurón enfermó y se volvió más inteligente aún e inventivo. Menos dependiente de las órdenes que le daban. No esperaba que le dijeran que hiciera pruebas; las hacía por su cuenta, e inventaba algunas, como abrir una puerta, o marchar reculando. Era un payaso, un buen actor cómico cuya sola apariencia hace reír. Que no tuviera cola lo ayudaba, pues cuando estaba contento, movía la parte trasera, en vez de mover la cola que le faltaba. Bailaba de pronto en medio de la calle, o sacaba el sombrero a alguien que pasaba. Lo operaron cinco veces en la Clínica de Animales Pequeños. Frente al veterinario bailaba porque sabía que su baile era irresistible y pensaba que tal vez lo salvaría de una operación, pero el veterinario, a pesar de reírse, lo llevaba a la mesa de operaciones y no lo salvaba de la operación ni lo salvó, llegada la hora, de la muerte.

La última vez que enfermó, me olvidé de él. Lo dejé en la sala de operaciones. Cuando volví a verlo, me sentí culpable; parecía un fantasma. Quizá no se pueda decir que un perro esta pálido, demacrado: Lurón estaba pálido, demacrado.
"No tiene cura. ¿Quiere que le demos una inyección para que no sufra más?", me dijo el veterinario, con los ojos llenos de lágrimas. Ese para que no sufra más, significaba la muerte, la muerte más amable que podía ofrecerle. Asentí. Le dio una inyección. Lurón quedó como un trapo, como una piel curtida, con los ojos brillantes, de vidrio. Los hombres que limpiaban las jaulas donde alojaban a los perros enfermos cavaron un foso debajo de un aromo, para enterrarlo; mientras yo lloraba, reían de verme llorar. Era primavera. Pensé que rodeada de ese aire festivo, la muerte resultaba más triste, pero sabía que me equivocaba: igualmente triste hubiera sido en verano, en otoño, en invierno.
Pocos días después, soñé que hablaba por teléfono con Lurón.
"No tendré otro perro", dije varias veces. Y durante un tiempo tuve algunos perros sabiendo que no iba a quererlos.
El sexto, Dragón, era un perro pila, el perro que usan de remedio en las provincias, para el asma, para los males del corazón, para el reumatismo. Chico, con la cara torcida, un ojo más alto que otro, con la piel hirviendo, pelada y rugosa, con dos hileras de dientes y expresión risueña. Nunca tuvo collar, ni cadena, ni cama; dormía en cualquier parte. Un día lo trajeron de Córdoba. Nadie lo quiso mucho, pero todos estábamos a punto de quererlo. Era el perro de cualquiera: la bolsa de agua caliente para los pies, el tacho de basura que se come lo huesos y las hojas de lechuga. Su lugar favorito era la cocina, cuando el horno estaba encendido, y siempre temblaba de frío, a pesar de que su cuerpo ardiera como las brasas. Ni las chispas ni las llamas lo hacían retroceder. Cuando engordó como el tronco de un palo borracho y perdió la gracia tan ágil de su juventud, lo quisimos aún menos. Alegre, con ojos tristes, dando saltos, vivió perdido en la sombra. Desapareció. Ni siquiera murió.
El séptimo, Zepelín, era un lebrel barrigón, de color de café con leche, que corría más lentamente que cualquier perro. Era tan tonto, que un día, persiguiendo con otros perros una liebre, corrió junto a ella y la dejó atrás. Esta escena me pareció tan insólita que la referí en un cuento de uno de mis libros. Nadie lo quería y él no quería a nadie, o bien todo el mundo lo quería y él quería a todo el mundo, según soplaba el viento. Seis perros lo ultimaron en una zanja. En otros tiempos, en otras tierras, lo hubieran coronado en honor a Diana.
El octavo, como el perro de Cornelio Agripa, se llamaba Señor. Era un

perro en busca de su alma. Nadie lo maldijo, nadie le dijo "Vete, animal falaz, plena causa de mi destrucción", pero andaba perdido como si fuera culpable. Ciertamente no pensé en él cuando escribí mi soneto titulado "El perro de Cornelio Agripa"; más bien pensé en mi soneto cuando lo conocí a él. Un solo día lo quisimos, fue cuando creíamos que se había perdido y pasamos la noche llamándolo por todo el pueblo a gritos y muchos señores se asomaron a sus puertas para ver quien los llamaba.

El noveno, Constantino, era atigrado, con la cabeza casi negra. Resolví no quererlo demasiado aunque se pareciera, por la forma de las orejas y el color, a Áyax, pero mi resolución no se cumplió. Constantino era nictálope. En la oscuridad total, buscaba en mi dormitorio una pelota de tenis, con la que solía jugar, y la traía y se detenía implacablemente ante mi cama. Algunas veces tuve que levantarme, a medianoche, para que cesara su llanto. Casi dormida le tiraba la pelota. Sólo entonces quedaba satisfecho. Sospecho que era sádico, pues durante el día, esa misma pelota no le interesaba.

Practicaba un narcisismo al revés. Odiaba su propia imagen, le gruñía, trataba de morderla en los estanques y en los espejos y a veces hasta en la sombra.

Dormía en el cuarto contiguo al mío, sobre papeles limpios de diario, de modo que cuando se movía, daba la ilusión de estar leyendo el diario.

Le gustaba comer las patas de una mesa; en cuanto a sus propias patas, las limpiaba en el felpudo, antes de entrar en la casa, cuando llovía.

Constantino era miope como yo. Cuando paseábamos juntos, simultáneamente una suerte de estremecimiento nos atravesaba a los dos: veíamos aparecer en los caminos, al mismo tiempo, un gato, un papel, un pájaro, cualquier cosa, que en un primer momento no distinguíamos bien, y que luego reconocíamos.

Grande y de apariencia feroz, era miedoso. Todo lo dejaba suponer. Cuando íbamos por la calle y yo veía venir a una persona con un perro de cualquier tamaño, gritaba: "Cuidado, porque este perro es muy malo". La otra persona cruzaba la calle o se alejaba, pensando que mi perro temblaba de furia. Temblaba de miedo. Después intuí que su temor provenía del miedo de inspirar miedo. Le repugnaba la violencia, salvo cuando corría las ovejas, que degollaba con satisfacción íntima, o los gatos: el odio, entonces, disipaba los temores.

Constantino no sólo era bondadoso, sino sensible, por eso a veces ponía cara de tonto aunque no lo fuera. Se sentaba junto al tocadiscos como para oír música de cerca. En una playa, tuvo una vez entre sus patas una gaviota herida, que aleteaba y que le hacía cosquillas en la

nariz con las alas. Matarla hubiera sido natural para cualquier perro. No la mató; pero se sintió, desde aquel día, omnipotente, sobre todo en una playa, capaz de apresar cualquier ave en su vuelo, sin intención de matarla, sólo para jugar con ella.
Otra vez estábamos en el campo y nos alejamos de la casa; cuando oí la campana del almuerzo, grité que volvería en seguida para que no se alarmara mi familia. Constantino, al oírme, echó la cabeza hacia atrás, dio un aullido largo y desgarrador, como si hubiese sentido que me sucedía algo dramático.
Constantino parecía feroz pero era suave. La suerte y yo pretendimos vanamente modificar su carácter. Un día, a la entrada del Almacén Suizo, un señor corpulento y colorado, después de mirar con insistencia a Constantino, que temblaba frente a un perrito que parecía de juguete, sacó de su billetera una tarjeta que me tendió imperiosamente, después de preguntarme: "¿Qué edad tiene?" y al no recibir contestación prosiguió: "¿Perro suyo?"; sin esperar respuesta, seguro de sí mismo, entró a comprar algo en el almacén. Leí la tarjeta: "Hans Hundhaus, profesor de perros policiales, enseña pruebas clásicas de equilibrio, ataque a mano armada, salto mortal, defensa propia. Se ruega al amo, lleve su bozal reglamentario y collar de enseñaza. Echeverría 1590, Belgrano".
Esperé al profesor en la puerta del almacén, mirando dulces de frambuesa y los trámites que él hacía para comprar jamón. Con el paquete en la mano, se me acercó a la salida, seguro de su éxito y yo, dominada por impertérrita mirada.
-Entonces -exclamé, como continuando un diálogo interrumpido- enseña usted a los perros, señor Hundhaus.
-¿Interesa? -me contestó bruscamente-.
-Mucho -le dije sintiendo que me imponía esa respuesta y que la providencia me lo enviaba. Con entusiasmo, mirando a Constantino, seguimos el diálogo telegráfico.
-¿Qué edad? –preguntó-.
-Nueve meses.
-¿Nombre?.
-Constantino.
-¿Constantino?.
-Constantino Von Düseldorf.
-¿Enseñó algo?.
-Sí.
-¿Qué enseñó?.
-Dar la pata.
-Falderos da pata.

-Sentarse.
-Falderos también.
-Acostarse.
-¡Como traer pelota! Falderos.
-Chumbar.
-¿Qué es chumbar?.
-Decirle chúmbale y que ladre.
-Ladrar, ¿nada más?.
-¿Qué más?.
-¿Cuando da orden?.
-A veces.
-Más importante callar. Traiga Constantino, once mañana, planta baja. No olvide traer puesto bozal reglamentario y... o collar de enseñanza.
-Pero no sé si podré ir hasta su casa. -Lo que haga perro, perro agradece. -¿No hará sufrir?.
-¿Yo sufrir animal?.
-Me resulta difícil...
-¿Difícil?.
-Difícil ir a Belgrano a esa hora.
-Nada difícil cuando quiere. Espero mañana y... o pasado mañana.
Al día siguiente, fui con Constantino, a la calle Echeverría. La entrada de los departamentos tenía un largo corredor que aislaba un poco la planta baja del resto de la casa, que daba a un patio. La puerta estaba abierta. Con temor, miré. En un cuarto lúgubre, con largos cortinados alegres, que lo volvían más tétrico, vi muchas fotografías enmarcadas de perros en distintas posturas (algunos disfrazados de bandidos, de vigilantes o con una gorra marinera), y oí la voz del señor Hundhaus, que gritaba.
"Junto. Un. Dos. Un. Dos". Y a veces, con una voz grave, como quien dice gol, down, y luego con voz de falsete, "hoy sta bien". "Hoy sta bien." Toqué el timbre, pese a que la puerta estuviera abierta. El señor Hundhaus acudió con las manos apartadas del cuerpo, como si hubiere tocado en la cocina algo pringoso; las lenguas de los perros, pensé. Me hizo señas para que entrara. Sin saludar, o saludándome apenas, me dijo:
-¿Collar de enseñanza?.
-¿Qué es eso? -pregunté, sin recordar las recomendaciones que figuraban en la tarjeta-.
-Aquí tengo -dijo el señor Hundhaus-, y me trajo un collar, que por su novedad me hizo exclamar:
-¡Qué bonito!.
El collar era de metal y al cerrarse sobre el cuello del animal, que

desobedecía indebidamente, clavaba las puntas implacables de sus eslabones.
-Nunca permitiré que mi perro sufra -le dije.
-No sufre, señora; sólo si desobedece. Póngaselo usted y verá.
-Preferiría no ponérselo nunca y que desobedezca -le dije-, lo que hizo sonreír al señor Hundhaus.
-Mujer sentimental, gusta perro salvaje.
No me gusta que me llamen sentimental. Le puse el collar a Constantino. Así empezaron las lecciones, que no presencié.
Al cabo de dos meses, Constantino sabía atacar, saltar, arrastrarse por el suelo, defenderse, enfurecerse, cuando el señor Hundhaus se lo ordenaba. El último día el maestro hizo una demostración que me dejó maravillada. Ya me imaginaba asustando al mundo, nunca asustada, junto a un perro tan bravo y obediente como el mío.
Sin embargo, me permití hacerle un reparo al señor Hundhaus, cuando me enteré que para su enseñanza alquilaba a un hombre y lo disfrazaba con bolsas para hacer simulacros de ataque. Se supone que el hombre andrajoso era el asaltante y el perro tenía que atacarlo.
-Pero, señor Hundhaus, ¿y si el asaltante está bien vestido? -le pregunté con énfasis-, ¿qué sucede?.
-Asaltante no poner mejor traje para asaltar. Es lógico.
-Eso cree usted -le respondí-. Hoy día los asaltantes están bien vestidos.
-Constantino conoce mejor.
En casa Constantino no me obedeció. Protesté. Llamé por teléfono al señor Hundhaus para decirle: "Sus lecciones no sirvieron para nada", pero dije, con la intimidad que da la aflicción, "Hundhaus ¿cómo hago?, no me obedece". Me contestó que yo no sabía dar órdenes y que fuera a su casa con tres terrones de azúcar para recibir las instrucciones. Entonces me acordé de Teresa Borra y de Carmelo Soldano, que tampoco sabían dar órdenes, porque eran soberbios, y fui humildemente a la casa de Hundhaus.
El señor Hundhaus, que parecía un general en camiseta, me esperaba en la puerta. Hacía calor ese día y se enjugaba la frente, ya lustrosa, dándole más brillo. En cuanto llegué, fatigada, me senté en un sillón y él me dijo, o más bien me ordenó: "De pie". No era a Constantino sino a mí que me hablaba y de muy mal modo. Vacilé. Me puse de pie y el señor Hundhaus comenzó a darme las instrucciones.
-Ponga mi voz. Cuerpo erguido. No. No levantar mano. Diga down. Tranquila. Down. Perro sabe si está nerviosa.
Me pareció, en un momento dado, que Constantino y Hundhaus se reían de mí; sin embargo, Constantino dócilmente se arrastró por el

suelo (pero mirando al señor Hundhaus). Después como recompensa, tuve que darle azúcar.
Luego de nuevo:
-Ponga mi voz. Enérgica. Diga Acuéstese -ordenó Hundhaus-. Yo dócilmente dije a Constantino.
-Acuéstese -y a Hundhaus-: Usted me dijo que sólo los falderos aprenden a acostarse.
-Pero no de este modo -contestó arrebatado Hundhaus-.
Durante un tiempo conseguí que algún amigo con voz parecida, o más parecida que la mía a la del señor Hundhaus, diera las órdenes a Constantino: pero fue una triste experiencia que no quise repetir.
Poco a poco, Constantino se fue adaptando a otro tipo de enseñanza. En realidad tuve que educarlo de nuevo, a mi modo. Conservé y utilicé, sin embargo, algunas de las palabras que Hundhaus empleaba: Apporte para que el perro buscara algo; hop, para que saltara; fass, para que ladrara; down, para que se arrastrara; las demás palabras eran en castellano.
Cuando quise casar a Constantino; le conseguimos una perra que resultó ser su hermana; le pusimos de nombre Cleopatra. Constantino, al principio, creyó al verla que se estaba mirando en un espejo y la trató con aversión, y en ningún momento como un macho trata a una hembra. Nuestro jardín se llenó de perros enamorados de Cleopatra, pero Constantino los ignoraba, hasta que un día descubrió los secretos del sexo. Los hijos que nacieron de ese descubrimiento incestuoso fueron después, en el campo, el terror de las ovejas y de los terneros.
La alegría ocupó buena parte de nuestra vida en aquella época.
Muchas veces dormí teniendo la pata de Constantino, para serenarme y no para reconfortarlo, como lo hacía con Áyax. Si él me hubiera dicho algo me hubiera aconsejado "afrontar la noche, las tormentas, los accidentes, el ridículo, el hambre, los rechazos, como los árboles o los animales". O más bien, con las palabras del evangelio: "Considerad los lirios del campo, como crecen; no trabajan ni hilan".
Cuando me separé de Constantino para irme a Europa, lo dejé en el campo, porque pensé que ahí sería más dichoso. Me equivoqué.
En París, un día, en una pequeña librería, vi una fotografía de un perro idéntico a él. El librero, tomando en su mano la fotografía, me dijo: "Hace un mes que mi perro murió. Sufrí tanto cuando murió, que tuve que cerrar la librería durante una semana". Citó unos versos en francés que no recuerdo. En ese instante, presentí que no volvería a ver a Constantino.
Cuando volví a Buenos Aires, a los cinco días, me avisaron que Constantino estaba muy enfermo. Acudí al campo a verlo. Era pleno

invierno, lo encontré debajo de una mesa, sobre el piso de baldosa de un cuarto helado, muriendo. Me dijeron que había comido carne con estricnina destinada a los gatos, pero sospeché que lo habían envenenado adrede, pues un niño del lugar me decía incesantemente: "Murió de muerte natural".
Lo acomodé junto a la chimenea encendida. Durante toda la noche, dándole digitalina, traté de salvarlo. No podía moverse, pero trató de obedecerme hasta el último instante. Las últimas gotas de agua que bebió, las bebió porque se lo pedí. Al alba, como si hubiera mejorado y como si la luz del día con un silbido lo llamara, desde afuera, salió corriendo y cayó muerto. Lo enterramos y a cada palada de tierra que le echaban, el terrible niño salmodiaba, golpeando con un palo: "Murió de muerte natural. Murió de muerte natural".
Después, una noche, tuve un sueño que no olvido:
Constantino cantaba música clásica. Uno podía pedirle que cantara cualquier cosa: de sus orejas peludas y grandes, lo que me hacía dudar de su identidad como de una caja de música, al parecer, salían los sonidos que no eran un canturreo cualquiera, sino el sonido de una orquesta con sus violines, clarinetes, trombones, pianos, arpas, violoncelos y fagotes. Creo que le oí cantar la cuarta sinfonía o una sonata de Brahms, pero me constaba que su memoria disponía de un vastísimo repertorio que no tuve tiempo de escuchar, porque mi sueño era breve. Divertida con la musicalidad mágica de mi perro, andaba por las calles. Un desconocido se me acercó. Quise revelarle el prodigio.
-Canta de memoria cualquier cosa que uno le pide -le dije-. Pídale que cante lo que usted quiera.
-La Quinta sonata de Scriabin -pronunció frívolamente-. Susurré al oído de Constantino que cante la Quinta sonata de Scriabin. La cantaría como siempre, pensé, débilmente, pero afinadamente. El desconocido protestó, no oía nada.
-Tiene que escucharlo pegado a su oreja -le dije-.
Venciendo su apatía el desconocido se arrodilló, pegó su oreja incrédula a la oreja de Constantino.
-Tiene razón -respondió, escuchando; luego, poniéndose de pie, exclamó-: pero, ise oye tan poquito!.

Keif

Keif era misterioso. Conservo una fotografía de cuando era muy joven. Sus párpados entrecerrados dejaban ver la intermitente ferocidad amarilla de sus ojos. Cuando me miraba me daba miedo. Lo conocí una tarde de enero cuando fui por primera vez a la casa de Fedora a

comprar un grabador alemán que vi anunciado en un diario. Llegué y encontré la puerta abierta. En los balnearios, la gente deja sus casas abiertas. Sin golpear las manos ni dar el desusado grito "Ave María", que mi tatarabuela daba y que yo solía dar con voz de vieja, para reírme un poco, entré en la casa. Al pie de la escalera vi sentado a Keif. Tuve un momento de terror, pensando que el terror podía costarme caro. ¿Acaso los perros no se enfurecen cuando uno se asusta?. Keif no se movió, cruzó una pata sobre la otra, espantó una mosca con la cola. Quedé inmóvil en el umbral de la puerta, temiendo que cualquier otro movimiento que yo hiciera para entrar o salir me costara la vida. En el silencio todo se volvió más irreal. Pensé que estaba soñando o que habían puesto en el diario una dirección equivocada. Al cabo de algunos minutos oí el ruido de unos pasos y arriba de la escalera vi a una mujer que se asomó con su perfume a barniz y a cosméticos.
-¿Qué desea?. -susurró como si revelara un secreto-.
-¿Está la señorita Fedora Brown?.
-Soy yo. ¿Viene por el aviso?.
-Vine a ver el grabador.
-Suba -me dijo-. No tenga miedo -agregó, bajando las escaleras-. Keif no le hará nada.
Al decir éstas palabras se inclinó y tomó la cadena que estaba enganchada al collar de Keif.
-Me obedece -dijo Fedora-.
Con el pie separó las patas de Keif e imperiosamente le ordenó que se levantara. Subimos las escaleras.
-Sígame. En mi cuarto está el grabador.
Entramos en el dormitorio desde cuya ventana se divisaba el mar.
-Aquí esta -me dijo, mostrándome una valija gris-. Es lo único que traje de mi último viaje. Esta valija y Keif.
-¿No le tiene miedo?.
-¿Miedo? -interrogó-. Es más manso que un perro amaestrado.
-¿Come mucho?.
-Muchísimo. Como una bestia. Verlo comer me indigesta.
Keif la miraba mientras hablaba, sin quitarle los ojos de encima. De vez en cuando ella murmuraba "Keif quédese quieto", aunque el tigre no se moviera.
-¿Keif? ¿Por qué le puso Keif? –inquirí-.
-Keif en árabe quiere decir "saborear la existencia animal sin las molestias de la conversación, sin los desagrados de la memoria ni la vanidad del pensamiento". Le queda bien ¿verdad?.
-No podría llamarse de otro modo -le contesté con énfasis-.
-Enseñarle a obedecer me da satisfacción. Si yo fuera más joven

trabajaría con él en un circo.
-Pero ¿acaso usted no es joven?.
-Nunca uno es bastante joven. A los cuatro años, tal vez, pero ide qué sirve! -Mirando a Keif agregó en voz baja: -Creo que lo hipnotizo con la mirada-.
-¿Y si él la hipnotizara?.
-¿Si él me hipnotizara?. Nunca pensé que pudiera suceder. Quedamos un momento sin decir nada. Para interrumpir el silencio, pregunté:
-¿Tiene otras cosas en venta?.
-Sí. Por ejemplo: un anillo de brillantes, una pulsera de esmeraldas, mis abrigos de piel, un cuadro de Renoir y este grabador. No lo hago por necesidad, lo hago porque me gustan los cambios. En vez del brillante, compraré un zafiro; en vez de los abrigos de visón, un abrigo de marta; en vez de las esmeraldas, rubíes; en vez del Renoir, un Picasso; en vez del grabador, una cámara fotográfica. La fortuna, por mucho que se tenga, no es infinita. En cuanto me aburren las cosas las vendo y como son siempre buenas, me las compran bien. Desde chiquita soy así. ¿Quiere probar el grabador?. Tengo una cinta grabada.
Abrió la tapa del grabador, movió los diales y se oyó un rugido, después otro. Me dijo extasiada:
-Es Keif. ¿Lo reconoce?.
Luego se oyó una voz destemplada.
-Soy yo -musitó-, hablándole a Keif. ¿Quiere grabar algo?. Grabé unos monosílabos mientras observaba el manejo del grabador, que decidí comprar.
Nos quedamos conversando un rato, mirando el mar y un velero a lo lejos. Fedora me dijo que era independiente, pero que por culpa de Keif después del último viaje había perdido su independencia.
-Todo nos ata -me dijo-. Cuando menos pensamos estamos esclavizados.
Me había olvidado de la presencia de Keif. Las ventanas estaban de par en par abiertas.
-I don't know what to do with him -me dijo Fedora, mirando de soslayo a Keif, como si quisiera que no la entendiera-. I care so much for him, but I can't keep him always with me. He is a nuisance. In the Zoo they want to buy him for a lot of money.
-And why don't you? -contesté en mi mal inglés-.
-I can not. I simply can not do it.
La desmedida aflicción de su respuesta me conmovió. Al despedirme me acerqué tal vez demasiado y retrocedió.
-He is jealous -me dijo-.
Sin discutir el precio pagué lo que me pidió por el grabador, tomé la

valijita y bajé las escaleras prometiendo a Fedora que volvería a visitarla.
Como no había aprendido detalladamente el manejo del grabador, muy pronto fui de nuevo a ver a Fedora para que me lo explicara. Estaba echada sobre una estera, frente a la ventana, al sol, casi desnuda. A sus pies Keif dormía como embalsamado. Delacroix hubiera pintado bien ese cuadro exótico. Después de darme las explicaciones que yo reclamaba, Fedora me dijo:
-Estoy resuelta a cambiar de vida. Estoy harta de ésta.
-¿Va a entrar de monja?.
-No. Me voy a ir de esta vida.
-¿Cree en la transmigración de las almas? -le pregunté sonriendo-.
-Naturalmente –respondió-.
-¿Y cómo vas a hacer? -le dije, tuteándola por primera vez-. Es tan difícil cambiar de vida como de cuerpo.
-Me voy a suicidar.
-Te vas a suicidar?.
-No. No es nada trágico; voy a suicidarme de un modo agradable -contestó.
-¿Y hay modos agradables de suicidarse?.
-Tal vez. Cualquier cosa desagradable se puede hacer de un modo agradable -arguyó-, pero no acepto la idea de que un acto agradable pueda volverse desagradable en un momento dado. Adoro el mar; siempre que me baño quisiera quedarme en el agua más tiempo del que me quedo: quedarme hasta morir. Eso es lo que voy a hacer: dejarme morir en el deleite del agua. En una hermosa mañana, al alba, entraré en el mar como cualquier otro día; sentiré la efervescencia del agua en mi piel. No, no sería un suicidio trágico como el de Alfonsina Storni en Mar del Plata, ni patético como el de Virginia Woolf en no sé qué río de Inglaterra. Seguiré bañándome hasta el mediodía, hasta la caída de la tarde. Sobrevendrá luego el crepúsculo y la noche, y volverá la aurora y la mañana siguiente, y el mediodía y el crepúsculo y la noche y la subsiguiente aurora; y yo sentiré el cambio de las temperaturas y veré los colores del agua, conviviré con las algas, con la espuma, con el rocío, hasta el fin, cuando desvanecida, indefensa, me disuelva como un terrón de azúcar o me llene de agua como una esponja. Entonces mi alma vagando blandamente buscará un cuerpo para vivir de nuevo. Lo encontrará en un niño o en un animal recién nacido, o aprovechará el desvanecimiento de un ser para entrar por el intersticio que deja en el cuerpo la pérdida de conocimiento. Me dejaré morir de un modo agradable. Y después vendrá lo más divertido de todo: otra vida. ¿Comprendes?.

-Comprendo -musité-. Pero creo que nadie es capaz de hacer una cosa así. ¿Estás harta de la vida?.
-Tengo todo lo que se puede pedir en el mundo, hasta un pedacito de playa, que es mío.
-Nadie es capaz de dejarse morir en el agua de ese modo -protesté-.
-Yo soy capaz -me dijo-.
Me reí. Sin hacer caso, prosiguió:
-¿Te ocuparías de Keif?. Es lo único que me inquieta: abandonar a Keif en este mundo, me parece cobarde. Te dejaría dinero para los gastos de su alimentación. Haría mi testamento. Tal vez te dejaría todo lo que tengo.
Pensé: "¿Esto es recibir una herencia?. Nunca hubiera soñado una situación tan extraña".
-¿Aceptas? -me dijo Fedora, encendiendo un cigarrillo-. Te dejo todos mis bienes y ni siquiera te pido que lleves luto. ¿Aceptas? –repitió-.
-Acepto, si eso te da placer -le dije, sintiéndome culpable-.
¿Acaso era una broma?. Aceptando su proposición ¿yo la instigaba a cometer el suicidio?. Me dejé caer de rodillas sobre la estera, a su lado.
-Basta de bromas, Fedora. Parecen tan serias las locuras que dices, que tengo la tentación de creerte.
-Créeme -dijo Fedora, pero su ademán parecía contradecir sus palabras.
Apagó el cigarrillo, lo dejó en el cenicero, se alisó frívolamente el pelo, se pintó la boca sin mirarse en un espejo, arqueando la boca entreabierta, se echó boca abajo sobre la estera para tomar sol.
-En mi próxima reencarnación seré tal vez una amazona. Ningún Teseo ni Aquiles me vencerá.
-¿Irás entonces en busca del pasado? -le dije en broma-.
-Una amazona de circo -prosiguió-, o domadora; tal vez prefiera esto último. Es mi vocación. Saludaré al público después de poner mi cabeza dentro de la boca de un león. Pienso siempre en las diferencias que habrá entre esta y la otra vida. ¡Es tan entretenido!. ¡Cuántas veces caminamos con Fedora por la orilla del mar siguiendo los diseños que dejaba la espuma sobre la arena!. Pasé unos días sin verla. No sabía cuándo hablaba en broma y cuándo hablaba en serio, de modo que la amenaza del suicidio no me preocupaba mayormente. Acerca de las divagaciones sobre la transmigración del alma sólo pensé que se debían al libro de las Metamorfosis de Ovidio, que alguien le regaló para su cumpleaños. Comencé a inquietarme por su suerte; comencé también a extrañarla. Había notado algo insólito en su conducta: cuando salía de su casa se despedía de Keif diciéndole: "¿Volveré a verte, amor mío? ¿Qué harás sin mí en este mundo, mi ángel?", mirándolo en el fondo de

los ojos.
Así es la amistad: uno vive toda una vida sin ver a una persona y de pronto esa persona es lo único que cuenta en la vida. Fui a visitar a Fedora una mañana calurosa, al alba. Me había dicho que siempre, al alba, cuando hacía calor, bajaba a bañarse. Le prometí Sorprenderla en su mentira. Sabía que era dormilona. Hicimos un pacto: en días de calor, si yo me despertaba antes que ella, iría a despertarla para acompañarla a la playa; en cambio, si ella se despertaba antes, vendría a buscarme. Se me acababan las vacaciones y pensaba que no podría visitarla a otras horas, pues como buena holgazana, Fedora no tenía nunca tiempo para nada. Aproveché la hora insólita del alba; llegué cautelosamente; llamé a la puerta. Nadie me abrió. Noté que la puerta no estaba cerrada con llave. En cuanto abrí la puerta, velozmente Keif salió de la casa. Yo entré. Subí la escalera corriendo. No había nadie. Me asomé a la ventana por donde se divisaba el pedacito de playa que pertenecía a Fedora. En la luz espectral del alba vi recortado el cuerpo de Keif, que se deslizaba como un enorme perro perdido. En la orilla del agua se detuvo, husmeando el agua, retrocediendo y avanzando con el movimiento de las olas, hasta que se acostó y quedó chato como la arena. No se me ocurrió pensar que Fedora podía cumplir con su descabellado propósito, hasta que vi sobre su mesa un sobre lacrado a mi nombre con la palabra testamento. Bajé a la playa. Pero ¿dónde estaba la inmensa ola de mi sueño recurrente que me cubriría, ese sueño que me había perseguido desde la infancia?. No. No era un sueño. ¿En qué se diferenciaba el sueño de la realidad?. En la duración, en el olor. Keif olía a fiera. Eran las cinco de la mañana. Yo llevaba entre mis manos la cadena fría y el collar un poquito oxidado. Durante horas los dos juntos, Keif y yo, miramos el agua rosada del amanecer que traería después el cadáver rutilante de Fedora. Al verlo, pensé: "No debo desvanecerme. Tengo frío, tiemblo". Perdí el conocimiento.
A nadie le extrañó que Fedora hubiera muerto ahogada. Sólo a mí. Era una nadadora imprudente. A nadie le extrañó su testamento. Sólo a mí. No tenía parientes y era excéntrica.
Sin mayores complicaciones, salvo las que significaba Keif, me instalé en la casa de Fedora, ante el asombro de mi familia, que me acusó de rebeldía, de imprudencia, de falta de dignidad. Frecuenté a sus amigos (esas amistades hechas de despedidas, que uno tiene siempre en los balnearios): me revelaron secretos de la muerta. Contemplé su álbum de fotografías que era como una pequeña historia ilustrada de su vida; dormí en su cama, leí a la luz de la misma lámpara que iluminaba su libro. Me miré en su espejo, usé su perfume, me peiné con sus peines, vi el paisaje desde su ventana, bajo la luna, bajo el sol de todas las

horas del día. Cambié de carácter. En ciertas oportunidades, algunas personas me dijeron frases inquietantes como éstas: "De lejos te pareces a Fedora", o bien "Dijiste esas palabras como las decía Fedora". Pensé que Fedora se había apoderado de mí al morir.
Mi vida transcurrió con una apacible felicidad frente al mar, como la de Fedora junto a Keif. Tuve dificultades que había previsto: el jardinero no quería venir a trabajar; decía que la mitad de lo que yo gastaba en alimentar a Keif podría alimentar a todos sus hijos: no toleraba esas injusticias. Mi sirvienta también se fue, porque quería que le subiera el sueldo de acuerdo con lo que yo gastaba en el mantenimiento de Keif. Keif lentamente se acostumbró a mí. A veces parecía esperar a Fedora.
Pasé cuatro años de una vida agradable, aunque mi familia tratara con sus cartas de amargarme la existencia. ¿Cómo describir una vida sin tiempo como fue aquella?. Mis horas holgazanas pasadas de esplendor en esplendor. Sólo recuerdo de esos días paisajes, luces, fragancias, sabores, músicas. Mi única preocupación era sentir que me había transformado en Fedora. Con horror de pronto pensaba en mi imprudente desvanecimiento a orillas del mar cuando vi a Fedora ahogada. Pregunté a la gente que me había socorrido si algo insólito había sucedido en aquel momento e interrogué al médico que llamaron. De nada servía. Sin embargo, permanecí impasible como si viera desde afuera los motivos de mi inquietud.
Un día a las cinco de la tarde golpeó a la puerta un hombre con su familia. Tenían que hablar conmigo. El hombre era alto, enjuto y de pelo rojo. La mujer de mediana estatura era tan delgada que aunque estuviera de frente parecía siempre de perfil. Traían una niña de cuatro años vestida con un pantalón rojo, ajustado, y una camiseta celeste. Los hice pasar al cuarto de Fedora. Les dije:
-No se asusten.
-Keif no hace nada -balbuceó la niña-.
¿Habría oído mal?. Me pregunté de dónde podía conocer ese nombre. Me pareció que había dicho Keif. No era gente del lugar ni habían tenido oportunidad de ver a Keif.
La familia sonrió, como de común acuerdo, y la niñita inmediatamente quiso montar sobre el lomo de Keif. Los padres, lejos de oponerse a ello, la instaban para que volviera a hacer lo mismo en cuanto bajaba. Lo más extraño de todo fue la simpatía que mostraba tener Keif por la niñita.
Con algunas vacilaciones, el hombre me dijo:
-Somos del circo Amazonia. Venimos a pedirle que nos venda esta fiera.
-Y señalando con la mano a la niñita, agregó:
-Queremos que sea domadora: lo tiene en la sangre. Le gustan también

los caballos; podría ser una celebre amazona, pero hay muchas en nuestra compañía. Con nuestro permiso ya puso una vez la cabeza en la boca de un león. Hizo otros ejercicios no menos peligrosos. Trajo mucho público de las afueras a nuestro circo. El enano de Costa Rica la presentaba.
-Pero ella clama por un tigre -interrumpió la mujer-. Le pagaremos lo que usted nos pida.
La niña se había abrazado al pescuezo de Keif y me miraba con ojos de suplica. Accedí.

Carl Herst

Carl Herst tenía la cara muy ancha, los pómulos y las mandíbulas salientes, los ojos hundidos. Mi hermano quiso comprarle un perro. Vivía en Olivos y fuimos en busca del perro. Cuando, llegamos a la casa, Carl Herst en persona nos abrió la puerta. Nos hizo pasar directamente a su escritorio. Allí nos sentamos y bebimos cerveza helada; nos habló largamente del criadero, del trabajo que le daba, del pedigree de los animales y de la importancia de la alimentación.
Fue al fondo del jardín en busca de Fullo (así se llamaba el perro que tenía disponible para vender a mi hermano) y nosotros nos quedamos mirando el cuarto. En las paredes había fotografías en sus marcos dorados, todas de perros; sobre las mesas los portarretratos llevaban fotografías de perros pelados, peludos, en grupos, solos, enanos, altísimos, largos como salchichas, ñatos como la cara de la luna, madres e hijos, hermanos, de todas las edades. En un álbum entreabierto vislumbré colecciones de instantáneas también de perros en el campo, en la ciudad, corriendo, sentados, acostados. Cuando Carl Herst llegó, con Fullo, mi hermano y yo estábamos riendo, pero pronto dejé de reír porque el animal me dio miedo. Tenía una mandíbula enorme y unos ojos redondos y fríos.
-¿Es malo? –pregunté-.
-Es buenísimo -me respondió Herst- y fiel.
Después de discutir el precio mi hermano resolvió que volveríamos al día siguiente.
Al día siguiente no había nadie en la casa cuando llegamos, pero una vecina nos dijo que el señor le había dicho de hacernos pasar hasta el fondo del jardín si queríamos llevarnos el perro. Pasamos al fondo del jardín donde había un alambre tejido y dentro del perímetro del alambre tejido una casilla grande y bien cuidada, de madera. Temblando seguí a mi hermano. Entramos por una puertita de hierro despintada. Los perros nos miraron amistosamente y Fullo vino

corriendo. Después se metió en la casilla. Mi hermano entró en la casilla para buscarlo; yo espié desde afuera. En las paredes del interior, que estaban pintadas de blanco, vi un cuadro colgado. Miré atentamente: era una fotografía de Carl Herst.
En las paredes había platos colgados con inscripciones como estas: "¿Qué perro es como un amigo?", "Ama a los hombres, cuídalos, son parte de tu alma", "Tengo un amigo, qué importa el resto", "Cuando te sientas solo no busques otro perro", "El hombre no traiciona, el perro sí", "Un hombre nunca miente".

La inauguración del monumento

Debía de ser en el mes de octubre, pues el sol, las moscas y las estrellas federales tapizaban el pedestal de escalones grises, cerca del pasto donde nacen las sombras benefactoras de la plaza. El monumento estaba vendado, como un herido, o como un altar en Semana Santa.
Una pequeña banda de música acompasaba los movimientos lentos del público. La música contenía sonidos ásperos y oxidados; frecuentes partículas de arena se infiltraban entre las notas; era una música recia; quedó interrumpida antes de que empezaran los discursos, y las damas de beneficencia se abanicaban ceremoniosamente con abanicos negros, de papel, atados con cintas de crespón. Los pañuelos de las damas revoloteaban de los ojos al pecho y del pecho a los ojos, como pequeñas banderitas. Luego se descorrieron los lienzos y apareció el general Drangulsus, de mármol pentélico, sentado frente a un escritorio con una mano en la sien y la otra ligeramente levantada.
-¿Por qué no habrán hecho una estatua ecuestre?.
-Es más adecuado para un general -comentaba el público-.
-Es admirable como está concebido.
-¿Por qué no aprovechan estos mastodontes para construir un espacioso pabellón interior?. Por ejemplo, esta enorme piedra contra la que se apoya la estatua. ¿Para qué sirve?. Tan sólo para quitar el aire y la vista -decía un hombre que buscaba un mingitorio-.
Su compañero le contestaba gesticulando ampliamente:
-Con esta estatua va a suceder lo mismo que con la de Mitys en Argos. ¿Lo recuerda? La estatua de Mitys mató al hombre que lo había asesinado.
-Y en este caso, ¿quién es el asesino? -preguntó el otro, mirando melancólicamente los árboles-.
-Me extraña su falta de perspicacia -le contestaron-.
Y el que así hablaba hizo una apreciación malévola sobre el escultor.
-Aquí van a poner una fuente -dijo el guarda por centésima vez,

indicando un hueco entre las piedras-.
-El general Drangulsus tenía miedo a los caballos. Dirigía las batallas desde su escritorio. Dejaba morir a sus soldados y permanecía sentado en un cómodo sillón de cuero. Ese escritorio se abría sobre una terraza circular, desde donde se dominaba la ciudad. En su primera campaña en las sierras, cuando tuvo que ir a caballo como un simple soldado, no tardó en morir de miedo -dijo la voz de Domingo Alopex-.
Estaba en el banco de la plaza. Nadie lo oyó, él mismo no prestaba gran atención a sus palabras, parecía recitarlas de memoria. Una niña de cinco años jugaba un poco más lejos.
Se acordaba de esa última batalla y del general Drangulsus, con sus bigotes negros. Se acordaba del reloj de oro y de las manos cuadradas, con las palmas cortadas y rojas. El general Drangulsus tenía un telescopio y varios anteojos de larga vista que repartía, como un aperitivo, entre sus oficiales de Estado Mayor. Anticipaba las batallas, en grandes trazos rojos, sobre los planos innumerables de la ciudad. Veía desplegarse bandadas de aeroplanos, regimientos de infantería, artillería, caballería; vistos desde esa terraza, los soldados eran chicos y resistentes, como soldados de plomo.
Domingo Alopex cruzó las piernas y apoyó un brazo atentamente contra el respaldo del banco. Era el atardecer y la gente se iba de la plaza.
La chica de cinco años se le acercó corriendo, y súbitamente extasiada, gritó golpeando las dos manos: "¡Mire, mire qué lindo!" El júbilo crecía. "¡Mire, mire!", sus exclamaciones iban acompañadas de saltos. Esa niña pequeñísima y delirante era su hija; le golpeaba los hombros, le tironeaba el traje. Domingo Alopex no veía nada de extraordinario, pero después de un rato alzó los ojos y vio la luna. Su hija acababa de descubrirla. No era una luna enorme, sino modesta y pálida. La chica abandonó su asombro y siguió jugando.
Domingo Alopex se acordó de otro asombro y de otra infancia. Surgió en su recuerdo, nítida, limpia, la panadería de los padres de José Drangulsus, La Media Luna.
Él y Drangulsus (que entonces se llamaba Drangolino) eran del mismo pueblo. Un pueblo de campo, con calles anchas y desnudas.
Un día, Domingo Alopex esperaba solo frente al mostrador de la panadería. Se acordaba de aquel día con precisión. Su madre lo había mandado a comprar cinco centavos de pan. Tenía cinco años y un delantal blanco, con grandes bolsillos. La panadería estaba sola.
Domingo respiraba el olor a pan, moviendo lentamente los labios. Imitando a su madre, golpeó las dos manos y dijo: "Ave María".
(Creía que la mujer del panadero se llamaba "Ave María" y le encontraba cierto parecido con las aves de su casa.) Nadie contestó.

Miraba las canastas de pan, los chocolatines y las medialunas apiladas en los estantes como en un altar y, un poco más lejos, en un rincón, los privilegiados pancitos de salud, cubiertos con un tul de mosquitero blanco. Súbitamente se dio cuenta de que había alguien en el cuarto. Un chico de su misma edad salió de atrás del mostrador, sonriendo. Tenía un sombrerito de paja y un látigo en la mano. A Dominguito le pareció reconocer esa cara. No sabía donde vivía el chico, pero lo había visto muchas veces de lejos en la calle, rondando siempre frente a la panadería; debía de tener su misma afición al pan y a las medialunas. Inexplicablemente, Domingo empezó a tocar las medialunas, a palmotearlas y comerse las puntas; ya no le interesaban, sólo quería deslumbrar a ese compañero desconocido. Domingo iba guardando las medialunas en el bolsillo. Le llenó los bolsillos de chocolatines. Levantó el tul y tomó dos pancitos de salud. El chico desconocido asentía con un movimiento de cabeza. Se había entablado una conversación entre ellos, una conversación muda y asombrosa que aumentaba entre el zumbido de las moscas y el olor a pan. Domingo se enardeció en el juego, hasta que tuvo los bolsillos llenos. El chico desapareció por la puerta entreabierta. Simultáneamente entró una señora gorda, navegando entre los pliegues de su vestido, con un plumerito en la mano. Majestuosa, se acercó al mostrador y le vendió cinco centavos de pan, pasando dos o tres veces el plumero por los panes, antes de envolverlos. En ese instante Domingo sintió la gravedad de las circunstancias. La presencia del "Ave María" lo conmovió. Sus bolsillos le dolían, con dolor de barriga hinchada. Había algo mágico en el movimiento de ese plumero, algo religioso en la manera en que las dos manos blancas del Ave María envolvían los panes. Domingo estiró sus brazos para alcanzar el paquete. Retrocedió al ver a un hombre grandote y rubio, en el marco de la puerta; sin duda era el dueño de la panadería y junto con él apareció de nuevo el chico del sombrerito de paja. El hombre se acercó y lo miró detenidamente y luego, dirigiéndose al chico, gritó: "¿Es éste?. ¡Me extraña!. ¡Un hijo de Luis Alopex, robando!". El chico del sombrerito de paja lo apuntó con el dedo: "Es él, papá. Es él", y acercándose sacudió los bolsillos de Domingo haciendo caer el contenido. El dueño de la panadería tosió fuertemente y miró a su mujer. "Vamos a tener que apuntar todo esto en la cuenta de la señora de Alopex." Le revisaron uno por uno los bolsillos, los del delantal blanco, los del saquito gris que llevaba debajo del delantal y los del pantalón. Minuciosamente hicieron la cuenta: 20 chocolatines, 1.00; 2 medialunas 0.005; 2 pancitos de salud, 0.10. "Qué bolsillos", no cesaba de repetir la mujer del panadero, "¡qué bolsillos de prestidigitador! Empieza temprano el niño. No lo dejaremos

ser amigo de Josecito."
Domingo Alopex salió corriendo de la panadería. Corrió tres cuadras, corrió cinco cuadras y entró en la estación del pueblo. Se escondió en la sala de espera y allí, entre un amontonamiento de papeles y escupidas, comió el último chocolatín que había quedado dentro de su gorra; estaba caliente y derretido y tenía gusto a tierra. Desde aquel día no volvió a la panadería La Media Luna.
Tenía ya diez años. José Drangulsus empezó a repartir el pan. Dos veces por semana la jardinera pintada de rojo, atada a un caballo tordillo, con cascabel, pasaba frente a la casa de Domingo Alopex, y José, tapiado entre las lonas del carrito, gritaba: "¡Ladrón! ¡Ladrón!", modulando la voz como en un canto. El canto tenía escasas variaciones. "¡Ladrón de medialunas! ¡Ladrón de chocolatines!". Domingo esperaba este suplicio todas las mañanas. Sabía que si no lo esperaba, sabía que si se alejaba de la puerta y se distraía, la voz iba a crecer hasta alcanzarlo detrás de la casa, en el excusado, en el terreno baldío, en casa de su tía, a dos cuadras, en cualquier parte que estuviese y a cualquier distancia.
Domingo se asomó una mañana aureolado de esperanza. En el terreno vecino, un aviso de remate se había caído y se agitaba con el viento, como un enorme pájaro rojo. Sin dificultad pudo arrancarlo y luego, acurrucado contra la pared, quedó esperando con el trapo plegado entre los brazos. El carrito tardaba más que de costumbre. El trapo estaba ya húmedo de sudor en los bordes, donde las manos de Domingo Alopex se contraían. Se le hundían las uñas en las palmas. Cuando iba acercándose el carrito, antes de verlo, ya se oía el canto monótono: "¡Ladrón de chocolatines! ¡Ladrón de medialunas!". Domingo se abalanzó, agitando el trapo rojo frente a la cabeza del caballo. La jardinera voló por el pueblo a gran velocidad, dio vueltas alrededor de la manzana, hasta que volcó en una zanja. Los panes y el chico saltaron sobre el barro. Algunas personas se asomaron a las puertas de sus casas, riéndose al ver al hijo del panadero, transformado en negro, rodeado de panes negros, pero al acercarse vieron que le sangraba la nariz. El hijo del panadero lloraba, tenía la nariz rota y una contusión en la pierna izquierda.
Desde aquel día no volvió a pasar en la jardinera. Su padre probablemente no le permitió repartir el pan, juzgándolo inapto para el manejo de vehículos. Fue puesto pupilo en un colegio. Luego se comentó en el pueblo que un señor rico lo protegía y que gracias a él había entrado en el colegio militar. La panadería La Media Luna se clausuró: los dueños habían ido a otro pueblo.
Después de muchos años, ya instalado en la ciudad, Domingo Alopex se

acordaba todavía del repartidor de pan cuando comía medialunas con su novia en una panadería. El recuerdo de aquel pueblito de campo no lo atormentaba de nostalgia. Había conseguido un empleo en la Aduana. Vivía feliz entre calles oscuras. Su novia era exactamente como él la había soñado: robusta y rosada, con los pechos abultados como dos almohadones. Una vez casados iban a vivir en casa de la novia, en dos pequeñas habitaciones, con cocina y comedor, en los fondos de la casa. Faltaba un mes para el casamiento. Había que empapelar las piezas. Se usaban entonces los papeles con grandes flores rojas y violetas. La familia de la novia llamó a un empapelador. Tardó una semana en empapelar las habitaciones. La novia, queriendo prepararle una sorpresa, le tenía vedada esa parte de la casa. Deseaba mostrarle las habitaciones ya listas, con el hermoso papel que ella había escogido.

Al fin de esa memorable semana, Domingo, sin pedir permiso, aprovechó que la familia hubiera salido a pasear y entró en las habitaciones del fondo. Él también tenía una sorpresa reservada: un mueble para el comedor, un aparador de cedro lustrado, con incrustaciones de imitación de ébano. Durante una semana entera Domingo Alopex se había enloquecido recorriendo mueblerías, deseando todas las camas para su noche de bodas, deseando todos los roperos para la ropa de su novia, todos los sillones para recibir visitas, todos los aparadores para el comedor. Los muebles del dormitorio iban a ser regalo exclusivo de los tíos de la novia. Faltaban los muebles del comedor. Había que tomar las medidas de la pieza, para saber de qué tamaño tenían que ser. Buscó un centímetro en el costurero de su novia, cruzó el patio en puntas de pie, abrió la puerta despacio. Primeramente vio las dalias grandotas de papel (eran sin duda hermosas y frescas), luego un enorme pincel en el suelo, los barrotes dorados de la cama. Vio las cosas con la precisión con que se ven en medio de una gran desgracia. Vio una media arrugada y vio a un hombre y a una mujer abrazados. Quedó inmóvil. Como en los sueños quiso correr y no pudo. El hombre se incorporó. Era empapelador, tenía que ser empapelador. Sin embargo no llevaba ninguno de los distintivos, ni gorrito de papel ni resfrío. Había una gran intimidad entre él y las flores atroces que lo rodeaban. Era el poseedor de aquel jardín exuberante. Se incorporó lentamente y, cuando estuvo de pie, Domingo vio crecer en ese hombre una imagen conocida. El ceño de la frente, la boca sin labios, la nariz ligeramente aplastada en un rostro monstruoso de niño; todos esos rasgos fueron creciendo y acomodándose en un rostro de adulto. Lo miró fijamente, Drangulsus no podía ser más idéntico a sí mismo. Pero su novia era irreconocible. Nunca la había

visto despeinada, con la blusa desabotonada, con las medias arrugadas. Parecía una prolongación exuberante, infernal de las dalias, el rostro de su novia rodeado de cabellos ascendentes como pétalos abiertos. Domingo no se movió; una enorme vergüenza se apoderó de él frente a esa novia inesperada; tropezó contra la escalera, que se vino abajo. Drangulsus se creyó agredido y se le echó encima, amenazándolo con una silla. Los dos hombres lucharon a puñetazos contra las dalias. En la casa de al lado no faltó quien se asomara al balcón, respondiendo a los gritos con otros más agudos. Los vecinos hicieron intervenir a la policía. Al día siguiente el nombre de Domingo Alopex apareció en los diarios. La policía le atribuyó un ataque de demencia. Domingo Alopex, mucho tiempo después, dudó si había o no soñado la escena. Pensó volver a la casa de la novia; se la imaginaba sentada pacientemente en el patio, con el cabello muy bien alisado, la blusa cuidadosamente abotonada sobre los pechos; pero las dalias rojas intervenían con las cabelleras despeinadas y le invadía un malestar. No había vuelto a verla. La nitidez de su recuerdo crecía. No sabía dónde empezaban las invenciones que el tiempo había agregado a su recuerdo.

"Flores amontonadas como éstas", pensó Domingo Alopex alejándose del monumento por los caminos solitarios y anochecidos del nuevo rosedal. No comprendía todavía la diferencia que había entre una dalia y una rosa. En los arcos tejidos de alfajías verde veronés, trepaban los rosales de apariencia artificial. Las rosas rojas y rosas solferino florecían con la misma abundancia que las dalias del papel floreado. Había dos regiones, dos climas en esa plaza. En el centro, todos los colores aglomerados en torno al monumento; en los bordes, un país inexplorado, con lagos profundos de basura. Domingo Alopex se acordó de la guerra; de las basuras que dejaba el ejército, en los lugares donde acampaba.

Hacía sólo diez meses que se había casado con una maestra de piano y tuvo que dejarla para enrolarse. Cuando estalló la guerra, Drangulsus había sido ascendido incansablemente en pocos meses. Su fotografía aparecía en todos los diarios. ¿Cómo había llegado a ser general?. Domingo Alopex no podía comprenderlo y menos pudo comprenderlo cuando cayó bajo su mando, en el regimiento 16 de caballería.

Entonces volvió a verlo de cerca, cubierto de galones, medallas y condecoraciones atadas con cintas de color turquesa. Había ganado numerosas batallas; era el ídolo del pueblo. Miedoso como siempre, sentía con fervor su vocación de estatua.

Llegó un día en que el general Drangulsus tuvo que recorrer con su regimiento, antes de llegar a la zona de combate, un camino entre despeñaderos. Tenían que recorrerlo a caballo, subiendo y bajando en

los senderos estrechísimos de las montañas. No había sino dos caminos: uno muy largo, con infinitas curvas rodeando las montañas, que siguió el regimiento de artillería una semana antes, y otro más corto, que siguió Drangulsus con su ejército. No había ningún lugar de aterrizaje para los aviones.
Fue en aquellos días cuando empezaron a escasear los caballos. Había una peste y muchos se morían misteriosamente entristecidos. El general Drangulsus tenía dos caballos especialmente mansos y fuertes, que iban salvándose.
Domingo Alopex resolvió rápidamente perder los caballos del general Drangulsus. Deseaba volver a ver los ojos desorbitados de miedo en la cara de ese hombre. Las coincidencias no faltaban: Domingo Alopex estaba en la sección de las caballerizas. Curaba los caballos enfermos, los bañaba cuando era posible, y les daba de comer. La empresa, en un principio, parecía difícil. Los centinelas hubieran sospechado, al verlo alejarse con los dos caballos. No había manera de perderlos, ni de matarlos directamente, pero Domingo Alopex encontró el modo más fácil para que se enfermaran: darles raciones excesivas de maíz. Los caballos estaban acostumbrados a pequeñas raciones de maíz mezcladas con avena. La noche en que acamparon en una meseta extraña, rodeada de montañas distantes, verdes y violetas, los caballos ya estaban enfermos.
Era una noche tibia con corrientes frescas, como se encuentran, a veces, en las aguas de un río. Era una noche con varios cielos de todos tamaños. Alopex, tendido sobre el pasto, no participaba de las conversaciones de los soldados reunidos en cuclillas alrededor del asado. En la oscuridad surgían los árboles, como dalias gigantescas, con cabelleras de fuego, y el rostro de su novia estaba prendido en el centro de cada una de esas dalias. Millones de rostros se dibujaban nítidamente contra el follaje ascendente de las cabelleras, nítidamente, ¡oh!, cuánto más nítidamente de lo que Domingo Alopex había visto a su novia cuando estaba con ella.
A la mañana siguiente hubo que buscar otros caballos para el general Drangulsus. Se habían encargado tropillas al este, al norte, al sudoeste, pero la mayor parte se moría en el camino. Quedaban potros imposibles de montar; se hubiera necesitado por lo menos un mes para amansarlos. Alopex ofreció el zaino suyo, diciendo que era muy manso. Realmente, era extremadamente manso; sólo tenía un defecto en un ojo. Alopex guardaba el secreto: para poder montarlo sin riesgo, había que vendarle el ojo. Cuando sus compañeros le preguntaban por qué el zaino llevaba un ojo vendado, Domingo Alopex invariablemente les contestaba que su caballo tenía una herida que las moscas verdes

apetecían; tenía miedo que la herida se agusanara. A veces, para hacer caer los gusanos, ataba el cráneo de un perro alrededor del pescuezo del caballo. Él era el único en conocer el precioso secreto encerrado en el ojo del zaino. Con el ojo descubierto, los precipicios lo enloquecían; inmediatamente que veía un precipicio, una rabia sorda se apoderaba del animal, parecía querer medirse con las montañas. Parado sobre las patas de atrás, embestía contra las piedras, con la boca entreabierta, entre nubes de espuma. Jadeante y con las crines despeinadas, un mapa de venas se le abría en la panza.

Hechos ya todos los preparativos, el general apareció montado en el zaino. El animal no llevaba el ojo vendado. Empezaron a desfilar las tropas por el despeñadero. El zaino anduvo un trecho largo sin tropiezos, hasta que llegó a un sendero angostísimo, costeando un cerro; cuando vio el precipicio se quedó quieto, abriendo el ojo desmesuradamente y mirando fijo, con la cabeza gacha, luego se ladeó y volvió a mirar el mismo punto con el ojo ensangrentado. No tardó en pararse sobre las patas de atrás; quiso trepar las piedras laterales. Varias veces repitió los mismos movimientos y el general, con los ojos desorbitados, sintió miedo y vergüenza, miedo y vergüenza, y luego miedo, únicamente miedo.

-Sujete las riendas. Sujete las riendas. No lo castigue -resonaba la voz de un teniente-.

Luego se unieron otras voces en coro. "No le tire las riendas. No le tire las riendas." El caballo bajaba y subía las orejas; sus decisiones estaban encerradas en ellas. Luego, en un instante que pareció breve a Domingo Alopex, y eterno al general Drangulsus, caballo y jinete rodaron uno sobre el otro, hasta que se estrellaron contra las piedras en el fondo del abismo.

Y ahora, después de dos años, ya terminada y ganada la guerra, Alopex volvía a encontrarse con Drangulsus. Esa plaza era la más próxima a su casa. Desde hacía dos meses, cuando salía para la oficina y volvía, pasaba frente a la plaza donde estaba el monumento vendado. No se detenía nunca debajo de los árboles. Siempre estaba apurado, pero ese día había tenido que llevar a pasear a su hija. Su mujer estaba enferma. Un dolor de cabeza bastaba para estirarla, como una muerta, sobre la cama. Esa mujer no era opulenta y mágica, como su primera novia; era la sombra de una mujer delgada y arrugada, con el cabello ya blanco en las sienes. Solamente esa hija los rejuvenecía, esa hija de cinco años.

Domingo Alopex alzó los ojos y se sentó de nuevo en el banco. Un extraño ruido parecía vibrar dentro del monumento. Era como el terco zumbido que encierra una colmena en verano.

La hija corría, alejándose de él. Su mujer le había dicho: "No la dejes jugar lejos de ti, come piedritas y es capaz de correr hasta la calle donde pasan los automóviles" y, al despedirlo en el umbral de la puerta, todavía le había gritado: "Cuidado con las piedritas, cuidado con los automóviles".
Su hija se agachó y recogió un puñado de piedritas, las guardó en el hueco de su mano, eligió una cuidadosamente y se la puso en la boca; Domingo la vio moverse, desde lejos, como si fuera a través de un vidrio: comió una piedra, dos, tres. No las escupía. Se veía el difícil movimiento que hacía para tragarlas. Alopex se levantó del banco y a su hija que iba corriendo en dirección a la calle. La hija volvió súbitamente. Golpeó las dos manos gritando: "¡Mire! ¡Mire qué lindo!". Alopex ya conocía la causa del júbilo. Alzó los ojos y miró la luna. Pero el índice de su hija apuntaba más abajo, apuntaba a la horrible estatua del general Drangulsus. Alopex no tuvo tiempo de verlo: el monumento se le vino encima y lo mató sin gritos.
Asombrosamente la chica llegó sola, esa noche, a su casa.

La música de la lluvia

Las piedritas del camino cantaban bajo las ruedas del coche de plaza. En el atento jardín no podía confundirse el ruido pausado y rítmico del coche de caballos con el ruido seco y rápido del automóvil. Aquel día todo parecía musical: la roldana del aljibe que subía el balde, las voces, las toses, las risas.
-¿Quién llegó? -preguntaron gritos aflautados.
-Octavio Griber -contestó una voz grave.
-¿Quién? -insistió la pregunta impaciente.
-El pianista -contestó la voz grave.
-¿En coche de plaza? En un día de lluvia. ¿Acaso no pudieron venir en automóvil?.
-El pianista está loco por los coches de caballos y la lluvia; dice que son musicales. Por lo menos relinchan a veces los caballos.
En la sala se sentó la gente, en los sillones demasiado cómodos, tan cómodos que después de un rato era difícil para algunas personas incorporarse, de modo que la actitud que tomaron sugería la permanencia. En el jardín, de vez en cuando, un relámpago seguido de un trueno iluminaba la sala.
El dueño de casa, que sabía tocar el piano, se apostó junto a la ventana. Estaba tan habituado en su ilusión a que lo retrataran que adoptó esa postura romántica.
Iluminado por un relámpago, el pianista entró por fin. Ninguna timidez

suavizaba su rostro. Saludó con un movimiento de cabeza, que lo despeinó, a todos los invitados. Cuando vio el enorme espejo que había junto al piano, ordenó que lo taparan. (Esta exigencia causó revuelo. No había con qué taparlo. Por fin encontraron un edredón floreado y lo colocaron, como pudieron, sobre el espejo.) Luego el pianista se dirigió ceremoniosamente a un rincón donde había un biombo decorado con espigas, racimos de uvas y palomas, sacó de un portafolio una chaqueta de terciopelo, con alamares dorados, y se la puso después de quitarse el abrigo, los zapatos y las medias.
Obedeciendo a su pedido, varias manos anilladas levantaron la tapa del piano. El pianista sacó de su bolsillo diminutos papeles de seda blanca y los puso cuidadosamente, uno por uno, debajo de cada martillo de felpa, en el interior del piano, que previamente había examinado, como un médico a un enfermo. El dueño de casa disimuló su inquietud al ver debajo de los martillos todos esos papelitos, pero no pudo contener su impaciencia y exclamó con una voz incongruente:
-Es un excéntrico. -Y preguntó amablemente a la madre del pianista:
-¿Por qué hace eso?.
-Es un nuevo sistema que enseña los tonos del piano. Suena como un clavicordio.
-¿Sueña o suena?. Un sistema no es más nuevo que otro, pues ningún sistema es nuevo. El clavicordio es un instrumento antiguo. ¿Qué ventaja hay en utilizar efectos modernos para conseguir antigüedades?. Pero ante todo no me gusta que me toquen el interior del piano. Ya bastantes polillas le han entrado.
Octavio Griber miró con severidad al dueño de casa, encendió un cigarrillo y murmuró:
-Yo no toco sin papel de seda. -Siguió acomodando sus papelitos y murmuro dirigiéndose al dueño de casa:
-Me han dicho que usted es un gran pianista. ¿No nos hará oír su repertorio?.
-Sí, pero no toco con los pies -contestó el dueño de casa secamente-.
Era muy celoso. Cuando lo estaba, se le notaba en la barba: se le ponía tan áspera que ni un beso podían darle, por suave que fuera la brillantina que usaba.
-Después de estas reuniones me siento más viejo -me susurró al oído-.
Advertí por primera vez que era bizco, de tanto mirar su barba, y que esto era el secreto de la inteligencia de su mirada.
La lluvia arreciaba en el jardín. Se la oía golpear los vidrios como si fuera piedra en vez de lluvia. En ese momento se distribuyeron los programas manuscritos con letra de colegial. De Liszt figuraban varias obras: Al borde de una fuente, San Francisco de Paula sobre las aguas,

Juegos de agua en la Villa d'Este. Los nombres de Debussy, Ravel, Chopin, Respighi estaban escritos en tinta verde. Los papeles volaban de mano en mano.
Cuando cesaron de volar los papeles de los programas, que sirvieron de abanico, el pianista se sentó en el taburete, colocó el cigarrillo encendido sobre el borde del piano y giró varias vueltas buscando la altura que convenía a su estatura. Miró sus pies, los pedales, sus pies, los pedales y luego comenzó a tocar escalas con el dedo gordo del pie. Las notas se sucedían con un staccato originalísimo. Los invitados no sabían si tenían que admirar o reír.
-Qué gracia -dijo alguien-. Yo también puedo hacer lo mismo.
-Pero ¿por qué no toca como la gente con todos los dedos? -preguntó una voz femenina como un alfiler-.
-Porque sería muy difícil. Tendría que ser equilibrista para tocar con los cinco dedos del pie.
-Pero yo digo con las manos, como Dios manda. ¿Por qué hay que tocar con los pies?.
-Hay personas que pintan con los pies o con la boca. ¿Qué tiene de malo?.
-Pero son inválidos.
-Es su manera de tocar; toca a veces con el dedo gordo del pie. Fiel a la primera composición que interpretó, vuelve a repetirla siempre. El comienzo de su carrera fue brillante. Nunca siguió los consejos de ningún maestro -dijo la señora de Griber, lentamente extasiada-. Cuando mi hijo empezó a estudiar, me decía, mirándose el pie: "¿Por qué tantos dedos?". Inútil fue que la profesora le diera caramelos de naranja, de limón o de frambuesa, hasta de chocolate, que le provocaban urticaria. Rehusaba tocar el piano con todos los dedos. Tocaba exclusivamente con el dedo gordo. Después de aquella primera experiencia recurrió a los papelitos de seda y luego a la desafinación del piano para conseguir, según lo proclamaba, sonidos más naturales. Un afinador le reveló todos los secretos del instrumento. Solía exclamar: "Voy a desafinarlo en mi bemol y en re menor". Nadie sabía lo que esto quería decir. Tal vez él mismo no lo sabía, pero los sonidos que obtenía del mismo eran tan extraordinarios que del piso de abajo de mi casa vinieron un día a averiguar qué disco de Wanda Landowska habíamos puesto en el fonógrafo, porque nunca habían oído algo tan maravilloso. Aquí no se atreve, pero en otras casas desafina los pianos. No hay que contrariar a los genios -decía la señora de Griber-.
Octavio Griber, que ya estaba tocando el piano con todos los dedos de la mano, de improviso giró en el taburete y miró a la concurrencia, como diciendo: ¿Quién se atreve a hablar, cuando sólo están aquí para

escuchar?. No dijo nada, pero moviendo la cabeza impuso el silencio, para que pudieran oír su interpretación de la Balada en si menor, de Brahms.
-Esta música no tiene nada que ver con el agua -dijo alguien que comprendía el sentido acuático del concierto hasta en los más mínimos detalles.
-Con los relámpagos -contestó imperiosamente Octavio-.
Jardín bajo la lluvia, La catedral sumergida, Pez de oro, de Debussy, y Juegos de agua, de Ravel, adquirían una sonoridad perfecta a pesar de la sordina impuesta por el papel de seda. Cuando tocó la canción A orillas del agua, de Fauré, otra de sus innumerables originalidades, tarareó la melodía con tanta suavidad que desencadenó un aplauso estruendoso: el Preludio de la gota de agua, de Chopin, alcanzó un éxito mayor. Indudablemente, el contacto de los pies desnudos del virtuoso en los pedales influía sobre la interpretación de cada obra. Había que atenerse a la crítica que salió el día anterior en el diario; había que admitirlo cómo el público lo admiró en el último concierto del Teatro Colón.
-Pero todas las piezas que toca son de músicos franceses -protestó una señora.
-Chopin no es francés, Liszt tampoco, Respighi tampoco.
-Van Gogh fue el primer pintor en pintar la lluvia. ¿No es extraño?.
-¿Qué tiene que ver la pintura con la música?.
-Van Gogh asociaba la música con la pintura. Y el primer músico en cantar la lluvia fue Debussy.
-No es exacto.
-¿Qué es lo que no es exacto?.
-Que Van Gogh asociara la música con la pintura. Si lo hizo fue en uno de sus desvaríos, cuando mandó de regalo una de sus orejas envuelta. Además no era francés. Haendel, Grieg, Schubert, hasta Wagner en El oro del Rin, se inspiraron en el agua.
-Pero se trata de música de orquesta y no de piano. ¡El oro del Rin, a quién se le ocurre!.
-¿Cuál pieza era la de Chopin?. -interrogó un joven-.
-¿No leíste el programa?.
-Uno de los Estudios, el de La gota de agua.
-¿Quién tiene gota?. -preguntó una señora que estaba en la otra punta de la sala-.
-Es una pieza de música -le contestaron-.
-Es el colmo de la aberración: inspirarse en una enfermedad.
Resonaba el piano con un misterio nuevo. Nadie lo escuchaba, salvo una invitada, que exclamó:

-¡Hay músicas que matan!. -sollozaba con la cara entre las manos-.
-Nunca pude oír Jardín bajo la lluvia sin llorar.
A través de los vidrios de las ventanas parecía que los árboles del jardín crecían. De pronto el concertista se detuvo. Pidió que le abrieran las ventanas y dijo:
-Que me escuchen por lo menos los árboles o la lluvia.
Vio mil hermosos ojos con lágrimas, lágrimas más bien con ojos. Sonrió. Si hubiese podido guardar esas lágrimas en un frasquito, las hubiera guardado como una esencia de azahar, para su amargura. "Las lágrimas de la novia, mi próxima obra, llevará ese título", pensó. Pero le ofrecían una naranjada helada y una fuente con tarteletas de frutilla. Bebió la naranjada y comió las tarteletas con apremio. Entre cada bocado se chupó algún dedo como si fuera una golosina. Le ofrecieron en bandeja una servilleta de hilo bordada para que se limpiara. Miró la bandeja, tomó la servilletita y la metió en el bolsillo rápidamente. Giró de nuevo en el taburete y volvió a posar las manos sobre el teclado del piano, mirando el cielo raso, como lo había visto hacer a Paderewski, en un teatro de Rino Bandini. Una señora se le acercó, le tomó del mentón y le dijo:
-Qué amor de niño precoz: pensativo como sus tatarabuelos.
Cuando volvió a resonar el piano, algo le molestó. Inclinó la cabeza hasta tocar las teclas con la oreja. Se agachó para examinar los pedales. Una nota resaltaba más que las otras. Se incorporó, hurgó en el interior del piano, descubrió que uno de los martillos no tenía su papelito. Octavio Griber pidió que trajeran un papel de seda. Buscaron el papel por todos los rincones de la casa, con linternas, porque ya se hacía de noche y los altillos sin luz eran inaccesibles.
Finalmente encontraron unas manzanas envueltas en papel verde, que trajeron a la sala en una bandeja. ¿Serviría este papel, aunque no fuera del más fino?.
Octavio Griber colocó las tiras de papel en el sitio donde faltaban, cuidadosamente hizo repicar las notas y apreció la superioridad del papel de envolver manzanas.
Juegos de agua resonó nuevamente en el piano, como nunca había resonado, con el nuevo aditamento de papel verde. A veces un trueno precedido de un relámpago conmovía los caireles de la araña, pero no a las personas que oían, cuando no hablaban, resonar aquel piano. Los aplausos, tímidos al principio, llenaron después la sala de entusiasmo. Octavio, temblando de ambición, pidió a dos jóvenes que estaban a su lado que abriesen de nuevo el piano. Indicó los pormenores de la operación. De su bolsillo sacó lo que nos pareció una pequeña pinza, que era un diapasón, y se acercó a los jóvenes que abrían

enérgicamente las entrañas del piano.
-Es cosa de un momento -dijo Octavio al piano, como si se tratara de una operación quirúrgica-.
Alguien protestó, pero la vergüenza se apoderó del que protestaba. ¿Cómo prohibir a un genio las manifestaciones de su originalidad?. Para distraerlo, alguien llevó al dueño de casa al antecomedor a buscar unos cubiertos que faltaban. Octavio ajustó o aflojó algunas cuerdas del piano. Consiguió la total desafinación del instrumento, con la máxima rapidez.
No se reconocía ni Carnaval, de Schumann, ni Jardín bajo la lluvia, de Debussy, ni Juegos de agua, de Ravel. Todo se había transformado en algo diferente, que él solo interpretaba.
La tormenta no amainaba. La lluvia golpeteaba sobre los vidrios.
Después de servir el chocolate a la española y las masitas de distintas formas y colores, después de rogar al dueño de casa que tocara su repertorio, Octavio Griber, suspirando, se quitó la chaqueta de terciopelo en el mismo rincón en donde se la había puesto, la guardó en el portafolio, se vistió, se alisó el pelo, se puso las medias y los zapatos. Cuando me miró para despedirse le presenté mi álbum para que firmara un autógrafo.
-¿Cómo te llamas? –preguntó-.
-Anabela -respondí.
Firmó "Para Anabela, su admirador, Octavio".
Ya estaba esperando el coche en la puerta.
El dueño de casa corrió a buscar algo y volvió con un sobre y un pianito de juguete, con un pianista.
-Para Octavito -dijo amargamente, como si estuviese repitiendo una lección aprendida-.
-No -susurró la señora de Griber, deteniéndolo-. Puede ofenderlo. No le gustan los diminutivos.
-Los japoneses regalan juguetes a los grandes. Además no tiene edad de ofenderse -dijo el dueño de casa, acariciándose la barba, áspera como un felpudo-.
-Algunos nacemos ofendidos -exclamó la señora de Griber-.
-Pero ¿qué edad tiene su hijo, señora?.
-Es un secreto. Se quita la edad. La poquita edad que tiene. Nunca quiso mirarse en un espejo, en la ilusión quizá de conservarse siempre niño. Me dijo una vez a los cinco años, cuando insistí para que se mirara: "La música no se ve en el espejo". ¿Le parece avejentado?.
-De ninguna manera. Toca el piano como un niño de cinco años.
El dueño de casa entregó el sobre a la señora de Griber, que subía al coche, y el pianito a Octavio, que se demoraba en la puerta, bajo la

lluvia. Octavio examinó el juguete, le dio cuerda, lo dejó en el suelo. El pianista de lata se puso en movimiento y la cajita de música entonó el principio de un vals. Octavio recogió el juguete, quería y no quería oír esa música, quería y no quería mirar al pianista de lata. Luego, con ímpetu, arrojó el juguete y subió al coche. Cuando el coche doblaba en la curva del camino, Octavio se asomó detrás de la cortinita negra de hule para mirar; la lluvia, los árboles escuchaban el vals de Brahms interpretado por el pianista de juguete.

El bosque de Tarcos

Inspirado en un grabado de Durero: El Caballero, la Muerte y el Diablo.
Los bosques de Alemania, poblados casi exclusivamente de coníferos, cuya resina perfumaba el aire, eran de un verde tan oscuro que, bajo el follaje, el día se transformaba en noche. Sin embargo, esta vez (hará cosa de setecientos años), cuando el caballero, seguido de la Muerte y del Diablo, entró en el bosque, flores violetas cayeron de otros árboles y la transformación operada fue muy distinta: el suelo parecía luminoso como el cielo. Hay colores que acercan y colores que alejan. Ese color violeta daba también a las copas de los árboles una extraña perspectiva: lejanas y brumosas como las montañas que se vislumbran en el horizonte crepuscular, inventaban paisajes. El caballero nunca había visto una vegetación como ésta: precisamente porque le llamaba tanto la atención aquel día, quedó perplejo. En vano la Muerte, con un reloj de arena, acompañaba al caballero: le tomaba de vez en cuando el pulso, como un médico: lo acechaba con una risa que mostraba dientes separados, y a menudo silbaba para llamar al perro, que seguía corriendo. En cierta oportunidad se le cayó el reloj de arena y el caballero diestramente lo recogió con la punta de la lanza. Nadie se inmutó, ni siquiera el Diablo, aunque la arena se derramó como agua por el suelo. La guadaña brillaba más que otras guadañas. El caballero, que era tan presumido como feo, se miró en su extraño espejo. Vio sólo sus ojos, que eran muy parecidos a los de su hijo mayor. "Lástima que no esté aquí", pensó, tartamudeando en alemán, "se divertiría." Con lo que le gusta el Diablo. La Muerte, que todo el mundo considera tétrica, es simplemente absurda. Como el Diablo, si uno lo reconoce y lo mira fríamente. Es claro que no todos disponen de la misma muerte. A un amigo mío le tocó una tan bonita que se enamoró de ella. En cuanto al Diablo, bueno, me asombra por lo grotesco. A otras personas les gustará. "Caperucita roja", enajenado pronunció estas palabras que eran para él meros sonidos, luego dijo:
-Caperucita roja... Se parece un poco a la abuela de Caperucita roja,

pero ¿quién era la abuela de Caperucita roja?. Y la misma Caperucita roja (así queda mejor), ¿quién era?. Ningún antepasado mío que yo recuerde. No creo que sea capaz de hacer ni siquiera una diablura, el gua rang oh, ¿qué estoy diciendo?.
El caballero repetía la palabra guarango, mirando al Diablo y prorrumpió en una risa histérica. De pronto ese balbuceante argenismo, que se intercalaba en su idioma natal, le hizo gracia. Habitualmente, el caballero no tenía tiempo para recordar nada, ni a su madre cuando era joven, ni a sus hijos cuando eran chicos, ni su primera noche de amor, ni la cantidad de hombres y dragones que mató, ni sus hazañas, que eran bastante importantes, ya que le habían dado fama de héroe en algún momento de su vida. Le parecía natural olvidar palabras, y recordar en cambio otras que no conocía, y cuya pronunciación le resultaba un trabalenguas. En todo caso, consideró risible recordar o querer recordar algo tan poco importante como dos o tres palabras que se le escapaban de su léxico. La armadura le pesaba, le molestaba el guantelete, el casco lo hacía transpirar demasiado. De pronto, miró con desconfianza al diablo, pero, al verle la cara de máscara, se le ocurrió mirar a la Muerte, que le pareció, con sus rulos, no menos falaz. Pensó: "¿Estaré poniéndome viejo para sentir tantas incomodidades, tantos recuerdos que, a fuerza de ser lejanos, se me antojan ajenos?. ¿Qué puede importarme el pasado?. Es un hábito de mujeres pensar en el pasado. A veces suceden cosas raras, debo admitirlo. Los hombres como yo pueden tener una sensibilidad femenina: llorar si los pica una avispa, gritar si se les cae un diente o si una basurita se les mete en un ojo. Tal vez hierva de fiebre. La cota de malla y el brazal me ajustan. ¿Estaré hinchado?. Habré dormido bajo la sombra de un molle?, el caballero se corrigió, "molle, no. Molle". ¿Molle?. ¿Qué diablos quiere decir?. La armadura es una invención diabólica, perturba mis pensamientos. Quisiera quitármela de encima, pero en el bosque no conviene quedar desnudo a merced de los enemigos. Además, desde hace un tiempo, la armadura entera forma parte de mi cuerpo. Bien me dicen que soy un hombre de hierro. Quitarme la coraza o el brazal sería como quitarme el corazón; la cota de malla, los riñones y los pulmones; el casco, aunque nadie lo crea, la cabeza; las grebas, que son tan importantes, las piernas".
Cruzó un río; el agua salpicó la armadura. De lejos parecía cubierto de joyas. Alguna vez, en la infancia, se bañó desnudo en algún río pero, como la espuma del agua que bajaba de las cascadas, aquel instante se había disuelto dentro del tiempo, de igual modo, no dejando nada, o menos que nada, en su recuerdo. Jamás existió nostalgia dentro del alma de este caballero, y las visiones que se le presentaron aquel día lo

conmovieron de tal modo que su rostro adusto palideció notablemente. El Diablo, que era bastante ladino, se rió esta vez con una mueca graciosa y debajo del casco le contó, haciéndole cosquillas, los pelos blancos, que eran apenas cinco o seis. La Muerte se limitó a mover en el aire la guadaña, reflejando sobre los troncos de los árboles intermitentes redondeles de luz.
"Qué extraño me siento", pensó el caballero. Y en verdad tenía la cara de un señor del siglo XX, sentado en su butaca, frente a un escritorio. Sólo los caballos y el perro mantenían su aspecto paciente y habitual. Cumplían con su deber de animales domésticos.
En el viento, los árboles se agitaban como dentro del agua; los pájaros cantaban de un modo delirante. Qué distintos eran estos cantos de aquellos otros dulces, llenos de variaciones y sabiduría que el caballero había oído siempre en los bosques. Esos cantos que parecían a veces un susurro, un secreto interminable, un sueño casi. Los cantos que escuchaba ahora eran ardientes, bulliciosos, insolentes, insistentes, con repeticiones diabólicas. Un pájaro picoteó el tronco de un árbol hasta romperse la cabeza y caer exánime. Nadie podía escuchar esos cantos dormido, nadie podía dormirse escuchándolos, pero ¿qué le recordaban?. ¿El mundo del heroísmo, las aventuras, las hazañas?. No. No era eso. Aunque el Diablo estuviera mirándolo y la Muerte se le acercara a cada instante, mostrándole sus ojos en el espejo de la guadaña, no podía engañarse. Llegó a un abra en el bosque, cuando se hizo de noche, y pudo ver el cielo entero, al que a menudo contemplaba para aliviarse del cansancio. Le sorprendió no encontrar las estrellas, los astros, las constelaciones de siempre. Vio las tres estrellas juntas. La distancia que las separaba parecía medida por un compás. Un poco más lejos, cuatro estrellas formaban una cruz. Vio bastante más lejos un grupo de siete estrellas. Siguió mirando el cielo, sin comprender por qué habían cambiado de sitio todos aquellos puntos brillantes que él conocía de memoria por el color, por el fulgor, por la disposición y por la forma. Cuando vio la luna se asombró de que fuera igual a siempre. ¿Pero qué le recordaba aquel cielo desconocido?. Pronunció de nuevo, sin quererlo, como los niños pronuncian las primeras sílabas de una palabra, separándola y vacilando: iguar ang oh!. ¿Sería la voz de un mundo salvaje? Pronunció la palabra como un insensato.
Se quitó el guantelete y recogió una de esas flores violetas: tenía la forma de una campanilla, vista de cerca era más bien lila y, observándola mejor, los pétalos tenían nervaduras azules. Aquella luz violeta que bajaba del follaje parecía llegar a través del cristal cuyo fondo se diluía. El caballo caminaba por el aire. El caballero no se atrevió a desmontar para beber agua al cruzar el arroyo, porque temió poner el

pie en el vacío. El caballo y el perro tampoco bebieron.
Entonces el caballero clavó su mirada en los ojos del Diablo:
-¿Dónde estamos?. No reconozco el bosque, los árboles violetas, los pájaros bulliciosos, el cielo con otras estrellas, las palabras que pronuncio con dificultad. Guarango, por ejemplo. Las palabras me parecieron siempre inútiles. Un gruñido me pareció más elocuente. ¿De dónde viene toda esta confusión?. No me reconozco.
-Yo tampoco -respondió el Diablo-. Estoy como disfrazado.
-No me reconozco a mí misma -murmuró la Muerte-. He perdido mi poder de persuasión. Ahora no sería capaz de hacer morir ni a un piojo.
-Algo raro, sin duda, nos está sucediendo -acotó el caballero, más preocupado.
Pero el Diablo se alejó. Se apoyó contra un árbol. Como si alguien lo estuviera fotografiando, se puso a pensar. Cuando volvió, asustó sólo al caballo y dijo:
-Creer que los hombres recuerdan sólo el pasado es una mala costumbre; creen en los antepasados pero no en los postfuturos. Recuerdan el futuro también, con igual nostalgia, con más inquietud tal vez -y levantando el reloj que arrebató a la Muerte, como un actor en una enfática obra de teatro, musitó-: El tiempo corre, más bien se derrama, como se derramó la arena del reloj, porque es arbitrario y depende de muchos accidentes y de muchas otras circunstancias fortuitas. Es desmedido y se burla del reloj de arena y del reloj de sol, de la clepsidra y del reloj eléctrico, del despertador, del reloj de bolsillo y de pulsera. Hace muy bien. Yo le regalaría un reloj de juguete. Lo más importante de todo para nosotros es olvidarnos del tiempo y saber que estamos viviendo en el mundo de quien nos mira en este instante. Que todo el mundo vive en cualquier instante en el mundo de quien lo mira, aunque esto me parezca estúpido y totalmente vano -y, haciéndole burla al caballero, ladró en atención al perro-: Chau, y que sigan lloviendo de los árboles flores violetas.

El automóvil

Braman los automóviles: se están volviendo humanos, por no decir bestiales. Fui al autódromo donde corría Mirta. Desde que nació quiso participar en carreras de automóviles. Yo traté de disuadirla pero se enardecía más al verme en desacuerdo. Pretendía hacer conmigo la vuelta del mundo en automóvil, porque decía que en un automóvil uno lleva todo lo que uno quiere y tiene, incluido el mismo corazón. Me amaba, no sé si tanto como yo la amaba a ella aunque considerase ridículas casi todas sus ambiciones. Que una mujer pretendiera correr

en las grandes carreras de automóviles y en primera categoría me parecía un síntoma de locura. Siempre pensé que las mujeres no sabían manejar. Cualquier otra cosa podía esperar de ellas, por ejemplo que manejaran una máquina aspiradora, un tractor, un grabador, un avión, una calculadora, una plancha, una máquina de cortar pasto, una computadora; si alguna vez le comuniqué estos pensamientos, se sintió insultada, pero yo no cambiaba de parecer. Conseguimos después de nuestro casamiento un automóvil espléndido. A mi padre le sobraba el dinero y me lo regaló para que pudiera hacer un viaje de descanso. Yo trabajaba seriamente, en una casa editora que me exigía muchos sacrificios. Este automóvil fue un verdadero don del cielo, pues Mirta, que vivía descontenta con su suerte, empezó a gozar realmente de la vida. Madrugaba ¿para qué?. Para subirse directamente al auto y abrazarse al volante; nunca estaba cansada como antes cuando se desmayaba por todo. Había embellecido notablemente. A mi juicio no necesitaba tanta belleza. Su pelo brillaba con furor, sus ojos revoloteaban como los de un niño, su agilidad parecía apta para cualquier prueba de trapecio o de baile acrobático, ganaba premios en concursos de natación y de zapateo. Tenía treinta años pero no los representaba; parecía tener sólo veinte y a veces quince. Algo, o mucho, me inquietaba en ella: su facilidad para enamorarse. Alguien que tuviera una linda voz, hasta por teléfono, alguien que tuviera unas preciosas manos, hasta con guantes, alguien muy atrevido o alguien muy tímido, que apenas conocía, alguien con los ojos casi violeta, hasta bizcos, bastaba para seducirla al máximo de la seducción. Nadie necesitaba violarla, ella misma era capaz de violarse para dar placer a alguien. Había que poner fin a ese estado de cosas, de otro modo me exponía a matarla en el paroxismo de mis celos. Resolví que nos iríamos de viaje. ¿De dónde sacaría yo tanto dinero?. Tengo dinero, ¿por qué voy a ocultarlo?, pero a veces los que tienen más dinero no saben emplear ese caudal de un modo razonable y se vuelven más pobres que los pobres. Vendí todo lo que tenía; le pedí dinero a mi madre, prometiendo pagar la deuda con mercaderías extranjeras que podría ella vender en su boutique. Conseguí todo porque mi alma en llamas es capaz de cualquier cosa para conseguir algo que me salve de una vida que no soporto. Conseguí hasta parecer pobre, ya que nada me bastaba.

Zarpamos de Buenos Aires una mañana preciosa de otoño, en un barco que nos llevaba con nuestro automóvil, nuestro amor y nuestra alegría. Rompíamos las amarras: todo lo que era tedio o sufrimiento quedaba en el puerto, entre las personas que agitaban sus añuelos, algunas con lágrimas, porque éramos queridos por amigos y amantes.

La travesía fue tan feliz que se disolvió en nuestro recuerdo como un merengue en la boca. Pero la llegada al puerto final de la travesía fue el comienzo de nuestros inconvenientes. Retirar el automóvil, primero de la bodega y después de la aduana, resultó molesto. No lo habíamos previsto. Cuántos trámites tuvimos que hacer antes de recuperarlo: aparentemente los papeles no estaban en regla. Mirta no dormía ni reía; se sentía culpable, como si hubiera robado el auto. Después de muchas discusiones en que no entendíamos las malas palabras que nos propinaban, todo se aclaró: los papeles estaban en orden. Cuando Mirta se vio frente al automóvil en tierra firme, casi desnuda se abrazó a la máquina. Es difícil abrazar a un automóvil, pero ella supo hacerlo. Espero que a ningún hombre se haya abrazado de esa forma. Con violencia la arranqué del capot. "¿Qué significan estas escenas?", le grité, al verla en posturas tan provocativas. "Si te violan después, no te quejes." Un fotógrafo que pasaba por azar la fotografió. Era un periodista, sin duda. Este fue mi primer encono contra Mirta. La zamarreé y la obligué a seguirme. Se puso a llorar. Nos reconciliamos, pero no fue por mucho tiempo. Yo añoraba la vida del barco, donde las horas transcurrían inadvertidas. Mirta quería llegar pronto a París, para anotarse en una carrera de automóviles. Le dije que sus pretensiones eran inauditas, que manejaba mal, que ni a una niña de diez años se le ocurría semejante locura. Ya me había fastidiado bastante con sus incipientes carreras en la provincia de Buenos Aires, como la única mujer "Reina del volante" que salía fotografiada de improviso en todas las revistas. Insistí en no ir directamente a París, en aprovechar el viaje, aunque sólo fuera por veinte días, para conocer las ciudades, la arquitectura, la pintura, la escultura, las iglesias, los jardines, el paisaje de esa región de Francia. Mis argumentos eran serios: estando en la misma tierra donde surgieron, sería una vergüenza no conocer las obras de arte y los edificios más celebres que podían admirarse en las tarjetas postales y en las guías turísticas. Mirta accedió; declaró que de paso, en el trayecto, practicaría mejor el manejo del automóvil, que tanto le criticaba.

Hicimos un viaje maravilloso; yo dormía todo el tiempo, hasta que un día, cansado de tantas cosas interesantes, me encerré en el hotel y ella se fue sola. Sufrí como un animal herido, creyendo que nunca volvería, pues apasionada como era, podía cometer cualquier locura. Volvió tardísimo, sin disculparse. Me dijo que encontró a un francés maravilloso, periodista sin duda, que en cinco días le enseñaría a hablar francés correctamente, por lo que pensó que deberíamos quedamos en ese hotel tan lujoso y de nombre tan sencillo: se llamaba La Liebre Feliz. Me mostró el cuaderno con las anotaciones que el francés le puso,

convenciéndola de que era más fácil la lengua francesa que la española, tan llena de chistidos. Sin duda creyó que era española. En el cuaderno figuraban las palabras más fáciles de recordar en francés que en español: Cheri era "querido", bleu era "azul", rue era "calle", chien era "perro", baile era "pelota", auto era "automóvil", seul era "solo", ciel era "cielo". No se podía negar que las palabras francesas eran más simples. Se guardaba bien de decirle que soleil correspondía a "sol", y arbre a "árbol", y bleu-ciel a "celeste". Durante cinco días Mirta tomó lecciones con el francés, que era un insolente. Cuando nos traían café, bebía todo el contenido de la cafetera y peinó con mi peine su pelo grasiento. Usaba un mechón de pelo sobre el ojo derecho y sacudía la cabeza, no para quitárselo sino para colocárselo, como hacen las mujeres. Le pregunté un día qué malas palabras hay en francés, las que se usan ahora, porque las palabras van con la moda.
Espéce de con –dijo-.
-¿Qué otra?.
-Merde, tonnerre de Dieu.
-¿Por qué la palabra que designa el sexo es una mala palabra?.
-No sé. Averígüelo por otro lado. No soy un diccionario.
En realidad no me interesaban esas nimiedades del idioma, pero no sabía de qué hablarle cuando nos encontrábamos uno frente a otro, mientras Mirta se encerraba en el cuarto de baño para lavarse el pelo.
Pasamos unos días, si no hubiera sido por el francés, agradables. Nunca vi árboles tan lindos ni playas tan acogedoras. Extrañaba el cielo de Buenos Aires, el canto de los pájaros insolentes que tenemos en la lánguida luz de las tardes en que todo se desmaya, hasta el aire, hasta las brisas, hasta el canto de algunos pájaros desvelados, hasta el corazón que los escucha. Mirta insistía en la necesidad de aprender el francés correctamente. En los restaurantes trataba de hablar en francés con el mozo, que parecía un actor de cinematógrafo. Un papagayo en la entrada del hotel era un pretexto para contribuir a la relación que había entre el joven profesor de francés y el mozo, que andaba siempre con un escarbadientes en la boca, de diente en diente.
¿Estábamos en París o soñábamos?. El corazón de Mirta latía con esa rumor salvaje que se oye en las carreras de automóviles, de noche. No podía dormirme; tenía que mirarla para asegurarme de que no era un automóvil ni un violín, ni un cambio de velocidades, que era un ser humano el que dormía a mi lado, que era un ser humano el que me abrazaba. La abandoné a sus sueños una noche en que el latido de su corazón movía la cama con demasiado ardor. Aquella noche me confesó que se había inscrito en una carrera, no muy importante, pero carrera al fin. Resolví verla por televisión y no acudir al autódromo. Mirta se

vistió aquel día con un traje muy elegante. Ella, que rara vez se ocupaba de elegir ropa adecuada para las circunstancias, ese día se preocupó. Para que la divisara mejor, eligió un tono de color rojizo para el suéter y un pañuelo azul marino para el cuello. Vi la carrera en el televisor del hotel. Me apenó mucho que no ganara, pero me consolé: los desencantos tal vez enfriaran su pasión por las carreras y podríamos llevar una vida normal, sin sobresaltos. Nada es tan horrible como una pasión no compartida cuando se ama realmente a alguien. Sentía que mi vida se desgastaba oyéndola hablar de automóviles, sin poder compartir ni reconocer las marcas, ni sus potencias ni sus perfecciones. La mujer de un cuadro de Ingres me hubiera satisfecho más que esos autos que extasiaban a Mirta.

Una noche volvió del cine, después de las once. No me dijo qué fue a ver ni con quién, pero sospecho que el francés había llegado. No le reproche su conducta. Nunca me había ignorado hasta tal punto. Creo que le dolió no ser aplaudida por sus proezas, aunque no lo fuera simplemente por haberse inscrito en una carrera sin mi consentimiento o mi cariñosa atención.

Por la noche sentí latir su corazón de automóvil a mi lado y sus ojos debajo de los párpados, cerrados, que se movían como si vieran algo, algo movedizo, huidizo. Me levanté y me acosté en el suelo para poder dormir; dicen que es bueno para la columna vertebral, pero ni se me ocurrió pensar en la columna. Ella no advirtió mi inquietud ni mi ausencia de la cama. Semidormida, parecía más dormida que totalmente dormida. No fue sino después del alba cuando pude recobrar mi lugar en la cama.

Vivir es difícil para cualquiera que ama demasiado. No podía alejarme de Mirta sin morir, ni acercarme, sin también morir. Elegí alejarme. Un día salí temprano, para ver museos, palacios y jardines, las orillas del Sena, las catedrales, las más diminutas iglesias; cuando volví a la noche, como después de un largo viaje, Mirta no estaba en el hotel. Salí de nuevo. En vano la busqué por todas partes. Al volver a la madrugada, me pareció que oía su respiración. Era un automóvil, con el motor en marcha, estacionado frente a la puerta del hotel. Me acerqué: en el interior no había nadie. Lo toque, sentí vibrar sus vidrios. Tan enloquecido estaba que me pregunté si sería Mirta. Entré en el hotel. En la conserjería no había ningún mensaje para mí. El portero no sabía quién había dejado ese automóvil. De pronto pasó algo inexplicable. Suavemente el automóvil empezó a alejarse. Traté de alcanzarlo, pero no pude.

Desde ese día, busco el automóvil por la ciudad. Más de una vez lo vi, me puse en su camino, sin lograr nunca descubrir quién lo manejaba, ni

morir bajo sus ruedas. Vivo en París, porque sólo en París puedo alcanzar mi esperanza, cumplir mi deseo.
Hay gente que me aplaude. "Qué lindo vivir aquí." Otra gente se pregunta: "¿Por qué diablos se fue a vivir a París?".
Anoche, después de salir en busca del automóvil, que no encontré, escribí una carta a Mirta, que le dejaré en la conserjería del hotel. Acá viviré mientras tenga plata para seguir gastando. Cuando se acabe, buscaré trabajo.

Querida Mirta,
A qué me servirá vivir si no estás a mi lado. Amar en exceso destruye lo que amamos: a vos te destruyó el automóvil. Vos me destruiste (no lo digo con ironía). En esta ciudad te busco porque te has transformado en esa horrible máquina que encerraba tu corazón acelerado, cuando dormíamos juntos. Ahora te busco sin cesar, pero tu velocidad no me permite arrojarme bajo tus ruedas. Además, nunca sé por dónde pasarás. Tal vez podría acostarme en medio de las calles por donde pienso que pasarás. Eran tantas las calles que te gustaban que no puedo saber cuál vas a elegir. No comprendo cómo llegué a tan absoluta renuncia de mí mismo: ya no tomo en cuenta lo que puedas sentir por mí. Soy un verdadero fantasma: el mundo que me rodea es un recuerdo, sólo un recuerdo. Lo actual no me importa. Débilmente vuelven a mí versos que me gustaron y que retuve en la memoria, fortalecida por la nostalgia; versos que fluyen como ríos, rodeando imágenes de árboles genealógicos o reales, árboles del mundo entero que no olvido: "Es lo que llaman en el mundo ausencia / fuego en el alma y en la vida infierno".
Lo demás no existe, las ganancias, los precios de las cosas, la vida en la ciudad, los libros, las cuentas, las estafas, las guerras, las revoluciones, el prestigio, el deshonor, el sexo, la codicia, el terror: nada importa, podés estar segura, cuando el dolor ha carcomido los huesos y la sangre que la vida reanima por un instante frente al automóvil que te lleva.

La lección de dibujo

Estaba durmiendo cuando oí un ruido insólito en la sala. Es muy grande esta casa y algunos de los cuartos atestados de objetos están cerrados para que no se ensucien demasiado, o más bien para que no haya que limpiarlos continuamente, porque el hollín, la tierra, los perros, las cucarachas que vienen de la calle son un constante peligro para la limpieza que no siempre, o casi nunca, existe, pues en realidad, es

inútil cerrar las puertas y las ventanas porque hollín, tierra, perros y cucarachas entran de todos modos. Durante unos minutos escuché atentamente el ruido que parecía ocultarse entre las cortinas o los biombos de la sala. Nadie podía estar levantado a esas horas: las luces estaban apagadas, ya estaban corridos los pasadores de la puerta de entrada. Me levanté sin ganas, porque sabía que esa acción, ese movimiento, más bien traería el insomnio a mi noche. Lo que prefiero en el mundo es dormir: cuando me siento feliz, porque estoy feliz, y cuando me siento desdichada, porque estoy desdichada. En un tren, cuando viajo, en un barco, en un sillón, de pronto, cuando las visitas no se van o cuando alguna me da mucho sueño, nada me gusta tanto como dormir maleducadamente. También me gusta cuando hay tormentas y miedo, o cuando se ha roto el caño del agua y hay que mover la cama a otro rincón. Pensé: "Si odiáramos el sueño, ¿dormiríamos?. Nadie odia el sueño, por eso todo el mundo muere. Resabios de la infancia: morir es tener ganas de dormir, yo nací para dibujar. No pensemos en el sueño".
Me levanté y me puse sobre los hombros el batón celeste y como las zapatillas se habían perdido debajo de la cama, me aventuré por los pasillos descalza, encendiendo las luces a medida que avanzaba. Llegué a la sala, que estaba a oscuras, donde tengo el retrato que hice a Gloria Blanco, sobre una reproducción de la Sibila Eritrea, de Miguel Ángel, clavada al tablero del atril, con chinches. Tratando de no tropezar con algo que hiciera caer el atril al suelo, busqué a tientas el conmutador para encender la luz viendo sólo la luz tenue que venía de afuera, mezcla de luna y de luz eléctrica de los faroles que alumbran la plaza. Algo, una sombra sobre la claridad pálida de la noche, interceptó mi paso. No me detuve como lo hubiera hecho tantas otras noches; se diría que el peligro nos protege. Asaltos vistos en los diarios, en el cine, en las revistas, en la televisión persiguen la noche como moscas de verano, que vuelven agonizantes, pero con el mismo ímpetu, con el mismo zumbido. El miedo es una costumbre de la noche. Miré la araña, cuyas tulipas blancas, de opalina, con flores, parecen grandes tazas de porcelana. Comprobé que no me daban, como otras veces, ganas de tomar una bebida caliente, café con leche por ejemplo, o té, o, aunque me dé vergüenza decirlo, el infantil deseo de beber chocolate con mucha espuma, como en los días patrios y de cumpleaños. Pensar estas cosas en un momento de peligro, en que alguien, tal vez un fantasma, había entrado en la casa, no me asombró. Era eso lo que debía asustarme, ya que resultaba insólito. En la media luz del cuarto vi que algo brillaba en el suelo. Me agaché a recogerlo. Era una cinta blanca cuya textura me llamó la atención, pero más me llamó la atención que

mis dedos tuvieran sensibilidad en el tacto, para adivinarle el color. Sin soltar la cinta encendí la araña. Tardé en ver lo que tanto me sorprendió, porque uno (cuando soy yo) es lento en recibir grandes sorpresas. El dolor de un balazo no se siente en el primer minuto. Frente al atril estaba de pie una niña. No era linda, no, no era linda. Tenía un pelo lacio y muy largo, de un color ceniciento; tenía anteojos. Era muy delgada, tan delgada que, no siendo muy alta, parecía muy alta. De la cara sólo se le veía el pelo y apenas un poco de frente; tenía un delantal blanco, más corto que el vestido y en la mano derecha una carbonilla que había recogido de los bordes del tablero. Me miraba sin decir nada. Soy muy tímida con los niños y sorprender a esta niña en mi casa, a las dos de la mañana, me incomodaba. Le devolví la cinta que había caído de su pelo. No me lo agradeció. Me habló sin mirarme, mirando el dibujo:
-¿Quién es? -preguntó señalando el dibujo con la mirada, aunque yo no viera su mirada.
-Gloria Blanco -contesté, creyendo que me había vuelto loca de contestar a la atrevida pregunta que me hacía.
-No me importa quién es.
-¿Y por qué me preguntas?
-No sé. No me gusta tu dibujo.
-¿Y quién te preguntó si te gustaba?. ¿Y cómo sabes que dibujo?.
-No sé. Más bien lo sé muy bien.
-Tengo un ejército de dibujos, en efecto -dije-. Me molestan porque ocupan lugar y no se para qué los guardo. A mí tampoco me gustan. Desde los siete años dibujo. A veces, en mis sueños, vienen a visitarme, porque la mayoría de ellos son retratos.
-Yo te enseñé a dibujar de otro modo -me dijo-. ¿No te acordás del retrato de Miss Edwards, la institutriz, que se volvió loca?.
Tenía una vincha de terciopelo y un vestido de lustrina. Una carbonilla era adecuada para dibujar su perfil severo. De noche me hacía los bigudíes con un peine, me mojaba la punta del pelo en el agua de un vaso, antes de enroscar las puntas alrededor del cuerito relleno, sostenido por dos cintitas. Un día me dio una bofetada porque grité "me duele, me duele", y le quité la mano de mi pelo. Me acuerdo muy bien del día de verano en que llegó a casa. Yo estaba en el jardín con una amiga, espiándola, detrás de un árbol. Llegó en un coche de plaza con una valija y un baulito. Nos reímos. No había de qué reírse. Hacíamos gárgaras de risa. Me encantó siempre reír cuando no se puede. Salíamos del escondite y volvíamos a meternos. Miss Edwards no sabía hablar en español, no entendía, y le gritaba al cochero please, please.
-¿Y por qué?. ¿Por qué hacías eso?. Era una maldad.

-La risa me congraciaba con el llanto.
-¿De modo que reías aunque no hubiera de que reírse?. Me parece horrible.
-A mí también.
-¿Pero no había nada ridículo?.
-Nada. Tenía esa cara de haber dado una bofetada que sólo podía dibujarse con carbonilla y no con lápiz.
-Ninguna cara puede dibujarse con lápiz. Sólo la iglesia de San Isidro y los botes del Sarandí, con los reflejos en el agua llena de rayitas. Un lápiz puede dibujar el agua o la iglesia, pero no una cara que seguramente sufre; todas las caras sufren o han sufrido, y la carbonilla dibuja las sombras del alma. Le pregunté un día a mi maestra de dibujo: "¿Usted cree, señorita, en Dios?". Escondió la cara bajo el sombrero negro y me dijo: "Esa sombra esta mal dibujada, mi hijita. La luz viene de arriba. ¡No se habla así de Dios!".
-Pero yo siempre pienso en Dios.
-El dibujo puede hacerse con lápiz, carbonilla o tinta china. Se echa mano de cualquier cosa para dibujar.
-Odio la tinta china. Mandé un dibujo a Caras y Caretas, se llamaba "La inundación", tenía que ser en tinta china. Me lo publicaron pero iqué desilusión!. Tanto esperar, tanto esperar, y después casi nadie me felicitó, porque ese día alguien había muerto o alguien se casaba.
-¿Cómo te llamas?.
-Ani Vlis. Es un seudónimo.
-A tu edad yo no sabía lo que quería decir seudónimo.
-Yo tampoco.
-Me hubiera gustado conocer tus dibujos.
-Hay uno en este cuarto, por extraño que parezca.
-Mostrámelo.
-Está en esa carpeta.
Se arrodilló, abrió una de las carpetas que yo había colocado en el suelo, porque no cabían sobre la mesa. Desanudó las cintas de las tapas de cartón y retiró una hoja grande, que puso sobre el atril donde estaba el otro dibujo.
-Mirá con atención -dijo-. Si llegaras a dibujar como yo te enseñé, serías una gran pintora, porque este dibujo parece un cuadro pintado al óleo. ¿No dijo Figari: "Esta niña va a pintar muy bien cuando sea grande, porque ve muy mal"?. ¿Y no dijo Reyles: "Parecen dibujos de Goya"?. ¿Y no dijo Pío Collivadino: "Esta niña va a ser un orgullito nacional"?. ¿Y no me designó Cata Mortola "La reinita de mis discípulas"?. ¿Y Quinquela Martín no exclamó: "Qué lindo croquis. No tendría inconveniente en firmarlo"?. ¿Y no dijo Güiraldes: "Para mí que

tiene talento?".
Ella que era tan silenciosa se volvió charlatana: Tomó la carbonilla en sus delgadas manos y dijo:
-Así hay que manejar la carbonilla.
Sobre el retrato de Miss Edwards trató de hacer unos trazos, pero la detuve.
-No toques ese dibujo. Es perfecto. Es el único dibujo mío que me gusta. Además, vas a manchar la reproducción de la Sibila Eritrea.
-¿Tuyo, decís?. Ese dibujo ¿dijiste que era tuyo?.
-Mío -dije-, sí, mío. Es el único dibujo mío que me gusta. No sabes lo que he sufrido. Pasé tanto tiempo sin dibujar. Me lo propuse deliberadamente, como quien deja de fumar. Todas las mañanas sentí, durante un tiempo, que estaba cometiendo un pecado porque dejé de dibujar, y después me acostumbre a esa privación voluntaria, a ese renunciamiento, a esa anulación, a ese suicidio, a esa pequeña muerte. Pero me gustaba conservar este dibujo. Dejar de dibujar fue como dejar de besar a alguien que uno ama mucho, para darle las buenas noches: ese rito, que en cierto modo alivia la vida prosaica, había terminado. Y era porque la pintura me hizo sufrir mucho. En los primeros tiempos yo dibujaba un león, parecía un perro; dibujaba un caballo, parecía un camello; dibujaba una paloma, parecía un buitre; dibujaba un tigre, parecía un ratón. Esto fue lo que más me deprimió: que un tigre pareciera un ratón. Dibujaba un árbol, parecía un plumero; eso era lo de menos. Dibujaba un zapato, parecía un automóvil de juguete. ¿Un automóvil?. Nunca traté de dibujarlo. Como se les enseña a los niños, con el índice indicando cada cosa con su nombre, mostraba a las personas mayores mis cuadros. Lo que me daba más trabajo era hacerles entender que las sombras no eran pelos y la luz hinchazón. Mis retratos no tuvieron suerte: uno que regalé a una persona de mi familia, una cabeza que era idéntica a la de Nefertiti, durante años quedó arrumbado detrás de un armarlo. Otro, de un amigo muy querido, desapareció en el momento en que se lo entregué. Otro se llenó de hongos debido a la humedad que había en el sitio donde lo escondieron. Y después de tanto trabajo, me di cuenta de que era mejor que las cosas no se parecieran tanto a lo que eran. Y quise dibujar un león con cara de señor y no pude, y un perro con cara de oveja y no pude.
-¿Qué importancia podían tener esas cosas?. Yo dibujaba lo que quería dibujar.
-Tardé en darme cuenta de que la realidad no tiene nada que ver con la pintura. Pero tardé demasiado; un mecanismo equivocado se había apoderado de mí. ¿Qué recuerda uno de las cosas, sino lo contrario, a

veces?. ¿El arte está fuera de la vida?. Y esa mitad tiene que servir para algo.
Y yo presentía siempre que vivir era algo terrible: el paso del tiempo, como el paso de un verdadero león, me daba miedo. Sabía que me devoraría con este anillo, con la cinta del pelo y el delantal puestos. Miss Edwards también lo había sentido una tarde de enero, cerca del río. Nos sentamos en un banco, hecho de ramas. Era la primera vez que hablábamos como amigas, Miss Edwards y yo. No sé cómo la conversación nos llevó a hablar de la locura. ¿Cómo será estar loco?. Es la única frase que recuerdo de ese diálogo tan importante; hoy mismo me parece lleno de meandros y de secretos. Si trato de indagar en mi memoria, lo que más me impresiona es la soledad incorruptible de Miss Edwards.
-¿La querías a Miss Edwards?.
-No sé. Creía que la quería. Me pasó tantas veces.
-¿Qué?.
-Creer que quiero y no querer a una persona.
-Como a mí.
-Como a vos.
-Te vas? -pregunté, viendo que la niña se alejaba, que se quitaba los zapatos para hacer menos ruido y que colocaba un índice sobre sus labios para imponernos silencio-.
La detuve, le miré los pies desnudos.
-Tus pies se parecen a los míos.
Que pronunciara el nombre de Miss Edwards y luego todo lo demás que dijo, revelaba su identidad, pero que nuestros pies se parecieran, me golpeó contra la vida real con violencia.
-Sentía siempre -proseguí- gran ternura por vos. En cierto modo me protegías como mi madre, después que la perdí, pero ahora que me encuentro con vos frente a frente, advierto que me tratas como a una forastera. Dejame que te anude la cinta del pelo. Extraño tu pelo; era como un abanico. Siempre tuviste gran influencia sobre mí. Los pisapapeles me gustaron por tu culpa, y los calidoscopios, las mariposas, las hamacas.
-Vos también tuviste una gran influencia sobre mí. –Levantó la hoja que cubría la reproducción de la Sibila-. Una noche soñé que me perdí en el Museo del Vaticano y vi esta cara en un cielo raso enorme. Me dijo algo que no entendí, sospecho que fue por tu culpa.
Me dio la cinta que traté de anudar en su pelo. Preguntó:
-¿La influencia era buena o mala?.
-Buena... y mala. ¿Y la que tuve sobre vos?.
-Mala... y buena.

Sentí que el buena lo agregaba por bondad. Prosiguió:
-Todo lo que aprendiste te lo enseñé.
-No sos modesta, lo confieso. ¡Pero tenés tanta razón!. Te puedo amar. No me puedo amar.
-Yo nunca pude amarte. No sabía cómo eras.
Se alejó como se aleja un ser humano de un fantasma, tratando de no ser vista. Se esfumó como un dibujo, pero intuí que volvería a aparecer como una calcomanía pegada a la noche, que habría siempre estado ahí como las cosas que uno pierde y que tiene al lado de uno sin verlas.
-¿Qué edad tenés?.
-Nunca quise ser grande. La edad me parece la peor invención del mundo. Sentí que para siempre me extrañaría no tener la edad que tengo.

Casi el reflejo de la otra

Fue por televisión donde la vi. Me costó varias noches de desvelo, primero por lo extraña que me pareció y segundo por lo seductora. Todo desaparecía a su alrededor. Reinaba en el centro de la pantalla, como cuando se mira el sol y desaparece el resto.
La llamaban Lila Violeta, de modo que, al llamar a la una, llamaban instintivamente a la otra y contestaba aceleradamente, cosa que no sucedía cuando llamaban por separado simplemente Lila o Violeta, sin recurrir al nombre compuesto que tanto éxito tiene desde el tiempo de María Magdalena. El nombre seducía a cualquiera. ¡Dos flores de tan bonito color, y perfumadas!. Una casi el reflejo de la otra, tímida, otra orgullosa, casi la coronación de la anterior. Pero estas dos flores no se entendían o, más bien dicho, nunca estaban de acuerdo en sus gustos, aunque físicamente se parecieran tanto.
A Lila le gustaba la luz del día, a Violeta le gustaba la oscuridad más profunda de la noche. A Lila le gustaba la ciudad, el bar de la esquina, el ruido desenfrenado de las fiestas, el gusto a fritura, las confiterías más elegantes. A Violeta, por lo contrario, el campo, los hombres barbudos, el asado con cuero y, como aficionada a la música, los conciertos al aire libre. A Lila le gustaba el teatro, el palcobalcón, las cortinas de terciopelo rojo, las escalinatas interminables y las pinturas del plafond. A Violeta, el silencio más apacible, el silencio a la orilla de un lago desierto, las playas donde nadie va a veranear, donde sopla un viento que se lleva hasta las carpas. A Lila le gustaba bordar, le gustaba hasta el aviso luminoso de "Corte y confección" de una calle de Burzaco, donde soñó que aprendía el oficio de modista sin mayores dificultades. A Violeta le gustaba el piano, tocaba escalas a hurtadillas,

sin descanso, a la hora de la siesta, cuando se lo permitía, para adquirir agilidad en los dedos. A Lila le gustaba el órgano porque era más grandioso y podía hacerse oír en una iglesia; le gustaban los perros. Siempre quería recoger uno abandonado, aunque fuera muy feo. A Violeta le gustaban los pájaros y cuando en los jardines acudían a bandadas a besarle los pies, aunque no les llevara miguitas de pan ni alpiste ni lechuga. A Lila le gustaban los vestidos de etiqueta, aunque no fuera a fiestas, los collares de filigrana y muchas puntillas y cuellos de armiño. A Violeta le gustaban los pantalones vaqueros, suspiraba por ellos, pues nunca estas niñas podían darse los gustos por no estar la una con la otra de acuerdo, ni siquiera en los alimentos. A Lila le gustaban los duraznos, las mandarinas, el budín del cielo; a Violeta las yemas acarameladas, nunca bastante dulces, solamente las manzanas verdes, nunca bastante verdes.

Un día conocieron a un joven que llegó de visita a la casa como mandato del cielo, trayéndoles, de parte de la madrina que vivía en el campo, un paquete muy bien hecho, atado con cordones de colores; lo abrieron y, dentro de otro paquete, una caja que estaba llena de duraznos, mandarinas y manzanas verdes.

-Qué bien conoce nuestros gustos -suspiró Violeta, arrodillándose junto a la caja que había posado en el suelo y, acariciando una manzana, exclamó-: Lástima que no sea deliciosa.

Lila se alegró más que Violeta.

Sin cuchillo, sin tenedor, sin plato para no tener que limpiarlos después, comieron luego de ofrecer al joven las frutas.

Conversaron hasta la noche sin poder separarse, como siempre. A Lila le gustó el muchacho, a Violeta más, pero nunca se puede saber el grado de embeleso que produce un recién llegado.

-No te vayas -le dijeron-.

-Pero ¿dónde dormiré? -preguntó el joven-.

-Aquí, sobre el felpudo -gritó Lila-, serás mi perro favorito.

-Por ustedes hago cualquier cosa, hasta volverme perro -y se puso a ladrar-.

-A mí no me gusta -protestó Violeta-.

-¿No te gusta que me quede?

-No me gustan los perros -protestó Violeta-. Voy a tocar el piano. Algo que les haga llorar.

-¿Por qué? -preguntó Lila-.

-Porque me queda mejor llorar que reír -contestó Violeta-.

En un banquillo con un almohadón bordado se sentaron frente al piano y, mientras Violeta tocaba el piano, sintió que Lila y el muchacho se besaban, con el mismo ruido que ella hacía para llamar los pajaritos. Se

odió a sí misma. "Por qué, por qué fingir alegría cuando el corazón está lleno de presentimientos", pensó.
Sobre la mesa, un frasco verde brillaba: era un remedio calmante, de minúsculas pastillas que en número exagerado podían ser mortales. El vaso era bonito: inspiraba posturas bonitas al que lo sostuviera.
"Voy a matarme. Morir, dormir, tal vez soñar será la única solución para no verlos más", pensó. "Tengo el arma a mano. Nadie se dará cuenta".
Violeta, con el vaso de agua en la mano, empezó a tragar las píldoras sin molestias, admirablemente, y a medida que tragaba miraba al muchacho, ignorando a Lila, que interponía su mirada con olas de rencor.
-¿Qué comes? -preguntó el muchacho.
-Grageas -dijo-. ¿Quieres probar?.
-Cómo se parecen ustedes.
-Es claro que sí.
-No sé a cuál quiero más.
-Tenés que elegir.
-Vos tenés que elegir -gritó Violeta a Lila-.
-No puedo.
Nadie advirtió que simultáneamente se estaban muriendo Lila y Violeta, pero yo sí: un día, en la realidad y no en la pantalla, tendría que suceder todo esto.
Y sucedió, porque tuve la fatal idea de visitarlas, amando más a Lila que a Violeta y seducido más por Violeta que por Lila.
Asistí a la muerte de la primera y al suicidio de la segunda. Los pulsos se detuvieron simultáneamente, como si no fuera bastante vivir dos veces la misma historia, una en la pantalla, la otra en la realidad.

El sombrero metamórfico

Los sombreros se usan para precaverse del sol o del frío. Los campesinos no pueden prescindir de ellos; los alpinistas, tampoco. No son meros objetos frívolos, decorativos o ridículos. Se usan también o se usaron para saludar, para halagar, para molestar.
¿No conocen la historia del sombrero metamórfico?.
Existió en el sur de Inglaterra, en 1890. Cuentan que era de terciopelo verde y tan apropiado para los hombres como para las mujeres. Una plumita engarzada en un anillo de nácar era su único adorno. Este sombrero apareció por primera vez en la casa de un señor inglés, a las ocho de la noche de un mes de marzo. Nadie reconoció ni reclamó el sombrero. Al día siguiente, cuando lo buscaron para examinarlo, no estaba en ningún rincón de la casa. Otra vez, apareció en la casa de un

médico, a la misma hora. El médico, creyendo que era de la paciente que acababa de irse, lo guardó en su ropero, cosa que molestó a su mujer. La disputa duró hasta el alba, en que hablaron de divorcio. Otra vez provocó un duelo entre dos jóvenes, amantes de una misma señora. La aparición del sombrero, que llevaba de adorno un anillo, había provocado en ambos la sospecha de una activa infidelidad. El sombrero fue a dar al Támesis, pues no había forma de deshacerse de él; quien lo arrojó fue castigado con veinte latigazos. El sombrero se había oscurecido; algo humano tenía en el lado derecho del ala, sobre el ojo de quien lo probaba, dándole ganas de acariciarlo.

-No lo toquen, niños -exclamaban las personas mayores, cuando los jóvenes se lo probaban-.

-Trae mala suerte. Habrá pertenecido a algún brujo o bruja, que se dedica a hacer malas jugadas. Entra en las casas sin que nadie lo lleve. Es un intruso. Los objetos son como las personas, malas o buenas. Éste es malo.

-No es malo -le aseguró un niño a una niña-. Si me lo pongo, soy Juana de Arco, oigo voces.

-Y yo Enrique Octavo -dijo la niña-, tratando de arrebatárselo. Por increíble que parezca, la niña se parecía a Enrique Octavo. Tanto y tanto hicieron que el sombrero fue a dar otra vez al Támesis, y el que lo rescató, un transeúnte cualquiera, se lo llevó a su casa. No lo guardó, le agregó unas florcitas de seda y lo llevó a la fea para venderlo, con un conjunto de blusa y falda.

En algún diario salió la noticia del sombrero. Adquirió una fama extraña; fue a dar a una sombrerería, que vendía sombreros masculinos y femeninos. Frente al desmesurado espejo del probador, ocurrían transformaciones mágicas. Durante esas transformaciones, el espejo perdía su claridad por un instante y se llenaba de raras líneas negras y sombras de animales. Probarse aquel sombrero bastaba para que un hombre se volviera mujer y una mujer hombre. Las madres de algunos niños no dejaban que sus hijos pasaran frente a la puerta de la sombrerería por miedo a que sufrieran una indebida metamorfosis. Muchas clientas ofrecían toda su fortuna con tal de comprar el sombrero, pero el precio estaba por encima de sus posibilidades; además, la moda ya había cambiado.

El sombrero seguía colocado en el escaparate más visible y lujoso de la casa. Se dijo que bastaba probarse una vez el sombrero para lograr la cura de una sinusitis, de una angina o de un glaucoma. También se dijo que curaba los males de amor; conseguía enamorar a quien se lo probara, si miraba en el espejo una fotografía del elegido. Estas curas resultaban costosas. El sombrero, tan manoseado, no se desteñía ni se

marchitaba. Dijeron los clientes que lo habían falsificado, con falso terciopelo, que ya no era de ese verde tan delicado, sino de un verdinegro que engañaba a los ojos.
-Tal vez se dedique a la maldad -dijeron ciertos malvados-.
-Es un sombrero que se parece a las personas.
No sé si tuvieron razón, pero el mal se apoderó de los ánimos.
-Trae mala muerte, irradia veneno -dijo un sabio, no por maldad sino por sabiduría-. Hay que matarlo.
Lo mataron. ¿Cómo?. Nunca se sabrá. Pero dicen que se agitó cuando le arrancaron el ala y que dio un imperceptible grito.
En el espejo quedó por un tiempo un reflejo verde, como el de algunas piedras.

El secreto del mal

Érase una emperatriz que enfermó misteriosamente. Ningún médico podía curarla, porque no sabía el nombre de su enfermedad. Mandaron pues llamar a los hombres más sabios del mundo para consultarlos, ya que los médicos no eran bastante sagaces. Uno de estos sabios, el más sabio de todos, dijo:
-Debo curar a esta gran emperatriz, sin conocer lo que tiene. Algunos médicos se guían por el nombre que ellos mismos ponen a la enfermedad; otros, por los remedios que ellos mismos recetan. Yo, que no recurro a tales procedimientos, encuentro que el mal proviene de los súbditos: ahí esta la enfermedad diseminada, enquistada. Hay que llamar a cada uno de ellos para someterlo a examen y para modificar, si es necesario, lo que piensan de nuestra emperatriz.
En la plaza más importante colocaron un retrato de la emperatriz para que nadie olvidara su belleza.
Los súbditos acudieron al llamado. Uno por uno fueron examinados. Se lograron estas conclusiones: uno veía colores azules en la cara de la emperatriz, lo que indicaba envidia; otro, inscripciones en la mano derecha, signo de crueldad; otro, una irregularidad en la oreja, signo de cobardía; otro, un punto violeta en el ojo, signo de traición o desconfianza; otro, una ceja más alta que la otra, signo de timidez ante las esclavas; otro, un tic, que nunca falta en la gente vengativa. Nada reflejaba el secreto del mal.
Un niño de cinco años, un día, entró corriendo en el recinto donde estaban reunidos los sabios y los súbditos. No era un niño, era un enano, como su descaro dejaba ver. Gritó, con un aullido de gato:

-Un anillo en el dedo anular de la emperatriz es la causa de su mal. Saquémoselo.
¿Quién se atrevería a sacarle el anillo?. ¿Cómo hacerlo?. Después de un conciliábulo larguísimo, resolvieron que el enano le sacara el anillo mientras dormía. En la plaza los súbditos esperaban el resultado de esta misión.
Horas después volvió el enano. Lo rodearon: querían saber qué había ocurrido. El enano ordenó silencio y mostró el anillo en su mano derecha. Cuando todos callaron, el enano arrimó el anillo a su oreja y respetuosamente escuchó. ¿Qué es lo que escuchó?
-Aquí está el secreto -susurró-. Me lo dice el anillo.
-¿Qué dice el anillo?. Habla o te matamos.
La gente se enardecía.
De nuevo el enano aplicó la oreja al anillo.
-Oigo, pero no entiendo -dijo-. No habla bien. Tiene acento extranjero. Parece decir que los súbditos deben enfermarse para que se sane la emperatriz. No estoy seguro de lo que dice. En todo caso, es un secreto que no hay que revelar.
-¿Ya se enfermaron?. -gritó impaciente el ministro de Salud Publica-.
-¡Sí, sí! -respondieron los súbditos-.
La emperatriz despertó curada, con muy buen apetito. No le bastó el desayuno habitual, le sirvieron también una manzana del color de su cara. Al ver que le faltaba el anillo, se enfureció y ordenó que mataran a los sospechosos, hasta encontrar al culpable. Muchos murieron, pero no el enano.

George Selwyn

George Selwyn nació en 1719, vivió en Inglaterra, fue un hombre correcto, pero había algo extraño en su conducta, cosa que ninguno de sus congéneres quiso aceptar. Decían que tenía el placer de ver a personas condenadas en el momento de la ejecución. Yo nunca pensé que asistía por placer a esos espectáculos tan terribles, sino por un sentimiento de generosidad. La sociedad inglesa lo respetaba, tanto los pobres como los ricos, tanto el panadero como el ministro; todos lo invitaban a sus casas y en cada conversación dejaba una frase célebre por su ingenio.
-Usted, señor -le dijo un mendigo-, es rico. ¿No me daría una limosna?.
-Dejaría de serlo si se la diera. La limosna existe para los santos. No soy un santo. Tome. Usted puede darme algo más que yo a usted -al terminar la frase le dio una moneda de oro-. Pero no lo diga a nadie, podrían decir que soy un miserable rico.

Una bondad ingeniosa se apoderó de él. Sin embargo tenía el gusto por las escenas trágicas. No me gusta pensar lo peor, pero siempre que condenaban a alguien tenía que asistir a su ejecución. Algunos dijeron que era por placer. Pienso que su presencia los ayudaba a morir y cuando los miraba rezaba para salvarlos del horrible encuentro con la muerte. Este hombre solía pensar: "¿Cómo será la muerte?. ¿Cómo transfigurará a las personas?. ¿Cómo harán para tratar de salvarse cuando ya nadie los ayuda?". Así vivió de condena en condena y, cuanto era más feroz el reo, lo ayudaba con mayor énfasis. Una sola vez vieron lágrimas en sus ojos. La asesina era una prostituta, había matado a su hija en la tinaja de lavar la ropa para probar a su amante que lo amaba sólo a él.
-Señor -le dijo uno de la concurrencia a Selwyn-, ¿usted está llorando o son mis ojos?.
-No creo que nuestros ojos se confundan. No soy ladrón de ojos. Mis lágrimas llevan la firma de las pupilas.
Frases como esta eran corrientes en sus diálogos, pero durante las sesiones del Parlamento solía dormirse y a veces hablaba en sueños. Selwyn era un silencioso miembro del Parlamento. Lo consideraban un gran conversador en los clubs, era autor de ingeniosas frases que hacían reír en los banquetes a toda la concurrencia. Tal vez las cosas más importantes que dijo se han perdido. Su amor por los niños era extremo. Aunque no era casado, adoptó a una niña llamada María Fagniani. Una disputa entre el duque de Queensberry y Selwyn, que eran amigos, se inició sobre la paternidad de la niña, que nunca se puso en claro, pero los dos dejaron a la niña, como herencia, su fortuna.
Hoy día en la Argentina, en 1945, se ha descubierto un poema en una revista literaria, atribuido a George Selwyn. Una trayectoria tan larga de tiempo entre la vida de George Selwyn y el poema que apareció resulta incongruente. Nadie puede creerlo; por más esfuerzos que se hagan no se ha llegado a dilucidar si realmente le pertenece y quién era la mujer que lo inspiró. El lenguaje no concuerda con la época, pertenece más bien a la época prerrafaelista. ¡Es tan largo el tiempo, tan parecidos sus cambios!. ¿En qué cambió la vida?. En aviones, en máquinas electrónicas, en corazones artificiales, en riñones artificiales, en inseminaciones artificiales, en ojos ajenos, en viajes a la estratosfera, en computadoras, en hijos que no son hijos, en madres que no son madres, en misiles, en cinematógrafos, en guerras, en aparatos de televisión. La forma de una nariz, la forma de un cuerpo, la forma de los ojos cambian con las operaciones estéticas, pero siempre será lo mismo lo que se piensa, lo que se dice, lo que se publica, el amor, la amistad, el odio, los fantasmas, la competencia.

Todo permanece igual. En esta época de tantas fraudulentas publicaciones, lástima no tener el papel en que fue escrito. Tantos misterios quedan en la vida sin aclarar que éste puede pasar inadvertido, salvo que George Selwyn haya sido un fantasma que apareció en 1945, en Buenos Aires.
Los ingleses siempre amaron a los fantasmas y amaron el establecerse en Buenos Aires. ¿El tiempo no cuenta, no existe?. ¿Algún viajero lo trajo entre sus libros enrarecidos?. Alguien dijo: "Qué mal escrito". El poema y el poeta se confunden. Esto es lo que se llama fantasma. Si alguien encontrara a Selwyn, el pelo gris, la mirada lejana, envuelto en una capa del año 1700, ¿se atrevería a preguntarle: es suyo este poema?. ¿Habló con los ángeles?. ¿Oyó las palabras que le dijeron?. ¿Es porque son tan puros los ángeles que no nos comprenden?.
Hay un retrato de Selwyn, por Reynolds, en la colección Carlisle. Tal vez nos ayude a conocerlo.

La fiesta de hielo

De un puente de hielo inmenso vi a un hombre asomado y un cielo muy celeste lo iluminaba.
Vi a una mujer envuelta en tul de hielo y un tigre oscurecido adentro del aire inmóvil que entre ventanas ojivales miraba. Vi el azul del hielo, tan azul que no llega a ser azul sino otro color, en escalinatas que no sé dónde van; tal vez al cielo, tal vez a la piscina. Vi luz eléctrica, dentro de linternas de hielo.
Puse mi mano en una llama de hielo, no me quemó. No tiembla la luz ¡y todo para desvanecerse antes que aparezca el sol de otras mañanas!. ¿Esto lo he soñado o lo soñaré?.
Llegué a la piscina helada que sana enfermedades cardiovasculares y nerviosas. Me arrojé a la piscina, los ojos cerrados, para no asistir a mi curación. Seis minutos quedé en el agua helada. Después salí de la piscina totalmente curada. Me arrodillé frente al Dios de hielo y quedé dormida, agradecida, redimida, -reducida a la más extraordinaria dicha.
Prefiero el frío helado al calor interminable de insectos donde no existe ningún mundo de hielo que se convierta en escultura prehistórica, en edificio, en largos tramos de casas y de templos, que uno ve por dentro y por fuera, como si lo de adentro fuera lo de afuera y a la inversa, para la eternidad.
Todo lo escondido a la vista y todo lo visible escondido.
El hombre los animales las plantas todo lo que existe vive de secreto en secreto y nadie lo roba a nadie, porque cuando roba uno, otro secreto nace para ocupar el lugar exacto del anterior, con mayor

deslumbramiento y silencio.

El rival

Tenía los ojos, más bien dicho las pupilas, cuadradas, la boca triangular, una sola ceja para los dos ojos, una desviación en un ojo azul, en el verde otra desviación volvía la mirada acuciante; sus manos no se parecían a ninguna mano, sus dedos tampoco; su pelo lacio y negro (no todo) se erguía como si el viento lo levantara. En el óvalo irrefutable de su cara, una mitad de la mandíbula, más pronunciada que la otra, distorsionaba los rasgos. "Cuanto más fuerte la mandíbula, más débil la conversación", dice un refrán que leí en un libro inglés, que no cuadra mencionar en este caso, pues el personaje que estoy describiendo hablaba con demasiado énfasis y era lo que se llama vulgarmente "latero". Un cuello muy largo sostenía con dificultad la cabeza, detalle que no debo omitir, pues le daba un aire somnoliento que no concordaba con su extraordinaria verbosidad. Las uñas eran pedacitos de nácar, desproporcionadas, puntiagudas. Su voz silbaba entre las ramas de un bosque; en una habitación, en cambio, resonaba tan hondamente que despertaba un eco insólito. La lengua padecía de un defecto y se enredaba entre los dientes al pronunciar ciertos vocablos. Este detalle lo hacía parecer extranjero, a veces. De ahí su manía de preguntar incesantemente "¿cómo es?" al principio de cada frase, como si el dueño de cada frase fuese su interlocutor. Al caminar trotaba, aunque fuera con lentitud. ¿Alguien podría enamorarse de una persona como ésta?. "Yo puedo, yo podría, yo podré", exclamó una chica terca a decir basta, que conocí en un barco. Ya se había enamorado al ver el retrato del ni siquiera joven personaje.

Yo era buen mozo. ¿Por qué no confesarlo? Existen los espejos y las fotografías y los ojos de los demás para revelármelo. Ningún problema psicológico empañó hasta hoy mi satisfacción física; ningún complejo de inferioridad ni superioridad mi alegría psíquica; soy el dueño de mis actos y de mi voluntad. Tendría ahora que cambiar el tiempo del verbo y decir "era", con el mismo desparpajo pero con auténtica tristeza. De nada sirve la hermosura. Nuestra vida es un pandemónium si no atrae al ser amado.

Durante años debí acompañar a los enamorados: la muchacha a la que yo amaba y el tipo más horrible del universo, que recibía las más atrevidas alabanzas... ¿Qué podía hacer yo?. Por alguna perversidad del destino estos enamorados no podían verse sin mí. Sufría al verlos juntos.

Hicimos una excursión por las provincias y mucho más lejos; el mucho

más lejos existe en nuestra tierra con insistencia en cuanto creemos llegar a un sitio determinado. Yo tenía un automóvil, era uno de mis encantos, ellos no tenían. Por circunstancias ineludibles, durante las vacaciones, dormimos los tres juntos en la carpa que llevábamos y sobrellevábamos, pues había que armarla a cada rato. Que tuviéramos que dormir los tres juntos en la carpa por un azar se volvió costumbre. No me pareció desagradable, ni siquiera incómodo. Al aire libre todo se acepta como cosa natural. Pude revelar mi superioridad en la cama y aprovechar la oscuridad para que se vieran el menor tiempo posible los ojos cuadrados de mi rival y la boca triangular, tan seductores, Dios sabe por qué.

¿Cuánto tiempo duraría este concurso de habilidad sexual?. Yo pensaba que tal vez siempre, porque somos fieles hasta en la infidelidad. Olvidar por un tiempo los deberes morales, las costumbres, conviene. Nuestra tierra es infinita y aprendíamos geografía. Llegamos hasta las regiones más frías, con glaciares estupefacientes,con osos y pingüinos, y hasta las más tropicales con jaguares, monos, serpientes, loros de nuestro país. Yo tenía mi escopeta preparada para cualquier cacería en el asiento posterior del automóvil. En un momento en que revisé el agua del radiador y el aceite, les mostré el arma. Ellos me dijeron que raras veces los animales de esa zona atacan a las personas, si no es por un hambre irresistible. ¿Por qué iba a matarlos?. Parecían conocer mejor que yo a estos animales: tapires, venados, cerdos salvajes, monos, gatos monteses, víboras, loros. Al nombrar a los jaguares dijeron que eran animales soberbios cuya fama de ferocidad era injustificada, ya que sólo atacaban cuando tenían hambre, cosa que no me pareció muy razonable, ya que hambre se tiene casi siempre. En lo que no estaban de acuerdo era con mi propósito de cazar. Cazar es uno de los deportes que más me interesa. Conservo un sombrero con una plumita típico de cazador y el ancho cinturón con ganchos para colgar las presas, siempre que no sea un jaguar. Ellos pensaban que sólo los depravados tienen el afán de matar por matar.

En Misiones nos detuvimos atraídos por la selva y con la esperanza de llegar a las cataratas. En varias oportunidades creímos oír el fragor del agua. Nunca había visto cedros y araucarias tan altos. Por la televisión me enteré de gente que en Neuquén cocinaba semillas de araucarias para comerlas. Tratamos de juntar esas semillas en vano. La arboleda de la selva alejaba el cielo de un modo aterrador. Fue allí donde desapareció mi rival. Desapareció una noche en que la luna filtraba la luz como un reflector potente. Todos los insectos zumbaban, se hubiera dicho, con más pasión en ese instante, agrandando el bosque y oscureciendo la oscuridad. Habíamos encontrado un lugar agradable y

seguro para colocar la carpa.
Todo estaba preparado para la cena. Durante unos instantes me regocijé de que mi rival tardara tanto en volver de su exploración, pero empecé a inquietarme cuando el tiempo transcurrió interrumpido por chistidos de lechuzas. ¿No dicen que son de mal agüero? Creo que recé para que volviera, al ver la cara afligida de nuestra compañera. En un lugar desierto ningún socorro puede esperarse; nada es más cruel que la insistencia de la soledad. Una nube de mosquitos nos acosaba. ¡Pensar que ese vuelo es un vuelo nupcial!. Nos metimos en la carpa con las linternas encendidas. Oí, o creí oír, el rugido de una bestia, que la muchacha no oyó, porque había hecho funcionar el grabador con la sonoridad máxima. Tuve la impresión de que ensayaba pasos de baile. Me tendió los brazos, por primera vez con amor, para que bailáramos. La miré como quien mira un detergente. Se había vestido, lavado con poquita agua de una botella y puesto un camisón de gasa. A pesar de mi turbación pensé que el atuendo, de extrema elegancia, la mostraba más desnuda que desnuda. ¿Provocación?. Yo no podía pensar en esas sutilezas que hubiera apreciado tanto en otra oportunidad. Había que esperar. ¿Esperar qué?. Pasaron horas y horas, con un canto de grillos insoportable. A las cinco de la mañana, un color rojo se filtró por entre las hojas, cayó al suelo: era el color natural de la tierra. Pensé en cómo hubiera podido aprovechar ese momento de soledad con quien hasta entonces nunca había estado solo, si no fuera por miedo. Muy lejos, en la noche, me pareció que se aproximaba un olor a fiera. El olor suele tener pasos, dar más miedo que una imagen. Me atreví a correr la cortina. No vi nada. Salí de la carpa. Un jaguar, creo que así lo llaman, avanzaba lejos, arrastrándose entre algunos claros de la selva. Avanzaba como avanza el agua, sinuosamente. Lo primero que vi fueron sus ojos, las pupilas cuadradas. Lo miré fijamente, paralizado de terror. Dio media vuelta y se fue, ondulando con su cuerpo el aire. Volvió, para entrar en la carpa como si la conociera.

Sábanas de tierra

"Jardinero. Arboricultor. Floricultor se ofrece. Besares 451." Sonrió, desde hacía más de un año este aviso se confundía entre naftalinas en el bolsillo de su tricota. Estrujó el papel en sus manos y lo tiró al suelo. Recostó la cabeza contra la silla de paja, dio un suspiro de alivio y dijo a su marido: "Qué suerte que tenemos un buen jardinero". El marido la miró por encima del diario. "Un verdadero jardinero", siguió diciendo, "que trata con ternura a las plantas y que realmente las quiere como a pequeños hijitos" y, al decir estas palabras, sintió la plenitud de su

felicidad: sus hijos estaban sanos, hacía lindo día, había encontrado un buen jardinero. Sentada en la terraza, envuelta en la blancura de su vestido, sintió lo que deben sentir todas las mujeres de blanco en un día radiante; se sintió transparente e impersonal como el día, rodeada por la presencia de muchedumbres de flores que la esperaban. Se puso los guantes, tomó las tijeras de cortar flores y bajó al jardín atajándose el sol con la sombrilla. Qué agradable imagen vio en el espejo.

El humo de las fogatas llenaba el fondo del jardín y teñía de un azul lechoso los rayos del sol; se infiltraba en los intersticios de las enredaderas, nublando el cielo del follaje. Era la hora más linda, y puedo decirlo sin riesgo de equivocarme, pues en el día de un jardín todas las horas son más lindas, cosa que no advertimos en los cuartos pero que nos asombra siempre, como si no lo supiéramos.

Los molinillos aumentaban el canto de los pájaros. El jardinero se movía como un gran cortejo, ceremoniosamente, de planta en planta, sacando bichos de cesto. Sus brazos, incluso en los momentos de descanso, mantenían una curva inconmovible, cargada de regaderas, guadañas, azadas y rastrillos invisibles. Tenía un abundante olor a hoja seca y a tierra húmeda.

Había plantado en su vida millones de árboles de diferentes familias. Había trabajado en las islas del Paraná, en las inmediaciones del Tandil, en La Pampa, había llegado más al sur de Río Negro, más al norte del Iguazú, con el mismo atadito de ropa y la misma mujer de rasgos borrados. La misma mujer hacendosa y sin hijos. Tenía olor a hoja seca y a tierra sudada, sobre todo cuando se secaba la transpiración con un gran pañuelo de seda, a rayas violetas y verdes. Vivía en el fondo del jardín en una casita de un solo cuarto.

El jardinero removía la tierra con la gran pala, luego deshacía los terrones hasta que se tornaba sedosa y dócil. Sus manos se habían vinculado en tal forma a la tierra que empezaba a arrancar los yuyos con dificultad. Todo contacto con la tierra resultaba una lenta y repetida plantación de manos; ya estaban revestidas como de una especie de corteza oscura, de tuberosa, capaz solamente de brotar en la tierra o en un vaso de agua. Por esa razón evitaba lavárselas en el agua y se las limpiaba en el pasto. Por esa razón, desde hacía un tiempo, evitaba, en lo posible, sumergirlas muy adentro en la tierra y usaba un cuchillito alargado y fino para arrancar los yuyos. Pero aquel día, en un momento de descuido o de apuro, dejó a un lado el cuchillito y puso la mano muy hondo en la tierra para sacar alguna hierba innecesaria. Arrodillado en el fondo del jardín hizo esfuerzos desesperados por arrancar primero la planta y después la mano. Pero los pasos se acercaban haciendo cantar las piedrecitas. La mano no quería salir de adentro de la tierra. Alzó los

ojos y se encontró con esa sonrisa especial que tenía ella cuando cortaba flores, y le oyó decir: Estoy encantada. Nunca he tenido tantas flores". Se quitó la gorra con la mano izquierda y dijo tres veces gracias, con una reverencia que se adivinaba en el movimiento de la cabeza. Siguió hablando: "Desearía plantar algunos arbustos, algunas plantas de adorno cerca del portón. ¿Cuáles aconseja usted?". "¡Hay tantas variedades!", dijo el jardinero sintiendo que su mano crecía adentro de la tierra; "tenemos el Evonimus del Japón, el Evonimus Microphylla o Pulchellus, el Pthotinea Serrulata o Laurel Japonés; todos esos arbustos de hoja perenne sufren poco. Tenemos también el Philadelphus Gronarius o Angélica Arcangélica, vulgarmente llamado Angélica; se cubre de flores blancas en primavera." "Sí, sí, la Angélica es justamente una de las plantas que más me gustan, tiene hojas oscuras, las flores agrupadas en ramitos fragantes y cuidadosos." Siguió caminando haciendo girar el mango de la sombrilla. Sus hijos corrían alrededor de ella. Se detuvieron un rato buscando piedritas en el camino y volvieron corriendo al lugar donde había quedado el jardinero. "¿Qué está haciendo?", le preguntaron sentándose en cuclillas y el hombre les contestó pacientemente: "Estoy arrancando yuyos". Los chicos no se iban; perdieron una moneda o un lápiz que buscaron indefinidamente hasta que se cansaron y se fueron galopando, con soplidos de locomotora.

Caía quietamente la noche, desplegando los ruidos acostumbrados. El jardinero oyó que su mujer lo llamaba; recorría los caminos desde la casa hasta el portón. No se movió. En la oscuridad sólo se veía la claridad de los bancos; sabía que la mujer no podía distinguirlo. Se sentó en el suelo; sacó el gran pañuelo a rayas de su bolsillo, siempre con la mano izquierda, y se secó la frente. Empezaba a sentir hambre. Llegaba el olor de la cocinita y un ruido igualmente apetecible de platos y cubiertos. Llamó a su mujer primero débil mente, después más fuerte, hasta que se hizo oír. La mujer acudió corriendo y le preguntó si se había lastimado. "No, no estoy lastimado. Tengo hambre", contestó el jardinero. "¿Y por qué no dejas tu trabajo?. Ya es hora de comer." "No puedo", y le indicó la mano. "¿Pero por qué no la arrancas con más fuerza?". "He hecho todos los esfuerzos posibles." "Entonces", dijo la mujer, tendrás que pasar la noche aquí?". "Sí", contestó el hombre; y después de una pausa: "Tráeme la comida. Cuidado que no te vean." La mujer salió corriendo y volvió al rato con un plato de sopa, ensalada, un trozo de pan. Se había olvidado del vino. El hombre comió con apetito. La mujer lo miraba en la oscuridad, adivinándole el rostro. "¿Tendré que traerte la frazada?". "No", dijo el hombre, "no hace frío." Acabó de comer y se echó en el suelo. La mujer le dijo buenas noches.

Después de un rato de estar solo, se acordó de que no había bebido. Quiso llamar a su mujer, pero su voz tembló en el viento como una hoja finísima de papel de seda. Además la puerta de la casita estaba cerrada, las luces apagadas, todo indicaba que su mujer dormía con un sueño pesado.
La sed crecía en grandes extensiones de arena; el jardinero las atravesó hasta llegar, en su recuerdo, a una plantación de pinos, en la zona de la Patagonia. Caminaba llevando un hacha y un serrucho. Los troncos eran gruesos, veteados de musgo. Eran ya muy altos pero había que podarlos para que no se fueran en vicio. La poda fue larga; duró días y días. Las ramas surgían como serpientes inesperadas. El bosque se quejaba entre sonoridades líquidas de serrucho. Ese brusco desalojo de pájaros y de bichos habitantes de las ramas dio un desvelo total a la noche. Los árboles se desangraron con una fragancia maravillosa, las heridas se abrieron irisadas de rojo y de azul. El bosque quedó como un gran hospital de árboles heridos, sin brazos y sin piernas. Sentía sed aquel día; la misma sed de ahora, una sed mezclada con olor a resina.
Caían lluvias finísimas de humedad, no había pinos, ningún pino. Qué extraño podía ser un jardín sin pinos y sin lambercianas. Las luces de la casa grande estaban todavía encendidas. Había visitas y, después de comer, se paseaban por el jardín, con la dueña de casa.
Se arrodilló otra vez en el suelo. Ella lo vio en la oscuridad: "¡Todavía trabajando!", alguien le gritó desde lejos, con voz de bañista agradecida, que se sumerge de nuevo en el agua.
El jardinero sintió su mano abrirse adentro de la tierra, bebiendo agua. Subía el agua lentamente por su brazo hasta el corazón.
Entonces se acostó entre infinitas sábanas de tierra. Se sintió crecer con muchas cabelleras y brazos verdes.
La noche fue larga, muy larga. En la superficie, distintos bichos rozaron el brazo enterrado; no fue más que un leve cosquilleo de lombrices indiferentes. Una oruga remontó laboriosamente la espalda, momentos antes que amaneciera. Nunca el alba fue tan lenta y penosa para pasar claridades entre las ramas, elaborando la mañana. El jardinero oyó que lo llamaban. Quiso agacharse a recoger el cuchillito del suelo, pero su cintura carecía de elasticidad. Desde ese día vivió de acuerdo con las leyes de Pitágoras; el viento y la lluvia se ocuparon de borrar las huellas de su cuerpo en la cama de tierra.

La pista de hielo y de fuego

Aprendí a patinar en el Palais de Glace a los once años. Slupicio, mi

maestro, me enseñó acrobacia, convidándome con bombones entre prueba y prueba. Llegué a sentir que no era yo la que se desplazaba, sino el piso que giraba y venía a mi encuentro. Esa sensación era un índice de que me fascinaba la pista de patinaje y el hielo, que era como un espejo. Slupicio redoblaba sus exigencias; quería que hiciera la prueba mortal para exhibirme en algún teatro, en un film o un circo. Era difícil, pero Slupicio me dominaba. En cuanto ajustaba los tornillos de mis patines mi voluntad de hielo le pertenecía. La prueba consistía en que yo me dejara enganchar un pie en un estribo que terminaba en una lonja de cuero que él sostenía entre sus dientes, como un perro, haciéndome girar a gran velocidad, simultáneamente con él. Primeramente me encogía como un ovillo, luego iba soltándome hasta llegar a la velocidad máxima en que me estiraba totalmente y parecíamos un trompo inmóvil. Mis medias coloradas y su cinturón azul eléctrico, los cascabeles de mi collar y su bufanda multicolor relucían como relucen los adornos de un trompo. No se me ocurría considerar a Slupicio como un hombre, tal vez porque tenía el pelo colorado. Cuando entraba en la pista, parecía que entraba el sol. Sus músculos me dolían y sus manos anchas me lastimaban, cuando me tomaba la cintura, para colocarme sobre sus hombros, al principio de la prueba. Hacía frío en la sala, como era natural, pero el ejercicio sobre el hielo calienta el cuerpo, de modo que me ordenó cambiar de atuendo. Las mallas de lana dieron lugar a mallas de seda, luego de algodón, luego de un tejido transparente, que dejaba traslucir mis pechos y mi ombligo. En la cabeza, el grueso gorro de piel de conejo, con sus ojitos brillantes, dio lugar a un turbante de seda, luego de gasa. Llegó el día en que su capricho llego al colmo de la excentricidad, dado el carácter convencional del Palais de Glace. Quiso que hiciera la prueba sin ropa.

-Se ha vulgarizado tanto la desnudez que sería mejor buscar alguna otra vestimenta -le dije-.

No quiso oír razones. Era ridículo ver mi desnudez con esos grandes zapatos blancos puestos. No me escuchó. El público, ese día, me aplaudió con tanta insistencia que tuve que repetir la prueba. Me traían un abrigo de piel blanca, durante el entreacto, pues la transpiración y el frío podían causarme la muerte, según dijeron los expertos en la materia. Cada vez que iba a hacer la prueba mortal, me persignaba. Nunca pensé que Slupicio era un monstruo hasta el día en que ensayamos la más difícil de las pruebas, solos en la pista del Palais de Glace. Era un día de tormenta, sólo nosotros y los acomodadores que habían venido a limpiar la sala. Quise ponerme la malla. No me lo permitió. Me obligó a soltarme el pelo y a desnudarme totalmente. Cuando me ajuste los patines, me miró de un modo extraño, como si

en mi ombligo hubiera descubierto, mi cara. Luego se arrodilló, cerró un ojo y me miró adentro del ombligo.
-¿Qué tengo? -interrogué asustada-.
-Un calidoscopio.
Hicimos la prueba con maestría, y después dijo:
-Hoy estrenaremos una nueva prueba.
Se arrodilló a mis pies, me levantó como un resorte en el aire y me tomó la cintura. Los acomodadores aplaudieron. Un frío helado corrió por mis venas y luego, con ritmo tan lento que creí dormirme, bailamos, girando, girando hasta tomar velocidad. Perdí el equilibrio. Sentí que estaba muriendo bajo el fuego de la mirada de Slupicio. De un lado el hielo, del otro el fuego. Pero revivir fue una muerte mayor, después de esa experiencia. Huí de su lado. Me fui a vivir a un campo donde sólo la nieve me reconcilió con el mundo. El sitio se llamaba La Liebre Enamorada. Patinaba normalmente en un lago de hielo. Pero nunca conocí el verdadero amor, porque no podía olvidar aquella prueba terrible y ese calidoscopio.
Volví a la ciudad de la pista de hielo, para volver a caer bajo el dominio de Slupicio. Me casé con él.
Nuestra vida conyugal fue como el noviazgo. No teníamos de qué hablar. Podría repetir textualmente los diálogos que tuvimos durante dos años de matrimonio, con un silencio de cinco minutos entre frase y frase. Primer diálogo, en un jardín:
-¿Cómo se llama tu prima?.
-Casilda.
-¡Ah!.
Segundo diálogo, frente al mercado:
-¿Por qué cambiaste de peinado?.
-¿Yo?.
-No va a ser el perro.
Tercer diálogo, en la calle:
-Me gusta la lluvia.
-A mí el sol.
Cuarto diálogo, en el tren:
-Cuánta gente.
-Mejor. Pero huele peor.
Quinto diálogo, en la pista de hielo:
-Tengo miedo.
-¿De qué? .
-No sé.
-¿Cómo llamaremos al niño?.
-Ielo.

Sexto diálogo, en el automóvil:
-El peligro protege.
-Claro, vivir es peor.
Séptimo diálogo, en una confitería:
-Sola me retraté.
-No digas.
Octavo diálogo, en la plaza:
-¿Cuándo llegará la muñeca?.
-¿Muñeca?. ¿Todavía jugás?.
Noveno diálogo, en una fiesta:
-¿Te gusta?
-Sí, ¿no?.
Décimo diálogo, en el hielo:
-En el hielo todo es lindo.
-Quema.
Comíamos, nos abrazábamos, leíamos, hacíamos palabras cruzadas. Yo tejía, el fumaba patinando, porque sólo de ese modo no sentíamos la privación de las palabras que a veces nos dolía. Cuando comíamos en restaurantes hacíamos el ademán de hablar, porque nos daba vergüenza estar siempre callados. Sentíamos que íbamos a morir, sin decirnos nada. Entonces resolvimos patinar, hasta morirnos, sin descanso. Y es lo que hacemos. ¡Duraremos poco!. Cuánto, cuánto. Dios mío. Todo es poco, todo es mucho.

La cabeza de piedra

(Composición que escribí para darle ánimo en el colegio a mi hija, que mereció un cinco.)
Somos nueve alumnas, pero una sola. Nuestros ojos miran para el mismo lado. Tenemos los mismos ideales, el mismo uniforme, los mismos gustos. Lo único que tenemos diferente es nuestra casa, nuestros padres. Nos parecemos como gotas de agua, unas más redondas, otras alargadas.
Aquella cabeza de piedra deteriorada por el tiempo, con la mirada fija y, sin embargo, con los ojos vacíos, que todas habíamos visto sobre la puerta de un edificio a la salida del colegio, cada día, ya no estaba.
Vanamente la buscamos como en un sueño. Si alguien la había sacado del sitio donde estaba colocada sobre aquella puerta oscura, hubiera quedado en el muro un nicho, una marca, algo que revelara de algún modo su existencia. Si la cabeza de piedra jamás hubiera estado en ese sitio como temíamos, sería demasiado extraño que un grupo de personas (dado que las niñas son personas) la hubiera visto. Un día

resolvimos preguntar por la cabeza de piedra al portero, que vivía en los fondos de la casa. El hombre nos recibió de mal grado, porque interrumpimos su siesta, y le preguntamos con nuestra voz más dulce:
-Señor portero, ¿sobre la puerta de entrada de esta casa no había hace poco una cara de piedra?. Somos estudiantes y leímos una preciosa página de Gabriel Miró, algo muy hermoso sobre una cara de piedra. Tenemos que escribir una composición sobre ese tema...
-...Y el otro día creímos ver sobre la puerta de esta casa esa misma cara de piedra -dijo Viviana, envalentonada, porque era la menos tímida de las niñas-. La andamos buscando, por eso vinimos.
-No está aquí la señora Depiedra -respondió el portero sin salir de su letargo-. Un letargo furioso.
-Está en el octavo piso. ¿Las espera?. Pero no suban, porque llamo al vigilante.
Se alejó sin saludar y lo oímos que repetía:
-Hora de la siesta. ¡Qué piedra ni piedra!. Hora de la siesta.
-¿Subimos al octavo piso? -propuso Patricia, que es la más atrevida-.
Todas respondimos:
-Claro que sí, claro que sí -y subimos-.
Nos pareció que tardábamos mucho en llegar al octavo piso. Una vez allí tocamos el timbre y apareció una señora con ruleros, malhumorada como el portero y con un revólver en la mano.
-¿Qué quieren, niñas, a estas horas?. ¿Es para algún beneficio?. Ya vinieron a cobrarme las entradas. ¿Son de las esclavitas?. ¿O son de María Auxiliadora?. ¿O del Corazón de Jesús?.
-Perdone, señora -dijo María Irene, que es muy amable-. Venimos a preguntarle si en la puerta de calle de esta casa no-no hahabía... -pero María Irene tartamudeó y se interrumpió al ver sobre la puerta del departamento, frente a nuestros ojos, lo que también nosotros veíamos: la cabeza de piedra.
-Todas ustedes son tartamudas? -preguntó la señora, impaciente de oírnos hablar a todas a un tiempo-. ¿No les enseñan a hablar en el colegio?.
Pero Patricia, que es la más tranquila, preguntó sin tartamudear, señalando la cabeza:
-Señora, perdone el atrevimiento. Esa cabeza de piedra ¿no estaba colocada antes sobre la puerta de calle de esta casa?.
-Nunca -nos dijo la señora, empujándonos hacia afuera y entrecerrando la puerta-. Y no es de piedra, es de yeso, sépanlo; la compre por una bicoca -al oír la palabra nos reímos-. Si son asaltantes disfrazados de colegialas, porque algunas tienen bigotes y otras calzan 42, váyanse, queridas, a otra parte, porque aquí no encontraran nada de valor, salvo

mi persona. Valgo mucho, niñas.
-No, señora -susurré-, lo que pasa es que vemos a través de las paredes.
-Y de la altura -acotó Viviana.
-Y tenemos más miedo que usted, porque no sabíamos que vivíamos en un mundo raro y gracias a usted lo hemos descubierto.
-Conozco a las niñas de hoy, vieja. Todas con jueguitos de palabras.
¿Por qué nos decía vieja, palabra cariñosa, empujándonos hacia fuera, con ademán agresivo?. Pero la señora había cerrado con tanta rapidez que un vestido quedó apresado en la puerta y oímos el ruido de la llave que cubría las súplicas para que volviera a abrir.
Todas las chicas bajaron corriendo por la escalera, repitiendo:
-Y tan arriba, tan escondida, la vimos -sin esperar el ascensor, para respirar el aire del día, para pedir una tijera al portero cuando se arrancaba la falda del vestido a la puerta.
Al pie de la escalera la voz del portero decía:
-¿Y, chicas?. ¿Encontraron a la señora Depiedra?.
Nadie podía contestar. Finalmente alguien susurró:
-¿Se llama así?.
-Pero, hombre, ¿no preguntaron por ella?. No aprendieron a hablar todavía. Tanto uniforme, tanto libro, tanta tinta...

La sinfonía

Su afición por la música se despertó a los cuatro años cuando lloró al oír Carnaval de Schumann, en un viejo piano desafinado, que parecía salir del fondo del agua. Creyeron que lloraba por un caramelo anaranjado que brillaba sobre la mesa. Cuando se lo dieron, siguió llorando. ¡Pero qué prestigio tiene un piano desafinado para un oído sensible!. Eso nadie lo sabe salvo un niño. Con el correr del tiempo dedujeron que su llanto se debió a la repugnancia que sentía al oír música desafinada, puesto que al preguntarle "¿Por qué lloras, nena?", señaló con el índice el teclado del piano. Su vocación por la música quedó asegurada.
Estudio en el Collegium Musicum de Buenos Aires. Siempre se distinguió en el estudio de la armonía, contrapunto, fuga, orquestación. Le interesó la música concreta. Obtuvo algunos premios en Italia por sus canciones y, en Francia por una sonata que se estrenó en la Salle Pleyel. Navegaba entre dos aguas: la música moderna y la clásica.
En el verano de 1970, al que ahora me referiré, estaba en pleno proceso de creación: por primera vez se le había ocurrido el tema para una sinfonía: se la inspiraron dos anillos que se entrechocaban al caer

al suelo. Su melodía, su ritmo, su composición estaban ya en su mente, sólo le faltaba escribirla, cuando la muerte la sorprendió. No advirtió su llegada, pues estaba en perfecto estado de salud: mirándose sin verse en el espejo de su cuarto, absorta en el pensamiento de la sinfonía, sobrevino la oscuridad total, en un relámpago le indicó que su vida había alcanzado la meta inevitable. De acuerdo con las reglas habituales de nuestra sociedad, la pusieron en un cajón, la rodearon de flores, de cirios y de llantos y muchas personas desfilaron aparentemente compungidas frente al ataúd, vestidas de negro o luciendo pañuelos blancos que estrujaban sobre sus bocas para fingir un llanto que no podían a veces derramar. "Si tengo que morir, que sea en un espacio grande. No dejéis que me asfixie en este angosto mundo de tenderos". Le gustaba repetir esa oración y Dios pareció escucharla, pues resucitó.
Resucitar no es tan agradable como uno podría suponer, sin embargo es interesante.
Esta fue su experiencia personal y no creo que muchos tengan el privilegio que tuvo.
-Yo, muerta. ¡Qué increíble! -repetía en ese lugar de la mente en que se elaboran los sueños-.
Oía un palmoteo de palomas, un gemir de porcinos o de gatos, un zumbido inadecuado de moscardón. A través de sus párpados indescriptiblemente transparentes y celestes, veía estas escenas. De vez en cuando pasaba un cochecito dorado, con tacitas llenas de café que las bocas reclamaban, que las gargantas tragaban ávidamente. Su oído se había aguzado: los tragos sonaban como instrumentos de una gran orquesta. Su vista también se había aguzado: veía un color que jamás había visto y que no pudo describir y que tendría posiblemente que morir para volver a ver. De vez en cuando alguien salía sollozando del recinto: era una de sus hijas o su modista, que era una de las personas que más la había querido. "A veces me olvido, pero cuando me acuerdo, ay Chuleta, repetía como un estribillo. Aunque una esté muerta, hay sobrenombres que matan. El de ella se reveló en ese instante como un golpe en el esternón. Un boxeador no la hubiera golpeado tan fuerte. Sintió un rubor del color de las dalias, que le cubría la cara y el cuello: poco faltó para que recuperara su muerte. Todo esto sucedía en pleno día.
Llegó la noche y el silencio resplandeció. Hasta ese momento se había hablado de muertes por asfixia, de muertes por sumersión, por sumisión, por subversión, por aversión, de muertes naturales, por suicidio, paros cardíacos, como durante las comidas se habla de diferentes platos que despiertan nostalgias entre los comensales. Entonces

se operó el milagro inesperado del silencio y, en el silencio, como sobre un terciopelo negro, se oyó una vaga música, tan vaga que parecía un recuerdo. Al principio supuso que se trataba de una radio portátil que alguna niña irreverente había escondido bajo su abrigo, pero no había allí ninguna niña. ¿Y qué hombre podía hacer funcionar su radio en un velorio?. Empezó a sospechar que la música salía de su cabeza o de su pecho. Trató de reprimirla, para no molestar a los deudos. Tardó en reconocer la sinfonía. Un muerto se aleja de sus propiedades, nada es su verdadera propiedad y esa nada es su privilegio, su último patrimonio. Hubiera más bien emitido una música de Mendelssohn o de Liszt o de Brahms o hasta de Wagner que la abrumaba, en lugar de esa sinfonía, porque todo lo más lejano parecía más deleitable y en cierto modo más suyo por no serlo.
-Qué extraño -dijo alguien-, lo que son las cosas: esa música que viene de la casa vecina parece compuesta por ella -la señaló con los ojos porque su nombre de pila ya no se podía pronunciar-.
"Esa música no viene de la casa vecina", protestó en su fuero interno, "sale de mi cabeza o de mi corazón o Dios sabe de dónde, del hígado tal vez. Tendría que leer a Platón para instruirme, aunque recuerdo vagamente alguna de sus frases. Soy una caja de música".
Hay que admitir que sus pensamientos, expresados con palabras, no tenían la fuerza de la música. Sólo las notas musicales resonaban en ella con precisión matemática.
Alguien, Arnoldo White, con su pelo largo que le hizo cosquillas y su perfume a agua de Colonia, se inclinó largamente sobre su cara. Lo que le llamó más la atención es que mantuvo los ojos cerrados como cuando oía un concierto. Otra persona, Sergio Sift, con su elegancia, su barba oscura, su tímida reserva, lo imitó. Sufrían tanto de verla muerta que se tomaron de la mano. No sabía si deseaba o no deseaba que la oyeran.
Después de rezar un rosario colectivo con las niñas del Collegium Musicum, que fueron sus discípulas, alguien señaló las coronas, las palmas, los ramos con horror. Todo el mundo sentía la asfixia, la alergia inevitable provocada por aquellos perfumes y resolvieron abrir las ventanas, tomar aspirina y retirarse a los cuartos contiguos, algunos para robar objetos, otros para descansar, los menos para llorar, porque las mujeres tenían los ojos muy pintados y temían llorar lágrimas negras y los hombres, distraídos con sus conversaciones sobre política, asaltos y negocios, temían la interrupción que indujera a malentendidos. Nadie podía imaginar la belleza de estar muerto hasta no estarlo.
Una mujer se quedó a su lado. Transpiraba abundantemente. Sobre su

frente brillaban las gotas de sudor que caían a cada lado de sus mejillas. Nunca había visto esa cara pálida y a la vez tan congestionada que le inspiraba recelo. ¿Quién era?. Se arrodilló, se puso de pie y paulatinamente se calmó. Tardó un rato en resolverse a robarle los anillos; pero, a punto de sacarlos, tuvo que abandonar la tarea; la entrada de dos ramas la interrumpió. Como los árboles, si no me equivoco, en Macbeth, que avanzan solos.
Sola, por fin, dio libre curso al desenlace de la melodía, al ritmo de la composición musical, que volvía a elaborarse en ella. Alguien en los cuartos contiguos chistó para que se callara, sin saber que daban la orden de callar a una muerta. Subrepticiamente, una desconocida vino corriendo para ver lo que sucedía. En la trémula luz de los cirios habrá visto una sonrisa en sus labios, pues exclamó:
-¡Si parece que sonríe!. -Salió del cuarto casi inmediatamente, para no ver apagarse la sonrisa y para contárselo a sus amigas-.
-Son los cirios que hacen temblar la luz -dijo una amiga imaginativa-.
Cuando se vio sola de nuevo, sintió la puntilla blanca y dura que encuadraba su cara arder sobre su piel. Recordó aquellas cajas de cartón que tenían en su interior muñecas ordinarias con vestidos prendidos con alfileres, en la tienda Los Angelitos, rodeadas de puntillas de papel. Cuando se las regalaban, pronto les sacaba los alfileres para que no sufrieran. Se incorporó imperceptiblemente. Vio sus pies lejanos, tan lejanos que no los sentía fríos. Se sentó lentamente. Nunca había estado tan bien peinada. Se soltó el pelo, recién lavado, por suerte. Era difícil salir del enredo de géneros que la envolvían. Nunca creyó que podría desanudar los lazos ni quitarse de encima las orquídeas. ¡Qué vergüenza si la hubieran encontrado muerta y moviéndose!. Un muerto, pensó, tiene sus obligaciones. Vertiginosamente soltó los últimos ligamentos de la mortaja con olor a flores. Bajó del cajón con la agilidad que da el peligro. Las personas que quedaban cerca de la salida de la puerta roncaban. No la oyeron ni la vieron. Salió con esa inconsciencia maravillosa de la muerte. Un abrigo de piel, que olía a alcanfor, le cubrió el cuerpo. Era extraño, los objetos venían a su encuentro. No los buscaba. Desechó unas zapatillas porque tenían el nombre de Chinelas pegado en las etiquetas. El capuchón de piel cubrió su pelo felizmente. Pero estaba descalza. Había algo muy bonito en su cuerpo: sus pies. Siendo bonitos no importaba o más bien convenía que estuvieran descalzos. Bajó a la calle fascinada por sus pies. "Qué invención más maravillosa", pensó. ¡Haber muerto para saberlo!. En la calle se juntaron los curiosos. ¿Bajaban el ataúd ya?. Comprendió que la vergüenza había sido más fuerte que todo. ¿Cómo confesar que una muerta no estaba muerta, que se había escapado?.

Además resultaba peligroso en estos tiempos de asaltos demostrar que uno puede tan fácilmente no morir. Con seriedad subieron el cajón al coche fúnebre. Sintió un alivio grande. Pero algo le faltaba: esa sinfonía interior no resonaba en ella como en una caja de música. Algo le dolía y era la soledad de saberse sin música. Sintió frío, oyó cantar los pájaros, corrió. Se refugió en la estación más próxima, para no asistir a su propio entierro. Una mujer, con olor a naranja, la espantó. En su enorme sombrero de paja nueve cerezas brillaban. El tiempo se alejaba. ¿Cómo se reintegró a la vida?. Esos mecanismos nunca se comprenden. En un automóvil, poco tiempo después, oyó en la radio parte de la sinfonía, en una versión para piano compuesta por Arnoldo White. Nunca le había hablado de esa sinfonía ni se la había tarareado. Otra parte de la misma sinfonía la oyó en un concierto, un andante dilecto, interpretado por su autor, Sergio Sift, distorsionado. Entonces no supo para qué servía resucitar, ya que se parecía tanto a seguir viviendo, y para sacar alguna conclusión le vino a la memoria un párrafo de Platón: "En verdad el mundo que nos rodea no cesa de destruirnos y dividirnos y de expulsar las parcelas que se desprenden de nosotros hacia las masas de la misma especie". Y sabía que nunca recuperaría la sinfonía de anillos. Algo la llamaba. No era un llamado inquieto detrás de un cielo vacío; era una dicha indecible que parecía venir del paraíso, una dicha tan diferente a la que le inspiraba la sinfonía, como el arcángel de Mantegna haciendo resonar la trompeta es diferente al ángel dulce y grave de Bellini, vestido de escarlata, que toca el laúd. Pero se dio cuenta de que todo lo que pensaba era lo que habían pensado otras personas y que todo lo que estaba pensando era ya de los otros.

Las conversaciones

Soy la hermanita de Ángel. El día en que cumplí doce años se conocieron en una plaza, por casualidad. Ángel estaba sentado a mi lado mirando el regalo que me había hecho Rufo, mientras Aser miraba las piedritas que empujaba de vez en cuando con la punta del pie.
-La pucha que hace calor -dijo de pronto-.
-La verdad -dijo Ángel- es que no se respira.
-Tomé cuatro Cocas y tengo más sed que antes.
-Me cambié de camisa tres veces. No me vas a creer -dijo Ángel, cerrando la revista y abanicándose-.
-Si no me voy al mar, me muero.
Era el mes de febrero, el peor. Pero yo miraba embelesada la cajita de música que Rufo me regaló. Ahí se trabaron en una conversación

larguísima y se hicieron amigos como si yo no hubiera existido. Caían gatas peludas de los árboles. Una me quemó un brazo. Desde aquel día Aser y Ángel fueron inseparables. Tuve que ir a la farmacia, donde me dieron un antialérgico. Lo mismo soy para las aguas vivas. Le daba cuerda a la cajita de música de vez en cuando, para oír la musiquita triste pero alegre.
Ángel de novio con la Chola, Aser casi de novio con la Tita, estaban más o menos en la misma situación. No podían casarse porque les faltaba la guita. Se hacían confidencias. Nunca oí hablar tanto a nadie. Ángel terminaba ronco y Aser cansado después de las pláticas. A veces parecían odiarse, pero pasaba pronto la rabieta, por un paquete de cigarrillos, por un café, por cualquier cosa compartida. Es claro que el día que jugaba River, eran capaces de agarrarse a patadas, porque Aser era de Boca. Los sitios que elegían para sus pláticas eran variados, pero el preferido era el cuarto de baño.
-Yo te quiero mucho.
-Si no hubieras agregado mucho al quiero te creería.
-Sos loco. Nunca te bastan las palabras. Querés el tono, el tono melodramático, sensual.
-Quiero la expresión fiel de lo que sentís.
-Fiel no. Porque en el fondo querés un sí de desmayado, un sí susurrado, que no puedo decir porque no lo siento.
-Desconfío de vos. No me decís nunca la verdad. Acordate bien de aquel día en que te pregunté si lo conocías a Aser. Fingiste no haber nunca oído ese nombre y te reíste, se veía a la legua, sin ganas. Yo soy franquísimo con vos. Nunca podrías decir que te miento. Es claro que te quiero y que vos no me querés. Ahí está la diferencia.
-Pero no se miente sólo a las personas que uno no quiere. Además quiero creer que te quiero, estoy persuadida de que te quiero.
-Pero ¿en qué forma me querés?. Quisiera saber qué harías por ejemplo por mí si me llevaran preso, si me asaltaran, si hubiera cometido un crimen.
-Uno nunca sabe qué haría en esas circunstancias. Además, qué estúpido. Me moriría de angustia.
-¿Si quisiera a otra tipa?.
-No sé. ¿Qué querés?. ¿Que sea celosa?. No soy tan estúpida. -Estos haraganes -suspiraba mamá- me sacan canas verdes.
Era extraño lo que pasaba; a veces Ángel faltaba a una cita con la puta por no interrumpir su charla con Aser. Pero la otra se enardecía con cualquier desaire y se envenenaba de rabia. Un día había quedado en llamar a Ángel por teléfono a las cinco para que fuera a verla prontito. Él quedó charlando, echado en la cama y no contestó el teléfono.

Parecía cuestión de vida o muerte. La sinvergüenza estaba encinta. Se vino a casa la Carlota (así se llamaba) y entró en el cuarto, como un ventarrón. Llevaba un frasco en la mano con etiqueta que decía "veneno".
-Esto lo he tomado, ¿oís?. Buscame en el infierno -dijo, y salió con la misma prisa-.
Mi hermano quedó con la boca abierta pero siguió charlando.
"Qué haré, qué haré, qué haré. Está loca. No la comprendo." Y patati y patata, mientras la Carlota, por la calle, se andaba muriendo. Ángel, como una mujer, lloraba en los brazos de Aser, que trataba de calmarlo. Era arrepentidizo. Anduvieron toda la noche buscando a la Carlota por la ciudad, en las comisarías y en los hospitales, hasta que llegaron a la Morgue donde encontraron su cadáver y entonces le agarró el verdadero arrepentimiento. Tan grande era que buscó en seguida el revólver de papá y se pegó un balazo. Aser no tiene consuelo porque piensa que es culpa suya y me hace confidencias como le hacía a Ángel. Soy su papo de lágrimas. Me habla y me habla.
-¿A que no sabés por qué te quiero tanto?. -me dijo un día, echado en la cama-. Me quedé helada. -Vení acá y te lo digo -dijo señalando un sitio a su lado-.
Pensé que si mamá venía se iba a enojar conmigo, porque una chica no puede portarse como un varón. Pero mamá no estaba ese día y me eché al lado de Aser y compartí su almohada.
-¿Por qué me querés tanto?. Vamos, decí -le dije-.
Tardó un ratito en contestar. Trago como si tragara Coca Cola, se le movió la manzana de Adán (como le dicen), miró el techo, se puso muy lindo porque, aunque tenga un ojo más chico que el otro, es bárbaro de buen mozo, y contestó con una voz lejana:
-Porque te pareces al Ángel en mujer.
Algo raro sentí al oírle hablar en esa forma y me turbé tanto que no me di cuenta en el primer momento que esa voz lejana provenía de sus lágrimas. Estaba llorando. Ver llorar a un varón es como verlo mear. Le dije sin disimular mi vergüenza:
-Estás llorando.
-Sólo delante tuyo me atrevo a llorar. No te gusta verme llorar, ¿verdad?. -se secó las lágrimas-.
-No sé -le dije-. Me da no sé qué. Siento...
-¿Qué sentís?. -me tomó de la cintura con una mano y con la otra me ofreció un cigarrillo.
-Siento algo acá, en la garganta -mentí-, como un nudo.
Tomé el cigarrillo. Me lo encendió.
-Fumá -me dijo-. Así fumaba el Ángel.

Miré el humo para distraerme pero sentí que me estaba mirando no como a una persona; me miraba más bien como a un retrato. Se fue acercando poco a poco, como sin quererlo, y me abrazó. Me abrazó desesperadamente y sentí que sus lágrimas cayeron sobre mi cuello, sobre mi pelo, sobre mi pecho. Y yo no me moví porque sabía que no era a mí a quien estaba abrazando y moviéndome se hubiera suspendido el abrazo y me hubiera quedado sola como una lagartija, porque me quiere como a un retrato. En ese momento oí la puerta de calle que se abría y la voz de mamá, que subía las escaleras. Saltamos de la cama como si hubiéramos hecho una cosa fea, y mamá dijo:
-Ya están charlando en vez de limpiar el patio. ¿Por qué son así los jóvenes de esta época?. Charlar, fumar, ensuciar, desordenar. ¿Qué hace este papel plateado en el suelo?. ¿Por qué no me podan los rosales?.
Se alejó por los fondos de la casa y seguimos conversando aunque se viniera el mundo abajo, porque las palabras que decíamos eran como besos que nunca terminaban, como la aproximación de algo más perfecto, más duradero, más cercano, más sensual, sobre el borde de un abismo, el mismo abismo que deslumbró los ojos de Ángel.

Pier

Aparentaba ser igual a todos los de su estirpe. Un poco lanudo, un poco gris, un poco deshilachado, iba adquiriendo arrugas como cualquier mortal. Lo único que lo diferenciaba era que parecía cambiar de sexo, nominalmente por lo menos, y por esa aberración lo señalaban con desdén a veces. No faltaba quien preguntara ¿dónde está "Trapa"?. deliberadamente, en lugar de decir con respeto, cuando por casualidad lo nombraban, ¿donde esta el trapo?. Siempre los trapos habían sido trapos y no trapas.
Escondido debajo de un armario vivía olvidado, acurrucado, inerte. Los trapos normales en cambio estaban doblados en un estante, continuamente requeridos por sus amos, o sobre el aparador limpiando o secando algo, hasta las manos sucias, con igual provecho. Y así fue como conoció, en ese estado de ocio que lo caracterizaba, a Pier. Nadie ignoraba que sirvió para limpiarle el pis, tan despilfarrado en las primeras etapas de la vida. Tal vez fuera por un narcisismo agudo por lo que se lo llevó, al principio, a su madriguera. Pero ¿cuál llevó a cuál?. No es fácil saberlo. Tal vez Pier no se atrevió a tanto, como para llevarlo a su madriguera el primer día en que lo vio. De quién era la madriguera y quién llevo a quién, es un motivo de perplejidad. Basta decir simplemente sin sujeto quién lo bajó de su percha, lo midió, lo

olfateó, lo siguió, lo arrastró, lo reconoció, luego apoyó la cabeza y le escuchó el corazón que indudablemente latía en un lugar abultado del cuerpo. Era la hora más rosada de la tarde que ayuda a nunca olvidar un primer encuentro, que jamás se olvida cuando la emoción se adueña del organismo palpando sus medios de comunicación. Después sería tarde para el desencanto: una vez puesta en movimiento la ilusión no se detiene, avanza como en una pendiente, para llegar a la cúspide.
Llamaba, o llamaban, nadie sabe cómo llamaba o llamaban: pero bastaba una sílaba pronunciada entre los bigotes para que uno de ellos apareciera arrastrándose como un esclavo sobre el piso en busca del otro.
Nunca nadie prevé el peligro que existe en esclavizar al prójimo. Esclavizar implica la esclavitud, a la larga, del que esclaviza. Un dolor punzante acecha al que impone la esclavitud. ¿Quién arrancará a Pier de su Trapo?. ¿Quién arrancará a Trapo de su Pier?. Que alguien se atreva sólo a decirlo y temblaran las simientes del mundo. Nadie se atrevería, pues.
Un tigre nace en la garganta y en las patas para defender al esclavo que se volvió el dueño, que se volvió la novia.
¿Por qué sólo nosotros vamos a tener un Dios?. Ellos, Pier y Trapo, lo tienen: facilita su vida conyugal. Pier, acostado sobre Trapo correctamente, cumple con su deber. Nadie lo arrancará del acto que exhibe para imponer los derechos que le otorga su pasión clandestina.
¿Qué hacen las perras en la calle ladrando?. Ante todo olfatean el ineludible excremento, el homenaje del orín todo el tiempo, es interesante pero no basta. Existe el alma. Señor la conoció. Sufriría al ver en el espejo de Cornelio Agripa esa luz, esa angustia, esa inmaterial tortura que priva hasta del apetito, cuando está en las entrañas del que la padece.
¿Qué hacen las hembras soberbias que comen los mismos huesos, la misma carne?. ¿Qué hacen las piernas voluptuosas debajo de las mesas, a la hora ritual de las comidas?. ¿Qué hace la voz, el silbido, el crujir de las puertas que gimen, los asaltantes, las mandíbulas que mastican, los monumentos, los muros, los árboles mingitorios, el agua de la lluvia, bestia del jardín de noche que se ilumina de relámpagos y de truenos inexplicables?. ¿Qué hace el orín repulsivo del gato, el del perro gratificado, los detritos humanos?. Todo es interesante. Pero la inquietud corroe.
Y todo por un mero trapo, gritan las furias, pero no es un mero trapo. Ya tiene ojos, boca y corazón, lengua casi, dientes, aunque nadie los vea, porque el pudor mora en su cuerpo tan pálido. Hay cosas más preciosas que la carne y la prueba es que una mano no se come

generalmente. Una mano nunca, ni aun cuando acaricia o castiga, se come. Pero esa misma mano ¿sería comestible sin piel, cocinada?. ¿Podría Pier comer carne humana, como los salvajes?. Nunca mientras la vida exista podría gustar de esa carne espiritual como tampoco podría gustarle la del cerdo, porque le gustan alimentos raros como las mandarinas y el estiércol, el corazón a veces tan duro y el hueso interminable. Pero el hombre ha engendrado el trapo de piso, y Pier no podría comer la carne de ese hombre, aunque existan la inseminación artificial y otros artificios relacionados con la vida, que renueva las manos, y la celebración del semen. Una mano jamás se repite. Tienen todas distintas formas distintas líneas, distinto destino, distinto meñique, distinto pulgar, distintas uñas, distinta palma, distinto todo.

Abajo del armario hay una gruta que favorece el amor; la ilusión, finalmente la vida. Los privilegiados ahí moran. ¿Esconderse?. Eso no es esconderse. ¿Protegerse?. Entregarse es la palabra que indica el acto reprobado por los que no comprenden las leyes de la atracción. Muy pronto va a surgir una familia. Parir es para el trapo sumamente fácil. El vientre se ha hinchado, se van hinchando las ubres en forma de corpiño. Qué apasionado movimiento ha formado la matriz donde están acurrucados los trapitos del mismo color de la madre. Ya empieza a nacer; ya se produce, no el aborto como hubiera podido preverse en un amor ilícito, sino el alumbramiento verdadero. El primer milagro no es fácil de comprender. La vida se escapa. Las ovejas no reconocen a sus recién nacidos; los gatos tampoco y se comen a sus hijos. El enriquecimiento parece simplemente una dispersión. De una trapa hacer trapitos, más que milagros, es angustia. ¿A cuál llamar?. ¿Cómo juntarlos si se separan?. ¿Cómo prestar atención a la multiplicidad?. ¿Cómo separarlos si se amontonan?.

Del incestuoso amor ahora ningún armario es cómplice; ni tampoco la oscuridad, tan propicia para lograr la inocencia. No hay nombres para tantos hijos, no hay silbidos. El laberinto de la procreación mata. "Trapa, ini debajo del portal del jardín de invierno lo encuentro!. Ni en los escalones, ni en el desagüe. Ni a la hora en que te conocí. Rosado. Vientre que dio a luz por mi ambición. Para vivir hay que morir y para morir hay que ser otros. Por qué no seré un alacrán que se mata a sí mismo con su propio veneno cuando lo rodean de un círculo de fuego. O una hiena que se come a sí misma cuando la contrarían". Así ladraba la boca de Pier. Y hablar con palabras cuando se podría con ladridos ¿no es acaso ilícito?. Ningún trapo, ningún otro es el que busca, pero el que busca ya no es el mismo. Perdió su virginidad, su integridad, su belleza, su olor atroz.

Algo inolvidable

-Vislumbré sólo los ojos. ¿Llegaría desde el Oriente?.
-Diga algo -le supliqué-, algo inolvidable.
-¿Qué quiere decir?. No entiendo lo que quiere decir inolvidable, ni siquiera comprendo ese "diga algo".
-Para qué vino, para qué entró con ese paso de gato aterciopelado y movió apenas las llaves para abrir la puerta y se dirigió como si conociera la casa, al sitio donde estoy sentada, tejiendo como una vieja, para tranquilizarme, porque estar sola a estas horas siempre me da miedo, por algún recuerdo de infancia: pero más miedo me da usted que estar sola. Asimismo, eso de estar sola es simplemente una ilusión, porque uno nunca está solo, uno está habitado por infinitos seres y lugares. Es la primera vez que me asusta más estar con alguien que estar conmigo misma, con esta ilusión de estar sola, y esto es lo que quiero que usted comprenda. La soledad es una riqueza que el mundo ha perdido. Nadie quiere estar solo. La soledad se volvió agreste, hasta peligrosa. Antes, era el canto de los ruiseñores, era la brisa bajo los árboles; en un lecho era el coito, era el sabor de lo que iría a suceder mañana, tal vez pasado mañana, tal vez nunca. Ahora ¿quiere que le diga lo que es?. Es la bomba de agua que se ha tapado, es la corriente eléctrica que no funciona, es el teléfono que llama de parte de nadie o de un señor que podría llamarse el señor Amenazas, los pasos en las baldosas frías de un atrevido que entra a matar a alguien y se olvida que el móvil de su crimen es un robo y deja los armarios rotos, con las cerraduras violadas, que no encierran nada, y se aleja corriendo por las calles más transitadas de Buenos Aires, a la caída de una noche como ésta, cuando las señoras van al Teatro Colón porque es noche de gala y si usted, al admirarlas, siente una atracción muy particular por ellas, se entregan en sus brazos a las más deliciosas caricias, en medio del tránsito que vocifera y la sirena de la policía que intenta restablecer el más inalcanzable orden. Diga algo, inolvidable señor. Pero usted ni siquiera es un señor. Usted es un mocoso. Le conmino a decirlo y si no pudiera por razones de inercia, porque su cerebro está abotargado como sus ojos, haga algo inolvidable. No importa que lo que haga no sea hermoso. No importa que no sepa hablar, no importa que no sepa besar ni bailar ni amar ni delinquir normalmente. No importa que no sea capaz de recordar un verso o una canción. No importa que no sepa tocar un instrumento de música, ni a una mujer en algunos casos porque la considere demasiado chica, en otros demasiado grande, en otros incómodo porque sus codos son puntiagudos o su voz agria o sus pechos flotantes o su tos trágica. Diga algo inolvidable o haga algo

inolvidable. Lo repito porque usted parece no escuchar. Si me obedece, quedará su imagen impresa para la eternidad en un papel, no diría de la mejor calidad, pero tan difundida que llegaría hasta Chivilcoy, hasta el Valle de la Luna, a Misiones, al norte de España, al sur de Francia, a Japón, a África, no puedo detallar el nombre de cada sitio porque soy ignorante en materia de geografía, pero hasta los polos están incluidos en esta lista exclusivamente dedicada a despertar su curiosidad. Usted quiere perdurar no en hijos ni dominios terrenales, usted quiere perdurar en la historia del mundo, como los helechos. No quiere ser una mera figura televisada, una mera voz que se eleva entre las otras en vano. Dígame algo inolvidable. Haga algo que pueda pertenecer a la eternidad, a la permanencia, Si es que la eternidad es permanente. ¿Para qué entró en esta casa?. Píenselo bien y dígamelo. No se arrepentirá. Usted quiso matar a alguien. ¿Tenía un propósito? .¿Sabía que me encontraría acá?.
-No sabría decirlo. Algo me impulsó. Fue el odio, tal vez.
-¿A qué?.
-A todo.
-¿Y ahora?
-Ahora no sé muy bien en qué berenjenal me he metido.
-¿Tiene miedo?.
-Más que miedo, desconcierto; más que desconcierto, curiosidad. ¿Quería matarme?.
-Al verla tejiendo hubiera sido fácil. Nada más indefenso que una mujer tejiendo. No mira nada, ni lo que está tejiendo; no siente nada más que el ovillo de lana.
-No es de lana el mío, es de seda. Soy tejedora, aunque no teja con aguja ni seda. Vendo mis tejidos. Cuanto menos valen, mejor me los pagan. ¿Sabe lo que yo hago, en qué paso mi tiempo?. En qué no gano mi vida. En escribir. Ya nadie lee.
-¿Para quién escribe entonces, para los fantasmas?.
-Para los que leerán. La censura ha prohibido escribir obras de ficción. Yo me rebelé al principio. Ahora estoy de acuerdo. Nada he detestado más que la censura, porque la censura es criminal cuando los que censuran no tienen inteligencia ni discernimiento. Ahora estoy de acuerdo porque estoy de acuerdo con cualquier disparate, ya que todo esta fuera de su sitio. Uno no protesta más, uno se resigna. La falta de lectores crece junto con los que no escriben sino disparates y protestan por el tedio que proporcionan estos nuevos libros inspirados sólo en la realidad. Alguna vez esperé que alguien me sacara del abismo de inercia en que había caído. Al demostrar que la realidad puede ser fantástica, desperté el odio de los que se habían dedicado a las obras

de ficción. Revéleme esta nueva realidad. Sálveme, ya que no vino más tarde.
Se arrodilló a mis pies.
-Se la revelaré -me dijo-. Pero no podré ver los resultados. Míreme. ¿Ve amor en mis ojos?. Podría matarme a mí mismo sin arma, sin veneno, sin una soga, sin gas para probarle que la amo. Nunca pronuncié el verbo amar, siempre usé el querer, ¿no me cree?.
-No le creo -contesté casi arrepentida-.
Se acostó en el suelo, retuvo su respiración hasta el último suspiro.
Ahora soy víctima de un crimen que no he cometido. Pronto estará mi libro en todas las librerías.

Y así sucesivamente

Amar a alguien no es bastante y tal vez por previsión, para no perder nunca lo amado, se aprende a amar todo aquello que lo rodea cuando se está con él. La bufanda que tenía puesta, la camisa, el pañuelo, la almohada donde se reclinan las cabezas, con sus vainillas falsas, la flor deshojada o un pimpollo en un vaso, la cortina de la ventana siempre entreabierta, el tapiz debajo de los pies desnudos, un cuarto de baño, un espejo que hay que tirar porque está roto y nunca se tira, en la calle una casa donde nos detuvimos y oímos para siempre los acordes de un piano, o un perro perdido que recogimos, o el jardincito abandonado con una estatua de estuco que representa a Baco, o una sirena maltrecha que no arroja agua sino barro de su boquita de serpiente, o el cielo que nunca es el mismo bosque de edificios y caras indescifrables. Todo este mundo es el pilar de nuestra fidelidad, porque nunca se halla otra paralela sin todas estas visiones que enumero y que son los símbolos del amor que nos esclaviza. Y si uno va en busca de un mundo sin recuerdos para olvidar, no existe una venda para nuestros ojos ni tapones para los oídos. Nuestra piel alerta está cubierta de ojos, aunque se piense que tenemos sólo dos ojos; y de orejas, aunque se piense que tenemos sólo dos orejas; y de lugares clave de nuestro cuerpo que comunican con la más inconfesable espiritualidad del sexo, como la palma de la mano en la mujer, y el reverso del codo, o el pabellón vulnerable de la oreja y la curva del pie en el varón.
Si uno va en busca de un mundo sin recuerdos, casi siempre va desahuciado, a la nieve, a las cumbres nevadas, pero a veces inalcanzables, donde oiremos un ruiseñor que anuncia la primavera en sueños, o los cascabeles de un trineo, la dicha. Entonces se busca y se llega por varios subterfugios al mar, a la orilla del mar porque la arena es el lugar de los sacrificios y de las diversiones más sutiles. En la costa

entre los tamarindos, ¡Dios no quiera que alojen algún recuerdo en su fragancia ni en su forma, las pobres plantas marinas, que sirven para colgar la ropa, para ofrecer sombra al agua que moja el pelo, los ojos, los pies, las rodillas arrodilladas, rezando para no sentir la forma del agua donde tiembla la forma que queremos olvidar!. Después, en busca de la arena caliente, cerrar los ojos, echarse dejando un reguero de gotas que marcan el retrato de las nubes sobre la playa; es un hábito liviano en el aire sin perspectiva. Ahí no sobreviene el sueño porque la arena abrasa como un ser que reclama una inmediata retribución. Entonces se arrodilla el que quiere dormir a gritos y junta la arena con sus dos manos para formar algo que no sabe lo que es; queriendo formar el absoluto olvido con algo desconocido. Acaricia y forma la arena con arte culinario, aprendido en la infancia, hablando con alguien que está a su lado más indiferente que las rocas, pero menos atrayente. Y sigue modelando la arena que termina en una boca misteriosa que comunica los túneles iniciales del volcán.

El sol declina. El mar se aquieta, pero cuanto más quieto está con más ímpetu sube y más frío se vuelve. "¿Adónde estás, olvido?. ¿Dónde estará tu forma para evadir las mías?. ¿Dónde estarás para que nada se parezca a nada?. ¿Cómo serás Eumenide que esculpió la arena?".

Nada respondió, ni siquiera la arena, que abrió sus labios cuando llegó el agua a besarla. Bajaba el sol hasta iluminar oblicuamente las olas y las algas, en cada una de sus curvas. Algo se movía con ardor humano. ¿Por qué humano?. Si lo que busca es lo inhumano. La playa quedó desierta. Dos chicos pasaron y se detuvieron a mirar ese montón de arena idéntico a una montaña cuando se siente el alma del tamaño de las moscas. Parecía que no lo veían. Uno se arrodilló y buscó algo en su bolsillo.

-¿No habrá papeles?. -interrogó mirando por todas partes-. Un pedacito de papel.

Entre los tamarindos dos papeles enganchados en las ramas temblaban. El chico más grande los arrancó; arrugando el papel hizo una pelota blanda y la metió con maestría en el agujero que perforaba la montaña. De su bolsillo sacó una caja de fósforos y se echó al suelo para encender el papel, con varios fósforos. El humo tardó en salir de adentro del agujero. Ese olor a fogata mezclado al mar conmueve, alejado del pretendido olvido. Preguntó al chico:

-¿Qué estás haciendo?.

El chico no contestó ni miró.

"¿Cómo se hace para saber si uno está soñando cuando todo parece tan real?". preguntó. "Despertar", se contestó a sí mismo. "¿Y cómo sabré, cuando despierte, que estoy realmente despierto?". Y así

sucesivamente. Hablarse a uno mismo es el último subterfugio. El humo dibujaba algo. Se tapó los ojos para no ver lo que dibujaba, como se tapa los ojos ahora para no ver lo que ha escrito. La concupiscencia del hombre es infinita. Por nada puede abandonar su apetito de ser lo que no quiere o quiere ser. Pero si en la playa escribe un nombre sobre la arena, si en la playa modela una estatua o un volcán, no puede desprenderse de ellos y carga con ellos. Arrogante arena, icuántos edificios labraste como si los últimos fueran los primeros y los primeros los últimos!. ¡Cuántas máscaras inventaste!. No es posible borrarlas ni con palas y rastrillos, en la orilla del mar.
El tedio vence a los más tristes, y éste, que era el más triste de los tristes, corriendo se acercó al mar sin propósito alguno definido, ni siquiera el de dar una zambullida en el agua, que adquiría colores opalinos. Había dejado su ropa colgada de las ramas de los tamarindos, pero tenía calzadas las sandalias y alrededor del cuello la toalla con una cabeza de tigre. Al caminar, con el viento, la mandíbula del tigre se movía como si mordiera algo. Ignorando la impresión extraña que producía, recorría la playa con fruición. Era la hora de la creciente. De vez en cuando las olas traían unas maderas, otras veces unos cachalotes, cuyas formas misteriosas llaman la atención, como augurios de tormenta. Ya no se veía más el promontorio de arena que figuraba un volcán, ni los chicos que lo habían encendido, ni los tamarindos; pero por qué preocuparse de las huellas perdidas cuando lo que realmente se busca es perderlas; perder lo que labra la identidad. Penetraba en el agua como los pájaros acuáticos, siguiendo la línea del volado de agua, que trazaban las olas. De pronto vio lo que no podía creer que fuera cierto: un cuerpo semiacostado en la arena donde se deshacía la última curva de la última ola. Ahí, sumergido hasta la cintura en el agua cuando avanzaban las olas, se veía la parte del torso con el pelo suelto, que podía ser un montón de algas. Este arcano ser que no participa de ningún acercamiento humano causa pavor cuando no es un animal y esto era sin lugar a dudas un animal. ¿Por qué y de dónde provenía esta seguridad de que no fuera un animal algo tan parecido a un animal?. Recordaba que en su infancia había preguntado a su madre dónde podía encontrar una sirena. La madre le había contestado: "Las sirenas no existen, mi hijito. Existen en fábulas, en cuentos, en poesías, pero en la realidad no existen” El niño había contestado: "Yo sé que existen”. "¿Y cómo puedes saberlo?", preguntó la madre. Porque están en el diccionario". A esta contestación no encontró replica. El niño sacó de la biblioteca una enorme enciclopedia que llevaba la imagen grabada de una sirena. Así era la forma que estaba extendida sobre la arena. Acercarse parecía una imprudencia,

porque el temor a las formas desconocidas es avasallador. Acercándose con una timidez que le dio valor, se arrodilló junto a esta o este desconocido.
-Hola, ¿quién es usted?.
No poder pronunciar una palabra es muy triste para alguien que se interesa por alguien.
-¿No tiene frío?. Ya se puso el sol.
Un sacudimiento de cabeza reemplazó las palabras, pero ya se entendían.
Tenía dos ojos, uno azul y el otro verde. Ésta era la única diferencia entre este ser y los que frecuentaba habitualmente. En cuanto al brillo de su pelo ensortijado, se debía tal vez a la luz que manaba de la puesta del sol; no estaba el pelo ni trenzado ni recogido ni totalmente suelto. Susurró:
-Qué lindo pelo. ¿No lo va a estropear el agua del mar?.
En lugar de contestar, se le agrandaron los ojos.
Le tendió la mano para que se levantara. El ademán fue recibido sin ninguna cordialidad.
-¿Le traigo la toalla?.
Miró para todos lados buscando su toalla, pero no había toalla, ni siquiera vio las huellas de sus pies.
¿Cómo hará ahora para olvidarla?. Estos ojos que está viendo, uno azul y otro verde, nunca se olvidan. ¿Dónde tendrá que huir para olvidarlos?. ¿Dónde para oír este silencio?. Pero habló.
-¿Y mi pelo? -dijo ella-. ¿No le gustaba mi pelo?.
-Me encanta su pelo y me encantan sus ojos.
-¿Nada más?.
-Por ahora es lo que más me ocupa, porque es lo que más conozco. Después veremos.
-¿Veremos?.
De sus ojos salió una luz parecida al fuego del volcán.
-¿Por qué se enoja?. Un ser sobrenatural no se enoja. No sé lo que haré para olvidar sus ojos, esta playa, este cielo. ¿Qué me ha sucedido?. ¿El resto de mi vida ya no cuenta?. ¡Volveré a verte!. No viviré hasta ese momento. ¿Me comprendes?.
-Ya veremos -dijo ella, y sin levantarse dio una zambullida y desapareció en el fondo del mar-.
Aquella noche no hubo sueño alguno para él. Toda la noche se preguntó si aquella frase "Ya veremos". sería una agresión o una invitación. Debajo de los tamarindos durmió y asistió a la salida del sol mirando el punto fijo donde la vio desaparecer. Pasó el día esperando que llegara la hora, que era para él la concertación de otra cita.

Entró en una confitería que quedaba sobre la escollera. Se sentó frente a una mesa. Vio que los mosaicos del piso eran azules y verdes. Ya no había modo de olvidar el color de esos ojos. Pidió una bebida. El vaso en que se la sirvieron era verde, pero a la altura del líquido el vidrio se volvía verde azulado. Advirtió que en el centro de la mesa había un ramito de centáureas. ¿Por qué recordaría aquel nombre sugestivo?. ¿Su madre se lo habría dicho?. ¿Un catálogo ilustrado se lo reveló?. Los estambres de esa flor le parecieron pestañas azules. Perseguido por aquellos colores llegó a la playa con la sensación de haber dado la vuelta al mundo corriendo. No era afecto al aerobismo, pero los que lo veían pasar creían que lo ejercitaba para competir en algún certamen. Tímidamente aminoró la marcha al sentirse admirado.
Después que pasó ese largo día, ella llegó. El diálogo que tuvieron fue tan parecido al anterior que ni vale la pena repetirlo, pero el amor crecía, y el fulgor azul y verde de los ojos se había apoderado de él.
Contempló el mundo que lo rodeaba. Se inundó de sal, de yodo, de amor; estudió la costa, los líquenes, las algas, la escollera, las rocas. Oyó el grito inolvidable de las gaviotas. Se compró una cámara fotográfica. Retrató a su amada. Conservó el retrato. Se sintió amado, ineludiblemente fiel. Durmió con ella en el agua. No es tan difícil. Ni siquiera imposible, declaró el enamorado. ¿Y ella?. Que alguien del fondo del mar conteste.

El Destino

El Destino era una de las panaderías más limpias y ordenadas del barrio. Mejor hubiera sido no conocerla nunca.
Esa mañana que fue el comienzo de mi desventura, fui como siempre a comprar pan con la canastita que me regaló Ada para las compras. Me detuve en el mostrador hasta que vino Roque para atenderme con la cara empolvada de harina, con el guardapolvo almidonado, buen mozo como siempre. Yo tenía el pañuelo celeste con enanitos anudado a la cola de mi pelo. En ese momento llegó Silvio y, sin mirarme, ordenó a Roque:
-Dame un pan casero, tres sacramentos. -Sobre el taco del pie izquierdo giró, se acomodó al mostrador y me clavó los ojos. -Somos compañeros de siempre, yo y Roque. A vos, a veces, siempre, te veo aquí. ¿Cómo te llamás?.
Me hice la tonta, miré para otro lado, como si creyera que no me dirigía esa frase.

-¿El gato te comió la lengua?.
Me trataba como a una nena.
El tal Silvio, que no es mi tipo, abrió el paquete que acababa de hacer Roque, con sus manos grandotas de mono.
-La verdad -dijo- que me muero de hambre.
Se comió al hilo los tres sacramentos y pidió otros tres. Roque acarició un rato el pan casero antes de envolverlo. ¿Quién tiene esa delicadeza de envolver pan sin que se lo pidan, máxime cuando acaban de deshacerle un paquete?. Roque me miraba con esos ojos que me dan calambres, fijos como dos cuentas azules. Encendió un cigarrillo y me lo ofreció. Dije:
-No fumo, gracias.
Siempre fue mi "Teste" desde que tenemos nueve años, y siempre me emocionó porque es, digámoslo francamente, buen mozo.
-Conozco un sitio ideal -dijo Roque-.
Pensé que me hablaba a mí y lo miré asombrada.
-No es a vos que te hablo -dijo-, es a Silvio.
"La pucha que soy tonta", pensé. "La pucha". dice siempre mi mamá cuando no quiere decir puta.
-¿Ideal para qué? -preguntó Silvio. -¿No te acordás?.
-Palabra que no me acuerdo.
-Delante de la piba no se si podré decírtelo.
-Si las pibas nacen sabiendo. Pero ahora me acuerdo. -Esta vez va en serio.
-Cómo son, dale.
-Una es más divina que tu hermana. Te la cedo.
-Podremos entrecambiarlas. Cuando yo tenga una, vos la otra. ¿Cómo es?. Vamos.
-Alta, un poquito rubia, no mucho, no vas a creer, con ojos azules como los míos, una vocecita de paloma. Parecería que arrulla.
-No me gusta -protestó Silvio.
-Entonces la otra, que es todo lo contrario, tiene que gustarte: pelo negro, estatura mediana, una piel que parece de terciopelo, unos bucles que le rodean la cabeza como un gorro, ni más ni menos. Cuando los suelta parece una leona, y limpia hasta decir basta.
-¿Cómo se llama?.
-¿Qué puede importarte?.
-Me importa. Si se llama Josefa, la estrangulo a la primera vuelta; Joaquina, la mato a patadas. Las conozco a esas tipas.
Empecé a darme cuenta de que hablaban de "mujeres de la vida", como las llama mi tía. Me fui escondiendo en la sombra del mostrador.
Sentí un golpe en el corazón y después como si lo estrujaran del mismo

modo que a una esponja.
-Sos loco vos -dijo Roque-, ¿qué tienen que ver los nombres?. A ésta la llaman Preciosa, pero su nombre es Albina Montemayor. Parece una estatuita. Se hace la nena, para ser más puerca.
-Hay gustos para todo. ¿Y el sitio?.
-Es un baldío. Lo vi ayer. Bastante limpio. Hay pasto y un muro donde recostarse. Ningún foco de luz; el más próximo está a una cuadra.
-¿No hay porquerías, papeles sucios?. Porque mirá que si me ensucio los zapatos, te mato. Ni Dios le quita mierda de perro o de hombre a un zapato.
Yo, que no puedo oír decir cara de culo a nadie, aunque me gustara decirlo, tuve que oír esa palabrota.
-No tengas miedo. Soy bastante delicado para esas cosas -contestó Roque-. Sin ir más lejos, los otros días, plaf, metí el pie en una porquería de color café; era dulce de leche, pero igual me dio asco. Eran mis mejores zapatos. Traté de limpiarlos con una hoja, pero se les había metido dulce en esos agujeritos por donde pasa el hilo de la costura. Imposible limpiarlos. Hasta probé con un cepillo de dientes. No me los puse más. Los vendí, quieras o no quieras creerlo. Eran de charol, nuevitos. Soy así. Qué querés.
-¿Para cuándo es la cita? -preguntó Silvio-.
-Esta noche a las ocho, cuando cierro el negocio. Puedo demorarme un poco, pero es mejor que nos esperen, que esperarlas nosotros.
-Bueno, vendré a buscarte, Roque. Sos piola. ¿Como las descubriste?.
-Y bueno, buscando con paciencia. No te olvides que estoy emparentado con cada una. La gringa es muy servicial: cualquier cosa que le pidas, ella cumple, para sacar algún provecho, naturalmente. Pobre Rocha, si supiera que la mujer anda en eso, qué chasco.
Silvio palmeó el hombro de Roque y se fue. Roque lo retuvo en la puerta y lo llevó de nuevo al interior de la casa, frente a un espejo redondo donde se detuvo y lo miró. Yo pensé que me había vuelto sombra, pues ninguno de los dos me veía ni me olía (uso un perfume muy fino), ni me oía respirar.
-¿Te parece que me corte el pelo?. -preguntó Roque.
-Estás chiflado.
-Pero mirame bien la nuca; mirás para otro lado, pensando Dios sabe qué.
-No sé. Preguntale a las chicas: no es a mí que debes preguntar.
-¿Pero estos rulos me los hago cortar?.
-Vamos. Está bien. En el tiempo de María Antonieta se usaba largo y con rulos. ¿No viste en el cine?. Y hasta Cristo lo usó, pero lacio, porque en la iglesia está así retratado. Pensar en eso todo el tiempo, parece

cosa de loco. ¿Qué querés que te diga?. ¿Vas a trabajar en el cine?.
En ese momento tuve que esconderme, pero a la hora convenida entraría a la panadería de nuevo, como una sombra, resuelta a seguirlos para saber qué haría Roque con la porquería de tipa que más le gustara. De mi conducta ya no respondía, porque la pasión y el odio podían cegarme. Y chau la paz cuando me enojo.
Nunca pasé una tarde tan larga, devanando una madeja de lana colorada, para tejer una bufanda que había pensado regalar a Roque. Cualquier día se la iba a regalar al sinvergüenza. Sin embargo, me parecía de mal agüero seguir tejiendo lana de ese color. A las ocho de la noche, la oscuridad era casi total en el barrio, porque los chicos habían apedreado los faroles. Nadie me vio entrar en la panadería: No soy curiosa, pero, cuando algo me interesa, soy capaz de matar para averiguar lo que quiero; soy capaz hasta de volverme invisible, que era lo que había conseguido ya: invisible y silenciosa, contemplando las últimas medialunas.
Roque estaba bien vestido, bien peinado, con una bufanda de lana, aunque hacía calor. Me había dicho que sudar tanto, cuando amasaba el pan y lo echaba al horno, le daba después frío. Silvio llegó y su vestimenta no era muy elegante, aunque de feo no tiene nada. Traía un pantalón gris de pana, bastante arrugado.
Fueron caminando hasta el baldío, hablando de mujeres. No valía la pena esconderme en los zaguanes: no veían. La noche estaba oscura. Fumaban un cigarrillo tras otro. Les oía la voz. No se me escapaba una palabra:
-Parecemos luciérnagas -dijo Roque-. ¿Sabés por qué?. Las luciérnagas andan con luz, cuando buscan una mina; cuando la encuentran se apagan.
-¿Quién te contó esas macanas?.
-Marna. Me cazó una luciérnaga, que guardó cinco minutos en la mano, como en una jaulita, y ese día me contó la historia. No usó la palabra minas, dijo novia. Me gustó tanto que no la olvidé.
Encendieron ocho cigarrillos antes de llegar al baldío. Los conté.
-Estarán ya esperando -dijo Silvio, consultando el reloj; relinchó, no se río-.
-Seguramente -dijo Roque-. Las mujeres son puntuales. La Lila siempre llega a la hora. Es más aburrida que un vaso de agua tibia.
Yo soy Lila, pensé (como si hubiera sido otra persona), y no acepté que me considerara aburrida. Era una injusticia. Siempre tengo una risa en la garganta.
Llegaron al baldío; me escondí detrás de una tapia y perdí un poco de la conversación. Por suerte el lugar estaba limpio, de otro modo Roque no

lo hubiera elegido. Miré a mi alrededor, nadie. Ideal para la cita.
-Qué bien vinieron -le gritó de pronto Silvio a Roque-.
-Esperate, viejo.
-No estoy para esperar; los haraganes siempre esperan. -De todos modos no te hubiera gustado.
-¿Qué decís?.
-¿No dijiste, si se llama Josefa la estrangulo; Joaquina, la mato a patadas?..
-¿Entonces me engañaste?. ¿No conseguiste a ninguna?.
-¿No te das cuenta?. Qué piola sos.
Su voz bruscamente dulce me llamó la atención. Era como oírlo vender pan al final de la tarde, cuando ya no quedan ni miñones ni flautas.
-Me has engañado. No habías arreglado nada con las tipas -gritaba el bruto de Silvio-. Sos una porquería.
-Apaguemos los cigarrillos, como las luciérnagas –contestó Roque, y se le acercó con su amabilidad de siempre-.
-Te voy a dar luciérnagas.
Parecían dos perros que había visto el día anterior en la esquina, uno todo negro, el otro rubio.
De pronto Silvio sacó el cuchillo que llevaba siempre en el cinto. Ciego de rabia, amenazó.
Tardé en comprender, se le acercó de atrás. Roque se volvió bruscamente, como para recibir con más ímpetu la cuchillada. Debía de ser el asombro que así lo desfiguró. No era broma lo que parecía broma. Silvio clavó el cuchillo. Cerré los ojos y vi todo a través de mis párpados. Cuando los abrí, y no tardé mucho, vi a Roque tendido en el suelo como un trapo, con hebras que le colgaban del color de la lana de mi bufanda. Silvio, como un maniquí de la tienda Los Miraflores, clavado en la tierra.
Dios mío, si lo hubiera visto en el cine, las manos me hubieran sudado de miedo. Se me helaron, se me pusieron blancas cuando quise recoger del suelo mi pañuelito con los enanos que se me había soltado. Y era en la oscuridad desde donde vi todo eso, como si cada cuerpo tuviera su luz interior, como el Niño Jesús que me regalaron para Navidad, que alumbra mi cuarto, de noche.
Corrí a casa y me metí en la cama, a llorar. No miré los diarios del día siguiente, ni oí la radio, ni vi la televisión. Yo era un vaso de agua tibia para Roque.
Emprendí mi vida de siempre. Fui a confesarme y el cura no me oyó. Me cerró la portezuela del confesionario, sin atenderme. En la mercería, cuando fui a comprar alfileres, la vendedora se retiró después de mirarme, como si fuera de vidrio.

En una revista, poco tiempo después, apareció la noticia en grandes títulos: "Un panadero asesinado en un baldío". Silvio, fotografiado, confiesa su crimen: "Soy un asesino, y por encima de todo, después de haber matado a un perro, salgo en los diarios como un amoral, por defender la moral. Eso es la justicia. A veces en la cárcel me ofrecen pan, guiñándome un ojo. ¿Pero quién come el pan?. El desgraciado que me lo ofrece".
En la primera página, la foto de Roque, muy sereno, parecía dedicarme su mirada, como a una persona y no como a un vidrio. A Roque le hubiera gustado verse fotografiado en ese papel brillante.
Si pudiera matar, como puedo besar en fotografías, mataría a Silvio, pensé. Alguien sacó de mis manos, como de una mesa, la revista.

Memorias secretas de una muñeca

Hace mucho que la vida me trata como a una muñeca la trata una niña, sin atenciones que no sean pasatiempos. Soy como soy, sin pretensiones, ni siquiera para conseguir algo que sería importante dentro de mi celda, pues vivo como en una celda donde nadie puede entrar, salvo yo misma con mis innumerables exigencias, a veces imposibles, otras tan posibles que parecen a veces de niña. Mi vida transcurre como la vida de una monja, sin que las privaciones me duelan o me den tristeza; esto no significa que soy indiferente a las bellezas del amor o de la dulce amistad. Quisiera ser clara para contar mi vida y la sensibilidad de mi corazón. Muchos creen que soy un ser aparte de todos los que viven en este mundo tan desprestigiado. Espero que sepan interpretarme de modo racional y despojado de coquetería. La soledad me vuelve totalmente sincera y lo que escribo se vuelve totalmente increíble para gente que vive en una sociedad hermética. Soy independiente y libre de pensar y sentir como siento, sin la menor vergüenza. Un día, tal vez, salga de mi secreto, feliz de imaginar otros mundos más decorativos y audaces, que asombran a cualquiera, con la profundidad de mi confianza. Soy lo que quiero ser para la eternidad imperturbable. Nada me pertenece de esta casa. Quiero describir su geometría: un hall enorme de forma hexagonal une los cuartos. Un pasillo penetra en cada habitación. Tengo un altar con santos, una cocinita con ollas, cucharas, cuchillos y tenedores. Vivo en un mundo en que el agua se apoderó de la tierra. Hace una semana que llueve sin cesar y estos lugares de la ciudad se anegaron totalmente. La electricidad no funciona, no hay agua potable en las casas, sólo se ve en la inundación agua podrida. Algo me alegra porque de este modo nadie me baña. No funcionan los teléfonos, no funciona el

gas en las cocinas. "Hay que resignarse", dice una viejita que se alegra, pues para ella la resignación es su única esperanza. ¿Resignarse?. ¿Qué significará esa palabra?. La he oído en algún sueño en que nadie encuentra lo que busca ni se entristece porque no lo encuentra. Yo pienso que se parece a la esperanza, aunque dicha en distinto tono de voz podría parecerse mucho a esa capitalización tan extraña de los hombres de mi infancia. ¿Habré sido chica alguna vez?. No tengo vestiditos chicos, ni zapatitos, ni sombreritos que prueben que he sido chica, ni juegos de muebles diminutos, ni carritos. No, no he sido chica, o no puedo recordar cuando lo fui. Mi juego es la computadora. Sin embargo cuando yo era chica, tan chica que nadie me veía, ni siquiera me miraban ni alababan mi pelo rubio lacio, ni mi peinado, ni mi vestido ni mi modo de hablar, yo asistí a una inundación. Dormí sobre el agua como sobre un colchón muy suave y líquido, que podía beber; veía las casas sumergidas en el agua, levantaba los pies, para que respiraran, y la cabeza, y alguien gritó en la calle: "Es un ángel. Miren el ángel". Una persona a la que no puedo nombrar, porque he sabido que la gente es perversa y podría interpretar mal mis palabras, me salvó del agua donde floté durante unas horas. Era cerca de Olivos, en el bajo, donde había sauces y hortensias azules. La persona que me salvó me llevó en sus brazos hasta su casa sin averiguar quién era mi dueña o mi dueño, porque una muñeca es como un perro que pertenece a alguien muy seriamente. Me llevó a su casa que quedaba en las barrancas, desde donde se veía el río. Corrió al baño de la casa en busca de toalla y servilletas; me secó los pies con una toalla celeste y el pelo con una servilleta blanca llena de bordados. Me quitó el vestido, creo que lo planchó y me lo volvió a poner, con íntimo cuidado. En sus brazos oí su voz diciéndome: "Bárbara, te llamas Bárbara, no lo olvides, y serás mía."

Pasaron dos o tres días sin que nada nos perturbara. Ella me conocía, yo la conocía. "Me llamo Bárbara", le dije un día, "pero vos ¿cómo te llamás?". "Me llamo Andrómaca", me dijo reteniendo su respiración; "un nombre tal vez raro, pero es mío desde que me bautizaron y espero que siga siendo raro hasta que me muera". "Tú nunca morirás", le contesté. "Antes moriré yo". Y así fue como esperamos un día de primavera para cortar flores y distribuirlas en los floreros de la casa. Jazmines, hortensias, crisantemos, corona de novia; los nombres no nos faltaban y así me enseñó a conocer las flores y los perfumes y los colores. Se sentó en una silla y me dijo: "Voy a colmarte de caramelos y de vestidos y de juguetes, pero no lo digas a nadie, a nadie". Entonces me besó y puso su lengua en mi boca. Parecía una frutilla recién cortada. "Dormirás conmigo en mi cama, ¿me comprendes?. No

te hagas la bebita ni cierres los ojos cuando te hablo."
El primer día dormimos la siesta juntas. Era extraño despertar en esa casa tan diferente, en un mundo lleno de personas desconocidas y de extraños pájaros en las jaulas doradas. "Espero que me quieras como yo te quiero o te mataré". Cerró los ojos al decir estas palabras y yo abrí los míos. "No te asustes, nunca te mataré porque soy razonable. Mírame bien en el fondo de mis ojos". La miré y ella me miró. Pero la felicidad no puede durar. Los relámpagos y los truenos llenaron el cielo. Algo sucedió ese día de tormenta. Había vuelto el mal tiempo. Era la hora de la siesta. En su cuarto como en un sueño descubrí una muñeca distinta a todas; estaba vestida de sultana, se movía, cerraba los ojos, gritaba. Estaba en la casa de Andrómaca. Era tan linda que no me atreví a mirarla y le di un beso como el que me dio a mí. Pero Andrómaca la tomó en sus brazos y la acunó hasta que se durmió totalmente. "¿Sabes lo que Andrómaca significa?. Felicidad en el matrimonio", exclamó. Yo protesté: "Pero no sos casada". "Me voy a casar ahora mismo". "Pero no es posible" dije. "Es tan posible que aquí esta el anillo". Se oscureció el día y caí desmayada. Nunca volví a revivir porque el cuarto desapareció.
El que me lea pensará que miento y que Andrómaca nunca existió. Estas palabras están dentro de mi cuerpo. "Ábranme si se atreven. Tal vez hoy, tal vez mañana, tal vez nunca me tiraré de esta ventana". Se acercó a la ventana, la abrió y miro a su alrededor. "Mírenme", dijo. Dio un salto y cayó por el aire. Se disolvió como un terrón de azúcar. Sólo quedó el azul de sus ojos perdidos en la extraordinaria soledad de los celos.
Pero aquí no terminó mi vida. La vida sigue ya sin cuerpo y se interna entre las plantas aspirando los perfumes de cada flor. La vida sigue con sus curiosidades. Se vuelve detective. Entro de nuevo en la casa de Andrómaca de noche. Entré en su cuarto. Abrazada a la muñeca que no era una odalisca, era una sultana. Las dos dormían. Un dúo de ronquidos llamó mi atención antes de que cantaran los zorzales; tenía que oírlo, tenía que desencantarme totalmente para poder olvidar mi tristeza. En medio de los relámpagos que las iluminaban, me tiré al suelo para mirarlas mejor y con el último relámpago que cayó sobre la casa, grité con un grito sordo. Me pareció salir del fondo de la tierra cuando quedamos fulminadas las tres, yo sin cuerpo, ellas con sus cuerpos llenos de esperanzas, sin futuro, sin cielo ni infierno, para la eternidad de mi conciencia.

En el bosque de los helechos

En el bosque infinito de los helechos, donde acampaban los gladiadores, sin aclaración de tiempo ni de lugar, me perdí un día, hace tantos siglos que no puedo rememorar ni la hora, ni el color del cielo, ni la temperatura del aire. Yo tendría once años, no puedo imaginar otra edad. ¿Cómo llegué a esos sitios del mundo?. Nunca lo sabré. Tengo recuerdos de una madre que me quería mucho y que no me descuidaba; de un padre que me miraba apenas. ¿Cómo llegué a ese bosque extraño, tan lejos del lugar de mi nacimiento?. Tal vez me enamoré de un gladiador, que después de violarme bruscamente, me regaló un caramelo. No había caramelos en esas épocas pero, por costumbre, llamo caramelos a todo lo dulce y pegajoso que hay en la naturaleza: un higo bien maduro, rojo como el corazón abierto de una niña. El gladiador no me amaba ni traté de seducirlo, pero no me separé más de su lado y durante unos momentos, con dificultad, lo tomaba de la mano izquierda, tan áspera, que yo gritaba de dolor.
-¿Por qué gritas? –preguntó-.
-Porque me duele.
-La próxima vez te dolerá mucho más.
-No quiero -protestó la niña-.
-Ya verás -le dijo el gladiador-, te hará doler más. No tendrás ganas de reír ni de llorar ni de dormir, me pedirás que me quede contigo.
Y con estas palabras se dormía, hasta que un día tuvo miedo y se fue corriendo al bosque de los helechos para rezar y comer raíces, que eran su único alimento.
Esta niña se llamaba Agnus; nunca se sabrá por qué. Sólo lo supe después, no por el lecho que siempre buscaba para dormir, sino por los helechos del bosque que siempre la seducían con sus blandas plumas verdes, tan altas que nunca las alcanzaba y que brillaban en el cielo.
Un día, entrada la noche, Agnus se acostó en unas preciosas rocas que mantenían intactas las voces de las personas que por ahí habían pasado. Algunas voces cantaban, otras susurraban, otras utilizaban los plumeritos de los helechos para hablar con una voz tan clara que Agnus se quedaba las horas y las horas escuchándolas con amor. Para oírlas bien tenía que pegar su oreja a la tierra. Fue entonces cuando la revelación se produjo: alguien la llamaba con la voz del gladiador. Era una voz perfecta, repleta de dulzura, que nunca tuvo para ella. Se incorporó para oírla mejor.
-Estoy acá, en el bosque de los helechos Estos helechos son más altos que los árboles más altos de toda la creación. Te busco, mi amada, han pasado dos mil años de mi muerte. Yo había nacido para morir en este bosque; donde te encontré por fin. Dos mil años no arrugaron mi cara. Once años de mi vida son los tuyos. Escúchame. Nadie me escucha,

salvo el viento atroz del invierno y la blancura de la nieve, para recordar la piel de tu mejilla divina donde apenas una rosa dejó un día su color. Soy el alma del silencio. De todos los países me quisieron echar. No quieren a gladiadores y yo te pregunto a ti que me has abandonado ¿qué hago...?. Si has desaparecido, ayúdame; contéstame, voz adorable del helecho: moriré contigo si lo aceptas. Ahora, tan envejecido estoy que no me reconocerás. Sólo si me arrodillo a tus pies, como antaño. Porque te amo ni mi cuerpo ni mi alma ni mis movimientos envejecieron. Vivo con la eternidad porque nunca he existido ni existiré. Sólo el sentimiento que me obligó a violarte una noche de abril quedó entre los helechos que aspiro, y yo, débil como un niño, ando vagando por los bosques donde nadie me ve ni me adivina, ni contesta mi silencio.

El cerrajero

Llegó el cerrajero. Sin mayores esperanzas lo recibí. ¿Abriría la caja de hierro sin romper la cerradura?. No soy curiosa, pero la cuestión me preocupaba. Durante minutos, que parecían horas para mis ojos asombrados, el cerrajero movía con levedad el destornillador. Tornillaba y destornillaba: parecía que no acabaría nunca. Como instrumentos de tortura, las llaves abrían, cerraban, hasta que por fin algo, en el centro intestinal de la caja de hierro, apareció de golpe. El cerrajero, sin hablar, guardó destornilladores, palancas, martillos minúsculos, alambres, clavos, clavitos, todo lo indispensable para su trabajo, y no me dijo: "Ya está". Me presentó la cuenta. Abrí los ojos y le pregunté:
-¿Ya está?.
No contestó. Me mostró el papel y con el índice dijo lo que no decía con la mirada. "Gracias." Pero cómo decirle, sin exagerar, que era un gran cerrajero.
Yo ignoraba el contenido de la caja de hierro. Tomé la llave que él me tendió, la introduje en la cerradura: un pequeño sonido en las bisagras, como de violín, y la puerta se abrió sin dificultad. En la oscuridad de la caja había lo que nunca hubiera esperado: una nube de palabras escritas en color azul, que no entendí. Ni siquiera supe a qué lengua pertenecían. El cerrajero frunció el ceño y miró el papel; parecía entenderlo, pero no dijo nada. Luego sonrió y me pasó de nuevo el papel cubierto de letras. Me miró y yo sonreí, como si también entendiera. Se secó las manos con un trapo sucio; después me preguntó dónde podía lavarse; lo llevé hasta una pileta; se lavó como un médico, atentamente, y mientras se secaba las manos, dijo:
-¿Tantas palabras guardadas en una caja fuerte servirán para dar

felicidad?.
¿Qué quiso decir?. Lo cierto es que se fue, llevándose los papeles en una bolsa de nylon. Aunque los papeles hacen ruido cuando se juntan, yo nada noté en el momento; después me pregunté por qué se los habría llevado. Pensé que no volvería a verlo. No era vecino nuestro; yo no sabía cómo se llamaba. En verano, la gente del barrio se va a veranear: la casa de electricidad está cerrada, la frutería está cerrada, el almacén está cerrado, y en caso de necesidad uno recurre a cualquiera. Durante un largo año busqué en vano al cerrajero. Un día apareció inopinadamente. Ni siquiera tocó el timbre. Eran las once de la mañana. Me dijo:
-¿Se acuerda de mí?.
Yo le contesté:
-¡Cómo no me voy a acordar!. Usted abrió la caja fuerte. Quedé admirada. No me di cuenta de que se llevaba los papeles. Lo esperé. Lo hice buscar por la policía.
-No le creo.
-¿Por qué no me cree?.
-Eran cartas comprometedoras -se rió-. Yo también me reí.
-Entre los papeles había una carta maravillosa. Por lo menos, se me ocurre que es una carta. Dormía con ellos, en el catre (yo no duermo en cama, sino en catre), hasta que un día mi mujer me descubrió y me dijo: "Voy a quemar esa basura. Por eso no me querés". No contesté nada y le dejé mi ropa para que la lavara. Ya no tengo paciencia para estas cosas. Aquí le traigo los papeles. Ninguna cerradura me dio tanto trabajo como estos papeles.
-¿Los descifró?.
-¿Yo?. No, aunque me devane los sesos, le aseguro.
-Y ahora ¿qué piensa hacer?.
-Irme del barrio. Aquí encontré a demasiada gente nefasta.
-Usted nunca vivió en este barrio. Me lo dijo la primera vez. ¿Sabe lo que está diciendo?. ¿Sabe que significa nefasto?.
-No sé realmente, pero ¿no puede explicármelo?. ¿Será algo que trae mala suerte?.
-Para simplificar las cosas, nefasto es algo que trae mala suerte, en efecto, y para mí significa eso y nada más. Otras personas pueden darle otro significado.
-Entonces, ¿para qué sirve hablar?.
-Para confundirse, ¿ve?. Estas son las sutilezas del idioma. Sin hablar, uno vive en un mundo turbio, confuso y nada es tan aburrido. Un perro, ¿qué hace un perro?. Lo mejor que puede hacer es mirar por la ventana o morder cuando un intruso abre la puerta o trata de entrar en una

casa, sin pedir permiso. Los animales a veces me dan lástima y me quedó mirándolos, tratando de adivinar qué sienten, que traman, qué esperan. Si en la Biblia Dios hubiera hablado de ellos cuando inventó el mundo, otra suerte hubieran tenido. Por qué no existió en aquellas épocas remotas un perro o un mono, un caballo, heridos o muertos de hambre y que alguien los salvara: puso un burro para cuidar al Niño Jesús en la cuna, pero no sé si estos nacimientos modernos corresponden exactamente al nacimiento del Niño Jesús. ¿De qué hablábamos?. ¿Qué nos llevo a sentir lástima por los animales?. Usted me hace hablar. ¿Por qué será que hablo tanto?.
-No sé. Prefiero el silencio y la quietud. Hablar nos priva de pensar; pensar, a mí, me priva de hablar. Si yo dijera qué bonita es esta silla, la miraría y me daría cuenta de que es bonita y que de pronto la he roto poniendo mi pie en el barrote. Después de todo, no es tan bonita. Me avergonzaré tal vez por no saber explicar por qué me pareció bonita. En realidad es incómoda esta silla. Prefiero el suelo. Pero mejor no decirlo ahora, es claro.
Tomé en mis manos los papeles, los miré con indiferencia: algunos eran cuentas, otros eran multiplicaciones infinitas, otros un largo poema, casi roto en pedazos, otros una carta. Miré al cerrajero.
-¿Esto es todo lo que había?.
-Era todo. No soy tramposo ni engañoso ni ladino. Espero que el mundo me trate como lo trato.
-¿Por qué se fue con los papeles, entonces?.
-Porque me parecían basura y usted no los reclamó. ¿Qué precio podían tener?. Usted misma me los dio y no me dijo "guárdelos" o "tírelos"; simplemente me los dejó y por eso, tal vez un poco tarde, se los devuelvo. Pensé que podrían servirle y me molestó, no sé muy bien por qué diablos. Ahora que los traigo, ni siquiera los mira.
-Es cierto. Entre esos papeles hay algo mío. Estaba enamorada. Lleva tiempo enamorarse, y desenamorarse mucho más. ¿Usted nunca lo estuvo?.
-¿Yo?. Nunca, ni siquiera en el cine, cuando una chica me miraba a pesar de la oscuridad y del calor, cuando hacía calor. No me importaba, aunque fuera bonita o simpática. Miento, espérese un momentito. ¿Le molesta que le hable?. Una vez, ahora me acuerdo, una chica con el pelo parecido al suyo, desgreñada, sin ser graciosa ni divertida, me conmovió. Tenía una cara estúpida, como de bebé recién nacido y me pareció atrayente. La convidé a un helado de frutilla. Aceptó. Se puso colorada (no sé si era por la luz). Después de probarlo con la lengua, porque no tenía cucharita, me lo ofreció y lo probé, y se lo devolví, y así durante diez minutos. Eso fue todo. Ahora, a veces, en los adornos

de las cerraduras, veo su cara. No sé cuál es su nombre. Me pasó lo que le pasó a usted. Le escribí un poema para reírme de un amigo.
-¿Sabe usted lo que es un poema?.
-Esa cosita que no sirve para nada. Todas las revistas están llenas. Ahora mismo Buenos Aires se llenó de poemas. No se sabe lo que dicen, por lo general.
-Pero usted progresó mucho. ¿Se acuerda que no entendía nada de nada, cuando la conocí?.
-Es cierto. Pero fue tan fácil aprenderlo. Todo lo aprendí de usted.
-Y el poema, ¿cómo es ese poema?. ¿No me lo regala?. Tal vez me dará un pedacito.
-Ni un pedacito. Créame que me costó hacerlo. Lo publicaré en un diario, para que pueda leerlo lentamente, como hago con mis hijos, para que les guste la poesía. En el fondo, cualquiera compra un libro de poesías.
-Usted se ríe de la poesía, pero no comprende lo difícil que es escribir. Usted dice que puede abrir todas las puertas de Buenos Aires, y yo que trabajo día y noche para conmover a cualquiera, no consigo conmover a nadie. Escúcheme, cuando se lo diga, cierre los ojos; no piense en quien lo escribió, en quien lo siente, en quien lo sufre, porque puede hacerme sufrir. Podrá abrir todas las cajas de seguridad, pero ésa no se abrirá si usted no es sensible. Ya sé que su trabajo es importante, más importante que el mío. Cuando Barba Azul agita sus llaves, al volver a su casa, el corazón le palpita. Cuando era chica, los cuentos me gustaban porque los inventaba por curiosidad, absurdamente. Las puertas de su castillo, altas de tres metros, al abrirse emiten sonidos en que se reconocen las músicas preferidas; las bisagras de esas puertas nunca se engrasaron y de lejos se oye la música del castillo, potente como una orquesta. Ahí se mezclan todos los estilos: Beethoven se mezcla con Schumann, Bach con Wagner, Tchaikowsky con Prokoviev, Mozart con Mendelssohn, Stravinski con Chopin, Carissimi con Haendel, Pergolesi con Schubert, Debussy con Ravel.
-¡Cómo entiende de música!.
-A veces se detienen los transeúntes para oír aquella potente e insólita música los días de tormenta, y esto se explica porque los dueños de casa son muy dejados, nunca aceitaron ni pusieron vaselina en las bisagras, por las hormigas. Las hormigas adoran el aceite. Cuando Barba Azul vuelve al castillo, pregunta siempre si las puertas están bien cerradas, y por qué hacen tanto ruido. ¡Llama ruido a la música!. Y si vendrá el cerrajero a poner llaves en las cerraduras. Por eso el castillo en la noche da tanto miedo.
Un miedo tan mortal como me da el cerrajero esta noche. Para terminar

su trabajo me pidió un cuchillo filoso. ¿Será para matarme?.
-¡Qué hermoso mundo el de la música!. -dijo el cerrajero-.
-¿Usted cree en Dios?.
-Creo en Dios. Se fija en los animales.
-No me importa lo que usted siente ni lo que pueda sentir, ¿me entiende?. ¿Para qué quiere un cuchillo?. Dígame. Me parece raro.
-Para acabar con esto, que nunca he sentido ni quiero sentir. Huyo como la otra vez. La sangre tiene gusto a tinta. Con esta tinta mía escribiré la historia de lo que pasó.
"Llegó el cerrajero. Sin mayores esperanzas lo recibí".

Cornelia frente al espejo

De todo el mundo me despido por carta, salvo de vos. La casa está sola. A las ocho Claudio cerró con llave la puerta de la calle. ¡Cornelia!. Mi nombre me hace reír. Qué quieres, en los momentos más trágicos me río o enciendo un cigarrillo y me echo al suelo y te miro como si nada malo tuviera que suceder. Ciertas posturas nos hacen creer en la felicidad. A veces estar acostada me hizo creer en el amor.
-Soy espejo, soy tuyo. Desde que cumpliste seis años, por mi culpa quisiste ser actriz; tu padre, con su cara de prócer, tu madre, con su cara de república, se opusieron. Qué absurdas son las personas respetables. Cuando guardas las pieles y los fieltros en alcanfor renace tu desconsuelo; en realidad la gente se opone a nuestra vocación, es como la polilla, hay que combatirla día tras día, año tras año.
-¡Es cierto!. Pero no menciones las polillas ni el alcanfor ni las pieles ni a mi familia, ni siquiera mi nombre. Qué ridículo me parece. Podría llamarme Cornisa, sería lo mismo. Lo he escrito en las paredes del cuarto de baño mientras me desnudaba para bañarme antes de salir para el colegio; lo he escrito en la glorieta del jardín de San Fernando cuando aprendí a escribir; lo he escrito sobre mi brazo izquierdo con un alfiler de oro. Vivimos como si fuésemos a vivir mil años, cepillándonos el pelo, tomando vitaminas, cuidándonos las uñas y las pestañas, eligiendo y eligiendo como en las liquidaciones de Gath y Chávez.
Hace mucho que te conozco, desde los primeros meses, no, tal vez después cuando usaba un flequillo mal cortado y cintas en el pelo del color de mis vestidos. Desde hace unos días, en cuanto te veo aparecer, como si te viera por primera o por última vez, mi corazón acelera sus latidos. Eres un compendio de las personas a quienes he amado. Estás rodeado de una atmósfera líquida, estás como en el interior del agua, en la luz donde nadan los peces de las grandes profundidades del mar o en la superficie de un lago tranquilo. Sólo tu

voz me hace quererte. Vivo en un mundo opaco, material, sin aire, un mundo de talleres; comprenderás que en lugar de sueños tenga a veces pesadillas.
-La avaricia, con su cara filosófica...
-¡Nunca fui avara!.
-Lo fuiste de un modo original. El orgullo, con sus esmeraldas llenas de jardines.
-¡Mi madre es orgullosa!. Yo, nunca.
-La lujuria, con su recua de alumnos más sagaces que sus maestros. ¡La lujuria!. Cuántas veces buscaste esa palabra en el diccionario; manchaste la página con dulce. Eras precoz, tenías ocho años y veinte orgasmos diarios.
-Yo fui más precoz al descubrir tu ombligo. La pereza con su resignación soñadora. Soy perezosa.
-La gula, con sus dorados libros de recetas. -¡El más horrible de los pecados!.
-Te parece horrible porque te hace engordar. La envidia, con oscuros terciopelos, con predilecciones inexplicables.
-¿Soy o no soy envidiosa?. ¡No sé!. Celos y envidia se confunden.
-La ira...
-¿La ira?. ¿Cuándo?.
-El día en que tiraste las alhajas de tu madre al suelo; el día en que rompiste aquel vestido de fiesta. La ira, con sus ojos vidriosos de hiena y sus encantamientos se ha encarnado en ti.
-¿Ahora quieres que haga mi examen de conciencia?. Me ayudaste a disfrazarme para pedir perdón. ¿Para pedir perdón a quién?. A Dios y no a mis antepasados. Hay personas que confunden a Dios con sus antepasados. Siempre jugué a ser lo que no soy. Naturalmente que te conmoví. Tus defectos, tus conflictos son míos. Cuando robé la cigarrera de oro de Elena Schleider, en aquella casa de campo que olía a piso encerado, donde nos invitaron a veranear, en el fondo del cuarto tus ojos, como dos estrellas, me guiaron para dejarme robar sola. Sabías para quién y para qué robaba. Pensé que eras hipócrita: no te guardo rencor. En un marco dorado conmigo amaste y odiaste a Elena Schleider. Cuando me ponían en penitencia sufría de no verte, de no tocar tus manos envueltas en una suerte de bruma gelatinosa, esa bruma propia de los espejos. Tu boca es lisa como la boca del agua y fría como la boca de las tijeras. ¡Espejo odiado!. Dentro de algunos instantes no me verás más. Te lo juro. Tengo el hábito de mentir, pero nunca a mí misma.
-Esa falda que llevas, esa blusa de hilo verde te favorecen. Quisiera que te embalsamaran para la posteridad. No fumes tanto. Tus dientes me

deslumbraban, pero ahora... parecen de marfil, de vulgar marfil.
-Fuiste mi única amiga, la única que no me traicionó después de conocerme. A veces, muchas veces te vi en mis sueños, pero no sentí al tocarte la presión celeste de este vidrio. Tenemos veinticinco años. Es mucho, demasiado ya.
-He visto a viejos sin arrugas, mi querida, con el pelo violeta, viejos decrépitos que parecían disfrazados, y niños viejísimos, niños lívidos que se hacían los niños. Venían de visita.
-Siempre fui en busca de ti para reírme. Cuando lloraba, para que no me vieras, me escondía detrás del biombo de madera pintada, junto al calorífero del comedor, donde había olor a fritura y a naranjas. Sabía que mis lágrimas te desagradaban. Te gustaba verme reír, con un sombrero de papel de diario, un sombrero de burro con orejas o de almirante, o con un verdadero sombrero. Este es el que prefiero. Siempre me fascinaron los sombreros con plumas. Con un sombrero de plumas soñé que bailaba La muerte del cisne. A los once años, mi madre vio bailar a Pawlova La muerte del cisne. Desde ese día sueño con ese sombrero de plumas y con esa muerte. Podría tener cuarenta años; ilusoriamente los tengo esos cuarenta años, que jamás cumpliré; una voz más grave, una seguridad, un aplomo, una dignidad mayor.
-Siempre tendrás una variedad de voces infinita, desde la más grave hasta la más aguda. En tu pelo teñido, cinco hebras de plata rebeldes te fastidian. Tus uñas impecables son rosadas, pero se rompen; tendrás que tomar calcio.
-Mañana mismo. Consultaré al doctor Isberto.
-Puedes hacer todo el mal que quieras sin que nadie lo note. Todo el mundo cree que eres una santa, no sólo porque te escondes en la oscuridad de los cuartos, sino porque tienes los ojos muy apartados el uno del otro, lo que te da una expresión de inocencia y de felicidad desmedida.
-Podría ser muy pobre, en el transcurso del tiempo quedar en la miseria, pedir limosna en los zaguanes, no verte más, mi ángel, vagar de puerta en puerta y entrar por fin en una casa para ofrecerme de lavandera, sin saber lavar. Entonces me verías arrodillada, mi espejo universal, con este trapo en las manos fregando el piso, porque los dueños de casa aprovecharían mi falta de experiencia para hacerme hacer toda suerte de trabajos. Me verías seducir a los hombres, a cualquier hombre que viniera de visita a la casa, al lechero, al almacenero, al plomero, porque las mujeres que trabajan de esta manera tienen una belleza en el desaliño, una belleza natural que no tienen las otras con sus afeites. Mírame despeinada, con las mejillas rosadas. No te agrada verme en los brazos de un hombre porque eres

celoso como yo. Los hombres son monstruos: el amor los transfigura. Pero no me dejo seducir; en mis manos, con olor a jabón, conservo las predilecciones de mi inocencia. ¿Por qué?. No sé, son como las piedras preciosas que hay dentro de las máquinas de los relojes, iesos rubíes tan necesarios!. Podré barrer los pisos, remendar las medias, limpiar las alfombras mientras tu sonrisa me vigila. Soy virtuosa. Los pobres, aun cuando son crápulas, son virtuosos; si son crápulas tienen razón de serlo. Tengo las uñas muy cortas, por eso tus manos parecen manos de estatua de piedra y no de prostituta o de señora. Ahora todo ha concluido: todas las representaciones, los escenarios, los teatros con sus butacas, todos los resentimientos, todas las obediencias, el temor a la obesidad, al soborno, al desprecio.

-Nunca dejaste que me acercara demasiado, me tuviste siempre a distancia, por eso no nos hemos cansado la una de la otra. Todos mis recuerdos los comparto contigo. ¡Cuánto me gustaba el pan que comíamos juntas!. ¡La taza de café con leche cuyos tragos pasaban por tu garganta misteriosa con un leve temblor!. A menudo dejabas la taza para mirarme. A veces, cuando recogías tu pelo lacio y lo trenzabas con cintas, ignorando el curso de las horas nos perdíamos en una suerte de paisaje donde no intervenían tus conocimientos geográficos porque todos los lugares que recorríamos eran inventados por ti. ¡Cuánto te gustaba la lluvia que había dejado en tu cara un frío similar al de mi cara!.

-¡Cuánto me gustaba no sólo lo agradable, sino lo mísero y terrible, ese dolor en mis entrañas, en mis hombros extasiados, esa venalidad, que repetías, del cuerpo!. En mi infancia tardaba una hora en tomar el aceite de castor que mi madre me servía con naranjada tibia. No sé qué sabor tendrá este brebaje. Antes probaré el agua sola de nuevo.

-¡Qué fría, qué suave, qué nueva, qué incontaminada!. ¡Si entrases a una gruta nocturna con jazmines, en verano, no sentirías tanta frescura!.

-Es un remedio que se emplea para la anemia, en pequeñas dosis. Lo robé en el laboratorio donde Héctor trabaja. ¿Estaré soñando?. Oigo ruidos en la casa. Contigo no tengo miedo. No quise tirarme debajo de un tren ni al mar, que es tan agradable, porque no podía llevarte conmigo. Vine a esta casa porque era el único lugar donde nos encontraríamos a solas, pero me había olvidado de que existían fantasmas. No sabes el tiempo que tardé en conseguir las llaves de esta casa, nadie tiene confianza en mí. Mi tía creyó que quería entrevistarme con algún amante.

-Los sabores, como los perfumes, tienen una gran importancia para ti. Tu paladar es muy fino, pero hoy el sabor que pueda tener este veneno

te es indiferente.
-Creo que compartes mi indiferencia. Hoy que me estás mirando más atentamente que de costumbre, te amo y te odio más que nunca. ¡Si alguien nos viera, qué diría!. Si nos viera mi padre, por ejemplo. "¿Qué haces con esa cara de pan crudo?. Pretendes engañar al espejo", diría eso, pero seguramente piensa que soy la mujer más hermosa del mundo aunque en algo me parezca a mi madre, por ejemplo en el óvalo de la cara, en el mentón, en la forma incongruente de las cejas. ¡He vivido tanto tiempo en esta casa!. Tengo un inventario mental de las cosas que me gustan: el jardín de invierno donde me escondía, me fascina, el cuarto que era el cuarto de plancha y que sirve ahora de depósito, también. Todo se ha transformado en salón de modas. Este salón era una sala. ¿Qué diferencia habrá entre una sala y un salón?. Yo me asfixiaba cuando entraba aquí. Las manos de todos los retratos que me miraban me estrangulaban, y el comedor, con la araña y la platería, y los dormitorios, el de las cortinas rojas donde nació mi hermano Rafael. ¡Por no verlos hubiera vivido en el infierno!. Por suerte mi tía compró esta casa para alojar sombreros. La compra de la casa fue dramática. Mi padre necesitaba dinero y mi madre no se lo perdonaba. Tomaré un trago antes de beber todo el contenido del vaso. La gente aconseja beber de un trago las cosas horribles, el aceite de ricino, la magnesia, por ejemplo, pero yo los bebo lentamente. ¡Mi querida, no me mires con tanto patetismo!. ¿Recuerdas el día en que te traje aquel perro que lloraba?. Creí que en tus brazos sanaría y te llamé. Te reíste porque el perro tenía una venda alrededor de la cabeza, parecía un turco, y al verse en tus brazos gruñó como un animal feroz. No sabía que estaba muriendo. ¿Sabes ahora lo que me sucede?. ¿Por qué no te ríes?. ¿Acaso mi muerte es más importante que la de un perro?. Veo los vidrios rojos y azules de la infancia en la ventana que daba al patio. Detrás de los vidrios, entre las hojas que los golpeaban, me escondía para cometer pecados. Después corría a verte: te entregaba mi cara y mis secretos. Fue lo que nos unió. La niñera tejía una esclavina violeta, con olor a humo, y me dejaba jugar con los carreteles, después me lavaba las manos en una palangana con flores, donde escupía cuando estaba enferma. Qué extraño. La puerta de la calle está cerrada, no hay nadie en la casa, estoy segura. He elegido este lugar porque mis únicos testigos son los sombreros, las caras atónitas de los maniquíes, que tienen caras y voces de señoras, convengo, pero que son benignos cuando están solos.
-Alguien ha movido el picaporte. Juro que lo he visto moverse. Pero nadie puede venir a esta hora. Mi tía está en casa, enferma. Claudio no tiene llave y si la tuviera no vendría a esta hora. ¡Claudio, mi amigo de

infancia!. Qué dirá cuando sepa. Las dos de la mañana. Estoy nerviosa, sin duda. ¿Quién es?. Conteste. A mí nadie me asusta; no me asusta ni el demonio. Los seres angelicales a veces me espantan.
-¿Qué haces aquí?. ¿Quién eres?. ¿Cómo entraste?.
-La puerta estaba abierta.
-¿Para qué entraste?.
-Quería ver las muñecas.
-¿Qué muñecas?.
-Las muñecas con sombreros.
-¿Cómo te llamas?.
-Cristina.
-Cristina, ¿nada más?.
-Cristina Ladivina, de La Rosa Verde.
-Yo me llamo Cornelia. ¿Y dónde está La Rosa Verde?.
-En Esmeralda.
-Eres un fantasma, una niña perdida, con esmeraldas y rosas verdes. ¿Y te dejan salir sola a estas horas?.
-Me dejan, a cualquier hora.
-¿Pero de noche?.
-La noche es como el día; la oscuridad es como la luz.
-¿Qué edad tienes?.
-Diez años.
-Eres bonita. Mírate en el espejo. ¿Me ves a mi reflejada?. ¿Y a ti?.
-No.
-¿Nunca te viste en un espejo?.
-En el agua, en el barro de los ríos, en el filo de un cuchillo.
-Me das miedo. ¿Y cómo entraste en esta casa?.
-El hombre me hizo entrar.
-¿Qué hombre?.
-El hombre que me mostró los muñecos del escaparate.
-Eres un fantasma. ¿Sabes que es un fantasma?.
-Alguien que vive y que no vive. ¿Eres un fantasma?.
-No sé.
-Y entraste para asustarme, ¿verdad?. ¿He muerto ya?. ¿Viniste a buscar mi alma?. Eres aquella tía mía que murió de sarampión a los diez años, aquella que se llamaba Virginia. ¿Viniste a buscar mi alma?.
-No. Vine por las muñecas.
-¿Y quién es ese hombre de que me hablas?. ¿Dónde está?.
-Ahí.
-Nada me asusta, ni un hombre con su cara.
-¿Está sola?.
-Estaba con esa niña que acaba de entrar.

-¿Con quién hablaba?.
-¿Antes de que entrara la niña?. Hablaba conmigo en el espejo. Usted no puede creerme, ¿verdad?.
-¿Dónde está la persona que hablaba con usted?.
-Aquí en el espejo. Mírela.
-Diga donde está.
-Revise la casa, si quiere. ¿Y la niña?.
-¿Usted es la dueña?.
-No. Ni quiero serlo. Soy una empleada. Sobrina de la dueña.
-No lo creo.
-¿Parezco tan seria?. ¿Tan importante?. ¿Tan respetable como para mentir tan bien?. No me adule, por favor; además, usted no sabe lo que a mí me agrada, por lo tanto no sabría adularme.
-Todas son iguales.
-¿Quiénes son todas?.
-Las mujeres. Todas mienten.
-Yo soy diferente, se lo aseguro.
-No le creo.
-¿Se ha encontrado con mujeres como yo en muchas oportunidades como ésta?.
-Sht, no hable a gritos. No soy sordo.
-Hablo con mi voz natural. ¿Quién es esa niña que entró con usted?. ¿Era realmente una niña, o era una enana disfrazada de niña?.
-No sé.
-¿Usted utiliza a los niños como escudo?.. Diga la verdad. No quiero pensar mal de usted, pero hay cosas que no me parecen correctas. Por ejemplo: utilizar a una niña de diez años para protegerse. Además ¿usted sabe que los niños son muy sagaces?. Son detectives, diminutos detectives.
-Cállese. No hable en voz alta.
-Hablo en voz baja como en un confesionario. ¿Usted nunca se confesó?.
-Conteste y no haga preguntas. ¿Hay alguien en la casa?.
-¿Por qué mira así?. ¿No me considera alguien?.
-¿Hay alguien fuera de usted?. Sht, cállese.
-No tenga miedo. No hay nadie. Sólo yo y el espejo. A veces pienso que hay fantasmas en la casa. Hoy creí que había uno, pero cuando supe que era usted y esa niña que parecía un fantasma, quedé tranquila. "Por malo que sea un hombre, es un hombre", me dije.
-Sht. Le prohíbo hablar.
-No hablaré.
-¿Dónde están las llaves de la casa?.

-Si me prohíbe hablar, ¿cómo puedo contestar?.
-No se haga la graciosa.
-¿Qué llaves? Hay tantas llaves.
-Cualquier llave.
-¿Usted no sabe cuáles son las llaves que quiere?. Hay muchas llaves: la del armario grande, la del depósito, las de las alacenas, las de los baúles, las de la caja de hierro. ¿Cuál es la que quiere?.
-Las de la caja de hierro.
-Aquí están. Mi tía es muy imprudente. No parece rica.
-Déme las llaves.
-¿Y después qué hará conmigo?. ¿Piensa matarme?.
-Es lógico.
-¿Con qué piensa matarme?. ¿Con ese cuchillo?. ¿Acaso cree que no lo he visto?.
-¿Le impresiona?.
-Un poco. No me gustan las armas blancas. ¿No tiene un revólver?.
-Tengo todo lo que me hace falta.
-Ese cuchillo es atroz. ¿Sabe si corta bien, por lo menos?.
-Es inoxidable. En seguida pasa.
-¡Pero el filo en la garganta!. Ese primer contacto helado del acero... Y después... la sangre que corre y que mancha el piso... y que salpica las tapicerías o los cortinados... ¿No le da náuseas?.
-No es en la garganta ni con el cuchillo como la mataré.
-¿Con qué, entonces?. ¿De un balazo?.
-Con una hoja de afeitar.
-¿De esas con que se saca punta a los lápices?. ¿Y no es más práctico usar el cuchillo?. Porque, después de todo, el cuchillo se usa más que la gillette para esos fines.
-Es cuestión de costumbre.
-Yo usaría el cuchillo o un revólver. La espada es muy larga. Qué disparate. El revólver, es claro, no conviene porque es ruidoso. El estampido me hace daño. Tengo que taparme las orejas para no oírlo, por ese motivo nunca pude tirar al blanco, aunque tenga mucha puntería. Ni intenté suicidarme con un revólver. ¿Usted sabe tirar?. ¿Obtuvo premios?.Los hombres saben tirar. Es inútil, por eso van a la guerra y las mujeres se quedan en sus casas o en los hospitales atendiendo a los heridos. Soy permanentemente anticuada. La mujer nació para quedarse en su casa tranquilamente; el hombre, para las grandes aventuras, para las empresas peligrosas.
-Son nuevitas. Estas hojas de afeitar son nuevitas.
-Ya sé que usted es muy bueno. Tiene cara de bueno. Todas las caras en el espejo son así. Es claro que la cara no quiere decir nada. En los

diarios salen fotografías de hombres con caras de asesinos y son santos, en cambio salen otros con caras de santos y son asesinos. ¿Promete que va a matarme?. Prometa.
-Prometo. Déme las llaves.
-¿Y dónde me hará la herida?.
-Es muy fácil. Cortaré las venas de la muñeca, y después se irá en sangre. Si tarda mucho, la puedo sumergir en un baño caliente. ¿Hay baño en esta casa?..
-Hay baño, pero no hay agua caliente a estas horas. Empiece. Tenía muchos deseos de morir. Usted es muy bueno, ¿pero qué piensa hacer con el cadáver?. ¿Piensa cortarlo en pedacitos y sembrar todos los pedacitos por la provincia de Buenos Aires?. ¿Piensa llevarme en una bolsa, como si llevara carbón o papas?. ¿Piensa dejarme aquí tendida en el suelo?. ¿Sabe usted que hay ratones en esta casa y que podrían desfigurarme?. Sería una lástima. ¿Los oye?. ¿Conoce algún veneno para matarlos?. Mi tía está preocupada: la otra noche arrancaron la pluma de un sombrero y dos cerezas atadas con una cinta de terciopelo. Las trampas no sirven para nada. ¿Si resolvieran comer la punta de mis dedos?. ¿Si me dieran un mordisco en la nuca o en la garganta?. ¿Usted se da cuenta del dolor que yo sentiría?.
-Los muertos no sienten nada, señorita.
-Eso es lo que usted cree, señor. Los muertos son muy sensibles. Sienten todo. Son más lúcidos que nosotros. Si usted les ofrece carne o vino no lo apreciarán, pero hágales oír música o regáleles perfume, y verá. Nunca están distraídos. Ven como las palomas los colores ultravioletas. Son refinados, sensibles. Y de otro modo ¿cómo se explica que les obsequien tantas flores?. ¿Que la gente se gaste tanto dinero en flores, en estatuitas, en misas, en coches?. ¡Qué se yo!.
-Ésa es una vieja costumbre. ¿Cuál es la llave?.
-Las costumbres tienen una razón de ser. Los muertos ven las flores, saben dónde están enterrados, quién los mató. Ven el coche fúnebre, los caballos negros de circo, las iniciales blancas sobre el paño negro que los cubre. Señor, ¿no podría tirarme al mar?. Adoro el mar. Detesto las ceremonias, los cirios, las flores, el hervidero de oraciones. Soy mala. Nadie me quiere a mí.
-El mar queda lejos. ¿Cuál es la llave?.
-¿No tiene auto?. Podría alquilar uno. ¿Sus hermanos o sus tíos, no tienen un auto?. Seguramente contará con algún amigo. Me coloca en el automóvil como si estuviera viva y me lleva al mar. Es tan fácil, y es tan precioso el mar. Para usted sería un paseo. ¿No le agrada el mar?.
-Los cuerpos flotan, señorita. Salen a la orilla.
-Me ata piedras o plomo en los pies. ¿No ha leído en los diarios o en las

novelas como se tiran los cadáveres al agua?. ¿No va nunca al cinematógrafo?. Es tan poético.
-Déme la llave.
-Es una de éstas. No revuelva los papeles que hay en la caja de hierro. Mi tía sufre mucho cuando hay cualquier cosa desordenada en la casa. No tire la ceniza del cigarrillo al suelo, por favor. Después tengo que barrer.
-No se mueva de ahí.
-No me muevo. ¿Puede abrir?. A mi tía le pasa lo mismo. Nunca puede abrir ningún cajón, ninguna puerta que esté cerrada con llave. Es una de sus desventuras. ¿Por qué no se quita los guantes?.
-Abrirás de una vez la puerta, escorpión.
-¿Con quién habla?.
-Si doy vuelta a la izquierda, te tuerces para la derecha; si doy vuelta para la derecha, te tuerces para la izquierda, hija de puta.
-¿Habla con las llaves?.
-¿Usted no hablaba con el espejo?. ¿Qué diferencia hay entre una llave y un espejo?.
-El espejo me contesta.
-Estas también me contestan. Dicen que usted es una mentirosa.
-Le juro que no. ¿Quiere que yo abra?.
-Está mintiendo.
-No le miento. Las cajas de hierro son difíciles de abrir, pero cualquier ladrón las abre. ¿Usted no es un ladrón profesional, señor?. Cuénteme su vida. Ha de ser interesante, una vida tan llena de cosas imprevistas. ¿Está casado?. No. Es demasiado joven. ¿Nunca estuvo de novio?. ¿Viven sus padres?. ¿Tiene hermanas?. ¿Ha viajado?. ¿Dónde pasó su infancia?. ¿Tiene fotografías de cuando era chiquitito?. Me gustaría verlas. ¿Conoce la República?. Yo no he salido de Buenos Aires; nunca viajé. ¿Se da cuenta?. Una mujer de mi edad. Cuando pienso que existe la China, la India, Rusia, Francia, Canadá, Italia, sobre todo Italia, me desespero. Pocas personas me tienen simpatía. Porque a las mujeres no les gusta una mujer con ambiciones. En mi adolescencia robé una cigarrera de oro y la vendí por cien pesos. Hay que ser valiente para robar. Los que se dejan robar son miedosos, ¿no le parece?. Mi tía, por ejemplo, todas las noches mira debajo de su cama para ver si hay algún ladrón. Yo, en cambio, tengo miedo de los fantasmas. En esta casa dicen que hay fantasmas, un fantasma vestido de rojo. ¿Usted vio el color de las paredes de la casa al entrar?. No las habrá visto porque era de noche. Bueno, el fantasma está vestido de ese mismo color rojo, rojo anaranjado, del color de los ladrillos. Es una niña pequeña, la vi con mis ojos. Qué calor hace. ¿No tiene calor con esa bufanda?. ¿Por

qué usa esa bufanda?. ¿No le molesta?. Tiene una quemadura en la frente. ¿Es sordo?. ¿Por qué no me contesta?.
-¡Qué noche!.
-¿Tiene sed?. ¿Quiere tomar un vaso de agua?.
-El agua es para los peces.
-Es bueno tomar agua cuando hace mucho calor.
-No hago lo que es bueno. Hago lo que quiero.
-Hace bien. Yo haría lo mismo, si pudiera. Pero soy tan maleducada. No tengo voluntad. ¿No quiere whisky o gin?. ¿Cubana Brandy?. ¿Manzanilla?. Aquí en este placard tenemos unas botellas. Cuando terminamos el trabajo, a veces tomamos un traguito.
-No me interesan las bebidas.
-¿No quiere?. Nadie muere por beber un trago de whisky.
-No insista, señorita.
-¡Qué suerte!. Este veneno es mío, quiero que sea mío. ¡Cómo brilla en el espejo!.
-Aquí hay otra llave.
-Soy atolondrada. Seguramente es ésta. Al fin pudo abrir. ¿Ahora no encuentra lo que busca?. Nada. Su afán dura un minuto. Usted es muy original. No tire todo al suelo. No hay nada de valor para usted pero, para cada persona, cada cosa tiene un valor distinto.
-Ahora sí tengo sed. Me bebería una damajuana de agua. Ésta no está bastante helada pero la tomaré.
-Ahora tiene que matarme.
-Cambié de idea. Además no encontré lo que buscaba.
-Usted no buscaba nada. Usted es un pobre loco. Tiene que matarme. ¿Me oye?. Para redirmirse, tiene que matarme. Si no cumple con su promesa, lo denunciaré a la policía. Morirá cubierto de vergüenza. ¡Mírese en el espejo!.
-Si quiere denunciarme, puede hacerlo. Quemé las iglesias, di sangre en los hospitales, tengo sangre universal. No me gusta vanagloriarme, pero no quiero que usted piense que soy un inútil. Hice un buen trabajo. Ahora me llamaron para matar...
-¿A quién?.
-Es un secreto.
-Está fatigado. ¿Por qué habla así?. ¿No se siente bien?.
-Estoy perfectamente bien. Los secretos se dicen en voz baja.
-Lo llamaron para matarme a mí.
-No. Traté de matarla para practicar. Me parecía más fácil empezar por una mujer.
-¿Y por qué abrió la caja de hierro si solo pensaba matar?. ¿Y por qué usa guantes?. ¿Y por qué se tapa la cara?. ¿Acaso tiene miedo de que

lo lleven preso?.
-Le pedí las llaves para curiosear, para pasar el tiempo.
-¿Sabe para qué usa guantes y por qué se tapa la cara?. Yo se lo voy a decir: para no dejar las marcas de sus manos, para que sus camaradas no sospechen que usted es un miedoso, un inútil, un pobre diablo incapaz de matar. Pues ahora tiene que matarme, es el castigo que merece. ¿Qué diferencia hay entre matarme y decapitar a Santiago Apóstol y su caballo?. Usted los decapitó, ¿verdad?. Si usted matara mi imagen en el espejo, me mataría también a mí. ¿Por qué no tuvo miedo y ahora tiene miedo?. Nosotros, los seres humanos, somos irreales como las imágenes. ¿Qué iglesia quemó?.
-Todas las que pude. No conozco los nombres. No crea que es tan fácil. Algunas no ardían.
-¿A qué vírgenes, a qué santas golpeó?.
-A ninguna. En el momento...
-Diga. No voy a despreciarlo más ni tenerle menos lástima.
-En el momento en que iba a cortarle la cabeza a una de ellas, se me aflojó el brazo.
-¿Por qué?.
-No sé. Tengo reumatismo. Me miró con sus ojos de gitana, como si fuera a decirme la buenaventura. Era la más chiquita. De este alto y no pude golpearla. Los compañeros se rieron de mí.
-¿Y el pedestal no tenía una inscripción?.
-No. Siento no haberle cortado la cabeza. Ahora la veo siempre por todas partes. Como si fuera una adivina, sigue mirándome.
-Era una adivina. Las santas son todas adivinas. Tiene que matarme. Usted ha bebido un poco del contenido de este vaso. En ese vaso había un veneno precioso, que me costó conseguir. Usted va a morir. ¿Nunca rezó?. Todavía está a tiempo. Tiene que matarme inmediatamente. Si no lo hace le escupiré en la cara y llamaré a los ratones del vecindario para que le coman la lengua y las manos. Si usted rezara, no le sucederían cosas tan desagradables como las que le estoy prometiendo. ¿Me oye?. Voy a gritar. ¡Socorro!.
-¿Quién es usted?.
-¿Qué sucede?.
-Nada, nada. Este señor tenía que matarme: me lo prometió y ahora se niega a hacerlo. Va a morir dentro de unos instantes ¡y no quiere redimirse porque es cobarde!.
-Perdonen la intromisión. Vi la puerta abierta, oí gritos y entré. No soy de la policía, no se asusten. ¿Qué ha sucedido?.
-Este señor entró a matarme, me hizo creer que buscaba algo, abrió la caja de hierro y dejó todo tirado. No necesita robar, es un hombre rico.

No sé qué quiere; él tampoco.
-¿Qué debo hacer?. Por favor, dígamelo.
-No se aflija.
-Lo hemos dejado escapar. Es horrible.
-Peor sería que no se hubiera escapado.
-¿Por qué?.
-¿Qué hubiéramos hecho con él, con su enorme cuerpo?. ¿Quiere decirme?.
-Lo que merecía: castigarlo. Tendríamos que perseguirlo.
-Imposible. Va a morir. He oído un ruido. Algo se ha desplomado en el piso de abajo. ¡Es él!. Ha muerto como un perro. ¿Pero no comprende que ha muerto?. Bebió un poco de veneno.
-No comprendo nada. Ante todo vamos a cerrar la puerta de la calle. Si usted me permite. Veremos si el hombre no se ha escondido en algún rincón de la casa.
-No veo nada. Voy a encender la luz.
-No se aflija: hay hombres que tienen siete vidas como los gatos. ¿No envenenaron a Rasputín mil veces y no se salvó mil veces?.¿Ahora qué debo hacer?.
-Debe hacer lo que este hombre no hizo: matarme.
-¿Matarla?.
-Sí, matarme. Hace tres noches que no duermo buscando una forma de suicidio. Ayer conseguí este veneno y estaba por tomarlo en medio del silencio de esta casa cuando oí ruidos insólitos.
-Y apareció en la puerta el malhechor, como en el cinematógrafo o en el teatro.
-No. En lugar del malhechor apareció muy silenciosamente, deteniéndose en el marco de la puerta, una niña.
-¿Una niña?. Oigo ruidos.
-Son los ratones; racimos de ratones. Caminan como hombres.
-¿Y esa niña entró con el hombre?.
-Según me dijo, el hombre la hizo entrar.
-¿Y para qué?.
-Para que viera estas muñecas. Estos maniquíes eran para ella como enormes muñecas. Le pregunté cómo se llamaba.
-¿Y se lo dijo?.
-Sí. Me dijo que se llamaba Cristina Ladivina.
-¿Ladivina o la adivina?.
-Ladivina o Ladvina, no sé. Debe de ser un nombre ruso.
Cuando quise averiguar su apellido, me respondió: Ladivina de La Rosa Verde. Cuando le pregunté dónde estaba La Rosa Verde, me dijo: en Esmeralda.

-La Rosa Verde queda cerca de aquí. Es un café solitario, donde los mozos duermen en lugar de atender a los clientes.
-¡Nunca se me hubiera ocurrido!. Todo me pareció tan misterioso. En boca de aquella niña la palabra Esmeralda no pareció una calle, sino una piedra preciosa. Al verla, sentí miedo. Estaba yo tan perturbada, tan perturbada que, al detenerme frente al espejo con ella, no vi su imagen junto a la mía reflejada. Y ahora pienso, que en lugar de ver el cuarto reflejado, vi algo extraño en el espejo, una cúpula, una suerte de templo con columnas amarillas y, en el fondo, dentro de algunas hornacinas del muro, divinidades. Fui víctima sin duda de una ilusión. ¡Estos días he oído hablar tanto de las iglesias en llamas!.
-¿Y podría decirme para qué quiere morir?. ¿Tiene una cita con alguien en el otro mundo?.
-Usted ¿para qué quiere vivir?. ¿Sabría contestármelo?.
-Si me dejara pensar un rato, se lo diría.
-¿Es difícil?. ¿Tiene que pensar para decírmelo?.
-No soy tan espontáneo como usted.
-No tenga miedo al ridículo.
-Tengo conciencia de mis limitaciones, pero la felicidad, la falta de obstáculos, no me parecen indispensables para desear vivir.
-A mí tampoco. A veces uno toma una decisión y la cumple cuando la causa que nos ha obligado a tomarla no existe.
-Entonces usted obra por amor propio.
-Por amor propio, no; pero sí por impulso, por una ilusoria fidelidad a mí misma.
-¿Quiere que le diga para qué quiero vivir?. No creo que este sea un momento para pensar en cosas personales. ¿De qué se ríe?.
-No me río. Todos los hombres dicen las mismas cosas, hablan de las cosas personales como si fuera de una enfermedad.
-Es una enfermedad.
-Siempre pienso en cosas personales, es cierto. ¿Me desprecia?. Le advierto que no me preocupa. Puede sentarse, si quiere.
-Cuando pasaba por esta casa, la ventana de este cuarto me despertó curiosidad, como si hubiese presentido lo que iba a suceder esta noche.
-Tal vez nos hemos cruzado algún día por la calle.
-No sería fácil, pues generalmente camino mirando la punta de mis zapatos, sin ver a la gente que pasa.
-Todo el mundo necesita hablar con algo que no sea una persona; yo, con el espejo; el malhechor, con las llaves; Cristina, con las muñecas; usted, con sus zapatos. Yo miro todo sin ver nada. Es una costumbre. La gente cree que soy miope. En cierto modo lo soy.
-¿Vive aquí?.

-No. Trabajo aquí.
-¿En qué trabaja?.
-¿Ve estos sombreros?. Los hago yo. De noche estudio y en los recreos leo. Esta es mi biblioteca, mi camarín. ¿Y usted qué hace?.
-Soy estudiante de arquitectura.
-Las cintas, las flores, las plumas, los velos son para mí lo que serán para usted los edificios.
"Ese vals que se oye es el vals de amor de Brahms. Cuando oigo esa música, me enfurece la charla de las señoras que vienen a buscar sombreros. Y mi tía las atiende con remilgos. Las más chillonas hablan así:
"Qué bonito, ay, pero qué bonito".
"A mí me gustan los sombreros grandes".
"Son horribles, querida, horribles. Mírate en el espejo. Verte, ¿no te asusta?".
"Las cintas, Matilde, me enloquecen". "¿Se volverán a usar las cerezas?".
"Ya no se usa la paja de Italia".
"Este sombrero es muy sentador, a través del velo brillará su cara como en un fanal".
"Qué caro. Es demasiado caro".
"Ya no se puede comprar nada, nada, nada". "Yo te lo decía".
"¿Para qué se usan los sombreros?. A veces me lo pregunto. ¿Por el sol, por la lluvia, por el viento?".
"Es nuestro único pudor. Lo usamos para taparnos la cara, como las sultanas con velos, para protegernos de las personas que nos miran impúdicamente".
"No es cierto. Debajo de sus alas nos besan con frenesí, o sirven de pantalla".
"¿No tendrían un sombrero de terciopelo?".
"El terciopelo no es para esta época, ¿verdad?. Es muy caluroso. Quiero uno de paja, amarillo. Uno que traiga suerte".
"Tengo uno precioso".
"El ideal sería un sombrero de musgo. Detesto la paja, me raspa el cuello. Tengo alergia".
"¿Dónde encontraré un sombrero?”.
"Vamos, vamos, es tarde. Señora, ¿no podría traerme una palangana pequeñita y un jabón?".
"¿Quiere pasar al cuarto de baño?".
"Estoy demasiado cansada y me siento mal". "Iré a buscar la palangana".
"Se ha ofendido. ¿Por qué le pediste una palangana?".

"Tengo los pies muy sucios. Me los voy a lavar, con su permiso". "Levántate y mira los sombreros. Hay muchos. Alguno te gustará. El de musgo, tal vez".
"Con este sombrero bailaré La muerte del cisne. A los once años mi madre vio bailar a Pawlova La muerte del cisne. Desde ese día sueño con un sombrero de plumas y en la muerte".
"Se ha desmayado".
"No la despertéis, que duerme".
"Se ha transformado en un cisne, un cisne verdadero". "¿Y dónde esta Leda?".
"Yo soy Leda".
"Levántate, cisne, y prepárate para tus próximas muertes". "Los sombreros cambian, cambian como nosotros".
"La gente no tiene educación. Estamos apuradas. Nos embarcamos en el Augustus, el mes que viene. Llegaremos a París en pleno invierno. ¿Tendrán algo práctico y bonito, elegante más bien algo en forma de turbante o de diadema o en forma de cloche?".
"Iré a buscar los sombreros de invierno que están guardados en el depósito. ¿Quieren tomar asiento?. Antes les enseñaré algunos sombreritos que tengo aquí y que pueden servir para el invierno. Harán un viaje muy largo?".
"Estaremos ausentes un año. Esta niña sonaba con París. Tiene algunas amiguitas allá, pero pensamos ir a Italia, naturalmente a Inglaterra".
"Dichosos los que pueden viajar. Yo viajaría siempre de aquí para allá, de allá para aquí, como los ingleses. Conozco Italia, Venecia; ay, Venecia, allí pase todas las lunas de miel".
"A mí me gusta Florencia, con esos museos, con esos palacios; la seda natural, las camisas, las blusas, las corbatas que allí se compran por nada, y los perfumes".
"¿Cómo habrán sido los primeros sombreros del mundo?".
"Eres preciosa y todo te queda bien. El sombrero más antiguo es tal vez de origen griego. ¿Conspiran en esta casa?. ¿Se trata de algún complot?. Tenga cuidado. El sombrero griego es el llamado en latín petasus, sombrero liviano y pequeño, que se sujetaba con un cordón. Era prenda de viaje o de campo, y los romanos lo usaban para el teatro o para saludar. En China, durante el Imperio, el uso de ciertos sombreros tenía carácter oficial obligatorio. Y no sólo las mujeres llevaban estos adornos en los sombreros: Felipe III, en su Pragmática, de 1611, consintió que los hombres pudieran llevar en los sombreros cadenas, cintillos de piezas de oro, aderezos de camafeos o hilos de perlas. ¿Conoce la historia del sombrero de copa?. El sombrero de copa fue inventado en 1782, no, en 1797, por el inglés John Hetherington,

quien fue llevado a los tribunales y multado por haberse presentado en la calle con un tubo de seda, alto y lustroso, sobre la cabeza. La multa fue impuesta porque varias mujeres se desmayaron y algunos niños quedaron heridos entre la muchedumbre que se agolpó para ver pasar a aquel extraño y terrible objeto."
"¡Qué interesante!. Todos los modelitos están a su disposición".
"Éste me gusta. Este de piel de tigre".
"Es un gato. Qué amor".
-Estoy preocupado. ¿No le parece que tendríamos que perseguir a ese hombre, averiguar si ha muerto?.
-Una persona que está por morir trata de olvidar todo lo que es desagradable: delincuencia y policía. ¿No me creyó, verdad?. Cree que ese hombre era mi amante o algo por el estilo. ¡Desengáñese!. Yo iba a suicidarme. Yo tendría que estar muerta en este momento; por milagro, por culpa de ese hombre que entró a matarme, usted está hablando conmigo. ¿Ve ese vaso?. Contiene un poco de veneno. En el momento en que iba a tomar ese veneno entró el hombre y dejé el vaso sobre la mesa. El hombre prometió matarme de una manera que no era dolorosa; con una gillette. Me pidió las llaves de la caja de hierro. Se las di. Al principio creí que no podía abrirla, después advertí que no era eso lo que buscaba. Su furia fingida me inspiró terror e intente envenenarlo. Le ofrecí agua. Él bebió un poquito. Después de abrir la caja de hierro, me anunció que me perdonaba la vida. Protesté inútilmente. Ahora pienso que el hombre tiene siete vidas como los gatos, y me da pena. Me confesó que había incendiado las iglesias, que practicaba o pretendía practicar asesinatos.
-Pero es un hombre peligroso.
-¿Todos los hombres peligrosos están libres y los buenos están presos siempre?. No quiero que nos lleven presos. No quiero aplazar mi muerte. Muéstreme ese revólver.
-Tenga cuidado.
-¡Pero es de juguete! .¿Siempre usa revólver de juguete?.
-No. Sólo cuando me encuentro con usted.
-Parece verdadero. ¿Qué hubiera hecho el hombre si no fuera por ese revólver?.
-Matar a uno de los dos, y si hubiéramos tenido mucha suerte, a los dos. Estaba asustado. El miedo es a veces original.
-Era un hombre cobarde.
-¿Hay que tener miedo a los cobardes?.
-Cuando le hablé de los ratones y de los fantasmas, se estremeció.
-Pero eso no es un síntoma de cobardía. Yo también tengo miedo.
-¿De qué?.

-De muchas cosas.
-Pero diga de qué.
-De estar con usted, por ejemplo, en esta casa.
-¿Le parezco tan terrible?
-Sí.
-¿Entonces podría prometerme una cosa?.
-Cualquier cosa.
-¿Promete matarme?.
-Prometo, a condición de que me cuente toda su vida, sin omitir ningún detalle.
-Contar mi vida a un intruso, no me parece absurdo. En otros momentos de mi vida hubiera buscado a una persona que me fuera simpática o que fuera muy atrayente, pero ahora ¿quiere que le diga la verdad?. Quisiera envilecerme para poder morir tranquila.
-No está muy desprendida de la vida.
-¿En qué lo advierte?.
-Lo advierto en la manera que tiene de jugar con ese anillo.
¿Lo quiere mucho?.
-Lo quiero mucho.
-¿Quién se lo regaló?.
-Nadie. Yo. Los objetos me fascinan.
-Para poder morir hay que desprenderse de ellos. ¿Por qué no me lo da?.
-Nunca se lo daría. Usted tiene un carácter muy violento.
-¿Cómo lo sabe?.
-Por la forma de sus manos.
-¿Se dedica a la quiromancia?. Como le decía, falta mucho para que se desprenda usted del mundo.
-No sabe ni entiende nada. Pero le contaré mi vida, si se le puede llamar vida: hace mucho yo soñaba con el teatro, con escaparme de mi casa. No me separaba del espejo, donde estudiaba mis movimientos de actriz. ¡Por eso tengo una variedad enorme de voces!. Podía imitar la voz de mis tías, de mis amigas. Tenía once años, tal vez no sea la edad más importante, pero para mí lo fue cuando vi a Pablo por primera vez, en San Fernando. Casi me desmayo; fue en casa de Elena Schleider, una persona a quien yo adoraba. Elena era amiga de mi madre y nos invitaba a veranear. Como yo era muy aniñada, todas las visitas me trataban como a una chiquilina. Sin embargo, la actitud de Pablo me parecía diferente. Pablo estudiaba ingeniería, pero se interesaba por la literatura. A veces me leía párrafos de alguna novela que estaba leyendo o se escondía conmigo en la cocina para que no nos vieran las visitas, o buscaba mi pie o mi mano debajo de la mesa, a la hora de las

comidas, para burlarse conmigo de alguno de los invitados. Solía mirarme fijamente, para hipnotizarme. En los días tórridos de enero, a la hora de la siesta, en que todo el mundo se recuesta y se abanica con pantallas, íbamos en bicicleta al río. A veces descansábamos debajo de algún árbol y hablábamos de Elena Schleider. Pablo me pedía que imitara su voz. ¡Cómo cantaban las chicharras!. ¡Y los grillos a la noche!. Ahora, cuando los oigo, me parece que revivo esa época. Pablo me decía:
"Van a ponerte en penitencia".
"No me importa, no me importa y no me importa".
"Hace cuarenta grados y tendrías que estar durmiendo la siesta".
"Ya lo sé. ¿Quién habrá inventado la siesta?. Lo mataría. En cambio, al que inventó los helados lo abrazaría. ¿Quieres probar?". "Detesto el helado de frutilla".
"Yo detesto el helado de limón. Quiero que pruebes el mío." Yo le decía, imitando la voz de Elena:
"¡Hipnotizame!".
"No me faltes al respeto. No le pases la lengua".
"¡Qué estará haciendo Elena!. Estará toda de celeste. Es el color que le gusta. Toda de celeste, debajo del mosquitero durmiendo." "Sus siestas son muy largas".
"A veces sale de su cuarto a las seis y media de la tarde, cuando las visitas terminaron de tomar el té".
"¿La quieres mucho?. ¿Más que a tus tías, verdad?". "A mis tías no las quiero".
"¿Y por qué quieres tanto a Elena?".
"No lo sé. Tiene muchos frasquitos de perfume en su cuarto, y collares y flores y a veces peinetas que parecen caramelo, muchos libros y muchas fotografías. No es como las otras personas. Cuando entro en su cuarto, me deja tocar todo y me regala cosas. No es porque me regale cosas que la quiero. Mis tías también me hacen regalos. Es cuestión de simpatía".
"Más que simpatía. Me parece que la admiras profundamente." "¿Profundamente?. ¡Es cierto!. La admiro. ¿Por qué será que la admiro?. Es como estar enamorada".
"¿Será porque toca bien el piano?".
"La admiro por nada y por todo. Porque está dentro de ella misma como dentro de una casa. Porque no tiene vergüenza. Nunca tiene un barrito en la cara, ni un grano".
"Cuando seas grande serás lo mismo". "No quiero".
"Eres tímida. A tu edad uno se ruboriza por todo".
"No soy tímida. Soy como soy. Yo siempre seré lo mismo". "¡Ya se

terminó!".
"¿Qué se terminó?".
"El helado!. No dura nada." "¿Comerías otros?".
"Cinco más, de todos colores."
"¿De frutillas y de dulce de leche? ¿Quieres que vaya a buscarlas?".
"Haré el sacrificio".
"Cinco de dulce de leche y cinco de frutillas. De todos los colores, salvo de uno del color de la nieve. Ese helado horrible, de limón. Quiero irme a Estados Unidos para comer todo el día helados. No. No te vayas. ¡Hipnotízame!".
"Voy a buscar los helados".
"Prefiero que te quedes. Tengo tantas cosas para decirte". "¿Sólo para comer helados quieres ir a Estados Unidos?".
"En verano, sólo para comer helados. El resto del tiempo, estudiaría teatro. ¡Hipnotízame!".
"Serás una gran actriz." "¿Lo crees?".
"Naturalmente que lo creo".
"¿En qué se ve que voy a ser una gran actriz?". "En tu carita de mono".
"Qué gracioso".
"En la manera de moverte, en la manera que tienes de sentarte o de hablar cuando estás triste o alegre".
"¿Sabes cuándo estoy triste o alegre?".
"Es natural que sí".
"¡Qué feliz soy!. Creía que nadie me comprendía. Elena no me comprende".
"Ahora sabes que alguien te comprende".
"¡No me parecía posible, Pablo!. ¿Piensas que seré algún día una gran actriz?".
"Estoy seguro".
"Cuando le dije a Elena que yo quería ser actriz, me contestó que mamá se opondría. Y fue verdad. No soporta que le hable de teatros ni de actrices".
"Tu madre es muy severa".
"Me odia. ¡Hipnotízame!".
"No digas cosas absurdas".
"Verás si no me odia. Para ella, en primer término, están las ideas morales, y en segundo término, yo. Además, es ciega. Es íntima amiga de Elena".
"¿Qué quieres decir con eso?".
"Que Elena no tiene las mismas ideas morales que mi madre, y que mi madre lo ignora".
"¿Qué sabes?".

"Se lo oí decir a la planchadora y al jardinero". "¡Qué niña esta!".
"La planchadora y el jardinero me quieren mucho. ¿Cuántos días faltan para que termine el verano?. ¡Hipnotízame!". "Ya estás pensando en eso".
"Termina siempre mi alegría ese día. ¿Cuánto falta?". "Tengo que hacer la cuenta. Parte de enero, febrero y parte de marzo. Sesenta días. ¡Qué extraña eres, Cornelia!. Tan aniñada algunas cosas y en otras tan adulta".
"Y tú tan estúpido".
"Gracias".
"Me llaman".
"¿Tu madre no puede comprarte zapatos mejores?".
-Así pasé los primeros años de mi adolescencia: adorando y esperando como una idiota la llegada del verano, de Elena Schleider, de Pablo con los jazmines del cabo, las magnolias y el canto estridente de los pájaros. Durante el invierno los veía esporádicamente. Tardé en darme cuenta de las relaciones que existían entre Elena Schleider y Pablo. Elena Schleider era tan seria que nadie la creía capaz de cometer un adulterio. Además, se parecía al supuesto retrato de Lady Talbot, de Pedro Cristus. En una oportunidad dio lugar a comentarios el que Elena Schleider no quisiera acompañar a su marido en un viaje de negocios por Europa. Se dijo que estaba enferma, pero durante todo aquel verano, sus mejillas relucieron con un color muy vivo, lo que me llevó a pensar que la fiebre embellecía a las personas. Conservé durante un tiempo una horquilla de ella. Recuerdo que me mudaron de cuarto aquel verano, y que Pablo no salía conmigo a la hora de la siesta como acostumbraba hacerlo. En varias oportunidades me dijo que fuera a esperarlo a la sombra de un sauce que quedaba bastante retirado de la casa, a orillas del río. Lo esperaba mirando el agua, con impaciencia. Un día resolví volver a la casa, para reprochar a Pablo su conducta. Cuando llegué a la casa, la puerta de la calle estaba cerrada con llave. Me trepé a un balcón, encontré la puerta del balcón abierta y entré. En puntillas me dirigí al cuarto de Pablo. No había nadie. Después recorrí la casa, cuarto por cuarto, hasta que llegué al de Elena Schleider. Eres lo único que tengo en la vida, susurraba la voz transformada de Elena Schleider. En la penumbra primeramente no vi nada, luego, como la mujer de Barba Azul cuando entró al cuarto prohibido, retrocedí espantada. Pablo y Elena Schleider, como un monstruo mitológico, estaban abrazados, sobre la cama. Hablaban de una cigarrera de oro, en voz baja, como si se confesaran. Era el regalo que Pablo le había hecho a Elena. Salí despavorida al jardín, bajé al río y me escondí entre las plantas.

-¿Por qué no sigue?.
-No sé. Me parece que hablo en vano.
-¡Por favor!.. Me hace olvidar el mundo horrible en que vivimos, las torturas.
-¿Las torturas?.
-Sí. Las torturas. Siga.
-Esa noche me buscaron con linternas y me encontraron tarde, con el vestido roto y despeinada. Dije que un hombre me había violado. Inventé esa historia. Poco después, cuando ya me había desvestido para acostarme, Elena y Pablo entraron en mi cuarto para ver si ya no lloraba.
"Toma un poco de café. Termínalo. Va a hacerte bien", me dijo Elena.
"Por favor, unos tragos más".
"Ahora nos dirás qué sucedió. ¿No puedes decirlo?".
"No nos hagas padecer tanto. Hace una hora que estamos rogándote que nos hables".
"No se lo contaré a nadie. Puedes estar segura".
"Ni yo tampoco. A nadie. Sé razonable. Hablar no cuesta nada". "Fue un hombre, un hombre horrible. Quiso violarme". "Donde aprendiste esa palabra?". "No la aprendí. La conocía".
"Cornelia lee mucho. Además, es una señorita. Siempre te olvidas de la edad que tiene".
"¿Pero qué sucedió?" ."Me rompió el vestido".
"No llores. No llores. Tal vez sea un malentendido. ¿Por qué te fuiste sola de noche?".
"Me perdí. Estaba juntando jazmines en el cerco de un jardín. Se hizo de noche, una noche oscura".
"No volverás a alejarte de casa".
"No, a esas horas no volveré a alejarme".
"Nos asustaste mucho. Me duele la cabeza. Estoy enferma. Eres una inconsciente. Voy a acostarme. Te dejo con Pablo. A él le tienes más confianza. No te aflijas. No pienses. Mañana hablaremos con tranquilidad". "Tengo miedo".
"¿De qué?".
"De que vuelva. Oí pasos en el jardín".
"Espera. Voy a apagar la luz. No hay nadie. Estás nerviosa".
"No".
"Dijiste que la noche estaba oscura. ¿No habrás soñado? Mira el resplandor de la luna, allá arriba".
"No he soñado. Lamento no haber muerto".
"Lo dices para castigarme".
"Lo digo porque lo siento".

"No llores. Eres una chiquilina".
"No estoy bien. Voy a desmayarme".
"Cornelia, Cornelia, contéstame. Voy a llamar a un médico".
"No. Ya estoy mejor. No te muevas. ¿No eres supersticioso?".
"No. ¿Por qué?".
"Oíste el chistido de la lechuza?".
"sí".
"¿Oyes?. Cuando alguien está por morir se oye el chistido de una lechuza". "¿No estaré por morir?. Tengo un pecado mortal."
"¿Qué pecado?".
"No es uno solo!".
"¿Mortales todos?".
"Todos mortales. Iré al infierno. Cuando pienso en el fuego del infierno me da frío".
"No tiembles. Te salvaré del infierno".
"¡No eres Dios para salvarme!".
"Puedo protegerte".
"Nadie puede proteger ni salvar a un pecador".
"Estás arrepentida".
"No estoy arrepentida".
"Estás nerviosa. Voy a darte un calmante. Toma".
"No quiero, y no quiero que nadie me domine".
"Nadie pretende dominarte. No te hagas la nenita".
"Tener once años es peor que ser una esclava".
"¿No eres feliz?. ¿Nunca eres feliz?. Vamos, no te hagas la víctima. Quiero verte sonreír."
"No me comprendes. No podré dormir. Ese hombre, ese hombre horrible".
"No llores. Trata de dormir. Tranquilízate".
"Me tuvo entre sus brazos. El silencio y la oscuridad entraron en mí. Dije la verdad: un hombre me violó aquella noche. ¿Qué piensa?".
-La escucho.
-Al día siguiente, como si nada hubiera sucedido, Elena Schleider y sus huéspedes me llevaron por la tarde al cinematógrafo. Elena Schleider hizo algún comentario sobre mi palidez morbosa, sobre la necesidad de cortarme el pelo y enseñarme a tener mejores modales. La odié como sólo se odia a una persona que uno ha adorado. Entonces concebí mi venganza. Al día siguiente robé la cigarrera de oro y poco tiempo después la vendí para comprar un anillo a Pablo. Tuve que esperar la oportunidad para regalárselo. Elena Schleider había salido para hacer unas compras. Todos los huéspedes jugaban a las barajas, salvo Pablo. Temblando me acerqué a él y le dije:

"Creo que me odias y no puedo seguir viviendo así". "Pero mi hija ¿cómo puedes creerlo?".
"Entonces, si no me odias, te regalaré este anillo que conseguí a costa de muchos sacrificios. ¿Lo usarás?. Contéstame. ¿Me oyes?".
"¿Qué dices?. Perdóname. Estoy estudiando una materia muy difícil".
"Conseguí a costa de muchos sacrificios este anillo de oro y quiero que lo uses. ¿Lo usarás?".
"No podría; de ninguna manera. Nunca usé ni usaré un anillo. Además, es un anillo de compromiso".
"Qué importa que sea un anillo de compromiso".
"Importa mucho. No me gustan los símbolos".
"Si no quieres usarlo en el anular, entonces podrías usarlo en tu llavero".
"Es una tontería. ¿Quién usa anillos en el llavero?. ¿Quieres decirme?. ¡Tienes unas ideas!".
"Te arrepentirás toda tu vida".
"¿Volverás a llorar?. Cornelia, mi paciencia tiene un límite".
"Si no lo usas en tu llavero voy a matarme. Hoy mismo, hoy mismo".
"No grites. Toda la casa va a oírte. Es lo que quieres, ¿verdad?. Dame el anillo. ¿Estas satisfecha?. ¿Comiste dulce? Está sucio".
"No".
"¿Qué quieres que haga ahora?. ¿Que me mate?. ¿Qué pretendes?. ¿Vuelves a llorar?".
"Tengo que decirte algo".
"Dímelo pronto. No me tortures".
"Voy a tener un hijo".
"Lo que me dices sobrepasa mi entendimiento. Estás loca. Estoy loco. Estamos tal vez todos locos. Pero creo que mientes".
"Digo la verdad. Siempre la verdad. ¿Quieres que me vaya?".
"Pablo, ¿no me oías?".
"Estaba estudiando. En esta casa es muy difícil estudiar. Por no decir imposible".
"La vi salir a Cornelia con los ojos rojos de lágrimas. ¿Qué tiene esa niña, puedes decirme?".
"Es niña. Conoces esa desdicha. Tú también lo fuiste".
"Siempre fui feliz. Feliz como los pájaros".
"Hay niñas que sufren a los once años".
"¿Por qué a los once años?. Nunca he entendido esas cosas. Explí-camelas".
"Si no lo sabes, no puedo explicártelo".
"Piensas que no soy sensible, ¿verdad?. Piensas que mi alegría es un poco absurda, un poco fría".

"No digas cosas que no sientes. Sabes que te adoro".
"Cuando estamos rodeados de gente, cambias. Cambias horriblemente".
"No seas pueril. Estás más linda que nunca. Es la primera vez que te veo vestida de amarillo".
"Es el color de los celos, el color de la retama".
"No eres celosa. En tu cuarto, en tu pelo, en tus manos, hay un olor a retama, aun después de que pasó la época de su florecimiento".
"Fui retama en otra reencarnación".
"¿Retama o jazmín?".
"Retama y jazmín".
Me había escondido para escuchar la conversación. Elena Schleider, que me vigilaba, se enteró de todo. Enfurecida, se lo dijo a mis padres, que tenían muchos hijos y son muy religiosos; ante mi impasibilidad, me echaron de la casa. El cuento del hijo fue mentira, pero gracias a esa mentira, mi tía quiso protegerme y me tomó como empleada en su casa de modas, a condición de que no me dedicara al teatro. Elena Schleider amenazó matarme si me encontraba con Pablo. A mi vez, para vengarme, fingí enamorarme de otro muchacho; mi venganza resultó nefasta, pues me enamoré, y Pablo comenzó a perseguirme. ¡Con un automóvil muy lujoso!.
-¿Y todavía está enamorada?.
-No. ¿Usted siempre lleva bigotes?.
-Cuando salgo solamente. Para entrecasa me los quito.
-Quíteselos.
-¿Por qué quiere suicidarse?.
-¿Por qué lleva bigotes postizos?.
-¿Por qué quiere suicidarse?.
-No importa por qué. Ahora tiene que matarme.
-Me ha contado una parte de su vida. ¿Acaso es la más importante?. Falta la otra. ¿No tuvo cinco, seis, siete, ocho, nueve años?. ¿No tuvo viruela o rubeola?. ¿No tuvo miedo de la oscuridad?. ¿No le contaron cuentos?.
-¿Quiere que mi vida se convierta en Las mil y una noches?. Las personas a quienes detestamos son las personas a quienes les hacemos confidencias minuciosas. Frente a ellas no podemos modificar nuestra alma. Siempre están ahí para recordarnos cómo fuimos.
-Me resigno. Para cumplir con mi promesa, usted tiene que cumplir con la suya.
-En este momento no podría seguir. Estoy muerta. Quisiera ir a La Rosa Verde y llevarle de regalo a Cristina el maniquí. Quisiera saber si el hombre ha muerto. Es mi última voluntad.

-Salgamos. ¿Podré pasar por mi casa para buscar el revólver?. Un revólver verdadero.
-¿Usted cree que alguien puede perseguirnos?.
-El revólver es para matarla a usted. Prefiero estar armado. Podría estrangularla o abrirle las venas, pero el revólver es más impersonal. ¿Y esta carta?.
-Es mi carta de despedida.
-Démela. Todo lo que se refiere a su muerte me pertenece.
-Me repugna su manera de proceder.
-¿Por qué besa su imagen?.
-Porque inspira el deseo de besarla.
-¿Y no hay que reprimir los deseos?.
-No. Mi imagen en el espejo es la mejor parte de mí misma. Salgamos. Espero que apague las luces. ¿Pero qué es esa luz que se ve en las persianas?.
-La luz de la luna. Buenos Aires es mi única ciudad desconocida. Siempre es un puerto, al que acabo de llegar.
-Los espejos son muy importantes. Son el alma de una casa. Los espejos romanos eran pequeños y a propósito para tenerlos a mano.
-No me gusta ver mi perfil. Uno es cruel y el otro idiota. Rompería todos los espejos.
-¿Nadie oyó hablar del espejo ardiente o ustorio?. Se le dio ese nombre, en la Edad Media, a un espejo cóncavo o parabólico que recogía todos los rayos del sol en un punto llamado foco, donde el calor era tan grande que quemaba. ¡Qué sabia soy!. ¿No admira mis conocimientos de historia?. ¿Arquímedes no abrazó en Siracusa la flota de Marcelo; y Proclo, ingeniero del emperador Anastasio, no quemó en Constantinopla la flota de Vespasiano, con espejos?. En el santuario de Démeter, en Patras, había una fuente sagrada que alimentaba un estanque, en cuyas aguas, combinadas con un espejo, se hacían adivinaciones.
-Yo también creo en la magia, en los naipes, en la transmisión de pensamientos, en la telepatía humana.
-En un templo situado cerca de Megapolis, dice Pausanias que todo el que se miraba en su espejo se veía a sí mismo muy confusamente o no se veía en absoluto, pero las imágenes de los dioses y sus tronos relumbrantes se veían con claridad. ¡Qué extraña luz rosada entra por la ventana!. Creía que estaba en Megapolis. Creía que era el amanecer. Qué íntimas son las calles, en verano, aunque nos sintamos forasteros. Me olvidaba del maniquí.
-Me olvidaba de los bigotes.
-¿Por qué se disfraza?.
-Para no reconocer a la gente.

-No se nada de ti. Creo que la confianza debe ser recíproca. ¿Por qué no me hablas?. ¿Por qué no me cuentas tu vida?.
-Conozco partes importantes de tu biografía, no lo olvides.
-Los acontecimientos de la vida no forman el carácter de una persona.
-Y la conducta de una persona frente a los acontecimientos ¿no indican el carácter de una persona?.
-De ningún modo. Hay personas muy difíciles de conocer.
-Te conozco. A nadie he conocido tanto. En el fondo quieres ocultarte, ocultar tu verdadera personalidad. ¿Por qué no me cuentas tu sueño de anoche?.
-¿Qué obligación tengo de contarlo?.
-Es natural. ¡Qué púdico!.
-Los hombres son muy púdicos.
-Y las mujeres muy desconfiadas. No creo lo que me dices.
-¿Y para qué voy a mentirte?.
-Para conocerme un poco más de lo que crees que me conoces.
-No te miento. Soñé que me matabas.
-¿Quieres hacerme creer que tuvimos el mismo sueño?. Vamos a ver, te maté ¿Y qué más?.
-Me arrancaste el cuchillo que estaba a punto de clavarte. Mientras te abrazaba me lo clavaste.
-Te comportaste como una vulgar reina, en su vuelo nupcial. ¿Y el negro?. Ese negro que tenía un niño en sus brazos ¿quién era?. ¿Por qué usaba una máscara?.
-Era Claudio. Pero era también el incendiario.
-¿Cuáles serán tus deseos para que hayas tenido ese sueño?.
-Qué absurdo eres. Pensar que pasaba todas las mañanas frente a La Rosa Verde y creí que la calle Esmeralda era una vulgar esmeralda. Cuántos días han transcurrido desde ayer.
-Pensar que pasabas todas las mañanas a mi lado, sin verme, y yo sin verte. ¿Por qué vinimos a este sitio?. Preferiría la misma prisión, con la ventanita pegada al techo, con las pilas de cajas de sombreros.
-No podíamos quedarnos definitivamente allí. Nos hubieran comido los ratones.
-Me reconcilié con los ratones en esta casa. Tenían una manera de mirar tan graciosa como los ratones que obedecían a San Martín de Porres.
-Tengo miedo.
-¿De qué tienes miedo?.
-No sé.
-Estarás nerviosa porque no has dormido. Tienes miedo del hombre. ¿Temes que haya muerto o que no haya muerto?.

-No es eso.
-Tienes miedo de encontrarme con gente.
-No. Temo que Cristina no viva, que nunca haya vivido.
-¿Y ése es un motivo para tener miedo?.
-Sí. Tengo miedo de que Cristina no exista, que haya sido una aparición. Y si ella lo fuera, también tú lo serías.
-Existo. Existes. Existe el beso que nos dimos.
-Jamás nos dimos un beso. Si crees que nos hemos besado, es que has besado a un fantasma.
-Existen las pilas de cajas, existe el depósito de sombreros, existen los adornos y los fieltros.
-Todo parece tan irreal. Tendría que lastimarme para saber si existo.
-No te apresures. Siempre hay algo que nos lastima.
-Pero me refiero a una herida de esas que sangran, a una herida hecha con un cuchillo. Por ejemplo, si tuviera un cuchillo me lastimaría.
-No has dormido. Estás nerviosa.
-No tienes imaginación.
-Pero tengo memoria. Tuvimos el mismo sueño. Mi vida es muy pobre. Si te la contara, no seguirías contándome la tuya. No hay tiempo para tantas confidencias. En las sociedades secretas de indios americanos sólo se admiten adeptos que hayan tenido ciertos y determinados sueños. Sin esos sueños no pueden entrar en esa sociedad. Nosotros tuvimos el mismo sueño...
-Es cierto. ¿No habremos tenido desde que nacimos los mismos sueños?. Cuéntame los tuyos. Habrás soñado mucho antes de conocerme. Yo sueño siempre conmigo. Cuando era muy niña, tenía conversaciones con mi propia imagen. Le hablaba con un millón de voces. De noche soñaba con este espejo; tal vez fuera por influencia de mis lecturas: Alicia en el País de las Maravillas me fascinaba. Dicen que en el momento de morir uno recuerda todos los instantes de la vida. Al disponerme a morir esta noche, reviví frente a este espejo las sensaciones de mi infancia.
-¿No piensas como Stendhal que "el amor es el milagro de la civilización"?.
-¿Todavía tienes ilusiones?.
-Todavía.
-¿Cómo te llamas?.
-Daniel.
-Daniel. Es mi nombre predilecto. En la Historia Sagrada imaginé a Daniel un millón de veces, en la fosa de los leones. Tus ojos son tan claros que me hacen creer en la verdad. Lástima que nos hayamos encontrado el último día.

-¿El último día?.
-Sí, el último día de mi vida.
-A nadie se le ocurriría pensar que acabamos de conocernos y que por eso tendrías que serme totalmente indiferente, como yo te soy totalmente indiferente.
-Si sientes por mí la misma indiferencia que siento por ti, estoy tranquilo. Pero no juegues tanto. No podría hacerte sufrir. Jamás podría hacerte sufrir.
-¿Dejarías todo por mí?.
-Moriría por ti. Y tú ¿vivirías?.
-Hace muy poco que nos conocemos. Y ahora toda esa cuestión del suicidio ¿te parece absurda, verdad?.
-¿Por qué prometiste matarme?.
-Para evitar un suicidio. ¿Quién es Cristina?.
-Es una niña de diez años.
-¿Y qué puede importar una niña de diez años?.
-Es misteriosa, y además tiene diez años, una edad bastante misteriosa. No sabemos qué hace ni sabemos si existe.
-¿Y qué va a hacer esa niña con el maniquí?.
-Le gusta más que una muñeca. ¿Por qué no me dices tus secretos?.
-Te los diré si consientes en vivir. ¿Consientes?.
-¡Cómo voy a consentir en cosas que no me incumben!. Felices los que murieron o vivieron en la época en que no existían los espejos. Nada les impedía quitarse la vida como yo quisiera con este inocente vaso. Vete. Quiero verme a mí misma en el espejo. Lo que más me gustó en el mundo fue el agua: beberla, mirarla, imaginarla. En este vaso la tengo presa, aunque esté mezclada con otra cosa menos pura. Me acercaré a besarte, espejo. Qué fresca, qué incontaminada, qué parecida a nadie eres. Pego mis labios a tus labios como si nadie pudiera separarnos jamás. Todas las fotografías son espejos de lo que fuimos, pero no de lo que somos ni de lo que seremos. Deja que me mire. Soy lo único que no conozco. Voy a beber algo mejor que la vida. Por suerte ya sé todo lo que no soy yo. Me acercaré al espejo. Quiero besarme. Nada me impedirá besarme. Nada me impedirá arrodillarme. Tu boca, espejo, es fresca como el agua. Me da miedo. No existe la distancia que nos separa, ni el frío helado de tu superficie lisa. Voy a morir ahora mismo. Me desvestiré, y quedaré desnuda. Totalmente desnuda. Si alguien se acerca, que se vaya y me deje sola bajo la mirada mía que pronto se terminará. Qué extraño ruido. ¿De dónde proviene?. Lo oigo venir desde arriba, como si algo se estuviera rompiendo. Hace tanto que vengo a esta casa y nunca lo he oído. ¿Los ratones se habrán metido detrás del espejo?. O bien algo se está

despegando en esta mole gigantesca. ¿Por qué te tengo tanto miedo, espejo, si antes no te temía?. Antes me acercaba, ahora me alejo. ¿Me vas a matar?. ¿Te atreverás?. Moriré bajo tus cristales. Me arrodillaré a tus pies. Me taparé la cabeza con mis brazos para no ver caer tu cascada de vidrios. Qué porquería eres. Me buscaré a mí misma en todos tus pedazos: un ojo, una mano, un mechón de pelo, mis pies, mi ombligo, mis rodillas, mi espalda, mi nuca tan querida, nunca podré juntarlos.
-Poca voz me queda. Los que me buscan son las alimañas, los ratones, el polvo. La muerte de una persona no es igual a la muerte de un espejo. No creí tener esta suerte de morir contigo.

Soñadora compulsiva

Había un millón de miradas en mis ojos, por eso pensé que un milagro me había hecho nacer en un lugar de rocas y de mar sin límites. Pensé muchas cosas que no me acercaban a la verdad y ya cansada dejé de mirar y resolví entregarme a la magia sin temor y sin remordimientos. Había un mazo de cartas en nuestra casa; lo tomé y lo oculté bajo mi abrigo. Nunca nadie me vio jugar con naipes, ni me enseñó ningún juego... Trabajaba en casa una mujer que sabía tejer y destejer y que afirmaba que el tejido se parecía íntimamente a la magia, y que cualquier tejido podía llevarme a la adivinación del porvenir, sin dificultad. Acepté la idea y así empezó mi carrera de adivina. Todas las cosas que aquí relato, o casi todas, las soñé antes de vivirlas.
Guardo el mazo de cartas debajo de la alfombra del cuarto. Si mi madre lo encuentra, me pone en penitencia. Yo no hago ningún mal en adivinar las cosas. Los otros días, al salir para la escuela, se me acercó una señora muy bonita con la que soñé y, acariciándome el pelo, me dijo:
-Me han dicho que sos adivina, ¿es verdad?.
-Es verdad, pero mamá no me deja serlo. Dice que el mundo es muy inmoral y que no tengo por qué enterarme de lo que hacen las personas mayores. ¿Por qué voy a enterarme?. Si yo adivino, adivino, y nadie me cuenta nada. En mis sueños descubro todo y los sueños no son pecado.
La señora me miró sonriente.
-Esas son cosas de personas mayores -dijo-. Si vos no fueras la hija de tu mamá, esa señora no te hubiera dicho esas cosas. A lo mejor tiene miedo de que adivines los secretos de su casa o de sus amigas. A mí me parece muy natural. Yo estoy de acuerdo con vos y me parece que vas a ser una persona muy importante, porque van a venir a consultarte de todas partes del mundo. Ahora ¿vas al colegio?.

-Sí. Tengo que apurarme. Son las ocho. -Miré el reloj de pulsera y vi que eran las ocho menos cinco-. -Tengo que correr.
La señora se agachó y me dijo:
-Me llamo Lila. ¿No te olvidarás de mí, verdad?. ¿Te gustan las flores?. Entonces te acordarás de mí cuando pienses en las lilas. ¿Y vos cómo te llamás?.
-Me llamo Luz. Y como usted siempre estará viendo la luz, se acordará de mí, ¿no es cierto?.
La señora me dio un beso y yo salí corriendo. Cuando llegué al colegio, pensé que era tarde. Me disculpé con una mentira. Dije que me había caído y para que pareciera real me até un pañuelo alrededor de la rodilla, como en mis sueños. En cuestiones de historia y de geografía, mi don de adivinación no funcionaba. En matemáticas, tampoco. Yo necesitaba algo humano, apasionado y lleno de complicaciones. Estudiar no me gustaba. Cuando volví a casa, mi madre me esperaba en la puerta. Me pidió que le mostrara los cuadernos.
-Qué desprolija -me dijo-. Nadie dirá que este cuaderno es de una chica de once años. No comprendo por qué no sigues nuestra costumbre de mantener todo en orden.
Yo la oía hablar pensando en otra cosa. Pensaba en la señora que me había tratado tan bien en la calle y que me admiraba por mi sabiduría. Mi madre frunció el ceño y me dijo:
-Si seguís así, voy a tener que ponerte en penitencia. Creés que sos una persona muy importante, a tu edad. ¿No sabés que el orgullo es el peor de los pecados?.
Le contesté:
-¿Por qué va a ser el peor?. La concupiscencia es peor, el coito.
-No hables de cosas que no sabés.
Durante esta conversación, distraídamente, pues soy muy distraída, levanté con la punta del pie la alfombrita de mi cuarto, donde estaban escondidas las barajas. Mi madre miró con espanto.
-¿Por qué tenés encondidas esas barajas?. Son las barajas de tirar a la suerte. Las usan las adivinas. Por algo las has escondido. Vos no das puntada sin nudo.
Me arrodillé para juntar las barajas por donde se asomaba la reina de corazones, igualito que en mis sueños. Mi madre me dijo:
-Dame las barajas inmediatamente.
-No te las puedo dar porque me las prestó una chica del colegio.
-Dámelas inmediatamente.
-¿Quieres que me porte mal con ella?. Le prometí devolvérselas y no dárselas a nadie.
-No me interesan tus promesas. ¿Cómo se llama la chica?.

-Rufina Gómez.
-No me dijiste que esa chica era amiga tuya.
-¿Acaso voy a pedir permiso para tener una amiga?.
-Permiso no, pero ocultarlo tampoco.
-Sépaselo que yo no oculto nada. Si usted no adivina, no es mi culpa. Más buena eras en mi sueño.
-¿Dónde aprendiste a hablar con tanto orgullo?.
-En esta casa. Usted es la única orgullosa.
-Este diálogo ridículo tiene que terminar. Dame las barajas.
Le di las barajas. Son unas barajas muy bonitas. Rufina Gómez casi nunca juega con ellas, ni siquiera aprendió a tirar las cartas. Además, es facilísimo, porque cada carta lleva escrito en francés lo que le va a pasar a la persona que le toca la carta. Uno no sabe nada, en realidad; simplemente baraja varias veces, coloca una por una sobre la mesa y, después de contarlas una por una, va saliendo la carta que pertenece al consultante. Es divertidísimo. Pero ya no podía tener esas cartas y me arreglaría lo mismo con cualquier tipo de cartas. En el fondo, la adivinación es una cosa muy fácil: las personas que te consultan te dicen simplemente lo que les va a pasar, el carácter que tienen, la edad, las enfermedades, los peligros que les amenazan, todo, todo lo sabe el consultante y te lo dice preguntándote: "¿Usted cree que voy a ser desdichada?" o "¿Usted cree que voy a ser muy feliz?" o "¿Usted cree que me voy a enamorar?" o "¿Usted cree que me van a ser infiel?". Todo está ya adivinado. Uno no tiene que hacer ningún esfuerzo.
Aquella noche me acosté perturbada. No por remordimiento, lo confieso. Pensé que mi madre estaba tan alejada de mí que ni siquiera sabía que me había ofendido. Tengo once años. ¿Cómo es posible que se me hable en esta forma?. En esta época en que vivimos, a los niños se los respeta como a los grandes. ¿Con qué derecho me hablaba de esa manera?. Si le digo a mi madre que mi carrera es la adivinación, creo que me insulta. Trataré de decírselo en mi sueño. No sé el tiempo que tardaré en ser una persona respetable, pero creo que esperaré con paciencia. Buscaré un lugar retirado para instalar mi consultorio, y todo el mundo vendrá a pedirme consejos y yo usaré las barajas comunes, para que no digan que lo hago por diversión. Apago la luz. Quiero dormir y no puedo.
No pienso en otra cosa que en el tipo que me habló el otro día en la calle. Antes de verlo personalmente lo vi en un sueño. Era rubio, era alto; pero no era eso lo que me gustaba: era el color de sus ojos azules verdes violetas. Nunca sabré de qué color eran sus ojos. Tal vez si lo supiera no me gustarían tanto; pero también su voz era única, esa

inflexión extraña cuando decía: "Qué tal, cómo te va" o "Querés que te lleve al cine; no, porque sos muy chica. Seguramente no te dejan". Y vos ¿cuántos años tenés?, le pregunté. Contestó: "¿Yo? Diecisiete. ¿Qué te parece?" "A mí, nada. ¿Qué querés que te conteste?".
Después de esta conversación no nos vimos. Tendría que averiguar su nombre. Voy a consultar las cartas. Mezclé las barajas y las extendí sobre la mesa. Mamá había salido. Cerré los ojos: es la manera más segura de adivinar. Cerré los ojos y abrí las manos. ¿Cómo se llamara? pensé, pero ningún nombre venía a mi mente. Traté de soñar. Si esta vez adivino, soy una adivina. Pensé en todos los nombres que existen hasta que llegue a uno solo: Narciso. No es porque me gusta. Ninguno podría contentarme salvo éste. No comprendo por qué. Busqué a mi alrededor todos los nombres hasta encontrar el que buscaba. Finalmente me dejé caer en un sillón y pensé que se llamaba Armindo. ¿Por qué Armindo?. Me di cuenta, no tenía que dudar de mi intuición. Al día siguiente a salir del colegio lo vi venir hacia mí. Me dijo:
-Cuánto tiempo que no te veo. ¿Sabés que te extraño?.
-Armindo, yo no te extraño -le contesté-.
-¿Cómo sabés que me llamo Armindo?.
-Un sueño me lo dijo. Armindo es un nombre común. Cualquiera se llama Armindo.
-Yo no soy cualquiera.
-Yo tampoco.
Nos despedimos sin mirarnos y sin la esperanza de volver a vernos. Yo me encerré en mi cuarto, y mamá me preguntó:
-¿Por qué te encerrás?.
-Porque me gusta estar encerrada. Hay tanta gente en esta casa. Prefiero el silencio absoluto.
-Pero no tenés edad para imponer tus gustos.
-¿Hay una edad?.
-No sé, pero creo que una niña de tu edad no tiene el derecho de hacerlo, de ningún modo.
Me levanté del asiento y corrí fuera del cuarto porque no me interesaba el diálogo. Me asfixiaba. En el colegio las cosas no andaban bien. Le dije a mamá que estudiar no me gustaba y me contestó con la misma insolencia de siempre.
-Seguirás estudiando hasta que te recibas.
Fue aquel día cuando tuve un sueño extraño. Soñé con un perro que me seguía por todas partes. Lo adopté. Era divino, blanco, con manchas negras y me hablaba. Me hablaba de su vida, como una persona grande. Durante el día no hice más que extrañarlo. Hasta que de pronto, como por encanto, en un momento en que alguien dejó la

puerta de la calle abierta, apareció. Se acercó a mí y se acostó a mis pies. Tenía un collar de cuero con clavitos y su nombre escrito en letras doradas: Clavel. "Clavel" le dije, le di un beso, no en la boca porque mi madre no me lo permite, y lo acaricié hasta la hora de dormir. Le preparé una cama con un almohadón y una sábana pequeña.
Mi madre me dijo:
-¿Dónde encontraste este perro?. ¿Alguien te lo regaló?.
-No, mamá. Nadie me lo regaló.
-Entonces... ¿cómo se llama?.
-Clavel -le dije-. Es mío y nunca lo olvidaré.
Esta circunstancia nos unió a mamá y a mí. No nos pelearíamos más. Dejó que el perro durmiera conmigo y es raro imaginar que mi madre empezara a creer en mi poder de adivinación no se por qué misterio y me preguntara, si alguien se enfermaba:
-¿Qué tendrá esa persona?. ¿Qué remedio le daré?.
Yo le aconsejaba remedios raros que había oído nombrar, y ella en seguida los aplicaba con éxito y me agradecía. Un día me presentó a la familia. Yo no sé si era en broma o en serio.
-Aquí les presento a nuestra pequeña adivina. Consúltenla. Ella sabe todo lo que va a suceder.
Fue así como me volví abiertamente adivina y salí unos años después en un diario con Clavel. Anunciada con un titular en letras grandes LA ADIVINA COMPULSIVA. Pero tengo que relatar los vastos experimentos de mi vida. Ustedes saben que yo tenía un pelo muy bonito y enrulado, unos ojos tan misteriosos que todo el mundo que los miraba no los olvidaba nunca.
Mi madre tenía una boutique donde vendía antigüedades inventadas y a veces verdaderas. Trabajé para ella y recuerdo que mis invenciones tuvieron mucha suerte. Un ángel que armé con cartón y plumas de paloma fue muy solicitado. Me respetaban no sólo por adivinadora sino como artista. Ganamos mucha plata. Una familia norteamericana me encargó varios adornos, que formé con mis manos. Inventé barajas para adivinar la suerte y todas fueron especialmente instructivas.
Una tarde, en la boutique, donde ayudaba a mi madre en la venta de objetos, apareció Armindo, como en mis sueños. Se dirigió directamente a mí. De pronto me dijo:
-¿Qué hacés aquí?. Te esperé varios días en la esquina de tu casa pensando que no me habías olvidado. También te esperé a la salida del colegio. ¿Crees que por ser una niña cualquiera puedes permitirte insolencias como las que te permites?. A mí no me gusta tu manera de ser, como no me gustan tu peinado ni tus ojos ni los adornos que llaman antigüedades en la boutique de tu madre. No me gusta nada de

lo que se refiere a vos.
Me acerqué tapándome las orejas. ¿Dónde estaría el encanto que yo le había descubierto el primer día en que lo vi?. Le dije con una voz difícil de reconocer:
-Váyase de aquí inmediatamente -y, viendo que no obedecía mis órdenes, llamé a Clavel y le dije en alemán fass, que significa "chúmbale".
Clavel salió de debajo del piano donde estaba dormido y se abalanzó sobre Armindo. Le mordió un brazo hasta que brotó sangre. Herido por el perro, Armindo salió gritando:
-Me las vas a pagar, puta del diablo.
Salió de la boutique. Nadie quiso intervenir en la ridícula disputa y Clavel volvió a su lugar debajo del piano. Por suerte mi madre no oyó la palabra "puta", que no le gusta. A mí tampoco.
Aquella noche tuve un sueño premonitorio. Dormía en mi cama tranquilamente cuando entró Armindo con el propósito de violarme. ¿Traía un cuchillo en su abrigo?. ¿Yo lo sentía?. Si Clavel le ladraba, Armindo ¿lo iba a matar?. Nada de todo eso sucedió. Mis sueños ya sabían que yo no les obedecía. Armindo se acercó a mi cama, sacó el cuchillo y me lo clavó en el corazón, única manera de matarme; pero no me mató ni sentí dolor. Me reí de él hasta las lágrimas. Cuando desperté, la vida siguió su curso y fue después de muchos días en que la noche no me permitía dormir cuando llegué a la convicción de que Armindo me amaba incontrolablemente y que yo era una adivina que peleaba contra sus sueños.
Soñé que subía al altillo, con una canasta con botellas. La escalera era muy empinada y en la oscuridad perdí pie; fui cayendo del quinto piso, del cuarto piso, del tercer piso, del segundo piso y seguí cayendo, sin pisos ya, en la oscuridad. No era un sueño, era una pesadilla. Al caer sentí ruido del ascensor, los cables se entrechocaban, me envolvían, me destruían. Pensé que nunca me despertaría y me pareció que me encontraba en la iglesia. Cuando desperté, no sabía dónde estaba. Temblando me levanté de la cama. Entonces resolví inflexiblemente ir contra mis sueños.
Nunca subía al altillo. Al día siguiente resolví subir llevando una canasta, como en mis sueños. Subí con cuidado. Llegué arriba aliviada. No me pasó nada. Pocos días después volví a subir con libros, cien libros y revistas. Subí con cuidado, un infinito cuidado. Día tras día subí descalza por la escalera del altillo llevando diferentes cosas y cada vez lo hacía más rápidamente, sintiendo el alivio de desobedecer a mi sueño. Mataba mis sueños. Fui destruyendo mi poder de adivinación para no morir jamás. Clavel me seguía. Armindo vino a buscarme

varias veces en sueños. Después, al despertar, no quise verlo. Soñé que me casaba. El sueño de mi boda quedó fotografiado en las paredes de mi dormitorio. Cerré los ojos. Sólo acepté un vestido precioso que tengo puesto y una pulsera de oro verdadero.
¿Qué adivina tiene la fotografía anticipada de un amado de ojos azules verdes violetas que me sirven de noche de velador?. ¿Qué adivina ha logrado que sus sueños queden fotografiados en las paredes de su dormitorio?. Soy una adivina muy especial, sin duda. Y a pesar de ir contra mis sueños, sigo siendo, pobre de mí, una adivina.
En la escuela me pusieron el sobrenombre de extraterrestre. Mi carácter había cambiado. Ya no me importaba nada. Era muy atrevida y recuerdo que, en los jardines donde había columpios, me lanzaba en el aire como si tuviera alas. Mis sueños comenzaron a cambiar. No soñaba con Armindo ni con mis amigas; todo se parecía a lo que veía en el cine y en el televisor. Pensé que podría inventar una historia que despertara la curiosidad de todo el mundo, pero tenía que vivirla, porque contarla no era bastante.
Fue en aquella época cuando me saqué un premio en los juegos para niñas de los concursos de la televisión y me saqué un pasaje a Bariloche, con patines para patinar en la nieve.
En mi sueño, en cambio, el calor era horrible. Había que bañarse en el agua del Río de Janeiro. No quería vivir aquel sueño. Un conjunto de ropa tejida incluía el premio. Mi madre me regaló una valija muy bonita, que todavía conservo. Ahí puse la ropa de lana, el gorrito y los guantes. La noche del día en que recibí el premio, no pude dormir. Teníamos que tomar el micro de excursión a las siete de la mañana. A las cinco ya estaba lista, pero las otras chicas llegaron tarde y, como yo ya no dependía de mi sueño para guiarme, visité el lugar donde llegan los trenes, en Constitución. Tomé un café muy caliente y, aunque digan que el café pone nerviosas a las personas, me tranquilizó. No me había despedido de mi madre, pero eso no me preocupaba, de modo que, cuando subí al micro, me sentí liviana como un pájaro y tan feliz que todas mis compañeras me envidiaban. "¿Envidiarme? ¿A quién importa que la envidien?". A mí me parecía muy divertido y que formaba parte de mi aventura. Me olvidé de mi casa, del jardín, de todas las flores: iba a conocer otro mundo, mucho más divertido, otras caras. Si los hombres se estuvieran viendo todo el tiempo tal vez nunca llegarían a quererse. Habría que ver todos los días a personas distintas.

Del color de los vidrios

¿Hay algo más terrible que perder algo? ¿Poseer algo? ¿Encontrar lo

que hemos perdido? ¿Volver a poseer lo perdido?. Todo por momentos parece terrible, pero en ese preciso instante se trata de haber perdido lo que menos vale: he perdido un cuento y es tan importante ahora que me hace olvidar todo el resto de cuentos infinitos que he perdido. Perder algo es un poco como tomarse unas vacaciones, siempre que uno olvide la inquietud que produce. Lo más terrible es sentir en nuestra vida, en la que todo parece repetirse, la incapacidad de volver a escribir un cuento que hemos perdido. Lo perdido está inexorablemente perdido porque la luz que entra por la ventana es otra, porque la pena o la dicha de vivir que tenemos es otra, porque la gente que queremos y nos rodea, de pronto es otra y aunque sea la misma, porque la perra que teníamos ha muerto y otra palabra le diríamos para consolarla y el desorden del cuarto en que la miramos es otro, porque el pan que nos traen y la fruta es otra. Pero el cuento también en la memoria se va modificando hasta llegar a ser el mejor cuento del mundo. ¡Con qué nostalgia lo recordamos!. Qué insulsos resultan los cuentos de Las mil y una noches, los policiales de Chesterton, los tan sensibles de Stevenson, los de Dino Buzzati, que no todos me gustan, los de Kafka. ¡No! Los de Kafka nunca dejan de ser los mejores del mundo, podrían competir con cualquier cuento mío perdido en un cofre mágico que acentúa sus virtudes, como algunas fotografías donde éramos mejor de lo que somos, no porque fuéramos más jóvenes, sino porque no habíamos todavía adquirido la mala costumbre de parecernos a nosotros mismos, por inercia, increíblemente, por inercia, aunque haya motivos para creer que es por voluntad propia y por conveniencia, ya que siempre la personalidad está de moda y la seguimos involuntariamente, con cierta malgastada inocencia. Sea dicho de paso: perder las cosas está de moda. ¿Los americanos no han inventado un millón de cosas descartables?. Los platos, las jeringas, los senos, los ojos (o parte de los ojos: el cristalino por ejemplo), las servilletas con su mantel floreado. ¿No será para educarnos que han inventado ese subyugante infierno descartable?. Pero que les toque a los cuentos esa melancólica suerte duele, como duele la extracción del cristalino. Y da la casualidad que mi cuento se titula "El cuento de vidrio” y no de cristal, porque demasiado lujoso es y mi cuento se refiere al vidrio de las botellas y no del cristalino. En una casa bastante abandonada, así empieza el cuento, de noche o a distintas horas del día, se oye entrechocar botellas. Son las botellas que llegan a la casa donde vive Inés, que está de novia y tan enamorada que no se entera de nada de lo que sucede en la casa ni fuera de ella.

Durante un tiempo indeterminado viví en una casa de cuatro pisos construida en la época de los montaplatos, de los mosaicos decorados

con figuras de flores y de plumas, y de los patios con jazmines frescos o marchitos. No diría que es una casa de inquilinato porque en mi familia no se usa la palabra; más bien se usa la palabra petit hotel, o casa amueblada, o algún otro apelativo cariñoso o no, que le corresponde. Yo era "el encargado"; nunca se sabe lo que esta palabra quiere decir, pero representa algo muy importante para mí.

Todo nació de mis celos, que nadie adivina. Yo tenía quince años, y ahí empezaron las ventajas de las desventajas. Aunque sea buen mozo, parezco un viejo. No supo ningún médico dar un diagnóstico adecuado para buscar el modo de corregir mi defecto; tampoco pudo revelar de dónde provenía el mal que me aquejaba. "Aproveche, aproveche, señor", se limitó a decirme con sumo respeto el facultativo. "Mi diagnóstico es senilidad precoz. Busque un trabajo de responsabilidad bien remunerado; tiene quince años y parece de cincuenta o tal vez mucho más. Si en mi bolsillo tengo quince mil pesos y descubro que estos quince mil pesos son más de sesenta, ¡qué alegría!". Y para mí qué tristeza. Fue así como me nombraron encargado de la casa. En verdad que era un trabajo de gran responsabilidad. Si se cometió un robo, "hay que decírselo al encargado"; si hay ratones, "hay que decírselo al encargado"; si se rompe un caño o se comete un crimen, "hay que decírselo al encargado". ¿Y yo a quién se lo decía?. Me lo tragaba. Sufrir es mi especialidad y por eso el amor significa para mí, más que un placer natural, una cura de reposo, porque mi novia es joven, cariñosa, me adora, de modo que a mis preocupaciones responde con "qué importa. Lo importante es el amor". La cuestión es que me preocupé por todo, porque soy, a pesar de la influencia benéfica de mi novia, honesto y observador.

Desde hacía algún tiempo la casa -ejemplo del orden y de la limpieza, gracias a mis cuidados- empezó a llenarse, no digo de ratones: de botellas, algunas con restos de algún líquido, otras vacías. Esto fue un secreto que mantuve sin comunicarlo a nadie porque me parecía la obra de un fantasma y me da vergüenza creer en fantasmas. A decir verdad, al principio no me preocupé demasiado; además, como es difícil conseguir buenas bebidas, juzgué que esa invasión de botellas convendría para conseguir con más facilidad y más economía, con tantos envases vacíos, cualquier bebida. Un hombre corpulento y atrevido las traía y las dejaba en la dependencia de la cocina, pero nunca averigüé quién había mandado a ese hombre con esa carga, y de dónde venía. Las botellas tenían vida propia. Paulatinamente, con sagacidad (diría), invadieron otras partes de la casa, pero, debido a que siempre elegían lugares oscuros, pasaban inadvertidas. De noche empecé a oír el entrechocarse de las botellas que subían por el

ascensor y recibían golpes cuando se abrían y se cerraban las puertas. Esto sucedía en lo más profundo de la noche, cuando la gente dormía. En varias oportunidades me levanté para revisar la cocina y sus dependencias y alguna vez creí ver dos botellas que se movían solas; no lo comenté con mi novia porque temí que me tratara de embustero o de loco. Es cierto que la mandaba con botellas a la calle, sin consideración, para que las sacara de la casa. Admito que era un abuso de confianza. Yo no tenía tiempo de ocuparme de tantas botellas. Las llevaba en una bolsa de fibra y bajaba con el cargamento por el ascensor, pero por cada botella que sacaba le juro que aparecían tres más, como si les hubieran dicho "creced y multiplicaos" y hubieran obedecido inmediatamente. Yo oía a mis vecinos exclamar: "El viejo degenerado anda con una chica; hasta le regala botellas. A qué degeneración ha llegado el mundo con esta libertad sexual".

Mi novia tardó un tiempo en advertir la invasión que azotaba la casa, pero nunca se alarmó ni se disgustó. Nunca pensó que tuvieran la culpa mis celos. Generalmente a medianoche conversábamos en el hall de entrada, al pie de una escalera interior, apartada del lugar donde entraba y salía la gente. Nada me avergonzaba.

Nos tomábamos de la mano y conversábamos en secreto y el tiempo se demoraba y transformábamos cinco minutos enriquecidos de cariño en una larga noche entera.

Un día mi novia quiso que nos viéramos en el sitio donde había más botellas; era un lugar más solitario y tal vez se había propuesto prodigarme, o que yo le prodigara, caricias más atrevidas, pero su natural timidez, unida a la mía, la retenía siempre con algún pretexto y esta vez fue el color delirante de las botellas. La luz que proyectaban era en efecto tan extraordinaria que empecé a reconciliarme con esos objetos. Por haberme sentido culpable durante tantos días de la inesperada aparición de las botellas, cuya proliferación no podía evitar, me había puesto nervioso, casi huraño. Aquel día olvidé el desagrado y me abandoné al placer de contemplarlas. Me sentí feliz de que fueran muchas, y mías, y hermosas.

Concebí, sin saberlo, la idea de utilizar para algún fin esas botellas, cuyos vidrios tenían el color de todos los verdes, desde el verde veronés al verde esmeralda; de todos los amarillos, desde el amarillo limón al amarillo anaranjado; de todos los marrones, desde el más oscuro hasta el ocre más claro. Hice marcos con pedacitos de vidrios rotos, que parecían piedras preciosas; hice vasos con incrustaciones en forma de flores, con diferentes tonos de vidrios; hice una maceta capaz de deslumbrar a cualquiera que no supiera cómo la había hecho; aun hice un barco, que metí adentro de una de las botellas de cuello más

ancho.
-En este mundo ya hay casas de vidrio. No es una novedad -le oí decir a una viejita-.
-No me perturbe, señora. ¡Qué mierda me importa lo que usted ha visto! -Mis nervios me llevaban a hablar de mal modo-.
Poco a poco, insensiblemente, advertí que, al pasar por los terrenos baldíos o por las plazas donde hay amontonamiento de basura, mi novia y yo, como siguiendo un mandato, buscábamos botellas con nuevas formas, nuevos colores, nuevos tamaños, nuevas transparencias.
Un día entré en un negocio, donde había visto en el escaparate una botella de forma y color tan extraños que me vi obligado a comprarla a pesar del precio. Cuando llegué a la casa vi que tenía, atada al cuello, una tarjeta, con un nombre. ¿Sería un nombre?. Leí claramente Kafka. Subí a la azotea para romper la botella. Pensé que a mi novia no le gustaría descubrir ese nombre. Me daba vergüenza que alguien oyera el estampido de un vidrio que me había costado tan caro. Pero el ímpetu de la creación, en un artista inspirado, puede ser cruel. Tomé la botella, la estrellé contra la pared de la azotea, cubierta por una enredadera; del contenido se desprendió un perfume que me gustaría tener en el momento de abrazar a mi novia. En el ojal de mi campera coloqué una ramita empapada en el perfume. El olor se desvaneció en seguida. Debía de ser un perfume falsificado.
Otro día, en una casa de antigüedades, vi unas botellas extrañas, alineadas en un estante, de color caramelo. Una tenía la forma de una mano empuñando un revólver, otra de una señora vestida con una larga túnica, otra de un perro sentado, con las orejas erguidas. Entré a averiguar los precios: eran carísimas. Para pagar la botella que tenía la forma de una mano empuñando un revólver y que resplandecía como si fuera de oro, vendí una cadenita que me había regalado mi mamá. El color de esa mano, tal vez se debiera al agua con anilina que contenía, como los frascos que se usaban antiguamente para decorar los escaparates de las farmacias.
Cuando compré la resplandeciente botella en forma de mano, el vendedor le quitó el agua con anilina; no por eso el vidrio perdió su fulgor. Llegué a la casa como la otra vez, con el paquete entre mis manos: subí corriendo la escalera que llevaba a la azotea, con tan mala suerte que el paquete se me cayó, justo en el momento en que entraba la dueña de casa, que venía a vigilar el estado del establecimiento. El estampido de cristales fue tan evidente, que la dama subió a mi encuentro. Al ver mi perturbación, quiso saber qué había dentro del paquete y tuve que abrirlo. Sólo quedaba intacto el revólver de cristal.

La dama frunció el ceño y preguntó: "¿De dónde proviene este adorno tan valioso?". Le respondí la verdad, pero no llegué a decirle para qué lo había comprado, ni el sacrificio que significó para mí. Hice mal, porque sin duda la dama creyó que lo había robado. "Me parece que este trabajo no es para vos", me dijo mirando los pedazos de cristal como si fueran el símbolo del bochorno de la casa y agregó despreocupadamente: "Hace tiempo que lo vengo pensando. Luego hablaremos. Llámalo a Ramón para que barra los vidrios". Ramón es el peoncito que hace la limpieza. "Yo puedo hacerlo", protesté alarmado, temiendo que pudiera robarme algún pedacito de vidrio. "Atendé a tu trabajo. Gato con guantes no caza ratones". Miré mis manos. Tenía puestos los guantes que me regaló mi novia. ¡En qué podían ofenderla mis manos enguantadas!.

A los pocos días me avisaron por telegrama que quedaba despedido. No lloré; guardé mis lágrimas para otras cosas.

Mi novia llegó esa noche con el boleto de una rifa. Había ganado una casita prefabricada en Berisso. "Nos casaremos", dijo. Nunca la había visto tan resuelta. Protesté: "No puedo, no puedo; me han despachado de mi trabajo". "Podemos", respondió mi novia. "Vamos a vivir en Berisso. Trabajarás con el camión amarillo de mi tía".

Nos casamos sin inconvenientes, pues habían falsificado la fecha de nacimiento de mi cédula de identidad.

De la casa enorme sacamos todas las botellas y chucherías que había fabricado y que llevamos en el camión, con una cama. ¡Qué cama!.

Los vecinos creyeron que llevábamos escombros en las bolsas cargadas de vidrios rotos. Mi voluntad se cumplía.

Nos instalamos en Berisso. Instalarse es una manera de decir, porque sólo disponíamos de la cama. Recibimos regalos: muebles viejos y rotos, que arreglamos pacientemente. De pronto se me ocurrió una idea extraordinaria. Hacer una casa con pedazos de botellas rotas, pedazos de todos los colores y de todas las formas. Trabajé en su construcción desde mis quince a mis treinta años. Vendimos la prefabricada, para comprar más botellas.

Toda la casa es de vidrio por dentro y por fuera; por dentro los muebles, los pisos y los cielos rasos, ventanas y puertas; por fuera todo el frente. A todas horas el público nos verá haciendo todo lo que se hace en la intimidad: arrodillarnos, lavarnos, peinarnos, bañarnos, buscar envases de polvos y de agua de Colonia, barrer, cocinar, remendar, lavar, planchar.

-¡Qué indecentes! -gritan de afuera las voces curiosas-.

Vinieron a ver nuestra obra muchas personas, de todas partes de la República. Las imágenes que veían eran raras. Las rajaduras de los

vidrios deformaban los cuerpos, las posturas, los movimientos. Si besaba la boca de mi novia, para los observadores de afuera, besaba su zapato; si acariciaba su frente, acariciaba una botella; si aspiraba el perfume de su pecho, aspiraba el perfume de un pañuelo, como si llorase. Las rajaduras del vidrio inventaban posturas, las multiplicaban, pero nunca reflejaban la verdad.

Los turistas toman el ómnibus con un guía que les explica la miseria en que hemos vivido durante tantos años hasta construir la casa; la variedad de botellas, aun la marca y el año del agua de Colonia que hemos utilizado. Lo que no sabían era que todo fue obra de mis celos. Para realzarlo, agregué años a nuestro trabajo; pusimos un precio elevado para las entradas y permitimos visitas muy breves. Ganamos dinero.

Tuvimos que colocar cortinas con dibujos especiales, que nos costaron más que el resto de la casa, para que en algún momento del día no nos vieran de afuera, porque somos celosos de nuestra intimidad.

A la puesta de sol, la casa parece construida con piedras preciosas. Quien no la vio no sabe lo que es la belleza. Somos tan felices que a veces nos inquietamos y exclamamos: "¡Qué nos irá a pasar!". Bueno, viene algo, una sorpresa: los hijos que vamos teniendo, todos con ojos del color de los vidrios más preciosos que brillan dentro y fuera de nuestra casa.

No queríamos que fueran tantos, pero si Dios los manda tenemos que aceptarlos; es cierto que no nos dan ningún trabajo porque fascinados por el brillo y el color de los vidrios duermen, o cantan o ríen todo el día. Se lastiman a veces un poquito con la punta de un vidrio, pero el color de la sangre roja sobre el verde o el naranja obra como sortilegio; al verla dejan de llorar inmediatamente.

Nuestra ambición fue hacer una Virgen de Luján en la puerta de entrada, pero el celeste del manto ¿dónde encontrarlo?. Toda dificultad se vence cuando uno cree que va a vencerla, y desde luego encontramos el vidrio de una botella celeste para el manto.

La felicidad, como la desdicha, no tiene límites. Nuestra casa ha adquirido una particularidad fantástica: en nuestra imaginación se desplaza. No depende de nuestra voluntad ni de nuestros proyectos el lugar adonde vamos. Un día estamos en San Isidro, otro en Dolores, otro en Las Flores, otro en Rosario. Tenemos tarjetas postales y fotografías. Todo esto nos da prestigio. Últimamente llegamos a Córdoba, a Mendoza, a Tucumán; salimos de nuestro territorio, visitamos las cataratas del Niágara (se nos llenó la casa de ruidos estruendosos de agua, se nos murieron los canarios rosados), pero comprendimos que estos vuelos eran meros vuelos de ensayo y que

pronto nos encontraríamos en Europa, en África, en Australia, en España, iah, España!, en cualquier parte del mundo. Soñar es irse sin rumbo, sin dificultad.
En nuestra vida las sorpresas continúan. Nuestros hijos se divierten mucho: de pronto se ponen a reír y se tiran al suelo como si fuera el agua, después se elevan como palomas en el aire, lentamente se posan moviendo los brazos. Cuando sean grandes serán bailarines, sin duda, o acróbatas; me apena un poco porque yo esperaba que uno de ellos fuera arquitecto, la otra médica. No se puede hablar de todo con mi mujer, porque ella quisiera que nuestros hijos fueran siempre niños. Aunque parezca mentira a cualquier científico, no sentimos ni frío ni hambre. A veces nos preguntamos si no estaremos soñando. Mis hijos dicen que no, yo digo que sí, mi mujer dice que sí y que no. Pero yo pienso que un sueño no dura tanto, o por lo menos no es tan real. Según mis hijos, estaríamos en el espacio interplanetario. Las provisiones de alimentos que tenemos son interminables: en cuanto las comemos, las fuentes vuelven a llenarse. ¿Por qué será que la dicha y la desdicha inspiran el mismo temor?. Hay puntos en que no estamos de acuerdo con nuestros hijos, por ejemplo: haber preservado la intimidad de nuestros actos; que el mundo no pueda observarnos desde afuera, como un espectáculo cinematográfico, o de televisión o, simplemente, de teatro, por la mera magia del vidrio.

Los libros voladores

Había muchos libros en aquella casa, tantos que nadie pudo contarlos, porque todos los días aparecían nuevos ejemplares que se alojaban en los anaqueles sin que supieran quién los traía ni dónde estarían. Pero de noche los libros seguramente se levantaban, cambiaban de sitio o se juntaban para parecer más numerosos. Entonces yo, con una curiosidad ridícula, resolví mirarlos en la tenue oscuridad, para ver en el silencio si se movían, en cuanto empecé a sospechar. ¿Qué pasaba con esos libros de noche, cuando el sol se acostaba, los sonidos de la calle morían meticulosamente y las hojas, que no eran hojas sino páginas, se movían con rumores de alas y de nidos en los estantes?. A mi hermano le gusta jugar con ellos, pero papá dice que es un pecado y me mira a mí.
Yo tenía cinco años, mi hermano siete, y el resto de la casa eran personas mayores. En lugar de mesitas teníamos libros apilados; en lugar de banquitos, sillones, sofás o sillas, teníamos libros y, en lugar de tener la ropa y los zapatos en los roperos, teníamos libros dentro de los roperos. Todo el mundo cree que somos desordenados y no se

equivocan. Llegó un momento en que ni siquiera la cocina sirvió para cocinar. En una mesa de libros pusieron un calentador para hacer distintos platos, aunque ya el gusto por la cocina se había perdido.
Me contaron que en una oportunidad unos hombres resolvieron asaltar la casa, viéndola de afuera tan linda, pero no pudieron llegar a la cocina, donde creyeron que sería fácil entrar, ya que en el camino varios libros se habían subido los unos sobre los otros, formando una barricada. No podían imaginar otra manera de asaltar una casa tan impenetrable y se fueron diciendo malas palabras con los más horribles puntapiés que propinaron a cuanto libro encontraron: grandes, chicos, de papel de Biblia, de papel de arroz, de papel de diario, de papel de tornasol, de papel de pluma, de estraza, de madera, de tisú, de papel grueso y ordinario para niños. Yo contemplé el desastre cerrando los ojos, pensando qué había retenido de esos libros y tratando de contener las lágrimas, que parecían de papel, ya secas en las mejillas.
Fue entonces cuando nuestros padres resolvieron que nos mudáramos de casa y nos instalamos en un departamento, con jardín. Porque éramos ambiciosos regalamos los libros para una biblioteca que llevaría nuestro nombre. Pero todo era un engaño para entusiasmarnos.
Dormí tranquilamente la primera y la segunda noche en la nueva casa. Habían comprado algunos libros lindos, llenos de figuras, un diccionario en ocho volúmenes, muy raro, con árboles y flores, y animales de todos los colores y de todas las razas. Yo pensaba que esos libros no ocuparían lugar. Entonces me dediqué a mirarlos con mayor interés. No salía a pasear, ni iba al cine para mirarlos, para imaginar qué pensarían al ver cómo yo los colocaba en los desvanes de la casa, en los lugares más solitarios y vacíos. ¿Dónde estarían los libros pornográficos?. Eso me preocupaba un poco.
El tiempo fue pasando. Yo apenas lo sentí. Cómo podía imaginar que en tan poco tiempo se acumularía un mundo de libros, todos idénticos a los anteriores, con las mismas tapas, las mismas primeras hojas, las mismas enormes, resignadas apariencias. No podía creer que el tiempo, tan ingenioso, hubiera pasado y que me viera preso en un mundo idéntico al anterior y acorralado de nuevo en una desordenada biblioteca. Siempre hay que temer las ocurrencias del tiempo. Desde mi nacimiento lo sentí. Vi plantas, almohadones, lámparas verdes que en la otra casa no había. Vi un cupido de mármol, con sombrero de paja, luchando contra el viento, con los pies desnudos, pero los mismos libros grises, azules, colorados, violetas estaban. ¡Yo no sé qué decir de este milagro! ¿Cómo pasó el tiempo?. El tiempo pasa sin hacerse ver, me dijo mi tía; sólo deja líneas en la cara y pelo blanco en la cabeza. Habría que nombrar detectives no sólo para los crímenes, sino para

muchas otras cosas: para vigilar a los médicos y a sus enfermos, para vigilar el tiempo y a sus víctimas, para vigilar la vida clandestina de los libros. Yo no sirvo para vigilar el movimiento de cosas tan precisas. ¿Quién dirá que estos libros quieren vivir?. A mí me están matando. La vida está en ellos. Parece que vivieran, como si todo fuera a redimirlos.
La casa ya tiene muebles hechos con libros: una repisa, una ensaladera de libros, un reclinatorio de libros, una cama de libros. Ya progresó el mundo, desaparecen los colores; la luz intensa del amanecer no es la misma. Tengo en mis manos un libro. Tiene voces, no tiene letras. Nunca se me ocurrió quedarme en éxtasis oyéndolas. ¿Moriré porque los libros de pronto hablan sólo de muertes o de crímenes?. A veces escucho las voces de dos libros que se mezclaron. Son voces angélicas: una es la voz de un Narciso, me dijo un amigo, que abraza el agua, toda la largura del agua; era un loco, se enamoraba de sí mismo; otra, la voz contraria de san Gabriel, que abraza el mundo. Y creo que podré vivir, pero no sé si es verdad o si será verdad.
Lo más incongruente o dramático de todo fue cuando los libros se unieron. Me llamaba la atención la posición que adoptaron algunos. No se separaban. A cualquier hora estaban juntos. Recuerdo que aparecieron unos libros chiquitos, tan chiquitos que eran ilegibles. Estaban Baudelaire, Rimbaud, Racine, Verlaine y algunos pensamientos de Pascal. Inmediatamente imaginé que eran los hijos de nuestros libros, sin descartar la idea de la copulación, tan importante. Traté de reunir algún libro y mezclarlo con el que tenía al lado, pero era muy largo de hacer y además resultaba casi imposible. Sin embargo, traté de olvidar esta idea absurda que se me había ocurrido. ¿Realmente los libros copulaban o se me había ocurrido a mí dentro de todos los argumentos que siempre me perseguían?. Fue entonces cuando mi padre buscó a un psicoanalista para que me analizara. Yo tendría siete años, la idea le parecía demasiado inocente y complicada, casi peligrosa. Mezclé a escritores de diferentes épocas o edades; resultaron muy pintorescos, pero nunca salió un recién nacido de estas mezcolanzas, ni nada que pudiera parecerse a la realidad. Tuve que admitir que me había equivocado y renunciar a mi fantasía. ¡Yo era demasiado chico!.
Un día el cielo se lleno de nubes y la casa estaba a oscuras. Iluminados por relámpagos los libros no cesaban de aumentar; hablaban, discutían con fervor, con esa tremenda voz que tienen las personas cuando se enojan. No puedo decir que tuve miedo. No podía sentir miedo ante semejante disparate. ¿Estaría soñando?. Nunca siento que sueño cuando ocurre algo anómalo. Siento que me he vuelto loco o que el mundo ya no es el mismo y me someto a cualquier tipo de resignación

o de fervor. Vi que los libros se movían, que la agitación era profunda como en las manifestaciones políticas. Comprendí que algo terrible sucedía. Me acerqué a dos libros que estaban moviendo las primeras páginas con pasión. Hablaban de suicidio colectivo. Se acercaban a las ventanas más altas de la casa. Sin mirar por dónde avanzaban, tropezaban con las sillas, de donde caían libros tras libros, y finalmente retomaban sus verdaderas posiciones, volviendo a los anaqueles. Entonces, muy entrada ya la noche, empezaron a caer de los balcones los libros, tan infinitos que nadie podía contarlos. Yo trataba de salvarlos, en vano. Miles y miles cayeron, grandes y chicos, con tapas gruesas y blandas. Me asomé a mirarlos desde arriba. De pronto sentí que morían. Montones de libros en el suelo, sobre flores caídas, sobre el barro, en todas partes, hasta que el último que vi comenzó a volar como un extraño pájaro, y así uno tras otro, hasta que el cielo se cubrió de una extraña nube. Bajé a la calle. El pueblo se había reunido para ver la nube de libros voladores. Vieron también otro montón de libros sin alas, en el suelo, y eran tal vez más numerosos que los anteriores, como aquellos que volaban con tanto alborozo. Alguien preguntó:
-¿Y estos libros?.
-Son los libros que nadie supo escribir.
-¿Alguien pudo leerlos?.
-Nadie supo leerlos. Fue como si empezaran a leer. Por eso los quemaron. Hicieron grandes fogatas de libros.
-¿Por qué no sabían escribir aquellos que los escribieron?.
-No sabían lo que era un adjetivo ni un verbo ni un pronombre.
-Pero algo tenían que decir.
-Eso no bastaba. Tenían que escribirlo de un modo lógico, de un modo claro, de un modo perfecto. Todo había cambiado; los buenos libros no servían. Lo atribuyeron a causas políticas. Servían como cajas de bombones cuando venían las polillas, ¿cómo matarlas sin matar los libros?.
-¿Es tan difícil escribir? ¿Más difícil que vivir?.
-Menos arduo pero más difícil.
-¿Más divertido? ¿Menos real? ¿Menos cierto?.
-Hay que conformarse. Vamos a ver qué hacemos con los libros que quedan, porque ya la casa vuelve a llenarse de libros. No son perros, no basta decirles "fuera de aquí". Nunca se van ni se irán. ¿Acaso se acostumbraron?.
Pero ahora existe la televisión. Nuestra casa se llenó de cassettes. ¡Es lo único que faltaba!. Yo defiendo los libros hasta la muerte. Dejaré de ser chico, seré grande y llevaré bajo el brazo un libro. ¡Es tan decorativo! ¡Tan cómodo!. Si alguien me pregunta ¿qué hacés?,

contesto: Estoy leyendo. ¿Tenés los ojos bajo el brazo?. Idiota.

Jardín de infierno

Il existe un grand mystére: l'homme sait
ce qu'est le bonheur, pourquoi va-t-il
dans le sens opposé?

Se llama Bárbara. No comprendo por qué me casé. ¿Por conveniencia?. De ningún modo. ¿Por amor?. No necesitaba. Por aspirar a una vida más tranquila, tampoco. Y ahora es tarde para arrepentirme. Me adora, se preocupa por mí. Me da todos los gustos; naturalmente que esta agradable situación tiene sus límites. Suele ausentarse muchas veces y cada vez que se va de viaje me hago estas mismas preguntas, para llegar a ninguna conclusión. Este enorme castillo solitario me asusta y se llena, cuando me quedo solo, de ruidos. Las angostas y altas ventanas dejan entrar un poco de luz sobre mis libros de estudio. Ya la filosofía no me interesa como antes, pero tendré que seguir estudiando, recibirme para independizarme un poco de la vida conyugal. Estudiar se vuelve difícil cuando uno está preocupado por algo. Ni un poeta ni un pintor puede realizar su obra en el estado de inquietud en que me encuentro; menos puede un estudiante de filosofía prestar atención a un texto incorrectamente insulso. Tengo que estudiar continuamente; las letras del libro bailan. Oigo el paso de mi mujer, que sube las escaleras para despedirse. Se me acerca y me acaricia el pelo. "Qué pelo irreductible tenés, lo peino de un lado y se va para el otro. Mírame. Aquí te dejo las llaves de la casa. Ésta es la del sótano, ésta la de la bohardilla donde están los dibujos, ésta la del cuarto de roperos, ésta la de la despensa, ésta la del cuarto de plancha y esta chiquitita, mirala bien, la del cuarto que está junto al jardín de invierno, que llamo, no sé por qué, jardín de infierno. No entres en este cuarto; no abras la puerta por nada, aunque te parezca, cuando llueve, que hay goteras o un incendio. Este cuarto te está vedado y darte su llave demuestra la confianza que te tengo". Al decir estas palabras la besé largamente. Recogió su maleta y se fue. En vano quise acompañarla hasta la puerta. Quedó, como siempre quedaba en circunstancias parecidas, preguntándose por qué su mujer se había casado tantas veces. Dio una vuelta por los largos corredores del palacio buscando indicios de ese mundo anterior a su llegada, que desconocía. Buscaba fotografías de jóvenes que correspondieran en edad a la edad de su mujer. Encontró una que lo llenó de celos: un joven tan hermoso que ni en un retrato pintado por Rafael habría encontrado su igual. Lo que antes le resultaba

soportable empezó a dolerle de manera violenta. En su mano le quemaba la llavecita secreta, a tal punto que tuvo que ponerse compresas de óleo calcáreo. Cuando llegó la dueña de casa, inmediatamente le pidió las llaves antes de quitarse el abrigo y de dejar su maleta. Temblando entregó las llaves.
-¿Por qué tiemblas? -inquirió ella-.
-Porque tengo frío.
-¿Frío? ¿No estamos en verano? –contestó-.
-Llevaste un abrigo, por algo sería.
Miró las llaves una por una, como buscando la respuesta.
-¡Qué extraño sos!.
Se fueron a comer y después a dormir. Al día siguiente volvieron a despedirse de igual modo. Las escenas se repiten. Volvió el manojo de llaves a las mano del marido. Volvieron a darle las mismas instrucciones Volvió a despedirse. Ella volvió del viaje con la misma prisa; con la misma perturbación tomó las llaves.
En un lugar del castillo, que parecía siempre tan desierto, había un cuarto cerrado con llave, llave que estaba en el llavero consuetudinario. El hecho de que ese único cuarto estuviera cerrado empezó a preocuparle gravemente. De noche salía al jardín a pesar de los perros feroces, que ladraban por la insólita hora en que salía. Examinó una por una las persianas para ver si había luz. Le pareció ver un resplandor en una de ellas. Por este motivo preguntó a su mujer, en un momento propicio:
-Bárbara, ¿alguien más vive en esta casa o castillo, como quieras llamarlo?.
-Qué pregunta indiscreta.
-Vi una luz indiscreta la otra noche en la ventana.
-¿Qué hacía usted a esa hora indiscreta en el jardín?.
-Miraba la noche. Buscaba mis estrellas predilectas. En una palabra, paseaba.
-Más bien dicho, espiaba.
-¿Quiere ser antipática conmigo?.
-De ninguna manera podría hacerlo.
-Qué fe se tiene.
-Pues ese cuarto tiene una luz constante que lo ilumina. Nadie vive en él.
-Me alegro.
-¿Por qué se alegra?
-Que contestación infantil la suya.
-No todos podemos ser tan maduros como usted.
-¿Por qué se casó usted conmigo?. No conviene alojar maridos en un

solo castillo y de un modo tan incómodo.
-Me dijo que por amor usted haría cualquier cosa por mí, dormir en el suelo o en el aire.
-Es cierto, pero quiero tener yo solo esos privilegios, pues soy exclusivo. De otro modo la mato o me mato.
-Por mí se puede matar.
-¿Este castillo me pertenece?.
-Naturalmente. También yo, también el perro.
-¿También la persona que vive en el cuarto cerrado?.
-Atilio Flores se llamaba. No era como los otros. Murió. Vivía en ese cuarto que conserva su recuerdo.
-Su fortuna, dirá.
-La fortuna más grande que yo he conocido: este castillo, este mundo, este amor.
-¿Y me dirá por qué no puedo entrar en ese cuarto?.
-Porque ahí están almacenados todos los tesoros, que te destina la suerte, pues me he enamorado de vos, y ésa es mi única felicidad, felicidad que tengo que agradecerte de un modo material, porque en tus ojos veo brillar la codicia; pero no me desencanta porque te admiro y te considero el hombre más hermoso del mundo.
Un día, con más tardanza que de costumbre, recorrió el palacio de punta a punta. Buscaba indudablemente aquel retrato que iba a revelar el secreto que le corroía. Por último, después de observar las llaves, tomo la más chiquita y, en un arranque de furor, corrió hasta la puerta prohibida. Con suma dificultad pudo introducir la llavecita en la cerradura. Dio un suspiro de alivio al sentir que la llave no giraba correctamente. Tuvo, por un minuto, la esperanza de no poder abrir jamás la puerta. Pero esta sensación duró poco. La curiosidad lo instigó a probar de nuevo y esta vez con éxito. Dos vueltas dio la llave. Abrió la puerta. En la oscuridad no vio al principio nada, luego seis cuerpos de varones colgados del cielo raso. Temblaba tanto que de la mano se le cayó la llave, que se manchó de rojo. A partir de ese momento trato de quitarle la mancha a la llave. Fue imposible. Ni arena ni querosén, ni nafta pudo limpiarla.
Se oyó el coche que traía a la mujer. Ella entró como siempre y, con el mismo ímpetu, pidió las llaves. Pero su marido no estaba. Alarmada, fue al cuarto, donde las encontró. Abrió la puerta. En un papelito pegado a la pared pudo leer: "Aquí estoy. Colgado entre otros jóvenes. Prefiero esta compañía. Tu último marido".

El piano incendiado

Empecé por las fotografías: eran de 1950. Las miré con horror, luego me conmovieron y llegué a ver a niños vestidos de blanco, con los delantales recién planchados, en un teatro de posturas y movimientos. Miré mi cara. Lo que más me gustó fueron los ojos. Tenían un color indefinido, azul, verde, violeta. No puedo explayarme sobre el color de los ojos. Los ojos son lo mejor que tenemos, pero el color desaparecía en esa foto borrosa. Qué lindos ojos tenía entonces. Ahora se nota el tiempo, que arrugó los contornos de los párpados y dejó el resto casi borrado. La foto de mi abuela, tan famosa por su belleza, no tenía belleza alguna para mi gusto. Un vestido largo, que parecía un batón, la cubría hasta los pies. El pelo, aparentemente rubio, trenzado, no la favorecía. Pobre, cómo se enojaría si supiera que no me gusta este retrato. La foto de papá era horrible, con esas manchas de humedad que lo afeaban; la de mamá, en cambio, era tan preciosa que durante media hora la miré atentamente, sin sacar los ojos de encima. Estaba acodada al balcón, sola, como si no existiera otra persona que la quisiera; los ojos tristes, la boca entreabierta, mirando más allá de donde es posible mirar. A medida que iba buscando nuevas fotografías y que se alegraba el tiempo con polleras más cortas y pequeñas travesuras en los tablones de las faldas, surgió de pronto Herminia, con ese rostro que no dejaba saber si era buena o mala o simplemente distraída. Nada en el rostro anticipaba la tristeza profunda que me trajo a lo largo de los años. Pensé que era (como siempre pensé) perversa, pero no por su culpa, sino por la culpa terrible del tiempo que va deformando lo bueno y caricaturizando lo malo. Qué triste mundo nos unía y nos desunía. Qué haría yo para alejarme de su lado, sino los subterfugios que Dios me ofrecía. Dediqué toda mi vida a quererla, sin pedirle nada, ni siquiera el amor que no era amor sino atención, atención por tal cosa o tal otra; y así fue cómo llegamos a una situación despareja, en que ella reinaba sobre mí, porque, debo confesarlo, yo la odiaba. Poco a poco advertí que la odiaba. No podía soportar que me tocara para pedirme un vaso de agua o un terrón de azúcar; tampoco que me agradeciera por haberlos traído. El odio subió en mí con su efervescencia, hasta el día en que Herminia (tal vez por ser mayor que yo) se unió a una gente en un rincón de la casa donde había un piano negro, de cola. Que un piano sea maligno no parece posible; el nuestro, en ese momento, lo fue. En una mesa de vidrio había miles de vasos de distintas bebidas. Lo primero que pensé fue cuál sería más inflamable. ¿Por qué pensé eso?.

Herminia, con desenvoltura, se sentó frente al piano. Salieron los

acordes más armoniosos que oí en mi vida. Herminia, en vez de mirar el piano, miraba a un joven a los ojos como si fuera la música. Entonces, sin saber lo que hacía, me acerqué y le dije:
-Si sigues tocando el piano, lo incendio.
No parecieron oír mi voz. Apoyado en el piano, el joven escuchaba con atención. Tan rápida como silenciosa, fui al antecomedor y busqué una tela y un frasco de alcohol, algo para incendiar el piano. ¿Para qué hice esto?. En el momento más íntimo, sin que nadie me viera, pensé colocar dentro del piano, que tenía la tapa abierta, la tela empapada en alcohol. Pensé incendiarla y esperar. Pero ahí estaban los vasos, las bebidas. Dejé caer el alcohol de algunos vasos, rocié el piano. No tardó en arder, pero nadie lo notó. Estaban entregados al deseo de oír. Por último alguien gritó:
-Se incendió algo en este cuarto. ¿No sienten olor a quemado?.
Nos asomamos para mirar el piano y vimos llamas altísimas. Herminia y el joven se asomaron al balcón, abrieron todas las ventanas, buscaron un balde con agua. Todo fue inútil. El piano se quemaba. Yo me tiré al suelo y recé. Nadie me miraba, porque miraban el fuego. El fuego ardía menos que yo. Entonces sucedió lo increíble. Herminia se arrodilló a mi lado y me dijo:
-¿Te das cuenta?. Toqué el piano con tanta pasión que se incendiaron las notas.
Advertí que el joven la tenía de la mano. Mi odio creció, como crecen las plantas cuando han estado mucho tiempo sin agua y se les da de beber.
Cuando se apagó el fuego (costó mucho trabajo apagarlo) quedaron unas pocas notas que todavía sonaban, como si fuera en un sueño.
Durante algún tiempo se habló del piano misterioso. Nadie pensó que alguien lo había incendiado. Bastaba imaginar el resto, y muchos lo imaginaban: la colilla de un cigarrillo, un fósforo encendido, cualquier cosa. ¿No se incendian los campos enteros sin que nadie sepa por qué?. Yo prefiero no imaginar nada y dejar que la gente siga suponiendo cosas realmente absurdas. ¿Qué era lo que el piano tocaba y que podía por sus propios medios incendiar?. Todo era Brahms, los valses de Brahms. Nunca sabré cuál era, aunque podría hasta cantarlo, pero si lo canto alguien me contesta: "Esto no es de Brahms" y, si lo canto a otra persona, dice que es Schumann o Grieg, pero yo sigo con mi música dentro de mi oído, sin poder saber si es ésa o si cantando desafino tanto que la gente no la reconoce. Qué bueno sería reproducirla y que alguien me dijera: "Mirá, aquí la tengo, no busques más", sin saber que las notas se fueron en el fuego para siempre. Recordé sin embargo las canciones serias, profundas, que duelen. Creo que nadie olvida ni el

aire dula voz que las canta ni el acompañamiento solo, triste, en el piano. Creo que se trata de dos obras: una la voz, otra la voz del piano, que la acompaña. Si alguien siente la gran tristeza de estas canciones sin resucitar, no siente el valor de la música. Hay algo en el dolor tan idéntico al más gran goce que sólo un músico puede apreciar, y por eso, cuando me piden de contar toda la historia del piano incendiado, la cuento a mi modo. No fui yo quien lo incendió, fue él mismo el que produjo fuego con sus acordes, y me dejó un recuerdo tan lleno de amor que sólo así puedo contarlo de un modo más real y más íntimo, más penetrante, ya que no puedo recurrir a la misma obra, pues perdí su título, su partitura, todo lo que permitiría demostrar su grandeza, su inimitable perfección. Pienso que a veces sólo con música puedo descubrirlo, sin saber de qué autor es la melodía que recuerdo. Probablemente le cambio el tono y la voz y siempre vuelvo a interpretar la auténtica melodía, dando con la verdadera luz que la ilustra. No creo que el amor a la música sea único, como tal vez no creo que la pintura de un cuadro se parezca a la de otro. En el mundo de un cuadro o de una música, de ese mundo visual surge la faz del amor en una resolución perfecta que da un goce inasible, como la luz que sale de una composición lograda. Yo quisiera morir un día de la perfección de un cuadro o de una música o de un poema.

La máscara

Soy como un árbol sin belleza, pensaba; las marcas que dejó el tiempo se borran, pero peores son las marcas de las marcas. Hay hojas en este árbol que podrían ser preciosas, pero quién descubre belleza cuando descifrarla lleva paciencia y tiempo, tanto tiempo que se empeora el mal. Soy un mero disfraz de mí misma. Si algún crimen cometí, ¿estaré pagándolo?.

Existía en una vieja casa un armario con innumerables antifaces, caretas, dominós, vestidos con capuchón de raso que inundaban los estantes. Había un vestido largo, amarillo de un lado y negro del otro; brillaba; era mi preferido; pero a mí me tocaba siempre, para carnaval, el disfraz de diablo, que no me gustaba; o el de holandesa, demasiado abrigado; o el de manola, demasiado lujoso.

Todos los años aparecía algún nuevo disfraz en el armario; disfraces nacidos de un almohadón o de una cortina que servirían de manto o de falda, pero yo nunca conseguía el amarillo de un lado y el negro del otro; era para personas grandes y yo era chica. En alguna oportunidad se habló de achicarlo para mi talle, pero se retractaron diciendo que sería un crimen, puesto que era de seda natural.

-¡De seda natural, ya ni los ángeles se visten! Alguien dijo:
-Guárdenlo para una fiesta.
Y la fiesta un día tuvo lugar en el salón de un hotel, pero no me disfrazaron con el célebre dominó negro y amarillo, sino con el vestido de holandesa: un auténtico traje de aldeana. Las trenzas de lana que me pusieron y la falda abrigada y la cofia y el delantal, todo era de lana, salvo la careta, que era de sultana. Era verano y me moría de calor. "No se divierte esta chica", dijo alguien, al ver mi inmovilidad. Se estaba derritiendo mi careta. Me miré en un espejo. No me reconocí. En vano cambié la posición de la careta sobre mi cara: a la altura de la boca, para poder tirar la lengua, quedaron los ojos, para ver mejor. La máscara impávida no condescendía a obedecerme y seguía mirándome sin verme, con sus ojos ocultos. Las mejillas palidecían, el dibujo de los párpados también. Debajo del cartón, el sudor cayó de mi frente a mis ojos, prorrumpiendo casi en llanto, pero nadie veía lo que pasaba detrás de ese cartón, duro e interminable como la máscara de hierro. Poco a poco la careta embelleció un poco; la miré de nuevo en el espejo, creyendo que el cambio se debía a que entonces me miraba en un espejo diferente. Pensé que habría obrado la magia. Me acerqué hasta tocarlo, lo sentí frío sobre mi frente, tierno de pronto como un abrazo. La humedad del sudor me refrescó. Sentí renacer el triunfo de una pequeñísima belleza en aquella máscara extraña, porque se había humanizado. Nunca fui tan linda, salvo algún día de extraordinaria felicidad en que tuve una cara idéntica a otra cara que me gustaba.

Con pasión

Hasta después de su pubertad, nadie advirtió la pasión que la dominaba: el deseo de inspirar compasión. Y ese deseo era tan fuerte en ella que contrajo varias enfermedades voluntariamente y consiguió verse abocada a situaciones que correspondían a una suerte de enfermedad para despertar la más profunda compasión en el prójimo. Haré después una síntesis de los actos que me hicieron descubrir el fondo de sus móviles.
Fue así cómo me enamoré de ella: estaba en una playa veraneando por azar y la vecindad de su carpa me permitió no sólo conversar con ella, compartir sus baños, sino alcanzarle la toalla para que se secara el pelo, el espejo para que se peinara, convidarla con un sándwich y sacarle una fotografía completamente desnuda entre los tamariscos. Una tarde muy luminosa, en que los bañistas podían bañarse de noche, llegó despeinada y maltrecha, con sangre en los labios, a decirme que cinco jóvenes la habían violado entre los tamariscos. Quise consolarla.

Me tuvo rencor por el hecho de haberla fotografiado desnuda, porque, aunque estuviera de moda la desnudez, los jóvenes no estaban habituados todavía a esas licencias y el hecho de verla desnuda había incitado a estos cinco a violarla. Lloró tanto que tuve que acompañarla al oculista al día siguiente.
-Nadie va a querer casarse conmigo -musitaba entre sus sollozos-.
-¿Pero eres virgen? -me atreví a preguntarle-.
-Aunque lo repruebes -me contestó redoblando su llanto-.
-Pero hoy día no tiene importancia la virginidad -le dije-, además podrías conseguirla fácilmente con el auspicio de un ginecólogo.
-Nunca engañaría a un hombre al que amo -me contestó-.
Me enamoré de ella porque su belleza era tan imperiosa que no pude resistir a sus encantos. Por incomprensibles que fueran sus sentimientos y sus palabras: ahí estaban sus ojos verdes, ahí estaba su boca, ahí estaba su perfil de ángel, ahí estaban sus manos sensibles, ahí estaba su oreja para no desmentirlos. ¿Algún día seré feliz con ella?, me preguntaba. ¿Tendremos hijos, viviremos en una casa con un jardín?. Era una mujer rica, vivía en una casa lujosa, pero nunca pensé en su fortuna al imaginarme casado con ella; ni el interés de mejorar mi posición social tuvo preponderancia en mis deseos de casarme con ella. Soy pobre, pero no envidio a la gente que vive con más comodidades que yo. Mudarme de mi pobreza me arredraba cuando logré estar a punto de casarme. Duermo con un perro, ella no lo querría; tengo un canario, ella no lo toleraría; como cebolla cruda, le daría asco; soy desordenado, me reprendería amargamente; me gusta usar una camisa azul, que parece siempre la misma, ella me haría cambiar, usar una rosada; no uso corbata ni para ir al cine, me impondría la corbata; me corto el pelo una vez al mes, por ella tendría que hacerlo cuatro veces al mes. "Sos un cochino", me dijo en cierta ocasión cuando comía salchichón. No comer salchichón me parece imposible.
Mejor no casarse cuando uno no tiene los mismos gustos, total se vive el amor con igual pasión casado o soltero, cuando la amada se entrega a uno.
A través de largas entrevistas, en que lo más importante eran las despedidas, fui conociéndola. No olvido la tarde de carnaval en que se disfrazó de campesina holandesa. El traje era sumamente abrigado, de paño lenci, con tres faldas superpuestas y dos chalecos: uno de algodón blanco y otro de terciopelo. Dos trenzas de lana amarilla completaban el peinado. Transpiraba tanto que no dejaba que la tocara. En plena fiesta tuvo un desmayo: cayó al suelo como un género; una vez en el suelo entorno los párpados de manera que sólo se le viera la parte

blanca de los ojos. Creí que estaba muerta. Con voz inaudible, me dijo:
-Siento que la vida se me va; como en otro mundo oigo lejos las voces y veo todo borroso; como en el día del apocalipsis, que leí en la Biblia.
Me llamó la atención que pudiera pronunciar una frase tan larga en el estado en que se encontraba. Lloré de desesperación, de impotencia. En algún momento creí que se insinuaba en su rostro una sonrisa de satisfacción, pero deseché la idea y lo atribuí a la bienaventuranza de la agonía. La cuidé hasta las cinco de la mañana, dándole gotas de coramina y alguna tacita de café que me prepararon en la cocina, con otras tazas de cedrón. Luego, a medida que mi aflicción crecía, pareció mejorar. Le dije que la amaba entrañablemente, cosa que nunca le había dicho ni sentido la necesidad de decirle. La vida cambió para mí. Pensé seriamente en el matrimonio.
-Qué triste este mundo -dijo cuando la vistieron de novia-. Hizo llorar a todo el mundo cuando, al peinarse el flequillo, rasgó el velo que le habían colocado.
-Esto es de mal augurio -exclamó, recogiendo parte de los azahares que se habían caído-. Nunca seremos felices -me dijo, mirándome a los ojos-.
-¿Por qué sos tan supersticiosa? -le pregunté-. ¿No crees que así se atraen las desdichas?.
-Si no se atraen, vienen solas -me respondió, y sonrió con la misma sonrisa que yo le había sorprendido cuando me vio llorar-.
Cuando nos casamos, entre otras calamidades -un golpe que se dio al patinar sobre el hielo y la pérdida de un anillo valioso-, logró enfermar.
Le diagnosticaron, según me dijo, porque nunca me permitía que la acompañara al médico, los males de un virus filtrable. La enfermedad era muy rara, pasaba de una gran euforia a la más profunda depresión acompañada de náuseas y de dolores de cabeza. Estuvo una semana en cama, sin permitir que le abrieran las persianas para que el sol no perjudicara la claridad de sus ojos ni la seda de las cortinas. Cuando se levantó parecía más bonita y delicada. La llevé a pasear en coche por los lagos de Palermo. Nos detuvimos frente al patio andaluz, donde comimos un helado. Los turistas que pasaban nos miraban con insistencia. Lo atribuyo a mi facha de facineroso.
La convivencia resulto fácil de sobrellevar. Nos teníamos una mutua confianza. En un secrétaire ella guardaba sus papeles. No tenía inconveniente de que yo leyera las cartas que a veces, debo confesar, me llenaban de curiosidad. Un día descubrí un sobrecito que llamó mi atención por el tamaño y por el color. Abrí el sobre. Leí la carta: "Querido Niño Jesús: se acerca el día de Navidad y yo estoy muy triste. Me lastimé la rodilla con un vidrio y el dolor es como estar en el

infierno. La herida que tengo es más grande que la rodilla. Para consolarme del dolor quisiera tener una casita de muñecas y una ambulancia con una enfermera, también un equipo de enfermería. Firmo mojando la pluma en mi sangre. Felicia. Navidad de 1955".
-¿Qué edad tenías cuando escribiste esta carta?. ¿Siete años?. -Yo no la escribí. Lo hizo mi tía.
-¿Pero vos la firmaste?.
-Claro. Y con mi sangre.
-¿Y el Niño Jesús te trajo todo lo que le pediste?.
-Todo, salvo la ambulancia, que era muy cara porque había que sumarla a la casa de muñecas, que era carísima.

La alfombra voladora

Enamorados caminaban sobre una alfombra de pétalos,
tan suave que una nube del mismo color
comparándola con esa alfombra
hubiera parecido muy dura.
El cielo no estaba arriba,
estaba abajo, iluminándoles los pies.
El diálogo apenas se oía
porque se miraban los pies entre los pétalos.
-¿Te gusta este color violeta?.
La punta de un pie señalaba unos pétalos.
-Quisiera que el mundo fuera todo de este color.
La punta de otro pie señaló otros pétalos.
-Hay colores horribles,
es claro que dependen del que tienen al lado,
pero éste se basta a sí mismo.
Es el color de la perspectiva.
El color lejano de las montañas al atardecer
transforma la tierra en agua,
pero más que nada el color del iris de tus ojos...
Te confieso que prefiero el anaranjado.
-Odio el anaranjado.
No pises las flores del jacarandá que es un santo.
-¿Odiar un color? ¿Por qué?.
De pronto el suelo se llenó de charcos
donde flotaban pétalos lilas en la luz del alba.
-¿Estaremos soñando? -dijeron al mismo tiempo.
No volvieron a verse.

El zorzal

A mi rey del bosque cordobés le gustaba comer carne cruda, le gustaba imitar el ruido que hace un trapo cuando limpia los vidrios de las ventanas: ése era su canto y por eso dejé que se fuera y adopté un zorzal cordobés, recién nacido, que no aceptó la libertad, por más que se la brindara con la jaula abierta. No quiso dejarme: fue su tiranía. En vano le enseñaba a volar, lanzándolo al aire. En su vuelo más prolongado se posó un día en el techo de la casa. Volvió y corrió a mis pies, buscando su cautiverio. Así vivió, como un perro con alas, que me seguía hasta el fondo de la casa y que salía al jardín cuando yo salía. A mí todo esto me perturbaba. Lo llevé a San Isidro. Me ocupaba de él. Le hablaba. Abría la jaula. El zorzal salía, pero nunca se escapaba. Y qué hubiera hecho, yo pensaba, entre pájaros desconocidos y extranjeros. ¿Cómo viviría entre árboles?. Siempre me preocupaba las vidas de los animales como si fuesen de mi especie. Mi padre se enfermó gravemente en mi casa, y yo pensé que era por culpa del zorzal. Por una semana dejé de verlo y me fui a San Isidro. Cuando lo visité quiso clavarme el pico en la mano. Tanta furia me espantó. No podía reconciliarme con él. Tres días después volví. Había abierto los barrotes de la jaula y se había ido. Miré al cielo y pensé que no volvería a tener un zorzal porque no volvería a recuperar la amistad de ese único zorzal, que me torturaría con su canto todos los veranos.

El sillón de nieve

Por el camino de la montaña que llega a Megéve, en el mes de enero, en pleno invierno, avanzaba el automóvil, como sobre algodón. Desde hacía treinta años, me dijeron, no nevaba tanto en Francia. Subía el automóvil como si volara por la soledad del camino blanco bordeado de abetos, de pinos, de cipreses. Un precipicio a un lado, perfecto como una tapicería; la piedra abrupta del otro, cubierta de nieve, leve como plumas de cisne, perfeccionaban la soledad. Pero la nieve no es tan buena como parece. De pronto un convoy extraordinario, así lo llaman en Francia, lentamente detuvo su marcha. Iba adelante ocupando casi todo el ancho del camino. Las huellas que dejaban las ruedas del camión hacían patinar las de nuestro automóvil y nos empujaban hacia el abismo. Cuando se detuvo el camión y tuvimos que frenar, se deslizó ligeramente el automóvil. Caía la noche. Íbamos a bajar del coche para pedir consejo al camionero. Me calcé las botas: la izquierda en el pie derecho, la derecha en el pie izquierdo. "Dicen que trae mala suerte",

musité aterrada cuando vi, pegados casi al vidrio de la ventanilla, cuatro farolitos que parecían de bicicleta. Que extraño, pensé, ciclistas a esta hora, a esta altura, con esta nieve. Los farolitos subían y bajaban en el aire. Pensé que tampoco la acrobacia ciclista convenía a ese clima. Me saqué la bota izquierda, luego la derecha. Me calcé las botas, cada una en su pie correspondiente. Cuando volví a mirar por la ventanilla me pareció que los farolitos eran ojos, tal vez de gato o de perro. No me equivoqué: eran ojos, pero de lobos. Recordé que había leído en alguna parte que los lobos saltan alegremente cuando se preparan para un festín. Entreabrí la ventanilla y grité al camionero: "Señor, ¿éstos son lobos o perros? ¿Perros o lobos?", repetí cambiando el orden de las palabras. Durante unos instantes pregunté en francés, con mi mejor pronunciación: "Loups ou chats? Chats ou loups?". No advertía que en lugar de perro decía gato, tan grande era mi susto. Creería el hombre que yo lo insultaba, porque en francés se armonizaban mal las palabras. Un lobo no parece un gato; evidentemente el hombre no me tomó en cuenta. Nadie contestó. Conectamos la radio, movimos los diales. Oímos algo de Schumann. Los ojos súbitamente desaparecieron. El "convoy extraordinario" se puso lentamente en marcha, pero en el momento de arrancar por poco se nos viene encima. Detrás de esa mole peligrosa, y de algún modo protectora, reanudamos el viaje. Y ya casi arrepentida de llegar tan pronto (porque el miedo es a veces un elemento mágico), llegamos a Megéve, entre muros de nieve a cada lado de los caminos donde pasaban las barredoras y hombres con palas que limpiaban los surcos. No se podía entrar en el hotel por la puerta lateral que comunicaba con el hall, cuya inmensa terraza se vislumbraba por las altas puertas corredizas de vidrio. Allí estaban en rueda los sillones, como enfundados en la nieve. Admiré un momento la blancura de esa soledad. Tuve un presentimiento. Salí a la terraza a respirar el olor de la nieve. Después, más tarde, subimos a un trineo cuyos cascabeles llenaron de música soñada anteriormente la noche iluminada por el hielo. Pero pronto me di cuenta de que seguía encerrada en el automóvil y que ya los lobos habían entrado por la ventanilla ardientes de hambre, y de un salto me habían devorado. ¿Cuántos lobos eran?. Nunca lo sabré, pues dormida quedé sentada en un sillón forrado de nieve del hotel, en mi sueño.

Arácnidas

Una araña reluce en este cuarto,
la memoria de muchos días queda en sus caireles,
cuando parto atesoran otras;

no alcanzan mis ojos a distinguir
cuál es la luz del reflejo
y cuál la de las lamparitas.
No puedo imaginarme ciega porque toda oscuridad
me parece un retrato del espacio infinito en las formas.
Mis ojos me enseñaron la diferencia
que existe entre el reflejo y la luz,
sólo veo la luz del reflejo
y no la luz de las lamparitas vanidosas
que en algo se parecen a los diamantes.

Cuando un temblor de tierra entrechocó los caireles
un repiqueteo como de campanas
colmó el cuarto de alegría.
Recogí un pedacito roto del suelo.
Amaba los terremotos que tan graciosamente
hacen temblar la tierra.
Alguna vez prometí morir en un cataclismo.

Ahora me pregunto por qué se llama araña
este adorno que cuelga del techo
y que me inspira estúpidas frases.
En la casa de campo de mi infancia antiguamente
había un plumerito de largo mango
que servía para limpiar el cielo raso,
lo llamaban el plumero de las arañas.
Casi todas las noches alguna araña
atraída, se diría, por los plumeritos
se anidaba en alguna moldura.
Las arañas parecían intuir
que aquella arma mortal podía con menos riesgo
servir de guarida y tomaron la costumbre
de esconderse adentro del plumerito
que tenía aparentemente el mismo color
y la misma textura.
No quise asistir al descubrimiento de la primera telaraña
insertada delicadamente en el plumerito
que parecía una peluca.
Era frecuente oír esta frase al anochecer:
"¿Dónde está el plumero de las arañas?"
y que alguien contestara
"!Qué se yo! Se lo habrán llevado".

Llegué a creer que algunos plumeros pertenecían
a las arañas y no a los que limpiaban los techos.
Y hoy mismo lo creería si volviera a oír aquellas frases,
luego, sentiría la incongruencia de la vida
que busca a veces amparo
en el arma que nos va a matar.

El banquete

Era el día fijado para el banquete. Élida Fraisjus, sobrenombre inspirado por los jugos frescos que pregonaban en Francia, era una de las organizadoras; se vestía para la fiesta. Adivinaba en el cielo rosado del atardecer de daguerrotipo el advenimiento de un cataclismo, pero, de igual modo que una sinfonía empieza a veces con similares acordes a los que la terminan, pensó que esa transparencia inusitada de la atmósfera no era otra cosa que el anuncio de un epílogo feliz.
Frente a los espejos altos y circulares de su cuarto, elegía las máscaras que colgaban de un hilo dorado entre el resto de los atuendos que parecían miniaturas. La máscara era para ella lo más importante, si bien las botas caladas color carne y con uñas nacaradas la preocupaban también bastante. Colgadas de ese hilo dorado que marcaba sus límites con un resplandor de diamante, las máscaras se destacaban: era casi lo único que se veía en el cuarto. Esperaban que la dueña se las calara, pues antes de elegir una se probaba varias porque nunca sabía muy bien cuál elegiría. Era una mujer tan rápida que a pesar de sus vacilaciones se demoraba apenas. Un motivo de amargura para ella era sentirse fea. Le pareció que era tan fea con máscara como sin máscara, cosa que no admitían sus amigas. Tenía una voz ronca, su acento la multiplicaba de modo que cuando hablaba parecía que hablaban varias personas. Pensaba: "Esto no se corrige y se advierte en la cara a pesar de la máscara". Élida era una mujer anticuada: esos problemas ya no existían y muchas amigas se burlaban de ella. No había personas feas ni viejas, me atrevo a decirlo (por ese motivo nadie quería morir, salvo Elida), lo cual era contraproducente, porque mucha gente se suicidaba por miedo de morir. Aunque este hecho conviniera en cierto modo a la humanidad, varias veces los gobiernos estuvieron a punto de prohibir el uso de las máscaras a las personas menores de cincuenta años. Pero la ley fue rechazada gracias a las manifestaciones y los actos de violencia que se produjeron. Había gavillas de adolescentes que las usaban a escondidas. Descubrieron un arsenal de máscaras impúdicas: los menores de edad las almacenaban. El escándalo se propagó hasta en los colegios donde los alumnos las consiguieron para los exámenes, de

modo que casi todos resultaban impostores. Saber cómo se preparaban esas máscaras y de qué material estaban hechas resultaría macabro y prefiero referirme ahora al banquete que iba a tener lugar en esas próximas horas. El banquete era para celebrar el maremoto de Tirreno, en las vastas zonas del Hiro donde corren los afluentes del Arpón y del Tuyar: millones de personas murieron en la catástrofe.
Según los científicos era ésta la suma necesaria para que el mundo no sufriera la privación del aire y el hambre que los estaba cercando. Con el banquete celebraban pues el acontecimiento más importante del año. De no ser por esa catástrofe, el mundo habría incurrido en otra catástrofe peor; la ejecución del proyecto del doctor Chiksa de disminuir la estatura de los hombres por un proceso parecido al de los arbolitos japoneses, pero sin mantener las proporciones adecuadas. No menos de tres generaciones llevaría el cumplimiento del plan si a toda costa mantenían las proporciones. De ese modo cruel, pero eficaz, el costo de la vida se reduciría a la cuarta o quinta parte, pero no resolvería del todo el problema vigente, que alarmaba al mundo. Después de la misa ritual, celebrada en un recinto cerrado, donde Élida tuvo la primera claustrofobia de su vida por culpa de la máscara color café con leche, para quedar bien con los negros y los blancos, la concurrencia pasó a la sala de audiencias, donde los discursos le quitaban el aire. Después, los invitados pasaron a los comedores. Un mundo se agolpaba en busca de asientos alrededor de la enorme y giratoria mesa cuyo mecanismo no funcionaba bastante lentamente para algunos glotones que querían repetir de cada plato (como si no hubiera otros, y otros y otros más apetecibles). La verdad es que, una vez probado el primer plato, el temor a que el próximo fuera más pesado hacía que la gente se volviera a servir blandiendo las cucharas con avidez, ya que siempre servían lo mejor primero y dejaban lo peor para los postres. ¿El tumulto de voces no dejaba oír los discursos o Élida se sentía mal?. Una mujer sensible, siempre duda de sus experiencias; Élida más que cualquiera. Su propia voz, tan disonante en el silencio, en el tumulto le pareció armónica:
-En este día de emociones y de esperanzas nos hemos reunido para llorar, deplorar y festejar la desaparición de mil millones de habitantes de la Tierra. Sin duda la muerte es resurrección para nosotros y esto es lo dramático del asunto. A partir de este momento respiraremos mejor, nosotros, los desventurados que vivimos.
Élida, sintiéndose más bonita, se ahogaba. Dijo dos o tres frases que, si alguien las hubiera recogido, serían célebres, pero no la escucharon porque escuchaban al ministro.
-...podremos comer mejor -prosiguió el ministro. Élida sintió que se le

cerraba la garganta, con la última banana que comió. -Todos los adelantos de nuestra civilización podrán aprovecharse al fin de cuentas. -La rapidez con que hablaba el ministro decreció. Sus ojos entrecerrados parecían dos lagrimones. Alguien lo interrumpió bruscamente para decirle algo al oído y se despabiló. -Por desgracia, ninguna alegría llega sola. Señores, estamos cercados por una peste. -Hubo un zumbido de moscardón en la sala. -En las calles se están muriendo centenares de personas por los efectos del agua pútrida de los pantanos de las inundaciones. La peste la propagan los mosquitos contra los cuales hemos luchado tanto, para extinguirlos y revitalizarlos. Esta noticia que acabo de recibir, demuestra tal vez que nos hemos anticipado en la organización de los agasajos para la cual trabajó tanto la señora Élida Fraisjus como sus colaboradoras.
Los aplausos ahogaron las últimas palabras del ministro y Élida alcanzo a oír su nombre. Se arrancó la máscara para que Dios le viera la cara, la edad de su piel y el color, y para que uno de los mosquitos la picara, pero se preguntó en los últimos momentos ¿por qué este afán por morir?. Y su propia voz ronca le respondió: "Ya ves, la eternidad no es distinta".

Los retratos apócrifos

Cuando estoy sola no estoy tan sola, porque miro las cosas que me gustan. A veces lo que prefiero no es lo que amo. Lo que me hace bien tampoco es olvidar. A veces pienso que morimos porque nos gusta estar acostados. Si los hombres caminaran acostados como los gusanos, no morirían nunca. Vivir se vuelve intolerable cuando co-nocemos las tretas de la muerte: demasiado sinuosas o simples. Mirar un papel bonito como la tapa de una libreta se parece a un viaje que nunca hicimos, ni siquiera en un sueño. Lo desmesurado puede encerrarse en una miniatura más grata que lo desmesurado.
Un día que apenas recuerdo posé para una miniatura, inspirada en mi parecido con un cuadro de Reynolds, La edad de la inocencia. El miniaturista pudo copiar el cuadro. ¿Y yo la cara de la inocencia?. Pero mi inocencia estaba en mis pies enrulados. Me conmueve como si yo no hubiera sido yo. Esa miniatura se ha perdido y siento que, si no la encuentro, perderé para siempre mi inocencia, la más atrevida puesto que me llamaron Inocencia.
La caricatura está de moda y es una redundancia decir siempre estuvo de moda. Antes una caricatura no era una caricatura. Toda persona es en cierto modo una caricatura de sí misma, de acuerdo con las más horribles caricaturas de esta época. Si dibujamos una cara hermosa,

puede ser también una caricatura. Mejor sería exagerar la belleza de una cara que no tiene belleza, o la fealdad de una cara que no tiene fealdad.
Toda mi vida dibujé como una alumna de Dios, preparándome para hacer un enorme cuadro. Este cuadro tenía que ser el principio de una serie de cuadros con los mismos personajes y proporciones. No realizarlos me quita las ganas de morir totalmente.
De la casualidad surge lo mejor de nuestra vida: buscar. Sólo se encuentra lo que se busca, cuando se ha olvidado lo que se busca.
Envejecer también es cruzar un mar de humillaciones cada día; es mirar a la víctima de lejos, con una perspectiva que en lugar de disminuir los detalles los agranda. Envejecer es no poder olvidar lo que se olvida. Envejecer transforma a una víctima en victimario. Siempre pensé que las edades son todas crueles, y que se compensan o tendrían que compensarse las unas con las otras. ¿De qué me sirvió pensar de este modo?. Espero una revelación. ¿Por qué será que un árbol embellece envejeciendo?. Y un hombre espera redimirse sólo con los despojos de la juventud. Nunca pensé que envejecer fuera el más arduo de los ejercicios, una suerte de acrobacia que es un peligro para el corazón. Todo disfraz repugna al que lo lleva. La vejez es un disfraz con aditamentos inútiles. Si los viejos parecen disfrazados, los niños también. Esas edades carecen de naturalidad. Nadie acepta ser viejo porque nadie sabe serlo, como un árbol o como una piedra preciosa. Soñaba con ser vieja para tener tiempo para muchas cosas. No quería ser joven, porque perdía el tiempo en amar solamente. Ahora pierdo más tiempo que nunca en amar, porque todo lo que hago lo hago doblemente. El tiempo transcurrido nos arrincona; nos parece que lo que quedo atrás tiene más realidad para reducir el presente a un interesante precipicio.
En la infancia me gustaban los viejos: eran como países o cajas de música para mí; no formaban parte del mundo común. Cuando miraban algo extraían de los más modestos objetos un secreto importante, que tal vez nos comunicaran un día, si los escuchábamos con atención. Ahora me gustan los jóvenes porque son más rápidos y menos precavidos. No los envidio: ser joven me torturaba tanto como tortura ser viejo.
Hasta el aire se ocupa de hacer propaganda con lo escrito. Hay que pensar en secreto, porque toda idea se vuelve plagio. Conocí a un escritor que jamás escribió sus mejores páginas, por miedo al plagio. No era generoso: decía frases que despreciaba, para guardarse las mejores. La pobreza era su riqueza o, después, la riqueza fue su pobreza. ¿Cuándo sufrió más?. Ni siquiera lo supo, porque no fue

bastante tiempo ni pobre ni rico. Conocí a un escritor tan perverso que escribía mal para deslumbrar a sus amigos más queridos.
¿Se pierde más tiempo en ser una criatura de pecho que una criatura de desecho?. La primera en la cuna, ¿qué piensa?. La segunda en su silla, ¿qué trama?. Muchas veces terminamos de vivir. De morir, nunca.
En algunas personas, haber sido un animal originalmente las vuelve más sutiles; en otras, más brutas. Dejar de ser amado duele menos que dejar de amar.
Cuando buscas algo, encontrarás lo que buscabas antes. Nunca pensé que era joven cuando era joven. Nunca pienso que soy vieja ahora que soy vieja; es un ejercicio demasiado brutal este cambio inmerecido. Nada se modera ni se suaviza en la memoria, que imagina y adorna cada momento. Nada se despoja, salvo la indiferencia. Antes decía: no me olvides; ahora, olvídame, por favor. En el olvido está mi esperanza, en el recuerdo mi tortura; pero lo más horrible de todo es que prefiero el recuerdo antes que el olvido, y la tortura antes que la esperanza. Y con esta palabra llegamos a París.
Francia era mía, en aquel tiempo. Vendían en la calle ramitos de taco de la reina y pensamientos de todos los colores. ¡Todo eso qué bien lo recuerdo! El idioma era mío. Yo miraba a las colegialas que iban a la escuela y las envidiaba porque parecían muy felices. Pero no es cierto, nevaba y yo no vi a esas colegialas. En vez de lluvia yo decía pluie, en vez de perro chien, en vez de gato chat, en vez de vidrio yerre, en vez de cielo ciel, en vez de flores fleurs. ¡Qué fácil era hablar francés!. Todo era corto, era agudo, salvo la tarde, l'aprés-midi; me gustaban las palabras. No me acordaba de Buenos Aires ni del lago de Palermo, con cisnes. Todo sucedía en Francia; ni siquiera en Francia, en París, en el Hotel Majestique, que ni sé si existe. Mi hermana, la más bonita, con cara de ángel o de santa, era la elegida por toda la familia para que le hicieran un retrato. Yo quería que ella fuera un ángel y no una santa, porque las santas sufren mucho, tienen caras tristes; en cambio los ángeles son felices, tienen caras alegres. Pero, si era un ángel, tenía que tener alas y ¿cómo podían levantarse sobre el vestido?. Renuncié a determinar si era santa o ángel. El pintor se llamaba Vallé Bison. El retrato tenía de fondo el campo con sus características bien marcadas: plantas, hierbas silvestres movidas por el viento en un banco improvisado, dos troncos gruesos y una enredadera que los unía, estaría sentada mi hermana, vestida con un vestido de verano, etéreo, con un sombrero de paja, adornado de rosas o de dalias, algunas que parecían rosas. En sus manos, sostenidas por dos brazos sumamente redondos, un ramo de flores brillaba tan sutilmente que uno quería tocar las flores para saber si eran reales o si alguien las había puesto

frescas, recién cortadas, sin sospechar que podrían marchitarse. Pensé que mi hermana, santa o ángel, con sus ojos azules, su pelo trenzado y su actitud tan recatada, esperaba la terminación del cuadro con impaciencia. Dónde estarían las flores, dónde las manos que sabían rezar, dónde el pliegue del vestido, dónde la luz del ramo de flores en sus faldas. Nada existía hasta el momento en que estaría la figura terminada, con sus aditamentos, lista para un lugar Dios sabe dónde; en un nicho de iglesia, en un sitio de vastos corredores donde llueve tal vez los domingos o en la sala más bonita del refectorio de una escuela. ¿Estaría alguien esperando el cuadro en casa, en Buenos Aires, ciudad lejana?. ¿Alguien estaría en el puerto?. ¿Alguien le daría la bendición?. Un cura seguramente; pero las cosas eran muy distintas. Yo esperaba saber dónde iría a quedar el cuadro, en qué lugar del mundo. Tratándose de una santa o de un ángel, tal vez todo era posible. Pregunté. Me atreví a preguntar:
-¿Y el cuadro?.
-¿Qué cuadro?.
-El cuadro.
No pasaba de esas palabras. El cuadro tenía que expresar mi sentimiento de angustia y el conocimiento de la gente mayor. Entonces esperé, como se espera tantas veces en la vida, tratando de esconder el asombro.
El cuadro, con su pesado marco dorado, llegó un día, pero no sé en qué momento ni cuándo. En la memoria hay lapsos en que nos perdemos. No sé si el encuentro se produjo en París o en Buenos Aires, pero recuerdo que al verlo me arrodillé. No lo miré, bajé la cabeza. Me dijeron:
-¿Por qué te arrodillás?.
-¿Es ángel o santa? –musité-.
-¿No estás viendo que es tu hermana? -protestó una voz de soprano-.
Me puse de pie, avergonzada. Para mí el cuadro era de una belleza notable, así por lo menos me parecía, y no lo podía mirar mucho tiempo, sin cerrar los ojos.
Pasaron los años sobre mí y sobre el cuadro, que estaba arrumbado en el último lugar de la casa; y viendo que nadie lo quería lo reclamé y dije que era el más bonito de toda la colección que había en la casa. Entonces todo el mundo aspiró a tenerlo.
-Parece una calcomanía, qué horrible, yo ni de muestra lo tendría -susurró una mal educada.
-Miren los colores, yo lo quiero -dijo otra-.
-Es muy pesado el marco. ¿Dónde lo pondríamos?. Es divino -dijo otra-.
Y así creció la discordia entre gente que se quería mucho y que

pretendía conseguir el cuadro. Finalmente no se llegó a acuerdo alguno y decidí (al ver que lo habían dejado en el garaje) llamar a dos changadores para que lo subieran donde estoy viviendo. Primero tuvimos que sacar el marco, luego el vidrio; la tela era muy grande. Cuando la tela quedó sin marco, los hombres la cargaron y la subieron al quinto piso. Durante la trayectoria, a pesar de las recomendaciones que hice, al rozar una puerta se borró toda la cara, un brazo, y las flores en otra puerta. Quedé espantada al ver el desastre. ¿Qué hago? Dios mío, qué hago. No me costaba rezar. Ahora tampoco. Recé.
¿Volvería a pintar la cara?. ¿Podría?, me dije a mí misma, en secreto. Busqué colores en mi mesa. Vi que había muchos rosados y ocres en una caja de pinturas al pastel. Conservaba los colores. Había estudiado pintura durante muchos años. Me encomendé a Dios. Recé, recé, recé, pinté las mejillas tan rosadas, los ojos tan celestes, las comisuras de los labios, las flores del sombrero, tan dibujadas. No dormí en toda la noche. Seguí pintando hasta quedar ciega. Pregunté:
-¿Estoy ciega?.
-No, no estás ciega.
Las rosas de la mano las dibujé, también los preciosos volados de las mangas, el pelo rubio, las maderas sobre las cuales la figura se apoyaba. Seguí pintando. ¿Ir a dormir sin terminar el cuadro?. Imposible. Seguí en la oscuridad del cuarto, sin ver casi nada. Cuando terminé, di un profundo suspiro de perro, si un perro pintara. ¿Dónde estaban el marco y el vidrio para que nadie supiera lo que había sucedido?. Ahí estaba el marco, con sus racimos de uvas, sus infinitos trazos en oro pálido. Todo estaba ahí. Coloqué el vidrio, armé las varillas del cuadro. El marco es una prisión para la imagen. Usé un pañuelo con pintura. Quedaron alrededor de mis ojos los signos de un colorido, leve como un polvo, pero de imperecedera pintura al pastel. Ya no era el retrato de mi hermana con cara de ángel; era de una hermana acróbata, con vestido etéreo, sentada en un banco de ramas, en un cuadro de Picasso, que no era de Picasso.
El cuadro de Picasso todavía existe; la miniatura de la edad de la inocencia nunca.

Los celosos

Irma Peinate era la mujer más coqueta del mundo lo fue de soltera y aún más de casada. Nunca se quitaba, para dormir, el colorete de las mejillas ni el rouge de los labios, las pestañas postizas ni las uñas largas, que eran nacaradas y del color natural. Los lentes de contacto, salvo algún accidente, jamás se los quitaba de los ojos. El marido no

sabía que Irma era miope; tampoco sabía que antaño se comía las uñas, que sus pestañas no eran negras y sedosas, sino más bien rubias y mochas. Tampoco sabía que Irma tenía los labios finitos. Tampoco sabía, y esto es lo más grave, que Irma no tenía los ojos celestes. El siempre había declarado:
-Me casaré con una rubia de pestañas oscuras como la noche y de ojos celestes como el cielo de un día de primavera.
¡Cómo defraudar un deseo tan poético! Irma usaba lentes de contacto celestes.
-A ver mis ojitos celestes de Madonna -exclamaba el marido de Irma, con su voz de barítono, que conmovía a cualquier alma sensible-.
Irma Peinate no sólo dormía con todos sus afeites: dormía con todos los jopos y postizos que le colocaban en la peluquería. El batido del pelo le duraba una semana; el ondulado de los mechones de la nuca y de la frente, cinco días; pero ella, que era habilidosa, sabía darles la gracia que le daban en la peluquería, conjugo de limón o con cerveza. Este milagro de duración no se debía a un afán económico, sino a una sensualidad amorosa que pocas mujeres tienen: quería conservar en su pelo las marcas ideales de los besos de su marido. ¿Y cómo los conservaba, si su marido no usaba lápiz labial?. En el perfume de la barba: el pelo de la barba, mezclado al pelo de su cabellera de mujer, formaban un perfume muy delicado e inconfundible que equivalía a la marca de un beso. Irma, para no deshacer su peinado, dormía sobre cinco almohadones de distintos tamaños. La posición que debía adoptar era sumamente forzada e incómoda. Consiguió en poco tiempo una seria desviación de la columna vertebral, pero no dejó por ese motivo de cuidar su peinado. Se mandó hacer el almohadón como chorizo relleno de arroz que usan los japoneses. Como era muy bajita (hasta dijeron que era enana), se mandó hacer unos zuecos con plataformas que medían veinte centímetros de alto. Consiguió que su marido se creyera más bajo que ella. Ella nunca se sacaba los zuecos, ni para dormir, y su estatura fue siempre motivo de admiración, de comentarios sobre las transformaciones de la raza. Como amazona se lució y, como nadadora, en varias oportunidades, también. Nadaba, es natural, con un pequeño salvavidas; y al caballo que montaba su cuidador le daba una buena dosis de narcótico para que su mansedumbre fuera perfecta. El caballo, que se llamaba Arisco, quedó un día dormido en medio de una cabalgata. La caída de Irma no tuvo mayores consecuencias ni puso en peligro su vida; lo único desagradable que le sucedió fue que se le rompió un diente. La coqueta volvió a su casa fingiendo tener una afonía y no abrió la boca durante un mes. Tampoco quiso comer. Buscó en la guía la dirección de un

odontólogo. Esperó dos horas, contemplando los países pintados en los vidrios de las ventanas, que le sugerían futuros viajes a los bosques del sur, a las cataratas del Niágara, a Brasilia o a París; ya en los últimos momentos de la espera, cuando le anunciaron: "Puede pasar, señora", el dentista la saludó como un gran señor o como un gran payaso, agachando la cabeza. Señaló la silla de las torturas, sobre la que se acomodó Irma. Después de un "vamos a ver que le pasa", contempló la boca, no muy abierta por coquetería, de la señora.
-Es este diente -gritó Irma-. Se me rompió en un accidente de caballo.
-De caballo -exclamó el dentista-. Que términos violentos. No será para tanto. Vamos a examinar este collar de perlas dijo-. ¿Y cómo dice que se produjo?. Algún tarascón, sin duda. -El dentista gimió levemente al ver la perla quebrada. -Qué pena, en una boca tan perfecta. Abra, abra un poco más.
"Si mi marido estuviera en el cuarto de al lado", pensó Irma, "qué imaginaría, él que es tan desconfiado".
-Habrá que colocar un pivot -dijo el dentista-. No se va a notar, se lo puedo garantizar.
-¿Saldrá muy caro?.
-Para estas perlas nada resultaría bastante valioso. -Sin broma.
-Sin broma. Le haré un precio especial. -¿Especialmente caro?.
Tal vez se había excedido en las bromas, pues el facultativo le guiñó el ojo y le oprimió la pierna como con tenazas entre las de él, lo cual provocó un gemido, pero todo esto lo hizo muy respetuosamente, sin ningún alarde ni vacilación. Después de concretar, en una tarjeta rosada, la hora en que se empezaría el trabajo, Irma recogió sus guantes, la tarjeta, su bufanda y la cartera y, corriendo, salió del consultorio, donde tres enanas la miraban con envidia.
Transcurrieron los días sin que el marido lograra arrancar una palabra a su mujer. De noche, antes de acostarse y de besarlo, apagaba la luz.
-¿Cuándo oiré tu voz melodiosa, deidad de mis sueños?.
Un arrullo de palomas le contestaba con el encanto habitual, porque, hablara o no hablara, la gracia era una de las especialidades de Irma.
-Te noto extraña -le dijo un día su marido-. Además nunca sé adónde vas por las tardes.
-Loquito, adónde voy a ir que no sea para pensar en vos. -Por lo menos hablaba.
-Me parece muy natural, inevitable casi podría decir, pero no creas que me quedo tranquilo. Sos el tipo de mujer moderna que tiene aceptación en todos los círculos. Alta, de ojos celestes, de boca sensual, de labios gruesos, de cabellos ondulados, brillantes, que forman una cabeza que parece un soufflé, de esos bien dorados, que despiertan mi alma

golosa. ¡La pucha que me da miedo!. Si fueras una enana o si tuvieras ojos negros, o el pelo pegoteado, mal peinado y las pestañas descoloridas... o si fueras ronca, ahí nomás; si no tuvieras esa vocecita de paloma. A veces me dan ganas de querer a una mujer así ¿sabés?. Una mujer que fuera lo contrario de lo que sos. Así estaría más tranquilo.
-¿Qué sabés? ¿Acaso no hay otras cosas que la altura, el pelo, los ojos celestes, las pestañas?.
-Si lo sabré. Pero, asimismo, convendría que fueras menos vistosa.
-Vamos, vamos. ¿Querés acaso que me vista de monja?.
-Y ese collar de perlas que se entrevé cuando sonreís, es lo más peligroso de todo.
-¿Querés que me arranque los dientes?.
El marido de Irma cavilaba sobre la belleza de su mujer. "Tal vez todo hubiera sido distinto si no fuera por la belleza. Me hubiera convenido que fuera feíta como Cora Pringosa. Era agradable y no me hubiera inquietado por ella, pues a quién le hubiera gustado y, si a alguien le hubiera gustado, a quién le hubiera importado".
¿Adónde iría Irma por la tarde?. Salía con prisa y volvía escondiéndose. Resolvió seguirla. Es bastante difícil seguir a una mujer que se fija en todo lo que la rodea. Fracasó varias veces en sus intentos, porque se interceptó entre él y ella un automóvil, un colectivo, unas personas y hasta una bicicleta. Logró por fin seguirla hasta Córdoba y Esmeralda, donde tomó un taxi hasta la casa del dentista. Ahí bajó y entró sin que él supiera a que piso iba. No había ninguna chapa indicadora. Esperó en la planta baja, fingiendo leer un diario. Subía y bajaba el ascensor. Se sentó en un escalón de mármol de la escalera.
Aquella tarde en que se aproximaba la primavera, el dentista acompañó a Irma hasta la puerta del ascensor. Al pasar junto a los vidrios pintados de las ventanas, el odontólogo murmuró:
-¿No sería lindo pasear por estos paisajes?.
A Irma le pareció que la abrazaba en una cama de hotel. Se ruborizó y, al entrar en el ascensor, no dijo adiós.
-¿Está enojada?. ¿Le hice doler?. Sonría. Muéstreme mi obra de arte, - exclamo el odontólogo asustado.
El ascensor se llevaba a la paciente entre sus rejas como a una prisionera.
Fuera llovía, ya estaba su marido apostado con un paraguas cerrado en la mano. Había oído las frases pornográficas pronunciadas por esa voz de barítono sensual. Ciego de rabia blandió el paraguas y, al asestar a Irma un golpe en la cabeza, le rompió el premolar recién colocado y simultáneamente se le cayeron los cristales de contacto, las pestañas,

los postizos de su peinado; las sandalias altas fueron a parar debajo de un automóvil. No la reconoció.
-Discúlpeme, señora. La confundí. Creí que era mi esposa -dijo perturbado-. Ojalá fuese como usted; no sufriría tanto como estoy sufriendo.
Apresurado se alejó, sintiéndose culpable por haber dudado de la integridad de su mujer.

El mi, el si o el la

Alma Bestiglia no era simpática; tal vez dedicara sus dones de simpatía a sus animales domésticos, pues nadie la quería, salvo mi madre, que tampoco la quería, así lo sospecho pues nunca le daba un beso ni la mano al saludarla, aunque le llevara las sobras de las comidas de nuestra casa para que alimentara su jardín zoológico, como ella llamaba al grupo de animales que había seleccionado y que alojaba en el patio. Vivía en una casa pequeña en las afueras de la ciudad, con dos perros, un gato, tres canarios naranjados, una gacela, un papagayo y un tero. A veces sacaba los canarios de las jaulas y los dejaba sueltos mientras tejía o remendaba la ropa, siempre cantando, pues tenía voz de soprano, muy llamativa, aguda como flauta. En la casa de su bisabuela había una fotografía de María Barrientos, de quien le contaban la biografía, pero ella quería parecerse a Maggy Taite, de quien había oído un disco inolvidable. Paulo Ricci, el vecino, decía a todo el mundo que Alma podía cantar, con el tiempo, en el Teatro Colón, en vez de estar encerrada en esa casucha, entre animales, como una infeliz. Suposición gratuita: Alma era feliz, pero la felicidad termina, aunque dependa de animales y no de hombres, que son tan traicioneros.
El favorito de Alma era Terco, el gato de ojos azules: dormía a sus pies, como una perfecta alfombra. Ella lo perfumaba con su vaporizador. Durante el día, Terco se acostaba en el almohadón de la mecedora, y sobre la cama a la hora de la siesta o por la noche. Salía a la calle, como un perro, detrás de ella, cuando ésta iba al mercado, al dentista, a la mercería, a comprar hilos y agujas, o a la carnicería, al almacén o a la farmacia. Alma, después de caminar tres cuadras, cargaba a Terco en sus brazos, de miedo que se le perdiera en el camino. Terco era tan bonito que la gente no se reía de ella, al verla pasar con aquel incongruente felino que parecía un perro. Terco, que en la sombra parecía la mitad de un gato por ser negro de un lado y atigrado del otro, llamaba la atención de su dueña, que era, si se la miraba bien, de

una voluptuosa belleza, que sin recurrir a los afeites deslumbraba a quien tuviera la paciencia de mirarla.
Una tarde Terco desapareció de la casa, al oír una nota aguda, un si o un mi o un sol prolongado, que Alma dio en su canción. Dicen que los gatos al oír un si, un mi o un sol, no sé si sostenidos o bemoles, lo dejan todo, aunque estén en el mejor de los sueños, en lo mejor de una cópula o comiendo un alimento que les guste mucho, para irse en busca de una aventura. Hacía calor aquella noche y estaban las persianas entreabiertas. Durante mucho tiempo Alma deploró ese descuido; pero Alma no sabía que nada en el mundo puede detener a un gato que oye el sonido de una nota, un la, un si, un sol. Terco no volvió a aparecer. A Paulo Ricci se le hizo el campo orégano: pensó que podía ocupar el sitio de Terco en el corazón o en el alma de Alma, que no le había concedido nunca sus favores.
Alma primero esperó, después se resintió, después se entristeció, lloró y finalmente hizo lo que hacen todas las mujeres cuando las han abandonado: se vengó, volcó su cariño sobre Nardo, el perro ovejero, que hasta ese momento no había significado para ella más que un guardián de la casa o un vigilante de la esquina. Nardo, al sentir el cariño que le prodigaban, comprendió en seguida que pasaba a ser el preferido de la casa. Venció el asco que le producía el olor a gato del almohadón de la mecedora y de la cama de Alma, que ocupó. Alma cantaba sin que su voz provocara cataclismos. Fueron días felices. Alma y Nardo paseaban por las calles. Nardo era un verdadero perro, que nunca parecía un gato. La felicidad no dura.
Del color de la noche, una noche volvió Terco. Entró por la ventana, con un salto triunfal, pero se detuvo como un esputo ruidoso y se arqueó al ver el espectáculo. Su pelo emitió luz, lo dijo Paulo Ricci lo cual me deja mucho que pensar porque ¿acaso había presenciado la escena?. Nardo estaba despierto, pegado a Alma, y Alma dormía; eran la imagen de la inocencia. Como un relámpago Terco saltó sobre el cuello de Alma para ultimarla y Nardo se abalanzó sobre Terco para defender a Alma, y lo mató a tiempo, pues, de haberla defendido un poco más tarde Alma hubiera muerto.
Alma quedó sin voz para el resto de sus días. La pobrecita escribió en el papel, al volver en sí: "Estoy frita. Llamen al otorrinolaringólogo". De la gente que acudió a socorrerla, al oír tantos ruidos, nadie supo descifrar la palabra otorrinolaringólogo: creyeron que era el nombre de un nuevo animal y alguien corrió a la jaula del patio, donde había un mono recién adquirido. Terco había cortado las cuerdas vocales de Alma, el tesoro de sus encantos, pero Nardo no necesitó de la voz de Alma para acudir y obedecerla y le obedeció mirándole los ojos hasta el fin de sus días,

pues Alma murió antes que Nardo muriera exhausto de tanto vigilar aquellos párpados que no volvieron a abrirse.

Él para otra

Esperaba verlo pero no inmediatamente, porque hubiera sido demasiado grande mi perturbación. Siempre postergaba nuestro encuentro, por algún motivo que él entendía o no. Un simple pretexto para no verlo o para verlo otro día. Y así pasaron los años, sin que el tiempo se hiciera sentir, salvo en la piel de la cara, en la forma de las rodillas, del cuello, del mentón, de las piernas, en la inflexión de la voz, en el modo de caminar, de escuchar, de colocar una mano en la mejilla, de repetir una frase, en el énfasis, en la impaciencia, en lo que nadie se fija, en el talón que aumenta de volumen, en las comisuras de los labios, en el iris de los ojos, en las pupilas, en los brazos, en la oreja escondida detrás del pelo, en el pelo, en las uñas, en el codo, ¡ay, en el codo!, en la manera de decir ¿qué tal? o realmente o puede ser o ¿a qué horas? o no le conozco. No, Brahms no, Beethoven, bueno, algunos libros. El silencio, que era más importante que la presencia, tejía sus intrigas. Ningún encuentro, que no fuera totalmente absurdo, se producía: un montón de paquetes me cubría y él, comiendo pan y empuñando una botella de vino y una de Coca-cola, pretendía estrecharme la mano. Invariablemente alguien tropezaba y el adiós resultaba anterior al ¿qué tal?. El teléfono llamaba, equivocado siempre, pero la respiración de alguien correspondía exactamente a su respiración, y surgían entonces, en la oscuridad del cuarto, los ojos de él, en el color aparecía el timbre de aquella voz sin fondo, una voz que la comunicaba con el desierto o con algunas ramificaciones de un río que corre entre las piedras sin llegar jamás a su desembocadura, un río cuyo nacimiento, en las más altas montañas, atraía a los pumas o a los fotógrafos que venían de muy lejos a ver esas maravillas. Me agradaba ver a personas parecidas a él. Algunas que tenían mirada casi idéntica, si entrecerraban los ojos; o un modo de cerrar totalmente los párpados, como si algo doliera. Me agradaba también hablar con personas que solían hablar con él o que lo conocían mucho o que irían a verlo en esos días. Pero ya el tiempo corría, como un tren que tiene que llegar a destino, cuando el guarda golpea la puerta del pasajero que está durmiendo o anuncia la estación próxima, el término del viaje. Teníamos que encontrarnos.Tan acostumbrados a no vernos estábamos que no nos vimos. Aunque no estoy segura de no haberlo visto, siquiera por la ventana. En aquella luz tenebrosa de la tarde, sentí que algo me faltaba. Pasé frente a un espejo y me busqué. No vi dentro del espejo sino el armario del cuarto

y la estatua de una Diana Cazadora que jamás había visto en ese lugar. Era un espejo que fingía ser un espejo, como yo inútilmente fingía ser yo misma.
Entonces sintió miedo de que se abriera la puerta y que él apareciera en cualquier momento y que terminaran las postergaciones que mantenían vivo su amor. Se echó al suelo sobre la rosa de una alfombra y esperó, esperó a que dejara de sonar el timbre de la puerta de la calle, esperó, esperó y esperó. Esperó que se fuera la última luz del día, entonces abrió la puerta y entró el que no esperaba. Se tomaron de la mano. Se echaron sobre la rosa de la alfombra, rodaron como una rueda, unidos por otro deseo, por otros brazos, por otros ojos, por otros suspiros. Fue en ese momento cuando la alfombra empezó a volar silenciosamente sobre la ciudad, de calle en calle, de barrio en barrio, de plaza en plaza, hasta que llegó a los confines del horizonte, donde empezaba el río, en una playa árida, donde crecían las totoras y volaban las cigüeñas. Amaneció lentamente, tan lentamente que no advirtieron el día ni la falta de noche, ni la falta de amor, ni la falta de todo por lo que habían vivido esperando ese momento. Se perdieron en la imaginación de un olvido -él para otra, para otro ella- y se reconciliaron.

Amé dieciocho veces pero recuerdo sólo tres

Para una vida de cuarenta años, pensándolo bien, no es mucho: no prueba ni inconstancia ni falta de seriedad amar dieciocho veces. Prueba sólo la imposibilidad de vivir sin amor.
El primer amor fue una pareja que me cuidaba, de modo que yo amaba cuatro ojos en vez de dos, dos bocas en vez de una, cuatro manos en vez de dos, cuatro brazos en vez de dos, cuarenta dedos en vez de veinte, dos cabelleras en vez de una, dos ombligos en vez de uno, dos narices en vez de una, dos lenguas en vez de una, de dientes no sabría decir el número, sabría de los órganos internos y externos y de otros detalles que forman parte del cuerpo humano, pero no entraré en tantos pormenores. Toda esta enumeración parece del todo vana, pero no lo es, si se piensa que cada par de ojos está expuesto a la conjuntivitis, al glaucoma, a la ceguera; cada hígado a la cirrosis o a la hepatitis, cada corazón al infarto o al paro cardíaco; sin contar los males menores que se demoran en las uñas o en las plantas de los pies, como los hongos; en la garganta, como las amígdalas, etc. Que dos personas se entiendan sin que algo ande mal, ya sea físico o psíquico, es muy difícil; que tres personas se entiendan es casi imposible, ya que una sola persona a gatas se entiende. Existen otros

males que no mencioné, como la envidia, los celos, la desconfianza, el malentendido; todo esto pesa sobre la vida del amor más perfecto y capaz de sacrificio. En el fondo, ¿quién comprende a quién?. Nadie lo sabe. Por eso la Trinidad es una de las más sublimes perfecciones de la religión católica.
Se llamaba Anaisidro a veces, otras veces Isidroana, según la hora en que lo frecuentaba, que era a todas horas. Para hacerme dormir, tocaba el piano a cuatro manos o cantaba a dos voces. El piano obraba como un hipnótico sobre mi organismo, por más que quisiera oír un poco más de lo que había oído, me vencía el sueño totalmente. El dúo ejercía un efecto distinto: me desvelaba, y el llanto que salía de mi garganta reclamaba una bebida inmediata y tibia, que no tardaba en llegar en una botella cuyo color era de piedra de luna.
Por más que digan que la piedra de luna trae mala suerte, a mí me enternece contemplarla porque me recuerda los misterios de la primera nutrición, cuando la garganta sabe que está tragando la vida, la energía, el futuro, el destino. A veces prefería a Isidroana, a veces a Anaisidro, todo dependía del género de la bata o de la vestimenta que llevaban, cuyo colorido cautivaba mi alma hasta hacerme gritar de goce o de terror. Dependía también de un sonajero que representaba el movimiento rítmico de una majada o de un jabón cuyo perfume rosado competía con el gusto de la naranjada o del durazno aplastado con un tenedor sobre un paisaje donde corría un río con cisnes plácidos que yo no sabía que eran cisnes, pero que presentía que estarían ligados a Leda en la mitología griega, con un cuello tan sensual que serviría de brazos, de humano acercamiento, acoplamiento más bien, en un calidoscopio en continuo movimiento. Jugaba conmigo. El juego era muy agradable, cuando no era demasiado violento. Cuatro manos pueden jugar a la pelota con un niño que parece de goma: y así lo hicieron. El júbilo es tan grande que no tiene límites. De aquel juego caí al suelo, muerto: así lo anunciaron los vecinos. Pero la muerte no quiso de mí aquel día. Se arrodilló. Me miró. Y, sin saludarme, se fue en busca de un muerto de frío más digno de sus atenciones.
El segundo amor fue casi una media persona. Para reanimarse, tenía que beber dos litros de leche al día. Le faltaba un brazo; en lugar de brazo tenía una paleta de yeso para escribir a máquina o un gancho para el ping-pong. Le faltaban las dos piernas; esta circunstancia hacía que pareciera una estatua, ya que el resto de su cuerpo era perfecto y lo movía con tanta gracia y aplomo que despertaba la envidia de hombres y mujeres que la contemplaban. Había que visitarla en el Instituto de Rehabilitación, con un permiso especial. Era muy difícil encontrarla, porque volaba por los corredores del Instituto en un

cochecito de ruedas. Cuando la encontraba, después de muchas corridas, subidas y bajadas en el ascensor, llegaba girando la dicha prometida en las ruedas de su cochecito, pues me trepaba a sus exiguas faldas. "Servime de brazo." Corríamos hacia el caramelero. Yo elegía el paquete de caramelos más llamativo. De su bolsillo, de acuerdo con sus indicaciones, yo sacaba la plata y pagaba como una persona importante; desenvolvía el caramelo elegido y, bajo sus órdenes, se lo ponía en la boca; luego ella, con sus ojos, elegía otro para mí, que yo desenvolvía para metérmelo en la boca. "Ahora corré", me decía. "Mové las ruedas." De un lado mi mano, del otro la de ella, hacía girar las ruedas del cochecito. Y después venía lo mejor. "Peiname", me decía. "En mi bolsillo está el peine. Buscalo." No lo encontraba. "Buscalo, buscalo", insistía, sacudiendo su melena de león y, cuando yo lo encontraba, le desenredaba el pelo como una madeja de seda negra, para mí sola. Un aplauso me hacía creer que era una gran peluquera, pero el aplauso indicaba el fin de las horas de visita. El día en que me regaló su anillo fue el día de nuestro compromiso; ese día me demoré más tiempo mostrando el anillo a todo el mundo, y salí del edificio cuando el cielo rosado me obligó a comer un helado de frutillas. Se llamaba Rousa Longo.

El tercero era un enano. "Te quiero te quiero te quiero", cantaba pasando junto a mí, fumando una pipa con un horrible olor a humo negro. Tenía los pies muy grandes. El pelo ensortijado le cubría un ojo azul. ¿Por qué lo amaba si tenía feo olor, además de ser muy malo?. Nada justificaba nuestro cariño que, en aquella época, era muy mal visto. Treinta años mayor que yo, tenía nueve hijos y una mujer que había recogido en un terreno baldío, sin documentos de identidad. Es cierto que tocaba bien el violín y que conocía el nombre de todas las estrellas, pero nada justificaba esa fascinación que ejercía sobre mí cuando pasaba por las calles en un automóvil azul oscuro, con un perro amarillo, que ladraba continuamente a quien lo saludara.

Ocho alas

En una fría mañana de septiembre, en el bosque de Palermo, vi una mariposa de intenso color naranja. Me acerqué, me arrodillé, para mirarla mejor. Nada podía volverla más brillante ni más preciosa. ¿Cómo hacer para cazarla?. Sus muchas alas complicaban mis movimientos de cazadora. Una de las alas parecía sobrar. Si lograba que no sobrara, otra de inmediato aparecería. ¿Qué hacer para que no sobrara?. Estas dudas llevaban tiempo y pensé que la mariposa se iría volando antes de que yo terminara de pensar. La mariposa no se

cansó; yo me cansé. Preparaba mis manos para cazarla, el índice y el pulgar extendidos correctamente, pero tuve escrúpulos. ¿Le rompería las alas?. Perdería en mi mano el polvillo cuando yo la tocara, y perdería la fuerza necesaria para volar. ¿Cómo se llama el polvillo que tienen las mariposas en las alas?. Lo ignoro. Es tan sutil que no permite tocarla sin un terrible malestar. Varias veces había capturado mariposas con extremo cuidado. Al sentir en mi mano el polvillo y la liviandad de las alas, temblaba de pena, las soltaba. Comprobaba entonces que ya no volaban como antes, sino inclinadas para un lado o para otro, como si algo les doliera o les faltara. Sólo para una caja de coleccionistas serviría esta mariposa arruinada. Tuve la penosa convicción de haber cometido un pecado, cuando la toqué. Por levemente que lo hiciera, el acto iba acompañado de esa vulgaridad de la que nunca se ve libre el ser humano frente a cualquier insecto, los inofensivos y los que deliberadamente se vengan dejándonos un brazo hinchado o un párpado rojo. Arrobada por su hermoso colorido quedé mirándola. Había viento aquella mañana y en vano traté de cazarla. Qué difícil, qué ridículo: mi emoción, el viento, las alas que se abrían y se cerraban... ¿Qué haría con el ala octava? Parecía desprendida de las otras. Traté mil veces de tomarla entre mis dedos, pero resbalaban. Era demasiado difícil. Traté de olvidarla. Seguí caminando hasta que el viento me la trajo de nuevo. Hasta ese momento pensé que para una mariposa era muy natural, pero incómodo, tener ocho alas. Cuando yo estaba al acecho, preparada para dar el manotón, advertí que eran dos mariposas copulando. Mi corazón latía, y también, seguramente, el de las mariposas. No parecían enterarse de lo que había sucedido; no se defendían. Simplemente sentí un latido, no sé en qué cuerpo, quizás en los dos, como el latido de un corazón, que me conmovió. Tenían dos cabezas, indiscutiblemente, una en la sombra, otra en el sol; una parecía un antifaz, la otra una máscara radiante. ¿Dos cabezas no era demasiado?. Las solté. Sobre el mismo camino de piedritas, temblando de dejarlas, me alejé lentamente, como si no pudiera irme hasta que las dos se separaran o no se separaran nunca. Volví a caminar en el viento y vi alejarse esos barcos de vela extraordinarios, las mariposas en el viento. Me alejé y me distraje, hasta que volví de nuevo en busca de las ocho alas. El viento las arrastraba, las movía, las sacudía, las embestía; ellas no sentían nada de lo que sucedía a su alrededor, indiferentes a la realidad en su abstracción. Venciendo mi timidez, pensé que las llevaría a casa, que las pondría en el balcón y después ¿cómo dejarlas? ¿Para ellas sería la muerte? ¡Si cruzan el Atlántico! Son fuertes, no se morirían.

Las capturé. Mi corazón latía locamente. Llegué a casa con mis manos

de asesina (así las sentía por haber interrumpido el goce del amor, un orgasmo infinito). Las puse en el balcón donde el viento arreciaba. Almorcé. ¡Cómo pude almorzar!. Le pedí a mi marido, que es fotógrafo, que les sacara una fotografía. Sacó la fotografía mil veces para conseguir una sola bien lograda.
Buscamos el modo de conservar la imagen. Terminé de almorzar y fui al balcón. Ya no estaban, pero siento todavía el latido como un pulso y esa unión tan cerrada y musical como ninguna otra música del mundo.
¿Qué hace la cámara fotográfica ante una escena como ésta? ¿Qué le presta a la imagen? ¿La mata, la conserva?. Pensé en el dolor de una imagen de arena que está entre los libros de la biblioteca. Alguien pensó que era un relieve egipcio, griego, romano. No reconocerlo era una vergüenza. El ignorante miró en silencio la fotografía, pero nadie supo que dentro de ese cuerpo algo más que la vida yacía; algo infinitamente inasible, como la vida misma de estas mariposas, con tanto olvido del mundo, con ocho alas anaranjadas.

La próxima vez

Ella estaba muriendo, imaginando su propia muerte. La luz de la tarde bañaba los objetos en un brillo extraordinario. Nunca los había visto tan nítidos. También vio las caras que venían a visitarla. Una se distinguía entre todas. No lloraba. ¿Por qué no lloraba? Estaba apoyada contra una pared con cuadros que reproducían a los miembros más importantes de la familia. Una curiosidad malsana se apoderó de ella, una irritación que no podía controlar. Su corazón latía vertiginosamente, a tal punto que no podía mantener sus ojos quietos. La que no lloraba estaba devorando con sus miradas a alguien; no se movía de su puesto de observación. ¿A quién miraba?. Quiso incorporarse para ver lo que no alcanzaba a ver, pero, aún moribunda, se desplomó. Presintió lo que sucedía. Detrás del biombo de la sala apareció la misteriosa persona que invitaba a todos los ojos a mirarla. Sintió que se le paralizaba el corazón. Se besarían tan furtivamente que nadie lo advertiría. Y así fue. Cómo pudieron alejarse del lugar tomándose de las manos, como dos niños lúbricos. En su imaginación tomó la pluma para escribir lo que estaba viendo, pero una moribunda no puede escribir por más que trate de hacerlo. Recorrió los detalles más minuciosos del ocaso, del vestido que miraba. "Moriré", pensó, "pero ahora no, por favor, Dios mío. Tengo que ver el final de este encuentro, que me mata."
Ya el mundo había cambiado, las flores se habían marchitado con el murmullo de las voces. Lejos, lejos como a través de un invertido

anteojo de largavista, vio el mundo con todas sus perspectivas. El amor era lo único que se destacaba. No, no moriría esta vez, sino la próxima... "Dios mío, no tengo valijas, baúles donde llevar mis manuscritos y prefiero morir mil veces antes que perderlos".

Permiso de hablar

Las voces se anunciaban por medio de una maravillosa distribución de colores. No sé si eran eléctricas o simplemente naturales. Antes de que prohibieran las voces, la ciudad quedaba casi a oscuras e inmediatamente reverberaban las luces rojas, verdes, violetas, amarillas, celestes, a rayas o a pintitas que anunciaban el permiso de hablar. Entonces se oía una detonación como de trasatlántico que se hunde y comenzaban a urdir los más desaforados enredos, y empezaban las voces a hablar, algunas intrépidas, otras tímidas, otras sonoras, imperiosas como en un claustro, otras desentonando o casi tristes o apagadas, otras furiosas atrayendo risas o llantos por la precipitación del permiso de hablar, tan esperado.
Simultáneamente se iluminaban grandes avisos PERMISO DE HABLAR. No saben los científicos que todos los desastres de este mundo se deben a la locuacidad de la gente. Por algo los animales no hablan. Ningún volcán en erupción es tan fuerte como las voces.
Cuando los carteles que indican PERMISO DE HABLAR dejan lugar a otro, con la palabra SILENCIO, y el silencio baja sobre el mundo con sus alas grises y celestes, un recogimiento dulce invade las casas; las cortinas se abren solas, para no hacer ruido, y los niños se visten para ir a la escuela. El piano funciona pianísimo.
El llanto nunca fue considerado como palabra: hubo un conflicto porque nadie se ponía de acuerdo sobre este tema y los que más necesitaban hablar emitían llantos, casi tan incómodos como las palabras. Los prohibieron. Sobrevinieron los suspiros, más flagrantes que las palabras. Los suspiros también se prohibieron. Entonces el universo en silencio explayó su belleza. Era un silencio claro y perfecto. Hasta los perros habían comprendido que no tenían que ladrar. Acostados sobre la pata derecha inclinaban la cabeza y de vez en cuando silenciosamente suspiraban. Apenas se oía aquel suspiro tan medido, tan escondido entre los pelos negros de las patas. Ninguna nostalgia en su corazón de perro adulto. -No recordaba conversación alguna de amor ni de odio, simplemente una nostalgia de perro que llora por sus últimos hijos y por un plato de pollo. El suspiro apenas se oye por este motivo, pero no es menos profundo que el suspiro de un hombre por su mujer que lo ha traicionado. Este concierto, tan bien esclavizado,

despierta al que duerme. Tengo que vivir, piensa el soñador a quien sólo despierta el silencio, nunca el ruido.
Algunas personas aprendieron a hablar sin palabras. Era tan incómodo hablar en aquel bullicio que hacía la gente y era tan agradable el silencio de cuando nadie hablaba que Romina, la vecina de nuestra casa, intentó hablar sin palabras. En los primeros momentos nadie la comprendía y cuando le explicó a su maestra de canto la suerte que elegía, la maestra furiosa tiró las músicas al suelo y dijo: "Yo no enseño a gorriones ni a perros pilas por inteligentes que sean. Hay que cantar con palabras, para eso las tenemos". Aquel ejemplo bastó. Su timidez la impulsaba a buscar a amigas que pensaran como ella, pero era difícil, tan difícil que utilizaba la nariz para emitir un sonido ínfimo que la ayudaba a pronunciar palabras mentalmente, pero cuando alguien descubrió esta efímera treta, le dijeron que era incorrecta y que no había que engañar al mundo cuando el mundo ya no utilizaba sonidos ni palabras para expresarse. Romina se resignó. Con el tiempo se enamoró de un sordomudo: Teodoro Mudo. Romina ya no supo hablar. Aprendió a manejar las letras con sus manos, olvidándose del sentido de las palabras. Teodoro Mudo la miraba extasiado. Qué sacrificio hace una mujer cuando olvida las palabras que quiere decir a su amado. Tomó un libro. Dafnis y Cloe, y con la lapicera fue marcando las líneas más conmovedoras. Fue entonces cuando ocurrió el milagro. Teodoro Mudo pronunció las frases más apasionadas, justo en el momento en que apareció PERMISO DE HABLAR. El ruido ensordecedor de la gente no dejó oír su voz. Romina palideció, volvió a abrir el libro. Dos mujeres, que se peleaban con voces muy altas, interceptaron la voz de Teodoro Mudo. Romina les dio la vuelta a las páginas del libro. Bajo las órdenes de SILENCIO Teodoro leyó una página del libro. Romina trató de decir algo. Ningún sonido salió de su garganta, sólo se oyó un suspiro, el suspiro que marca la época en que desapareció esa costumbre de anunciar el derecho de hablar y del silencio.
A Romina acabaron por llamarla la Sirena de Andersen, que, al hablar y al moverse, sentía que le clavaban cuchillos en los pies y que nunca pudo declarar su amor al príncipe.

Intenté salvar a Dios

Aquí escribo lo que sentí. A veces muero sin saberlo, y me pregunto si no están enterrándome en este preciso momento. Son las seis de la tarde. El sol oblicuo ilumina el corredor de la casa, que veo a través de una ventana. Uno puede, en cualquier momento, morir y de ese modo fijar en la eternidad una escena desagradable o inmortal. ¿A qué

serviría mi muerte?. Al fin y al cabo soy una partícula de Dios, una mera indefensa partícula, que podría un día salvar el mundo (aunque tal vez sea imposible). No he vivido bastante para deshacerme de todo lo perverso que hay en mí. Desprovista de afectos, podría redimirme, pero es tarde. Estoy muriendo. Cuando vivía, o creía vivir, pensé invocar o recrear una religión, esfuerzo tan difícil que me trajo un insoportable dolor de cabeza. Para combatirlo, pensé que un dolor se anula con otro dolor en otra parte: me dolió un pie, un brazo, la garganta. Todo en vano.

Pensé en cambio dos frases: ¿Qué hice de mi vida? ¿Qué castigo me corresponde, ya que un premio nadie me debe? Pensé en Dios, como lo hacía en mi infancia. Durante toda mi infancia pensaba en Él (es verdad, aunque parezca una mentira para atraer a los lectores). Pensaba en Dios obsesivamente, como después pensé en otras cosas, pero, siendo Dios el personaje que estaba en juego, todo parecía más serio, más terrible y perdonable. Siempre pensé que Dios era demasiado grande. Aunque invisible, su grandeza nos destruía, nos aniquilaba, nos agotaba por mucho que nos perdonara.

Días de sol, días de lluvia, de frío, días opacos, días sin horas, días ocupados por un millón de minutos o sillones con miles de días sin alegría o con pesar, pensaba en Él. No me atrevía a imaginar su cara, ni sus manos dando gracias, ni sus pies tranquilos, sin zapatos, ni su voz silenciosa ni su bondad. Me parecía demasiado grandioso, recto, inmóvil como un granadero de San Martín. Me parecía demasiado serio para equivocarse. A veces pensé medirlo con un centímetro, porque los hombres siempre se miden o se pesan y discuten su estatura. Algunos decían: "Yo soy más grande que papá, soy tres centímetros más alto", pero no eran dioses y nunca lo serían, porque los hombres son desdeñables, no porque sean malos, envidiosos o ridículos, sino porque sin molestarse en probarlo se creen más perfectos que sus congéneres. Entonces, para contrarrestar las injusticias de la vida, inventé una religión sumamente simple, sumamente complicada. Si no me equivoco, yo tenía siete años cuando intenté salvar a Dios.

Pensé en Dios: tan armonioso, no podía sobrevivir en un universo como el nuestro; el día de la creación se perturbó. Dios, que no es visible, que es capaz de todos los milagros y que puede dividirse al infinito. En cada edad, en cada momento del mundo, en cada ser de este universo, en cada país, en cada raza, en cada circunstancia, podrá dar una parcela diminuta de sí, tan poco visible como Él, pero con los mismos defectos, con las mismas virtudes, con las mismas esperanzas. Porque Él no pensó nunca en una situación como la actual, no encontró la salida que se me ocurre a mí. Pero esas partes infinitesimales, en cada

generación más pequeña, están desapareciendo y provocan hechos favorables o no, en que hay un eco de nostalgia. Todo esto se me ocurrió armando un rompecabezas; era fácil: dos o tres piezas, un lago con dos cisnes blancos que nadaban sobre un fondo azul.
Como ninguno de los creyentes es capaz de poner orden en un cajón, libros, lápices, horquillas, peines, cepillo, alicates, fotografías, todo confundido, yo no puedo poner orden en el universo. ¡Pensar que en un partido de fútbol grita y se arrodilla más gente que en una de las procesiones!. Es cierto que arrodillarse en esos partidos es parte del rito, y gritar, tal vez más. ¿La libertad será un animal salvaje?. Al oír a los cantantes, el público ulula y canta, y las chicas se desmayan. Por Él no se desmayan. Antes, cuando éramos puros, su trabajo era más fácil. Ahora la gente no sabe rezar. Cuando rezamos, no sé qué estamos diciendo. En cada palabra hay un plural que me estremece. ¡En la que me he metido! ¡Yo que siempre rezo! ¡Perdóname como si yo fuera vos y vos fueras yo, Dios mío!.
¿Pero cuál sería, Dios, la salvación?. Cuando trato de explicarla todo se confunde y no puedo acudir a mis siete años, cuando estuve tan segura de lograrla. Tal vez algún día...

La nube

Íbamos a cazar una nube. No es fácil, cualquiera lo sabe. Era una nube blanca, rodeada de pasto y de flores. Cazarla era imposible. ¿Cuál era la nube? Esto era lo difícil. Las nubes estaban en el horizonte, muy lejos; había que alcanzarlas en coche, en automóvil, en avión. ¿Pero quién dispone de un avión, de un automóvil, de un coche? Más fácil sería ir a caballo, galopando, o en bicicleta. Pero todo era imposible. Una vez llegados al horizonte, ¿qué hacíamos? Nos quedamos mirando la nube que no había cambiado de forma, aunque sus compañeras fueran bastante distintas y fáciles de confundir entre ellas. Nos quedamos mirando aquella nube hasta que cayó la noche azul, azul como el interior de uno de los juguetes, el más importante y seductor de todos; un juguete vulgar, si se quiere, pero raro. El juguete era extraño, no puedo describirlo pero se trataba de una bolsa de material plástico, que no existe en este mundo, en forma de raqueta; contenía un mar azul, tan azul que no parecía cierto como el azul de la noche. Cuando el mar se agitaba surgían otros paisajes, de países distintos. El agua que llevaba la bolsa era de mar, tal vez, y los paisajes nunca se repetían, y eran preciosos.
-Soy propietaria de la nube -dijo la más tonta de mis amigas- y es mía. Yo me quedaré hasta que desaparezca.

Lo dijo con tanta seriedad que todo el mundo la creyó.
-Nunca desaparecerá -dijo una señora cubierta de plumas, como si quisiera imitar a los indios.
-Entonces me quedaré para siempre -declaró la niña.
Y quedó para siempre en aquel lugar, que no sé muy bien dónde se encuentra. Nadie lo conoce. Se llama la Nube o se llama Descubrimiento de Otro Mundo; pero nadie sabe dónde está, ni en qué estación aparece. A veces la nube se transforma en un lecho donde cruza el cielo, un lecho rosado y mullido, que no tienen las lluvias ni los temporales, y duerme durante horas hasta que el sol la despierta y ella, ágil como una liebre, salta de su lecho y baja a la tierra; alguien la espera, alguien que no sabemos quién es. Este es el misterio que hay que descubrir. ¿Quién la espera? ¿Un joven hermoso, un perro, un animal feroz? Nunca lo sabremos. Cuando baja y aterriza, me aseguran que oye un gruñido que la asusta. ¿Una nube que gruñe? En los primeros tiempos creyó que sería la tormenta... Una tormenta nunca gruñe. Después empezó a dudar; el gruñido era acaso de una bestia antediluviana. Rápidamente optó por averiguar de dónde provenía. Lo buscó desesperadamente y olvidó los libros que tenía que revisar y recuperar porque le pertenecían, porque ella los había descubierto. Buscó a todas horas, en todas partes, olvidando lo que tenía cerca de su mano. Ya no comía, ni dormía ni descansaba. El mundo ya no era el mismo. Se arrodilló finalmente sobre el pasto e inventó una oración. Cerró los ojos y la dijo noche y día, día y noche, hasta que recuperó la quietud.
Nunca supo cuál era el animal que gruñía. ¿Un lobo, un zorro, un jaguar, un tigre? Como estaba tan cerca de las nubes, no podía distinguirlas. Vistas de cerca, las nubes eran enormes... Nunca supo cuál era la bestia, pero sí que esa bestia la mataría si no abandonaba la nube de su invención. Y ésta es la única verdad de este cuento.

Miren cómo se aman

Adriana dejó caer su mirada sobre sus pechos; el vestido era de lana gruesa, bordado con flores, las mangas estaban mal pegadas y le daban en todo el cuerpo una sensación incómoda, de ahogo, semejante a la del encierro en ascensores de madera, detenidos en un entrepiso. El desayuno estaba listo sobre la mesa; siempre tomaba el desayuno levantada y ya vestida en los cuartos de los hoteles, por las mañanas. Y entonces, a esa hora desnuda de cantos en la ciudad, abría la puerta del cuarto vecino, donde dormía Plinio.
Plinio entraba anunciándole la mañana, con una corrida de piernas

torcidas, como si de cada lado de sus brazos llevara colgado el cansancio de muchas personas, de muchos baldes de agua o de muchos canastos de frutas. Sus ojos eran tristes de malicia y de imitación. Adriana lo sentaba sobre sus faldas desnudas y le daba terrones de azúcar todas las mañanas de su vida. A veces se preguntaba si no era realmente gracias a él por lo que había entrado en esa compañía de circo o bien si era gracias a ella misma y a sus números de acrobacia. Pero las exclamaciones de admiración la perseguían a lo largo de los viajes, en los barcos, en los andenes, en las ventanillas de los trenes hasta donde le llegaban las voces asombradas de "ioh, miren la chica con el mono!"; todo eso no iba dirigido a ella ni a su gorro de lana rojo, ni a sus anchas espaldas. Que un mono fuera capaz de andar en bicicleta asombraba al público, que un mono hiciera equilibrios sobre una silla, era un prodigio, y Plinio sabía hacer todas esas cosas. Es cierto que Adriana había desplegado toda su paciencia: con las manos pegajosas de terrones de azúcar se había pasado horas enseñándole pruebas. Y sin embargo, durante las representaciones, los aplausos eran para Plinio, y ella, en cambio, con sus números de acrobacia, con las piernas hinchadas envueltas en mallas rosas, con los brazos tremendamente desnudos, tenía que anticipar los aplausos después de cada prueba, tenía que forzar los aplausos con una corrida de gran artista, distribuyendo besos de cada lado de las gradas. Adriana había sufrido en los primeros tiempos los saltos mortales de su corazón como el tambor que anuncia las pruebas peligrosas: los pechos se le hinchaban en forma de semillas, debajo de un cuello rojo atravesado de venas sinuosas, y, cuando terminaba la representación, se dejaba caer sobre la cama de algún cuarto desmantelado. Sentía los latidos de su corazón, que le recorrían en puntos rotos, a lo largo de la malla. La salud le robaba la compasión de los demás; podía tener el cuerpo desgarrado de cansancio, pero sus mejillas permanecían rosadas.

La compañía del circo Edna había pasado los años yendo de un pueblo a otro y se mantenía gracias a la media docena de elefantes, que sabían caminar con una pata en el aire, que sabían hacer gárgaras de arena con ruido de trompetas, que sabían sentarse en ruedas furiosas sobre barriles y caminar encima del enano, delicadamente, como bailarinas, sin aplastarlo; gracias también a Plinio, que levantaba lluvias compactas de aplausos y a un malabarista japonés.

Adriana trabajaba desde los diez años; había crecido entre paisajes de trapecios y redes giratorias, entre patas rugosas de elefantes amaestrados. Nunca había vivido en el campo. No conocía más animales que los que vienen encerrados en jaulas. Un día, hacía poco tiempo, la habían invitado a un pic-nic en el Tigre; después de andar en

lancha de excursión bajaron en un recreo llamado Las Violetas. Adriana se durmió debajo de una palmera. Cuando despertó, vio la pata rugosa de un elefante apoyada contra su cuerpo; sus ojos subieron por la pata del elefante hasta que llegaron a la altura de las palmas verdes; el aire no estaba tamizado de aserrín y de arena, y aconteció la cosa más increíble de su vida: un día de campo.
Nada extraordinario había sucedido en su vida. Vivía en soledad de desierto sin cielo. Se dormía en los bancos, esperando su turno, con los ojos ribeteado de un fuego intenso de sueño (por eso sus compañeros la llamaban "la dormilona"). Plinio la despertaba, le tiraba de la falda, le sacudía los brazos, mientras el público pasaba, en los entreactos, a visitar los animales. Y entre toda esa gente, un día, en que estaba en esa postura de sueño, que algodona los brazos, que agranda los párpados listos a caerse como dos enormes lágrimas, que entreabre la boca y pinta las mejillas de rojo, estampando el apoyo de un bordado, de una esterilla o de una mano abierta, un hombre se enamoró de ella. Para él en ese instante se volvieron reales los movimientos acrobáticos, incandescentes, de esa mujer dormida; cada brazo, cada pierna era un envoltorio de músculos dormidos y blandos, como un abrazo. Ese hombre en su infancia había visto en el circo serafines rubios disfrazados de acróbatas; por eso quizá se detuvo y miró largamente a la pruebista, resucitada de su infancia. Y ella, detrás del sueño, lo vio lejos, lejos, en las gradas más altas, guiñándole el ojo detrás de dos bigotes de cejas rarísimas que llevaba sobre la frente. La intensidad de la mirada debió de ser tan grande que Adriana despertó, pero no vio a nadie. "Plinio, ¿quién era ese hombre?" Plinio se asomó a espiar por las cortinas y volvió tambaleando, sin respuesta.
Hasta ese día había vivido en la soledad de desierto sin cielo, luego, ese cielo ausente se cubrió de alas de mariposas coleccionadas en Río, que aquel desconocido le mandó de regalo -fue Plinio el que recibió los besos de agradecimiento-. Entre los trapecios y las sillas apiladas, las grandes manos redondas de Adriana rezaban de alegría, una semana después, cuando un hombre alto, de traje azul violáceo, se acercó a saludarla.
Después de ese breve encuentro se vieron todos los días en un taxi, donde Adriana descubrió que el amor era una especie de match de catch-as-catch-can. En seguida el novio quiso llevarla a una amueblada, pero no consiguió llevarla sino a un bar alemán, con vueltas de Danubio Azul desafinado, que los indujo al noviazgo definitivo. Ella tenía que interrumpir puntualmente sus entrevistas para ir hasta la pieza del hotel y dar de comer a Plinio; era una ocupación sagrada que mantuvo aun en el día de su compromiso. Su novio, encarcelado esta vez dentro

de un traje a rayas, ensombrecía su frente diciendo:
-Voy a concluir por ponerme celoso.
-¿De quién? -preguntó Adriana.
-De Plinio.
Una risa breve los envolvió dentro del baile. Hacía mucho frío afuera esa noche, y el interior del bar alemán abrigaba con olores espesos a gente, a cerveza, a frituras. En el medio de las mesas había floreritos de metal angostísimos y altos con tres flores muertas.
A veces, cuando Adriana volvía a su habitación y lo encontraba a Plinio esperándola, creía oír su voz que decía:
-¿No te casarías conmigo?.
Ella, asombrada, creyendo que había soñado esa voz y esa pregunta, vacilaba y luego le contestaba avergonzada:
-Te quiero, pero no lo bastante como para casarme contigo.
Luego exclamaba como hablándose a sí misma, refregándose los ojos:
-Me parece que he soñado.
-La vida es un sueño para los enamorados -decía Plinio.
-Pero yo no estoy enamorada.
-Yo, sí.
Estos diálogos repetidos empezaron a parecer naturales a Adriana.
Para Adriana los días eran cortísimos; para su novio, interminables. Y de pronto en la oscuridad de una ausencia brillaron los ojos culpables de Plinio. El novio pensó en la inutilidad de disminuir su voz, hasta modularla como la de un cura diciendo misa, para santificar las proposiciones de llevar a su novia a una amueblada. Le pareció que por falta de tiempo sus frases no eran convincentes. Y Plinio era el culpable. Era él quien le robaba la novia; a él Adriana dedicaba su tiempo, enseñándole (impúdicamente, en camisón) a andar en bicicleta. Para darle de comer se iba, todos los días, de todas partes, corriendo. En los diarios de Buenos Aires estaba anunciada la despedida del circo Edna, pero todas eran funciones de despedida. Esa mañana Adriana salió temprano del hotel, para hacer compras, y volvió justo a las doce, para dar de comer a Plinio. En el zaguán del hotel hizo el ademán de detener los latidos de su corazón, o como si tragara, sin agua, una píldora muy grande. Entró en el dormitorio, abrió la puerta que comunicaba con el cuarto vecino: un desorden complicadísimo, de sillas y mesas volteadas, rodeaba a Plinio, tirado en el suelo, como un muerto. El, que había hablado siempre tan poco, ahora que estaba muerto necesitaba hablar. Adriana se arrodilló y después de acariciarlo vio que sus manos quedaron ensangrentadas. Vio entonces una herida abierta en el pecho de Plinio y se puso a llorar desconsoladamente. Lo creía muerto. La voz de Plinio volvió a resonar de un modo misterioso:

-Te casarías conmigo?.
Adriana le contestó con el mismo asombro, pero decidida:
-Te amo y me casaré contigo.
Al oír estas palabras, Plinio se incorporó y salió de su piel para transformarse en príncipe. Adriana extasiada lo miró y se abrazaron.
-Extraño tu piel, tus ojos, tu modo atrevido de mirar.
-¿Te atraía más antes?.
-Creo que sí.
Tomándolo de un brazo, Adriana le dijo:
-Vamos, es la hora en que apareces en la pista. Te llama el público.
-No alentarán a un príncipe en lugar de un mono. Verás que nadie aplaudirá.
-Explicarás al público lo sucedido. Le pedirás perdón por haberte transformado.
-Nadie comprenderá. Nadie aplaudirá. Me arrojarán naranjas.
-Mejor. Están caras.
Entró un enano y levantó el cortinado, para dejarlos pasar. Plinio y Adriana entraron en el picadero, abrazados. Apareció el novio de Adriana, que preguntó:
-¿Dónde está Adriana?.
-En la pista, con Plinio, transformado en príncipe.
-¿No murió Plinio?.
-Plinio se transformó en príncipe.
Ante el asombro del novio, el enano exclama triunfalmente:
-Siempre hay una bella para una bestia y una bestia para una bella.
Se oyó el silbido furioso, que venía de las gradas, y voces que gritaban:
-Mono sí, príncipe no. Mono sí, príncipe no.
Se oyó, también, la potente voz de un domador, que hizo el papel de maestro de ceremonias:
-Señoras y señores, verán un espectáculo nuevo: el príncipe vuelve a ser mono en los brazos de su amada. Miren cómo se aman. Los aplausos fueron atronadores. El público gritó:
-Mono no, príncipe sí. Mono no, príncipe sí. Mono sí, príncipe no. Mono sí, príncipe no.

Color del tiempo

Desde la mañana oí el canto de aquel pájaro. Son tantos los pájaros que no puedo contarlos. Me puse mi vestido más precioso azul turquesa, a rayas, con círculos. Me miré en el espejo. Las rayas, contagiadas, aparecieron en mi cara. A pesar de ser bonita, pensé que el color azul turquesa desfigura. Busqué polvos de un rosa pálido y me

embadurné la cara y el cuello. Ahora deslumbro a cualquiera. No tengo culpa de ser casi bonita. Tampoco la tendría si fuera fea. No llegué a la edad de las arrugas ni de los pliegues. Ningún papel de seda me envuelve. Es natural. Estoy enamorada: eso reemplaza la belleza. Cuando me miran, tiemblo de amor. No tengo presentimientos, pero aquella noche de fiesta me asusta. Soy capaz de morir en otros brazos, aunque me maten cien veces las alas azules, afiladas. Afuera, oigo cantar un ruiseñor; creo que es un ruiseñor. Trata de deslumbrarme, pero soy fiel a mis principios. Hoy intentaré un poema sin palabras y lo diré, con voz trémula, ante el público, sobre una tarima destartalada, y me desvestiré en el proscenio, con los ojos cerrados. Debajo de mi camisa tengo plumas azules, tan azules como el mar, que no conozco. No puedo desvestirme. Moriré como muere una prisionera mirando la caída de la noche y pensaré: "Qué lejos, corazón, te fuiste de mi alma y de mi vida". Moriré, siento el filo del cuchillo. Me alegra morir alguna vez, antes de morir realmente. Un ruiseñor o tordo me llama: fue mi amante. Se llama ruiseñor azul y en una ventana abierta, de noche, hablamos hasta que el sol nos despertó. ¿De que hablábamos? No podría decirlo. Decía inolvidables cosas. Su voz era tan exigua que apenas se oía. No sé si era él o yo, pero la voz era casi la misma, aunque cambiara de tono. He perdido la vida pero no sé si él la perdió. Tan solitario era su canto. "Pájaro azul del color del tiempo vuelve a mis brazos. ¡Oh inmortal! Vuelve". Déjame llorar mis pecados. Tengo una red de cazar mariposas, no alcanzaría para apresarlos, pero fue el más pequeño de mis pecados, el más incongruente, el más escurridizo, el que huye como una mariposa. Dios lo perdone... y yo río, muero, y no puedo renacer porque sé que existo y que seguiré existiendo mientras exista esta manera rara de comunicarme, este mundo apenas nacido que nadie comprende ni comprenderá. Huí de su lado. Huyó el ruiseñor. ¿Sería un ruiseñor?. Hace tanto tiempo que existen. Se fue, se fue de mi jardín. Lo busco.

-¿Lo oyó usted?.

-Sí -le dije-, muéstremelo. Canta de noche. Venga a buscarme mañana.

El hombre vino a buscarme. Lo seguí. Me acerqué a la jaula, vi una pelambre oscura. Era un mono diminuto pero precioso. Medía cincuenta centímetros. Cantaba, para siempre lo oiría, para siempre porque fue el primero de mis santos.

-¿Lo compra? -me preguntó.

-Naturalmente -contesté. Pagué y me fui llevando el corazón en mis brazos.

Si alguien lo quiere, yo tengo una grabación intacta. Gracias. Está grabada en mi corazón y esa grabación sirve.

El miedo

Querida Alejandra: acude a mi memoria la calandria del bosque, aquella que me salvaba con su canto de todos los miedos. Tenías miedo y me dejabas por eso la puerta abierta. Me obligabas a dejarla abierta. Yo la dejo cerrada porque tengo miedo. Estoy en una casa enorme, casi deshabitada. En el primer piso, la gente se fue de vacaciones; en el segundo, nadie habita porque está el piso en refacción; en el tercero, nadie, porque está en venta; en el cuarto, dos personas entre una multitud de cuadros; en el quinto, yo; en el último, lavaderos impredecibles. De todos lados se puede entrar en esta casa: por la azotea, que tiene numerosas puertas de vidrio; por el piso bajo, que tiene varias entradas arbitrarias abiertas; por las ventanas sin persianas que se abren sobre un jardín abandonado. ¿En qué parte del cuerpo se localiza el miedo? ¿En qué parte se multiplica? ¿En el centro del pecho?. En el nacimiento de la garganta va bajando hasta el estómago, se demora en las piernas, en las rodillas preferentemente, y llega hasta los pies, sube de nuevo y castiga los brazos, le pone guantes a las manos y un corpiño ajustadísimo al pecho. Yo aconsejaría no consultar ningún espejo cuando el miedo coloca la mano sobre la garganta. La supresión del miedo causa estragos, no permite que el pelo obedezca a ningún cepillo, a ningún peine. Arrodillarse no es posible, sentarse tampoco, ponerse de pie no es admisible, aunque uno quiera huir a toda costa e intente hacerlo. La petrificación es inevitable. La sensación de ser piedra o de ser hielo o de ser objeto herido que envidia la suerte de cualquier hombre que está pasando por la calle. El corazón late, único signo de vida que no deja respirar. Las maderas crujen, suena un timbre. ¿Quién es?. Al aproximarme a la puerta, el timbre deja de sonar. ¿Quién?. Nadie contesta. Vuelve a sonar. ¿Quién llama?. Nadie contesta. Entonces, entonces, ¿qué se me ocurre?. Nace la idea de la salvación, para no estar sola, porque la salvación está en conseguir que el miedo resida tal vez en gran parte en la soledad. Si una voz no contesta, surge el miedo que responde. Quise ardientemente ser dos personas. Nunca Dios ha desoído mis súplicas. Me apliqué durante años en ser dos personas. Que nadie diga que soy frívola o mentirosa. Hay muchos miedos, tantos como pelos tenemos en la cabeza, que han invadido la televisión que hasta dan ganas de no escribir sobre ellos ni pensar en ellos. El miedo a la oscuridad, a la luz, a la nitidez, a la vaguedad; el miedo al conocimiento y a la ignorancia; el miedo a esperar, a dejar de esperar; el miedo a la infancia, a la madurez, a la vejez, a ninguna edad; el miedo a uno mismo, al objetivo

panorámico, al objetivo microscópico, al desplazamiento, a la desaparición, a la penumbra, a la inmovilidad, a los hombres con cara de animales, a los animales con cara de hombres, a las entrañas de la tierra, a las propias entrañas, al silencio absoluto, al ruido, a lo que ven nuestros ojos, a lo que se esconde, a lo que palpa la mano, a la violencia de la inercia, a la sociedad, al apetito, a vegetar, a rememorar, a olvidar, al conglomerado de la nada, a lo divino, a lo diabólico, a ser o no ser, a los astros, a lo sobrehumano, a lo humano, a bramar, a la transformación, a la transmigración del llanto, prólogo de la ausencia, al temblor próximo de la presencia, al polvo que oblitera las formas, a la aspiradora que las renueva, al alarido, a todas las formas de los relojes y de los espectáculos, al reino de los insectos y de la crueldad, disfraz de la bondad que nadie percibe, a las joyas con dos caras y dos colas, al paisaje que nunca volverá, a las palabras que pierden el sentido y que se ocultan dentro del más sereno de los pensamientos, como en una caja de fósforos, los fósforos ya usados, o los estambres de las magnolias demasiado abiertas.
¿Cómo se logra esa dualidad?. No es fácil. Se logra sin querer, a veces. No son agradables los ejercicios a los que hay que someterse. Se empieza por la sombra proyectada sobre la arena, que se aleja y se acerca, para lograr que la sombra tenga su individualidad; luego, a través del sueño, hay que renunciar a una parte importante de la nutrición; a las naranjas, si te gustan las naranjas, a la espinaca, si te gusta la espinaca, como decía mi amiga, al sentimiento de la posesión absoluta, al placer, a la habilidad para recrear por cualquier arte a la música, a la amistad en el amor. Después de varios años de sacrificio se agrega a nuestro ser otro ser como un mellizo que nadie ve pero que está latente con su voz propia, con los apetitos, con su dominio; pero esto se logra después de un número infinito y sucesivo de orgasmos que van formando la vida de ese ser abstruso. De este modo logré el orgullo más absoluto, el de ser dual, no el orgullo de no tener miedo. Deambulé por casas inmensas, vacías, durmiendo sobre la frialdad de las baldosas o de las alfombras. Penetré en bosques donde la luz del cielo no llegaba, sin miedo porque iba acompañada, donde las enredaderas eran animales prehistóricos. Me alojé en un hotel sin aire, donde los paisajes y el cielo pintado eran ventanas que no se abren, y los sillones eran brazos y pies de personas, los baños millones de mosquitos que proyectaban cocodrilos diminutos que lanzaban un agua verde por las fauces. Llegué a una ciudad donde los hombres no hablaban, sólo gesticulaban quejándose, sin miedo porque nos reíamos juntos de la voz gutural de los habitantes extraños, vestidos con plumas. Cuando no hay miedo no hay ganas de morir y lo atroz se

vuelve hermoso, de modo que todo lo que no me había gustado antes empezó a gustarme. La felicidad nació. Todo es felicidad porque lo abstruso gobierna al mundo, lo imposible también. Decime ahora si vale la pena morir. En mi próxima carta te contaré mis aventuras de este mundo.

Átropos

Desde los cinco años tenía ideas extrañas sobre la muerte. Nadie se las había inculcado sino ella misma. No quería morir, pero no era por miedo a la muerte ni por el aspecto desdichado de Atropos; era por un sentimiento extraño: después de morir, ¿Qué había que hacer? ¿Cuál era la obligación primera, la segunda, la tercera?. La vergüenza de morir era lo primero que se le ocurrió y permaneció definitivamente en su corazón, como en el despertador el latido de la hora en que hay que levantarse aunque parezca que hay que acostarse justo a esa hora. ¿Cómo se vestiría? ¿Qué zapatos se pondría, blancos, negros? ¿Qué peinado le harían? ¿La raya al medio, dos trenzas, ninguna raya, el pelo estirado para atrás, con ondas que las trenzas dejan?. Interrumpiste el juego con las muñecas, sospechando que en la oscuridad de la noche las muñecas pensaban en vos y ¿qué mayor castigo que dejarlas solas, sin acordarse de ellas en ningún momento?. Algo te sucedía sin duda, por eso te preguntaban: "¿No jugás?" "No". "¿Por qué?" "Porque no". Que pensaría tu mamá al oírte decir cosas tan lejos de la verdad. Pensaba que algo te pasaba, pero nunca llegó a saber cuál era el misterio de tu angustia y fingía una alegría muy desmedida, al cantar una canción, golpeando en la madera de la cama el ritmo del canto. ¿Pensabas que algún día serías grande?. Nunca lo pensaste, pues para ti todo era absurdo, la vida de la gente mayor, las costumbres, los malos antecedentes. Preveía los desencuentros, las malas costumbres, la maldad, ¿por qué no?, la falta de respeto por todo lo que no era ellos mismos.

Y así sucedió que entre los juguetes más perfectos que no eran de ella sino de la hermana mayor, siguió creciendo hasta que las ideas la llevaron a preferir antes que a un hombre, un perro, una paloma, un tigre; quién sabe qué animal prehistórico, como las sirenas o el rezagado mamboretá o la íntima ballena, que meneaba su cuerpo en la televisión de los domingos. No era fácil vivir en la soledad ausente del jardín ni en los cuadernos de primer grado o del jardín de infantes. Jugaba, pero jugaba con sabiduría, sin saber qué hacía, como nosotros escribimos sin saber qué escribimos.

Mi hija se parece a mí, pero es en realidad mi madre, aunque yo la

llame mi hija. Resolví sacrificar mi vida por ella y una tarde de tormenta en que los árboles se desplomaban, la invité a salir. Aceptó y sin cubrirnos la cabeza ni los pies salimos bajo la tormenta, con los ojos cerrados, como si el mundo hubiera desaparecido. Entonces sentí que la fuerza íntima del ser tenía que desaparecer y dejarnos frente a frente como dos ángeles felices. Y así fue como llegamos al cielo, creyendo que era el infierno, abrazadas como dos amigas de la misma edad, para siempre. Y el jardín del cielo era precioso.
Y yo miré en un espejito, que mamá me dio bajo la tormenta. Y mamá me dijo:
-¿Ves que somos felices? ¿Qué otra felicidad querrías?.
-Ninguna, salvo la de verte como te veo ahora mismo, tan bonita y tan buena como siempre lo fuiste.
Cuando era chica no sabía hablar. Ahora hablo como los ángeles, que tampoco saben hablar.
-Voy a ser muy feliz como en la tierra. Pero ahora no nos damos cuenta de lo felices que somos, como entonces tampoco nos dábamos cuenta de esta felicidad. ¿Volveremos a nacer?.
-Volvamos a nacer. Cerremos los ojos. Éste es mi sueño. Éste es tu sueño. Nuestro sueño.
Pero no era mi sueño ni tu sueño ni nuestro sueño. Todo era diferente a cualquier sueño. Una sensación de bienestar se apoderó de mí. Pensé que el cielo esgrime sus fuentes para engañarnos siempre de algo hermoso, de algo que nos asusta, como no nos asusta ni siquiera el tigre de la jungla, pero que sabe recatadamente que nuestra vida está entre sus garras siempre benefactoras, aunque al final nos mata, feliz de matar a quien lo espera, como aquel tigre que mi hija amaba.

El encuentro

Hacía calor. ¿Quién olvida ese detalle de la temperatura en una experiencia importante de la vida?. Era en la calle Juncal donde me estaban esperando, no muy lejos de la iglesia del Socorro. Tenía que subir al último piso. Oprimí el botón para llamar el ascensor. No había nadie, pero muy pronto alguien llegó. No podría decir de qué color era su traje, ni sus ojos que cambiaban al menor movimiento de la luz como si un secreto entendimiento los uniera. Podría haber un color más allá de lo humano en el fondo de la mirada, no en el iris, sino en la mirada. Parecía que el ascensor no llegaba nunca, pero, cuando llegó, parecía que llegaba demasiado pronto. Entramos casi al mismo tiempo, de modo que rocé su antebrazo con mi hombro y mi pie izquierdo con su pie derecho. Dijimos casi al mismo tiempo:

-¿A qué piso va?.
-Al octavo.
Saqué un papelito de mi bolsillo para consultar la dirección donde estaba anotado el piso correspondiente. Quise encender la luz para leer el papelito. Andaba o andaba apenas, lo poquito de luz que quedaba iba disminuyendo con el movimiento del ascensor, hasta que quedó parado. Me reí al decir:
-Qué horror. Un corte de luz. ¿Le da miedo?.
-Es claro -gritó. Encendió el encendedor para mirarme y no para buscar, como él decía, el número del piso en que estábamos detenidos y que a veces está marcado en la pared, cuando se ve la pared.
-Pensemos que es nuestra casa. ¿Qué haría usted a esta hora en su casa?.
-Me recostaría con un libro.
-¿Por qué no lo hace?.
-No tengo libro ni lugar. ¿Me considera una enana para que este sitio me sirva de cama?.
-Me parece que es de un tamaño ideal.
Me quité el abrigo y lo coloqué como almohada en el suelo. Me acosté.
-Tiene razón -le dije-. Uno puede acostarse aquí. No es tan chico el lugar como creía. ¿Y usted qué piensa hacer?.
-Acostarme a su lado, naturalmente. No pretenda que me pase la noche de pie a su lado, como un sereno o un guardián de plaza. Estoy cansado, créame. ¿Pero quedaremos toda la noche encerrados aquí?. Yo me muero. Generalmente los cortes se prolongan toda la noche, si suceden a estas horas, porque no hay lugar donde se pueda hacer reclamos. Las oficinas cierran. Es natural, los teléfonos no comunican. ¿Puedo acostarme a su lado?.
-¿Y por qué no va a poder? No soy convencional hasta ese punto.
-A nadie diré que me acosté, puede estar segura. Ni conozco su nombre. Está claro que me lo dirá. Si miro sus pies, soy capaz de enamorarme. Los pies son lo más sincero que tenemos. Están tan escondidos, tan olvidados, a veces.
-Tengo las medias puestas.
-Ni me di cuenta. El color de las medias, tan igual a la piel, revela su coquetería.
-No me gusta esa palabra. Los únicos coquetos son los hombres.
-¿Usted es casada?.
-¿Qué le importa?.
-Me importa relativamente, pero parece conocer profundamente a los hombres.
-¿En qué?.

-En la familiaridad con que estuvo dispuesta a acostarse a mi lado. Una mujer que no es casada no aceptaría mi proposición. Por lo menos se resistiría.
-¿En qué época vive usted?.
-En la nuestra.
-No lo parece o, por lo menos, no ha vivido entre gente civilizada o animales domesticados.
-Soy un animal domesticado. Este ascensor me parece una jaula. Permite la naturalidad de cualquier acto.
-¿Por ejemplo?.
-El acto sexual, sin mayores alternativas. Acostémonos, de este modo, mañana estaremos listos para cualquier otro trabajo.
-¿Esto es un trabajo para usted?.
-Es muy posible. Todo es un trabajo. Así me enseñaron desde que nací. Ahora me acuerdo de tantos trabajas inútiles que hice.
-¿Para qué? Hay veces en que uno cumple con un deber sin proponérselo.
-Se equivoca. Usted es una mujer petulante.
-¿Cómo lo sabe?.
-Estoy mirando su mano. Se dedica a la quiromancia.
-Claro que sí. ¿Quién no adivina el carácter por las manos?.
-Yo. Yo adivino por la boca, por el pelo, por la voz.
-Está bien. Pero ya verá que es mejor guiarse por las manos, en la noche.
-La noche. Es tan larga la noche.
-Es cierto. Además, quien nos dice que no durará toda la vida esta situación.
-Todo es posible. Yo siempre lo he pensado, depende de un hilito para que algo cambie o sea lo mismo. Bueno, me acostaré si me lo permite.
-No es mi cama. No tenga esos protocolos simplemente para acostarse.
-No sabe usted si es simplemente por acostarme que tengo tantas amabilidades con usted. Mis intenciones podrían ser muy distintas.
-¿Le molesta mi abrigo o quiere cubrirse con él?.
-Todavía no tengo frío.
-Yo tampoco, ni en los pies.
-Tiene los pies desnudos. Me da frío. Duérmase.
-Sí, me duermo.
-Le contaré todo lo que me sucedió.
-Cuénteme. Lo escucho. Pondré mi cabeza sobre su hombro.
-Yo pondré mis manos sobre sus pies.
-Por favor. Prefiero sobre mi corazón. No tengo tictac. Tengo un corazón de cuarzo.

-¿Está segura?.
-Segurísima.
-Un reloj sin tictac me espanta.
-Hay que acostumbrarse a todo.
-A todo se acostumbra uno.
-Voy a desvestirme para no arrugarme el vestido.
-¿Quiere que la ayude?.
-De ninguna manera. Es muy simple. La falda no importa. Me acostaré con facilidad, aunque este reducto es muy incómodo, por lo estrecho.
-¿Qué le molesta?.
-Una persona que me mira mientras me desvisto. Es muy absurdo, pero es verdad, me molesta.
-No sé de qué hablarle, ayúdeme.
-No podemos quedar en silencio.
-Claro que no, pero para algo son las palabras. Es absurdo.

Los enemigos de los mendigos

Suntuosos para ella,
con el atado de ropa, el bastón y la barba,
los maravillosos mendigos
llegaban.
Llegaban hasta la casa en cualquier época del año;
las sirvientas le decían:
"No se le acerque,
ese que viene es un hombre disfrazado de mujer.
Tiene viruela o tendrá lepra.
Está lleno de piojos.
Ni los mosquitos lo pican."
No le importaba.
Su simpatía era mayor que su temor.
Era cierto que los mosquitos no picaban
a los mendigos.
Aquellos mendigos eran
del color de las hojas secas; no eran de carne,
eran del color de la tierra, no tenían sangre;
el pelo les crecía como mata de pasto
y los ojos estaban en sus caras
como el agua de las fuentes en los jardines;
por eso le gustaban.
Algunos eran ciegos,
con ojos del color de los ópalos

o de las piedras de luna,
otros rengos o mancos dando pasos de baile,
otros marcados de viruela,
otros con la mitad de la cara
comida como estatuas de terracota,
otros ebrios con manchas coloradas.
Cuando se iban, se iba un poco de su alegría,
un poco del canto estridente de los pájaros.
"¿Lepra?" ¿Qué era la lepra?.
Alguien se lo explicó, pero no le dio miedo.
¿Acaso los árboles tenían lepra?.
Los mendigos eran como los árboles.
Durante el verano, trepada a un cedro,
comiendo terrones de azúcar con limón,
los veía llegar
cuando la casa estaba cerrada
y las personas grandes
aún consagradas al rito de la siesta.
Bajaba del árbol y salía corriendo.
Entraba en la casa por la puerta lateral de servicio.
Era ésa la puerta que le gustaba.
Algo gritaba con alegría:
"Llegaron los mendigos, llegaron los mendigos".
Recuerda como una gran dicha haberles servido a algunos,
con la complicidad de un sirviente,
tazas de café con leche y pan
y haberles preguntado:
"¿Le gusta así o con más leche, señor?
¿Otro terrón de azúcar?"
como preguntaba el sirviente de comedor a las visitas; o
"¿Quiere un poquitito más?
¿Otro terroncito?", con mucha deferencia.
¡Cuánto mejores eran que los sirvientes!
¡Que las visitas y que las muñecas!
Un día una de las sirvientas la encontró,
en un momento de descuido,
con una mendiga que le mostraba un pecho
y un muslo con llagas y que le decía
"Vea mis llagas, niñita Jesús".
Tan absorta quedó ante el apelativo cariñoso
y con las llagas que parecían de mármol,
que no advirtió la presencia de la sirvienta.

Esta entregó a la mendiga un paquete
preparado con pan y sobras de las comidas
y agriamente le dijo:
"Váyase, váyase pronto, mujer".
Hacía mucho calor.
Las chicharras cantaban violentamente.
-Podré tomar agua -balbuceó la mendiga
a punto de retirarse.
-En la entrada del portón -dijo la sirvienta-,
en el bebedero de los pájaros,
pero cuidadito con tocar las plantas con esas manos.
¿Acaso la mendiga tenía otras manos?
pensaba. Las chicharras dejaron de cantar.
Luego, comentando las llagas de la mendiga,
la sirvienta dijo a su madre, mirándola,
que debía de ser una ladrona
porque había entrevisto debajo de su falda
un monedero lleno de monedas de oro.
Esa sirvienta,
que siempre guiñaba un ojo al chuparse un diente,
se llamaba Hermitas de Tabaco.
A ella jamás la quiso,
por más que la llamara muñeca o muñequita;
aunque le cantara,
dando vuelta la mano sobre la mesa,
tantas veces como la golpeaba con la otra:
"Este panaderito que está en la esquina,
que está en la esquina,
todo el pan que vende
es de buena harina, es de buena harina", o bien:
"Por ser aplicadita, por ser aplicadita,
me ha dado mamá, me ha dado mamá,
ocho duros en oro, ocho duros en oro,
los quiero gastar, los quiero gastar".
Sus manos parecían rellenas de algodón
y capitonés, como los sillones de la sala.
El anillo de casamiento
le ceñía el dedo anular
haciendo resaltar otro anillo de carne
alrededor del verdadero anillo.

Bajo el sol deslumbrante

a la hora de la siesta
llegaban de nuevo los mendigos:
rubios, con mucho pelo de color de arpillera,
solos,
salvo cuando tenían un hijo o un perro.
-¿Qué es aquel bulto que se ve allá?
¿una planta, un gato o un mendigo?
Decían los enemigos de los mendigos.
Corría a saludarlos y les llevaba,
en cuanto podía,
comidas que les reservaban y,
envueltas en papel,
unas monedas grandotas
(no sé si le parecían grandes porque era chica
o si eran realmente grandes).
A veces se arremangaban los pantalones
para mostrar una llaga
o se desabrochaban la camisa
para mostrar una pústula.
Entonces comprendía que exigían más limosna,
por lo menos un pantalón o una camiseta,
o un sombrero de paja,
una alcancía en forma de durazno o de manzana,
y corría a la casa para reclamar
algo que sanara la llaga o la pústula
que le habían mostrado.
No siempre conseguía el sombrero;
el pantalón o la camiseta eran más accesibles
pero aunque los consiguiera,
algún enemigo de los mendigos,
entre la servidumbre,
arrebataría los presentes, exclamando:
-A ese bribón mejor no darle confianza.
Después se nos vendrá a instalar
debajo de las plantas.
Coserá su ropa, el ladino, para hacerse el trabajador.
Una taza de leche con natas, pan y azúcar,
todo eso les llevaba y era para ella
como llevar el Espíritu Santo en una copa.
A veces surtía efecto su convicción.
Las mendigas eran más astutas,
así decían los enemigos de los mendigos.

Se quedaban horas en el fondo del jardín:
un ingenioso mimetismo las transformaba en banco,
en carretilla, en maceta, en damajuana,
en estatua o se hacían las desmayadas
con las caras como granadas
abiertas junto a una canilla que no cerraban
para que el tanque de agua se vaciara.
-Por maldad, por maldad
-decían los enemigos de los mendigos.
Una que llegó un día
con paraguas y bolsa
desdeñó la canilla y se dirigió sin vacilar
hacia la entrada de la casa
y golpeó las manos imperiosamente.
-Ave María -dijo-.
Ave María –repitió-.
Corrió a verla.
Tenía la cara pintada con rayas negras,
llevaba un pañuelo mojado sobre la frente.
Era una impostora:
así la juzgaron las enemigas de las mendigas.
Elegante como una reina deshollinadora
cerró el paraguas,
se sentó en el suelo,
desparramó sus pilchas y le dijo:
-Niña ¿no tenés? -se distrajo un momento-.
-Niña, ¿no tenés retazos de brocato?.
-¿Bro qué? –interrogó-.
-Brocatos. En tu casa, niña, tiene que haber.
-¿Bro qué, bro qué?.
Corrió y le trajo pan,
muy triste porque pensaba
que pedía bocados de carne
o de albóndigas,
algo como un niño envuelto o ropa vieja,
comidas extrañas que recordaba.
La mendiga repartió el pan entre los pájaros.
-Niña, ¿no tenés un retazo de brocato, de damasco? Uno.
-señalaba al cielo con el índice
-aunque más no sea chiquitito
mostraba el meñique que era gordísimo
-como esto.

Corrió a la cocina y le trajo
unos damascos que encontró.
La mendiga los comió con desgano;
eran verdes. Escupió.
-Demasiado ácido -dijo-. Niña,
si no tenés brocatos o damasco,
un retazo de terciopelo sería lo mismo.
Una cortina de terciopelo habrá.
Comprendió. Corrió a la casa,
subió hasta el cuarto de costura;
quedaba en el último piso.
Abrió una caja de bombones enorme,
donde acumulaban desde hacía varios siglos
restos de géneros, puntillas;
escogió los retazos más chicos
evitando cuidadosamente el terciopelo
y bajó corriendo
hasta donde estaba la mendiga
parada junto a la puerta,
esperando; le dio los retazos.
-Niña, gracias -dijo y sin otro comentario
eligió un damasco verde con galoncitos dorados.
Subrepticiamente levantó la enorme falda
que ocultaba sucesivas enaguas.
Abrió las piernas e introdujo el retazo.
Buscó otros retazos en el montón;
eligió el más bonito o el más cuadrado,
o el más ovalado o el más suave.
No comprendía muy bien
en qué consistía la virtud requerida
y repitió la misma operación con la misma rapidez.
Desde la casa
una enemiga de los mendigos la llamó a gritos.
Cuando la tuvo cerca inquirió:
-¿Qué hacía? Esa loca hacía cosas feas.
¿Por qué mirabas?.
¿Qué hacía con los brocatos?.
Sacudió la cabeza.
-¿Y tardó todo ese tiempo para hacer eso?.
Se alejaba el paraguas negro y la falda se movía.
No dijo que llevaba en sus pliegues ocultos
tantos brocatos, damascos, terciopelos.

La caja de bombones

La señora Eufrosina recibió para su cumpleaños, entre otros regalos, una preciosa caja de bombones. Los bombones, que no eran pocos, parecían muchos, por lo bien arreglados que estaban entre brillantes tiritas de papel plateado y dorado. Enrique entregó el regalo a su madre y le pidió que abriera el paquete antes de que llegaran las visitas.
En cuanto Enrique vio la caja abierta, contó los bombones y le dijo:
-¡Qué pocos! Son diez, mamá, y nosotros seremos doce.
-Angurriento.
-Es por ustedes -contestó Enrique, previendo que no alcanzarían para las visitas si los comían los chicos, como él esperaba.
En efecto, doce chicos llegaron más tarde; algunos con sus madres y otros solos o acompañados por un perro de confianza, que los esperaba en la puerta. ¿Eran doce chicos para comer diez bombones? No. Debajo de la engañosa y brillante capa de papel dorado y plateado que albergaba los primeros bombones, había otra bandejita de bombones discretamente ocultos entre papeles finos, como pelos de plata, para dar mayor placer a los golosos.
-¡Qué felices son los chicos! -suspiraban algunas madres, y las señoras que no tenían hijos se limitaban a decir "Qué amor, qué amor, qué amor", en el momento en que, tomando el té, al dejar la taza sobre el platillo floreado, miraban por la ventana cómo jugaban aquellos angelitos, tan parecidos a los que decoraban la porcelana.
La señora Eufrosina de pronto se excusó. Inútilmente las visitas le alabaron el peinado para que no se fuera.
-Eufrosina, qué hermosos bucles te has hecho -le decían-. Qué divino color de canela tiene tu pelo.
Eufrosina fue a su dormitorio, buscó la caja de bombones. Acudió, corriendo, al patio, abrió la caja y gritó a los chicos:
-Tengo una sorpresa para ustedes, niños.
La palabra niño era de buen o de muy mal augurio.
Los chicos la rodearon, más bien rodearon la caja de bombones, pues ya habían sentido el olor a chocolate.
-Elijan, hay que saber elegir, elijan -dijo sin probar un solo bombón. Así son las madres.
Pero los chicos metían la cabeza o trataban de meterla adentro de la caja, sin decidirse. ¿Quién se decide a elegir entre tantas cosas bonitas?
-¿De qué son? -preguntaban todos a la vez.
-Este es de licor, éste es de avellana, éste es de almendra, éste es de menta, éste chiquito es de cerveza, éste es de dulce de leche, éste de

café, éste de chocolate, no, es de nuez; qué le vas a hacer si no te gusta, éste de turrón, éste de no sé qué. Vamos. Elijan.
Ninguno de los chicos se decidía, pero Pepe, que además de parecer tonto era muy inteligente, pensó que el mejor modo de elegir era tratar de imaginar el anillo o el broche que podrían hacer con cada uno de los papelitos brillantes que los envolvían. Pepe eligió el bombón de envoltura más deslumbrante, sin preocuparse de su contenido.
-El gusto de comerlos se va en seguida -dijo-, pero los papelitos sirven de anillos o de broches, de medallas o de condecoraciones.
-Vamos. Elijan de una vez, o mis visitas se irán si las dejo tanto tiempo solas -protestó la dueña de casa.
Los chicos entrechocaban sus cabezas para mirar mejor el interior de la caja, todos al mismo tiempo, como si tuvieran cabezas diminutas o como si la caja fuera muy grande.
-Yo quiero el rosado, porque va bien con mi vestido -dijo Felisa. Sabía que los rosados eran los más grandes.
-Yo, el naranja -dijo Francis- porque, aunque me digan que es de avellana, creo que es de naranja. De otro modo, ¿por qué sería naranja el papel? Voy a hacerme un anillo de coral.
-Yo quiero el de pintitas -dijo Robert-. Parece un huevito de Pascua.
-Yo quiero el de no sé qué -dijo Alejo, con sonrisa filosófica.
-Yo, el violeta -dijo Flaminia-. Me gusta porque es feo. Cuanto más feo más rico, decía mi niñera, porque tenía un novio feo.
-Yo, el verde -dijo Esmeralda- porque me llamo Esmeralda.
-Yo, el dorado -dijo Elisa-. Me gusta más el oro que la plata.
-Yo quiero el celeste -dijo Livia.
-No hay celeste -dijo Ramón-. Y si hubiera sería para mí.
-Hay, hay, hay.
-No hay que pelearse, porque hoy es el cumpleaños de mamá -dijo Enrique-. Este es celeste y basta.
-Es lila. Bueno, es lo mismo -dijo Ramón.
-Yo quiero el azul -gritó Alberto-. Me lo reventaron. ¿Quién le clavó un diente?. Parecemos muertos de hambre.
Cada chico tomo su bombón, casi todos contentos, porque por un milagro de la suerte, que nunca falta, cada uno pudo elegir el que más le gustaba.
Salvo uno, que no quiso elegir ni comer, porque no le gustaban los bombones. Se llamaba Conrado.
El primero en probar fue Alejo. Con la boca llena, dijo:
-Es bárbaro.
Cuando terminó de comerlo, enrolló el papel brillante, a rayas, y se hizo un anillo que pegó con saliva al dedo, para que no se deshiciera.

Inmediatamente se llenó de cascabeles y de cintas y comenzó a dar brincos en el aire. Se colgaba de los marcos de las puertas como si fueran trapecios y saltaba sobre los muebles con rapidez extraordinaria. No había forma de seguir sus movimientos, y tan acelerados eran que en su vértigo parecía no uno solo, sino varios acróbatas. Las visitas miraban desde la ventana a este inesperado saltimbanqui.
-¿De dónde lo sacaste? ¿De un circo? -preguntó una señora a la dueña de casa-. ¡Qué fiesta!. Hasta con acróbatas, y qué vestimenta. Haces bien, querida.
La dueña de casa no quiso desilusionar a sus invitadas y las dejó que pensaran que el acróbata, que parecía varios, era contratado. Al cabo de un rato el acróbata se cansó y felizmente perdió el anillo.
La segunda fue Esmeralda, que devoró el bombón para hacerse con más prisa el anillo.
-Es de esmeralda -dijo.
En cuanto se lo puso, empezó a coser en una máquina eléctrica que encontró en el cuarto de costura. De una cortina hizo un gigantesco vestido, de un mantel dos pantalones, de un canasto de mimbre un sombrero. Por suerte, la dueña de casa no la veía, porque, a pesar de su habilidad, verla trabajar con tanta rapidez inspiraba miedo.
Flaminia, después de comer su bombón, se hizo un broche muy bonito y se lo prendió al cuello. No tuvo tiempo de recibir felicitaciones de los otros chicos, que tenían la boca llena y no podían hablar, porque ya estaba volando a la altura del primer piso, agitando la mano como un pañuelito.
En cuanto comió su bombón y se puso el anillo de coral rosado, Felisa corrió al piano; con tanta perfección tocó los valses nobles y sentimentales que las visitas creyeron que era una pianista contratada para la fiesta. Eufrosina recibió las felicitaciones con agrado.
Alberto, con su anillo azul, dibujaba líneas más graciosas que las que se ven en los dibujos animados.
-Flaminia, Flaminia, no vueles tan alto -gritó Enrique, que no se había puesto ningún anillo, porque era muy torpe para hacer trabajos manuales.
El malabarista, por girar sobre un dedo como un trompo, se lo lastimó. El prestidigitador había roto un florero. ¿La eficacia de los anillos y broches no era, pues, perfecta como parecía a primera vista?.
Enrique subió corriendo las escaleras hasta el quinto piso, donde vivían otras personas. Pidió permiso a los inquilinos, entró y se asomó a una ventana por donde casi pudo tocar a Flaminia, que iba y venía en el aire como un pájaro. Vio que el broche tan bonito se le había enredado en el pelo enrulado.

-Sentate sobre el balcón y sacate el broche -le gritó, estirando el brazo.
-No puedo -contestó Flaminia-, ¿no ves que vuelo con los brazos?.
Enrique, exponiendo su vida, se asomó al balcón, tomó a Flaminia de la mano y con todas sus fuerzas la atrajo hasta el borde del balaustre, quitándole con una mano el broche del pelo. Sin lastimarse, cayó Flaminia en el balcón.
La fiesta no se interrumpió en el piso bajo, porque las personas grandes, como suele suceder, no se daban cuenta de nada. Aclamaron la llegada de Flaminia y Enrique, por una coincidencia: como iban tomados de la mano parecían novios.
-Si la casa quedó sin cortinas fue una suerte -dijo una de las invitadas-. Eran de género de vestidos y quedaban mal.
Pero lo dijo porque quiso consolar a la dueña de casa, que las había cosido con su propia máquina de coser.
Había aún bombones en la caja y Alejo, con sonrisa filosófica, los ofreció a las invitadas, diciéndoles que después les harían anillos.
-Engordan -dijo la invitada que estaba dispuesta a aceptar.
-No engordan. Son mágicos -contestó Alejo-. ¿No ve cómo brillan?.
-No todo lo que brilla es oro -contestó la invitada, que había regalado los bombones.
-Pero no es oro, es chocolate.
-Chocolate por la noticia.
-¿Todavía se dice eso?.
-¿Dónde están nuestros anillos? -clamaron los chicos-. Esta vez vamos a aprovecharlos mejor.
-¿Para qué? -preguntó Alejo.
Buscaron y buscaron, pero no los encontraron en ninguna parte. Las invitadas sonrieron, pues no sabían lo importante que había sido tener esos anillos y después perderlos. Se dejaron tentar por el brillo de los bombones, por el olor del chocolate. Tardaron en elegir el bombón que más les gustaba, porque varias querían el mismo y estiraban la mano para tomarlo y luego la retiraban por educación, por no quitar a la otra lo que a ellas también les gustaba. Finalmente todas comieron un bombón. Alejo recogió los papeles, formó los anillos que las señoras, para seguir el juego, se pusieron. No bien terminó de distribuir los anillos, cosa que Alejo hizo con rapidez de relámpago, las invitadas empezaron a inflarse, revistiéndose de una finísima envoltura de colores brillantes.
Ni una arruga en la tersa piel, ni una mancha.
Una de las invitadas alegremente se miró en el espejito de su polvera.
-Qué gorda estoy. No me reconozco.
-Es natural. Somos hiperbóreas.

-¿Qué quiere decir?.
-¿Que no somos de este mundo?.
-Somos de la zona circumpolar septentrional.
-Van a volar, van a volar -gritó Alberto, con júbilo.
-¡Qué injusticia! dijo Francis-. Ninguno de nosotros fue globo. Voy a comer un bombón y a ponerme un anillo.
Francis comió un bombón y en vez de volverse globo, se volvió helicóptero, lo que fue más divertido.
Los globos sonrieron sin advertir el peligro que los amenazaba: el de volar hasta el cielo. Uno que estaba fumando un cigarrillo, lo escupió. Otro se tragó un carozo. Ya empezaban a desprenderse del suelo. Todos eran lindísimos, con sus caras redondas.
-Sáquense los anillos, los broches, las condecoraciones -gritó Esmeralda-, los aprovecharemos nosotros.
Las invitadas nunca habían hecho nada con tanta rapidez: se quitaron los anillos, los adornos y se desinflaron.
La fiesta resultó un éxito. Nunca se repetiría otra igual. Pero Francis, la valiente, no quería quitarse el anillo, y llegó hasta el patio volando. Allí se le cayó el anillo, por suerte.
Esmeralda, que era tenaz, sacó de la caja el último bombón, el que había desdeñado Conrado, y se lo dio a uno de los perros, que esperaba en la puerta y con el papel hizo una condecoración, que le colgó del collar. Lo que sucedió fue maravilloso, pero terrible: el perro salió volando de la casa y hasta el día de hoy hay personas que lo ven volar sobre las casas, en días muy claros. Tal vez volverá alguna vez. Estará muy contento de ser, o más bien de llamarse como lo llaman. El primer perro hiperbóreo; pero a Conrado se le cayeron las lágrimas, porque era el dueño del perro y lo quería mucho. ¡Yo nunca olvidaré aquella caja de bombones!.

Leyenda del aguaribay

El aguaribay caminaba:
Irineo nos mostró
el tutor que había puesto
el día en que lo plantó
a un metro y medio del remanso;
midió con una ramita
lo que había avanzado.
¿Sería cierto?
"Quería beber agua" explicó Irineo,
"por eso se acercó al río".

El aguaribay caminaba de noche.
En los días de viento se oían sus pasos.
¿Se quejaba?
Alguien pegó la oreja al tronco y exclamó:
"Se queja, por eso,
algunos lo llaman sauce llorón".
A la hora de la comida
la familia hablaba mucho
para no oír los pasos del árbol
y el quejido.
Los pasos daban miedo.
Pasaron los años
y el árbol llegó al borde del remanso,
pero no le pareció
que estaba bastante cerca;
se inclinó para beber agua.
Irineo dijo que sorbía como caballo a veces,
otras como perro.
Una noche de tormenta
en que el rancho crujía
y volaba la paja del techo
se oyeron con claridad los pasos del árbol.
Era pleno verano y Daniel
el hijo menor de Irineo
había salido con sus amigos
a pescar mojarritas en el río.
Era tarde. No volvía.
El viento comenzó a soplar.
Irineo salió en busca de su hijo.
Al salir advirtió que el aguaribay
castigado por el viento
se había desprendido de la tierra.
Al ver el árbol caído en el agua
Irineo se inclinó
para mirar la cabellera de hojas verdes:
entre dos de las ramas
que formaban una horqueta
vio a su hijo sano y salvo.
El aguaribay había salvado a su hijo.
Pero siguieron llorando para siempre
todos los sauces de su estirpe
en memoria de aquel

que caminó como una persona
para cumplir con su destino.

La begonia china

De acuerdo a una begonia china,
una dama abandonada por su novio
que ya no la quería
pasó años sola, de pie, en su jardín,
llorando. De sus lágrimas por fin creció la flor
en el lugar que ella regó
con sus lágrimas continuamente.
Esa dulce flor apareció...
Y para consolar su roto corazón
fue la primera de todas las begonias.
La seducía el gusto de sus lágrimas,
y cuando apareció el novio,
fielmente murió en el pasto
en el lugar que ella misma
regó con lágrimas.
Pero la begonia con sus pétalos
encendidos la recuerda.

La nave

Para dormir siempre imaginaba una nave, que terminaba por volverse real. No me costaba mucho. Ahora tampoco. La puedo vislumbrar a través de la ventana de mi cuarto. Una vez que la he mirado con insistencia, imaginando sus escaleras y su tamaño, penetro en ella con atrevimiento. No me importa que la gente me mire, que me vea subir las escaleras, dirigirme a alguna parte con seguridad, como si alguien me estuviera esperando. La timidez depende de no pensar en lo que los otros piensan de nosotros. La valija que llevo es liviana y cuelga de mi hombro cómodamente. Los hombros no sienten el peso de los objetos. Yo no sé lo que llevo en mi valija. Un tesoro del Lago Nemorensis ¿de qué siglo? No pesaría ni más ni menos, y me dirijo a cualquier parte de la nave con la seguridad de no perder nada en el próximo viaje y en ningún viaje de esta nave transparente que, al mostrar lo que lleva en sus arcas, me revela la belleza de todo el mundo. ¿Por qué? No sé por qué, pero tal vez siento la proximidad del cielo, tan parecido al mar; un mar sin olas, cuya única definición es la intempestiva finalidad del tiempo. En una nave no existe el tiempo, no existe el lugar donde

nacimos ni las personas que amamos; no existe el reloj que marca el tiempo, ni los instrumentos de música que darán conciertos en otras partes del mundo. No busquemos recuerdos, todo se ha borrado y seguirá borrándose, como las sillas multicolores de los puentes, que se alinean para parecer más atentas y, súbitamente, bajo el ruido de las tormentas, exigen una verdadera disciplina que todos los marineros escuchan y obedecen, con las manos implorando a las velas la obediencia impuesta por la costumbre. Pues sí, el tiempo o las velas de la nave también tienen costumbres y el mundo lejano lo siente. Que vengan las sirenas y nos expliquen cuáles son las costumbres de esta nave. Y si no son las sirenas, los marineros; y si no son sirenas ni marineros, que aparezca un monstruo celestial; no digo Ulises ni la Reina del Mar, pero que alguien me tome de la mano y me haga descender al fondo de los camarotes donde un desconocido, con olor a tabaco, duerme, soñando con lo que nunca pudo imaginar, ni siquiera en los portales de la más absoluta indiferencia.

He perdido mi pasaporte. ¿Quién me lo devolverá? ¿Nadie? He perdido mi árbol genealógico, toda mi documentación, con números, fechas y señales. Sólo encontré una fotografía de mi cara. ¿Sería realmente mi cara o la de otra persona? Nunca me miré mucho en el espejo. Me parecía inútil. Es claro que a veces pasaba un peine por mi pelo, pero sin mirarme, pensando en otra cosa. Mi pelo es lo que prefiero de mí misma, porque cambia de color y de posición. El resto no me interesa demasiado. Los ojos podrían ser de otra persona, los labios también; en cuanto al mentón, es mejor olvidarlo. Guardé la fotografía en el bolsillo. ¿Si me piden el pasaporte, qué haré? Tendría que averiguar. Prefiero el olvido. Si alguien me gustara, lo miraría con insistencia, con tanta insistencia que llegaría a mirarme. Y no sé muy bien qué sucedería; algo que siempre he buscado; pero mejor quedarme quieta y mirar algo diferente.

El barco es inmenso, según mi opinión; bien pintado, lleno de luces y de compartimentos. El mejor barco del mundo, en el que uno puede embarcarse tranquilamente, sin mostrar documentos. Eso me alegra.

Estoy subiendo una escalera. Veo, a los lados de la nave, gente que se despide; parecen leones incautos que vigilan los puertos y que yo nunca vi antes. Hay mujeres que ofrecen bombones, pastillas de menta y banderitas de cualquier color. Qué extraño mundo, todo cubierto de máscaras y bocas mascando pastillas de menta. Las etiquetas revelan el nombre de los caramelos, más importantes que el nombre de los hombres que perdieron sus nombres. Qué bonita luz baña las caras oscuras de los hombres que no serían negros, sino moros extrovertidos que saludan, y yo contesto el saludo con una sonrisa que sólo un espejo

sabría interpretar. A decir verdad, nada me importa, salvo la nave, que parece dibujada no sólo por un ángel, sino por un santo, cuyas costumbres han cambiado a tal punto que nadie sabe a qué se dedica. Ser santo es complicado. A mí me resultaría imposible, pero más imposible es bajar de esta nave y mezclarse con el gentío. La nave tiembla. Un ruido ensordecedor la sacude. Es la sirena que da el golpe de alarma. Va a salir. Nadie sube por las escaleras, nadie se atreve a nada. Los pañuelos se agitan en el aire. ¿Quién dice adiós? Los árboles y los rascacielos. Vamos, por favor, levántate. Llegarás al fondo del abismo; te hundirás en el vientre de la nave.

Tengo hambre, quiero comer. Tengo un sándwich en mi bolsillo. ¿No hay comedor? No hay sala de baile. De qué me acuerdo, si nunca he vivido antes de este momento; momento del tiempo que se aleja. No tengo ningún recuerdo. Se quedó acá. Ya terminé la preparación del viaje. Ahora es el momento más impalpable. Llega el momento de juntar las flores que huyeron de las manos de las personas que dicen adiós. "Vamos a irnos", gritó una nube, que no era una persona. Sigo subiendo la escalera, después otra, después otra, después otra, más frágil, más perfecta; se balancea con el viento. Quiero bajar, quiero visitar los camarotes. "No podemos bajar", dice la escalera más frágil. "¿Y adónde llegaremos? "Al cielo", me contestó. La voz de la escalera no temblaba, y me di cuenta de que no tenía miedo.

Hay que ser perro, para no temblar. ¿Adónde me lleva esta nave? Si pudiera huir como huyen los perros, lo haría, pero me quedaré para siempre. ¿Por qué decir siempre será un acto de confianza? En un bosque no pretendo olvidar lo que nadie olvida, el canto de los pájaros que oyó Sigfrido al amanecer. ¿Quién podrá olvidarlo? Yo puedo y eso me obligará a quedar aquí, como siempre esperar que en una nave se oiga el amanecer de Sigfrido, lleno de pájaros. En esta nave está mi vida, todo lo que perdí y recogí de nuevo, todo lo que era mío y vuelve a ser mío; no sólo el repetido amanecer, sino el canto de las hojas.

Sigo subiendo las escaleras que no concluyen nunca, me detengo en un lugar frío, donde puedo sentir el invierno con su limpieza, con su blancura. No hay cambios de estaciones en la nave; apenas se siente en este instante algo que recuerda el frío; pero no importa, ya me acostumbré a vivir sin cambio de estaciones, y espero que en el futuro hayan pasado a la historia y no me preocupen más, aunque se diga que es malo para la salud vivir eternamente en el mismo clima. Me gustaría acostumbrarme a éste, pero ya muero de angustia. La angustia se presenta de distintas maneras. ¿Qué es lo que me mata o me deja vivir? Sigo subiendo estas escaleras interminables. ¿Adónde llegarán? Dios mío, tengo una incertidumbre... Dejé a tanta gente en mi casa,

rodeada de un jardín frondoso. Nadie se ha ocupado de regar las plantas, ni de sacar los yuyos. Me preocupan las plantas. El resto sabe cuidarse. Pero en un mundo tan aireado por ideas estúpidas, me pregunto qué sucederá. Ya estoy tranquila, tan tranquila que no me reconozco y que sólo me falta un espejo pequeño para mirarme cuando siento cosas ajenas a mi modo de pensar. Ahora, cuando llegue a la última escalerita, me detendré un rato para mirar el mar. Ya llegué. El mar tiene partes de mármol que me seducen. Es un mar agitado que emplea su energía en producir diferentes colores; la espuma no siempre es blanca, es turbia; el verde se mezcla al azul, al azul marino se mezcla un oscuro azul lleno de hilachas, donde nadan los peces. Cuando el mar está quieto es negro; tranquilo, es de mármol azul o verde.

Pero cuántas escaleritas tendré que subir antes de llegar al cielo, ya que el cielo es el término de este viaje. No parece lógico no encontrar alguna letra, algún número que me guíe. Sin embargo, cuando subí a la nave todo me parecía tan familiar que no precisaba que me explicaran nada. Ahora el hambre me acosa. Recordé una complicada cocina que vi en Buenos Aires. Allá no sabía cocinar, pero aquí la situación es peor, no habrá quizá cocina ni materiales que sirvan para cocinar. Cuando yo era chica, inventé los ñoquis. Los hice con nada. Estaba jugando en el jardín y junté hojas húmedas, pedazos de papel, pasto y alguna otra basura: los puse en una ollita de juguete. Mi hermana mayor encendió el fuego. "¿Qué hiciste?", me preguntó. "Ñoquis", contesté, "¿quieres probar?" Le mostré el plato que había preparado, y ella: "No, gracias." Probé los ñoquis y exclamé: "Qué rico". Nadie quiso probarlos y quedé tal vez desalentada. Era fácil cocinar, tan fácil que una basurita cocinada basta, pensé para mis adentros; pero me dolía la barriga. Ahora, mientras recordaba todo esto, pensé que ninguna basurita del barco serviría y resolví esperar mejor suerte, y seguí subiendo la escalerita, siempre más exigua y más perfecta.

Pocas veces he subido tantos escalones en mi vida; tenía que ser en un barco como éste. Sin embargo, las escaleras siempre fueron importantes. En el centro de una casa donde yo vivía, había una escalera de mármol y de bronce. Por esa escalera bajaron mis hermanas cuando se casaron, y yo a veces también, pues formaba parte del cortejo. No me gustaba, parecía teatral. "¿Por qué", pensé, "si no soy artista, me hacen desfilar en un cortejo?" Éstos son mis recuerdos, y nadie puede vivir sin ellos. Y dije que ya no tenía recuerdos cuando llegué a esta nave transparente. En el mundo todo es teatral y mentiroso. Mejor olvidarlo y no pensar que existe, cuando uno navega por el mar.

Unas nubes violetas aparecieron en el horizonte. ¿Qué podía suceder?. Bajé por la escalerita y corrí por los puentes en busca de alguien que me reconfortara. No encontré a nadie. Caía la noche y vi en la superficie del mar una aleta negra, que me alarmó. Se movía pausadamente, como si no tuviera nada que ver con el mar ni con el cielo, ni con los relámpagos. ¿Sería un tiburón o una orca? En Buenos Aires había visto en fotografías aletas similares a la que tenía ante mis ojos. ¡Ah, qué lejos estaban! Qué lejos Buenos Aires, las aletas, el mar impertérrito. Qué lejos yo misma, las personas que me amaban, el silencio rasgado por los truenos. Lo primero que pensé: morirme, pero nunca caer en el mar, presa de un tiburón embravecido. Me arrodillé para rezar, para mirar mejor. Me persigné y coloqué mis dedos haciendo la señal de la cruz. Hasta el cielo necesita un compañero, hasta el temor más inexplicable necesita de alguien que lo escuche. Quise gritar, pero la voz no salía de mi garganta. Los truenos eran tan fuertes que el ruido de las olas y del viento no se oía. Todo el cielo se puso de color violeta oscuro y mis manos relumbraron como lámparas. Esto me llenó de coraje y huí hasta la proa de la nave. ¿Tendría un mascarón de proa? Lo encontré aferrado al barco. Apreció la ondulación de su pelo. Corrí hasta el borde de las cuerdas que sostenían las velas; ahí me senté, subiendo y bajando, mecida por el movimiento de la nave, arrastrada por el viento, sin mano que la guareciera. Muy pronto, por milagro, apareció el sol, que iluminó el mar, y me di cuenta de que la aleta había desaparecido. Ni siquiera hoy me acuerdo de aquella aleta negra. Podré verla en fotografías, pero ya no me conmoverá porque todo entró en el olvido y sólo recuerdo este momento, privilegio del olvido.

¿Llegaré a conocer los peces de este mar? Nunca, tal vez. Me gustó siempre el cuerpo retorcido de los peces, cuando salen del agua, prendidos al anzuelo, como un collar; el color iridiscente de la piel y de las escamas que brillan como brillan, supongo, las perlas recién sacadas del mar. Yo quisiera tener algo en mi cuerpo, tan blanco como las escamas; tengo el blanco de los ojos, pero nada se asemeja a la blancura soñada, esa blancura de la luna, de algunas nubes que irradian belleza; esa blancura de los lirios, de los jazmines, de la lana de algunas ovejas blancas o de alguna liebre o de la nieve.

Busco la escalerita que dejé hace un instante. La busco. Era maravillosa. Por favor, señores marineros, ángeles sirenas de esta nave, ayúdenme a buscar la blancura que busco; es una blancura que, en el mundo, nadie conoce. Para encontrarla, hay que embarcarse valientemente en una nave y, si no la encuentra uno ahí, tendrá que pensar que no existe en parte alguna del mundo, porque es la blancura

indescifrable que los ojos no ven.
Tengo hambre, estoy débil. Se acabaron las pastillas de menta y los paquetes de galletitas. ¿Comeré pescado? ¿Cómo haré para conseguirlo? No hay tripulación en este barco.
Hoy decidí revisar todo el barco. Llegué al sótano bajando por las escaleritas por las que había subido. En una sala grande, un verdadero cinematógrafo, pasaban un film. Su título era La nave sola o algo por el estilo. Estuve un rato mirando fascinada. Después inspeccioné la sala. Nadie manejaba el proyector, ni había nadie a quien hacerle preguntas. En medio de mi perplejidad vi, en el fondo oscuro de la sala, un perro, que se acercó. Lo acaricié largamente. Cansado de tantas caricias se alejó de mi lado y no volví a verlo. Tampoco lo busqué. En su collar había visto su nombre, pero no traté de leerlo ni de recordarlo. ¡Todo en la nave se olvida!.
Oigo un tambor marcial, como uno que oía desde mi casa. No quiero morir, pero el redoble del tambor me lleva a pensar en la muerte, ¿por qué? Por haber oído otros que anunciaban la muerte de salvajes en un desierto o en un bosque espinoso; pero en el silencio de este barco, ¿qué puede haber que no me asuste? El tambor continúa con su ritmo que evoca la muerte del salvaje. El sol se oculta detrás de una nube. La nave se dirige al anochecer. Hay partículas de luz en las olas. Tanto silencio inventa ruidos. Algo se queja en la penumbra. ¿Es un llanto? Es un quejido furioso de animal escondido. ¿Hay a bordo un animal escondido? ¿Quién lo cuida? ¿Quién lo trajo? El animal se queja, profiere un largo alarido. Los gritos de los animales me gustan, pero éste me da miedo. Es como si el grito naciera de mi pecho; vuelvo a subir las escaleras, una tras otra, una tras otra, hasta recorrer el trecho que me separa de mi tranquilidad. Pero el gemido o el grito se agranda cuando subo, y cuando bajo, y no se adónde ir.
Alguien me dijo que la voz del lince es aguda. Me la describieron. La que ahora oigo, es igual a la de esa descripción. "Quédate quieta", me dijo, "nada te va a pasar." Un lince es miedoso. "¿Como yo?", pregunté. La voz que no existía contestó: "Como vos".
Hay que olvidar estos detalles inútiles.
Sin duda, todo recuerdo es doloroso. Más vale pensar en lo actual, en lo que estamos viendo. En cierto sentido, podría decir que no hay cosas extrañas o inesperadas. Todo es lo de siempre, lo mismo. Por ejemplo: descubrí que en la nave había infinidad de voces, que habían quedado presas en el transcurso de no sé cuánto tiempo. Bastaba mover una puerta o una silla, para que aparecieran voces distintas, voces de niñas, de animales. La del ascensor era ronca. ¿Quién lo manejaba? Nadie. No extraño la tierra ni el mundo, ni la gente, ni la basura, ni la abundancia.

No extraño las caminatas por la playa, pero sí el baño de mar. Desde la nave me zambulliría, pero ¿a quién le pido permiso? ¿Cómo hago para volver, si me tiro al mar? Si la nave se aleja cuando me baño, Dios mío, sabré que la he perdido, que volveré a este sitio donde todas las voces mezcladas forman una sinfonía. Creo que en materia de aparatos eléctricos, el mundo evoluciona y progresa. Pero no pensemos en máquinas prodigiosas. Me muero de hambre.

Con las redes azules, verdes, rojas que uso para marcar las ondas de mi pelo, hice una trampa para cazar los peces. Con la fuerza de mi impaciencia llegué a no dormir. Junté piolines, pedacito tras pedacito, los até a las redes que arrojé al mar. El primer día tuve mucha suerte; miles de peces cayeron en las redes. Eran tan rutilantes que me dolía matarlos, pero no podía seguir sin alimento y me resigné a mi involuntaria crueldad. Tirada en la cubierta del barco, ¿quién hubiera dicho que me nutría de lo que más admiraba: los peces que todavía se movían como si temblaran de miedo? Juntaba agua dulce en unas vasijas; nunca me faltó ni me faltará agua, así lo espero, porque alimentarme de pescado da sed. Llegué a pasar el día lamiendo el piso. ¿Quién lo había lavado? Nadie: una mezcla de salitre y de rocío, un antiguo recuerdo a suela de zapato lustrado o de arrastradas alfombras de muchos navegantes que buscan lo nuevo en lo más viejo, cuando el pie torcido se levanta en postura de baile, y nadie negará que el baile existió desde que existen los pies, que son artesanos del culto de la belleza, del olvido de lo "tuyo" y lo "mío", de la propiedad y de todo lo que facilita el crimen y aquella larga esperanza llamada fidelidad.

No sé a qué mundo pertenezco. He perdido la noción absoluta de todo lo que respeto en la mortalidad o moralidad del hombre. Podría ser una criminal, una prostituta, una santa con igual facilidad, con igual fervor. No pretendo ser diferente ni talentosa en mis gustos artísticos. Soy natural como este pescado que está en mis manos, que yo misma saqué del agua y que iba a comer porque tengo hambre; realmente estoy muerta de hambre. Pero al ver tantos pescados idénticos me dije que no valía la pena comer uno. Lo dije en homenaje a todos los otros.

Abandoné las escaleritas y avancé por las cubiertas. De pronto descubrí lo más inesperado: una estatua. Me acerqué. Parecía de mármol, pero no era de mármol. No sé qué representaba. No era griega, ni egipcia, ni romana. En su peinado brillaban dos estrellas pequeñísimas, que no me ayudaban a descubrir su sexo ni quién era. No era símbolo de patriotismo ni de misticismo. ¿De qué siglo sería? Ningún arco en su mano, ninguna flecha indicaban la época en que vivió. Recliné mi cabeza sobre su hombro. La sentí moverse. Creí que eran los latidos de su corazón. Era la nave que se movía. ¿Podría yo, en mi estado de

soledad, imitarla? Si ya toda imitación me está vedada, ¿por qué no ensayar con este ser privilegiado, que se salva de la miseria humana, un acercamiento? "Lirio de mi corazón", dije a las dos flores que encuadraban su cara. Me miró sin benevolencia, perdida, con sus ojos vacíos, en la plenitud del aire, sin restricciones, simplemente con la naturalidad que le correspondía. Traté de hablarle. No entendía mi lenguaje. Para conquistarla, me mostré indiferente. Vaciló con cierta gracia, pero luego su cara expresó una severidad terrible.

No sé qué sucede en el resto del barco. A veces me inclino sobre la baranda de los puentes, miro el mar con avidez y sólo descubro la espuma siempre nueva. Quisiera que algo interrogara el cielo para interrumpir esta ignorancia que sigue su curso. No tengo libros, recuerdo frases, alejandrinos a veces, que preferí durante años, toda mi vida tal vez. Pero si algo del mundo desaparece, yo preveo lo que vendrá, aunque no tenga palabras para anunciarlo. Ya el zorzal me miró con severidad y sé lo que dice y conozco el lenguaje de las flores.

¿No hay nadie que viva en esta nave, salvo la estatua? ¿Nunca la imitaré, como imitaba a mis congéneres, para seguir viviendo? No hay respuesta a mis preguntas, sólo el silencio que responde como quiero. Lloré, tirada en el suelo, y mis lágrimas fueron al mar, todo el mar desencantado. ¿Cuánta agua tragué? Me restablecí dentro del agua, ¡cuántos litros!.

¿Cómo fue el naufragio? La estatua no recuerda; sin embargo, era la protagonista. Nadie me dice cómo sucedió, pero yo imagino. Era una noche llena de luces. Noche tan bien iluminada, que era casi mediodía. En ciertos lugares del océano hay sitios privilegiados por la luz. La espuma florida del agua, como una bebida demasiado gaseosa, hervía. Yo no puedo imaginar la escena sin temblar. La estatua se ocultaba. No pensaba luchar, dejaba que la manejaran los marineros. El mar estaba calmo, pero de pronto una ruptura en el tiempo alteró todo, y las sogas la encerraron en una jaula. ¿Qué había pasado? Un fuego se inició en el cuarto de máquinas y devoraba las frágiles envolturas de la nave. Me mudaron de barco, y del nuevo barco a otro barco.

Apareció un pájaro que huía de la tormenta y todo cambió. Por fin un ser vivo, natural. Le di en mi mano, pan, migajas que comió con avidez. Eran viejas migajas. Cayó desmayado por el brusco calor. Lo abaniqué con una palma que encontré en el suelo y revivió.

Le canté una canción de cuna, hasta que abrió los ojos. Nos despertamos en otra nave, mi nave. No sé qué pájaro era el que se durmió entre mis brazos. Tal vez un zorzal, tal vez un zorzal mitológico, del libro de Ovidio. Cuando dejé de ser yo misma me dio miedo, como da miedo de cualquier ser, cualquier otra persona, por pequeña que sea, y

me pareció muy difícil vivir de otros alimentos. Canté y advertí que todo el mundo me escuchaba con los ojos cerrados para oír mejor, como si fuera un ruiseñor. Me escuché a mí misma.
Resolví no alimentarme de pescado. No podía soportar la idea de sacrificarlos en una forma tan cobarde. Tiré al mar las redes que había cosido a otras redes y los piolines que las retenían. Así pasaron mis días, sin que ningún pez viniera a despertarme. Cerré los ojos y crucé las manos. Sentí que me debilitaba paulatinamente. Mi pelo claro se oscureció, mi piel tomó un triste anacarado, y como sólo disponía de un espejo redondo, veía partes de mi cuerpo en porciones diminutas y empecé a olvidarme del conjunto. No comprendía qué sucedía con mi cuerpo, que siempre fue tan fuerte y tan resuelto. Ya no podía subir las escaleritas y tirarme en el piso de la cubierta. Penosamente el mundo giraba a mi alrededor y al tocar mis manos sentía la sal que las carcomía y les daba consistencia de estatua. Algo se removía en ellas: la forma incólume de su cuerpo blanco como la sal, que es indestructible.
Pasó una bandada de golondrinas. Estábamos cerca de alguna costa, sin duda. ¿De dónde salieron las golondrinas? Tampoco sé muy bien de dónde salió o cuándo embarcó el joven que vi apoyado en la borda, mirándome como si me conociera. Simultáneamente nos acercamos. Pude admirar sus ojos. No le pregunté nada; nada me preguntó. Buscó una silla de lona y se sentó a mi lado. ¿Para qué? Si yo no estaba sentada. Ahora advierto que es fácil reconocer a estos seres, aunque la diferencia con nosotros sea mínima. Cuando lo miraba bien, una parte de la cara se desvanecía; oyendo con atención, parte de sus palabras desaparecieron. Me contó su vida: las cosas que faltaban eran las más importantes, y lo que me contaba no era real, y desaparecía como desaparece la mitad de su cara cuando lo miro. Sin embargo, tuve una profunda alegría cuando prometió no olvidarme. ¿Cómo se comunicó conmigo? No sé explicarlo. El joven desapareció antes de que nuestra amistad creciera, antes de adquirir recuerdos, antes de que mi mano tocara la de él, antes de que mis suspiros se mezclaran a los suyos.
No tengo a quién imitar. Díganme ustedes que existen a quién puedo imitar. Ni un sonido sale de otra boca. No quiero ser Narciso; quiero huir de esta nave; hundirme en el agua, como un terrón de azúcar; revivir como reviven los perfectos ángeles que no conocen el mundo. Ahora comprendo tus movimientos, estatua; hacías el amor, nadie te comprendía. Ahora imagino que nadie puede imitar tus movimientos. Me alejaré, pero ¡adónde iré para no encontrarte! En todos los rincones estarás esperando con paciencia. No era el cielo otro cielo. Reconozco el puente de donde salí.

No tengo reloj. Sé que la marcha del reloj me disminuye. Había una hora para cada cosa: el desayuno, el almuerzo, el piano, el baño, la pintura, el encuentro con una amiga, el miedo, la oscuridad, el ángel, el demonio, la cara del apóstol, la cintura de un acróbata, el adiós, la llegada. Todo tenía su hora, salvo la muerte, de ojos indiferentes. "Mírame", dijo. Esperaba como planta que espera la lluvia. Levantaba las cortinas. En el cielo ninguna nube. Un cielo perfecto. Todo era distinto y nada anunciaba nada, salvo un conglomerado de cosas idénticas. Me despertó el reloj, que no tengo. Lo acerqué al oído. ¿Qué podría decirme que no fuera cierto? Lloré. Puse el reloj inexistente sobre mi corazón. Latían de igual modo. ¿A cual tenía que escuchar? El mar estaba cerca. Uno aconsejaba no pensar en nada. Otro aconsejaba no olvidar nada. ¿Qué camino seguir? ¿El de las rocas iluminadas? ¿el del silencio resuelto? Miré a todos lados. ¿Quién me salvaría de mí misma? ¿Quién del tictac del reloj? ¿Quién de los pétalos de la margarita? ¿Quién del deber cívico? ¿Quién? De nada, ni siquiera del adiós, ni siquiera del "te quiero mucho", ni siquiera del "olvidame si podés". Ah, qué lejos huye el caballo; ah, qué lejos de mi alma se esconde entre el barro del camino y relincha, tan lejos de mi muerte, ahora a mi lado, como un maestro de baile, en el circo indiferente. ¿Por qué, si en mi corazón llevó tantos retratos, no puedo reproducirlos? ¿Por qué, si amo al hombre que tiene los grandes ojos astutos de un dibujo de Leonardo Da Vinci?

Junto a la Virgen, ¿qué prevalecerá de mí? Es difícil imaginar el próximo mundo. Este me basta. Vivo continuamente en el presente y en el futuro. El pasado se hundió en mi olvido y construye lentamente el futuro: un futuro temido, pero lleno de inventos que se pueblan de intempestivo esfuerzo. Los inventos furtivos son espléndidos; los conocí en la infancia cuando nací y abrí los ojos. Nadie me previno contra el orden y el concierto de las cosas. Pensé que todo era igual, como pienso hoy: igual los hombres, igual las predicciones, igual el temor y el coraje, el terrible amor, el denigrante amor; la quietud y la rapidez. Nada, ni un avión es rápido ni acelera el tiempo de la llegada o de la partida, o del definitivo descanso.

"No te vayas", le dije al agua. Se fue. "No te quedes", le dije a la música, y quedó. Pero nadie me oye. Y ahora existir es tan difícil como dejarse morir o dejarse, con tanta pasión, vivir.

No comprendo el mundo que me espera ni, aquel ya conocido. Tengo que crear un Dios para que me invente otra vida o me invente de nuevo, sin registrar lo que existe. No quiero ser única ni distinta, quiero desaparecer como desaparece una nube de colores brillantes cuando termina el día o se prepara para una tempestad que vencerá al mundo

y examinará la cara de los hombres con indiferencia. Si tiene un ojo más pequeño que el otro, no me llamará la atención; si su voz al hablar es más sonora que el silencio, no me enamorará. La voz es lo que prefiero de los seres humanos. Un perro que ladra no me asusta y puedo mirar un tigre hasta el fondo de su alma. Esto no quiere decir que me haya enamorado. El vulnerable amor tiene alas y vuela. Morir no es nada. Todo fin es principio de otra cosa. Nada importa, salvo esa luz inmaterial de una mirada, la voz sonora de un grito que nos llama.
Hay momentos en que mi sombra me parece más cierta y real que yo misma. Abruptamente me doy la vuelta; ella también se da la vuelta. Nunca nos encontramos. Tengo sueño. Me tiro en el piso del puente. Trataré de dormir. ¿Hace mucho que no duermo? Para dormirme aflojaré piernas, brazos, cuello, mandíbula. Me duermo. ¿Desde cuándo duermo? Vuelvo a despertarme. Hace un siglo que duermo. Tengo el pelo rizado cuando despierto. ¿Qué sucede? Mi piel cambió de color. No me atrevo a tocarme. ¿Qué cambió en mí? Tengo miedo. Antes nada me daba miedo; ahora sé que todo se repite y un miedo palpita mi corazón. Miré mis manos. La piel está oscura. Paso la lengua sobre mi piel. Tiene un sabor que nunca conocí. Me arrodillo, palpo mis ojos, los abro para ver mejor y digo: "No quiero morir". Si me acaricio, nadie me amará. Me pongo de pie.
"Te amo", dije en silencio. Mi sombra se estremeció, se puso de pie y me dijo al oído: "Quereme". "No", contesté. "Ni pienso contestar a una sombra." Cerré los ojos. Entonces sentí sobre mi cuerpo la sombra entremezclada y sentí mi corazón que latía con pasión. No podré alejarme de aquel cuerpo que era el mío, una sombra con una voz profunda que me estrechaba sin tocarme, sin mirarme, sin quererme, lejana como yo misma. "No insistas", dije. Abrí los ojos. No había nadie. La nave existía y apenas se movía bajo la luz del sol. Suspiré.
¿Dónde estará mi espejito roto? En esta nave no hay ningún espejo. Es inútil que lo busque. Miro mi piel; puedo definir el color que tiene. Es un color extraño que nunca tuve, un color oscuro, entre avellana y chocolate. Me paso la mano sobre la piel, de nuevo. Yo, que siempre fui tan blanca, me habré por fin quemado. Miré mis piernas, mis pies, de nuevo; no parecen míos. Me acuerdo de una mujer, en un cinematógrafo, que tenía este mismo color. No quiero ser negra, sin embargo traté de serlo por todos los medios; con pomadas, con tinturas y nunca pude serlo. Ahora, ¿por qué me volví negra? Canté para oír mi voz. Pensé que tendría que ser de negra, pero no lo era. Mi voz era la de siempre, más aguda tal vez, más perfecta. Abrí la boca como la abren las negras y sentí que me volvía negra. Me levanté y lloré como pueden llorar las negras. Tengo un sueño que no llego a ver,

un sueño lleno de personas. Antes no había nadie; ahora todo el mundo se me acerca y me pregunta cosas. Quiero olvidar las caras que me ofrecen. Subo por las escaleras. Llego arriba. La nave ha fondeado frente a una isla. Hay miles de personas que parecen esperarme. ¿Se agachan o se arrodillan? Dios mío, qué difícil es discernir si están arrodilladas o paradas. Salgo de la nave, casi desnuda, porque soy negra. Todos me saludan y mi sombra más que nadie, arrodillada a mis pies. Y comprendo la belleza del momento y contesto riéndome.
¡Soy reina de la selva! Nunca pensé que esto pudiera suceder. Mi piel es lisa como la piel de algunas hojas oscuras de árboles, como la piel marrón de la magnolia cuando se abre y deja ver desfallecida el color gastado de sus pétalos. Soy perfumada como las flores que se abren sin saber cuánto van a durar. Soy lo que nadie esperaba, una mujer enamorada, que la vida estrujó entre los dinteles de la muerte, con un apasionado desgano. La muerte no me busca ni me asusta. Yo sé que no existe, que no existirá nunca, porque todo renace y se transforma en otra cosa tan perfecta que nadie podrá reconocerla; ni siquiera en el renacimiento. Sólo oigo el aplauso de la gente que me aclama. Mi nave se volvió mariposa.
No contaré mis experiencias en la isla. Cuando volví a la sala de la nave, todos se precipitaron a saludarme. Yo buscaba mi cara, la expresión de mi cara, en todos los vidrios. Ahora que no la conocía, ¿en qué se había transformado? En un cuadro que recordaba de memoria, en un cúmulo de negros que bailaban bailes inexplicables, cantando entre las rocas para una negra tan negra que era casi azul, con reflejos violetas, que era yo misma, al fin libre de mí misma.

Okno, el esclavo

Mi miedo, cuando es mío, me intimida. De noche preparo mi terror futuro de la aurora, apago las luces. Estoy en mi sala de trabajo. La luz de la tarde y la luz eléctrica de las habitaciones construyen edificios complicados. Todas las partes de los edificios son diferentes. Hay uno altísimo que parece un calabozo. Hay otro, en la entrada de un teatro, profunda entrada, que no da ganas de entrar. Hay lugares más humildes, con otras proporciones, pero infinitos, con curvas y recovecos en todas partes. Todo esto, todas estas maravillas inventa la luz, apenas perceptible. Yo alzo la mirada para recobrar mi tranquilidad. El miedo perturba los sentidos y la perspectiva. Hay una hilera de ventanas hexagonales, con claridad en el centro. Ningún herraje, ningún picaporte muestra donde se pueden o se pudieran abrir las ventanas y las puertas. No hay cortinas de ninguna especie, ni

persianas. Una casa que se prolonga en su edificación moderna, con antiguos portales, extraños vitrales, marcos de mampostería con listas de oro en las esquinas, que puedo imaginar. No hay nada que imaginar. Todo esta ahí, ante los ojos y el oído que escucha.
En el primer piso, un perro grande corre o más bien descansa de sus correrías. Oigo su respiración anhelante, apenas interrumpida por segundos. Un perro se repone mejor que un hombre cuando ha corrido. Unos minutos bastan para descansar. Vuelve a repartir su respiración por los cuartos, recorre un largo trecho, casi hasta el fondo de la casa, si la casa tiene fondo, y vuelve sobre sus pasos, jadeante, y apura el ritmo de su respiración. No es un hombre. Yo diría que el perro podría morir si sigue respirando en esa forma. (Un hombre también). Sin embargo, sigue devorando el espacio con su respiración. Nadie quiere a ese perro. ¿Qué trabajos le hacen hacer?. Oigo un ruido de maderas que se entrechocan y luego algo más duro, que se deposita en el suelo. Una caja, tal vez; después otra. De nuevo la respiración del perro, que vuelve de la plaza, que ha corrido y respira sin remisión. Si yo conociera a alguien importante que ocupara un puesto en la municipalidad, le pediría que prohibiera la tenencia de animalitos, a menos que fueran feroces, pero a este pobre animal, tan suave, que ya conozco por sus pasos, ¿cómo puedenhacerlo sufrir?. Lo oigo llevando, trayendo cosas pesadas, llenas de clavos y de puntas que se le clavan en las patas, adentro de la piel. ¿Le darán agua?. En ningún momento oigo la voz plañidera de su lengua sorbiendo el agua y las gotas que caen de la pobre garganta. Escribiría un concierto de piano y violín para ilustrar el tono ardiente de la voz que pide agua después de haber corrido; pero ahora, una intermitencia en los sonidos, un grito desgarrado me hace pensar que el perro desapareció o murió. Pido a Dios que sea pura imaginación.
El ruido cambió de ritmo. Es un ruido femenino, de trapo de piso que pasa sobre la madera; apenas se oye.
¿Un ruido de perro puede compararse a un ruido vegetal? A la planta la conozco. Es una planta lujosa, del primer piso. Por las mañanas la veo porque la colocan sobre las baldosas del patio, pero no quiere estar al sol. Su manía es el tiempo. No quiere que la rieguen, no quiere el sol. Yo, en la semioscuridad del cuarto, adivino las formas que me rodean. Me ha crecido una pata. Respiro como el perro. Preferiría ser planta.
Tengo puesta una falda. ¿Seré mujer? En mi pelo tengo las hojas de la planta, con su manía del tiempo. ¿Qué quiere? Casi nada. Mirar el sol, seguir viviendo. ¿Qué es vivir? ¿Ustedes lo saben? La planta lo sabrá, pero no tiene idioma ni lengua, ¿cómo lo explicaría? El hombre adquirió una costumbre del todo inútil. Todo tiene que explicarlo; si es cierto lo

que explica, no importa; lo que importa es que lo comunique y salga, si es posible, en los diarios. Los diarios sin duda tienen gran influencia sobre el hombre. No hay hombre que no consulte el diario para saber qué tiempo hará hoy o mañana; está viendo el día, pero eso no le basta, tiene que leerlo en el diario. Entonces advierte que los informes se equivocan: si anuncian buen tiempo, empiezan a caer gotas de lluvia; si anuncian mal tiempo, el sol raja las paredes y se entreabren los zócalos de las estatuas o la canasta de flores del jardín de aclimatación, y el buen tiempo se vuelve mal tiempo, como en la vida; siempre lo contrario de lo que esperamos triunfa sobre lo que no esperábamos, o viceversa. ¿Hay algún motivo para creer lo que digo? Ningún motivo.

Dios hizo el mundo para dar felicidad. ¿Pero dónde está la felicidad? Dios la escondió con mucha gracia y sabiduría. Yo sólo puedo alabarlo por las maravillosas confusiones en que nos deja la mayor parte del tiempo. Nadie puede simplificar lo que es tan simple. Recorrerán el mundo, en busca de anestésicos o de remedios sublunares: todos están a sus pies. "No busquen", grita alguien, pero nadie escucha. De una equivocación siempre puede surgir una solución, tal vez extraña pero interesante. El hombre se alarma o se regocija inmoderadamente, como la planta que no admite el riego porque prefiere estar bajo la sombra de algún árbol, o el perro que solo se labra una extrema tranquilidad, porque tiene un solo amo y si pudiera aplaudir aplaudiría, pero nunca lo pudo hacer, salvo agitar la cola para expresar su alegría. ¿Pero quién vive de tantas nimiedades?. Yo creo que todo es muy extraño. ¿Habrá otro mundo tan raro, tan contradictorio?.

Estoy mirando la pata que me ha salido. No sé lo que sucederá cuando se encienda la verdadera luz y deje de estar en esta semioscuridad, tan llena de sorpresas, tan rica en invenciones.

"El miedo de mi miedo me da miedo." Esta frase absurda es una frase memorable, la recordaré: los ladrones presos, los criminales que no han sido descubiertos, las mujeres que aman a otro hombre, que es el engañado, los niños en la oscuridad tremenda de la noche o sobre una montaña altísima que ofrece el suicidio a cualquiera. ¿Sabrán los perros qué es el miedo? Los he visto temblar, los he oído más bien, y esta vez el perro está temblando, vuelve con su respiración terrible, de animal salvaje; en lugar de respirar con apasionada angustia, ahora tiembla. Oigo su temblor apoyado sobre las maderas del piso, oigo el suspiro impaciente de su esperanza. ¿Qué espera? ¿Nunca he sabido lo que puede esperar un hombre; cómo podría ahora saber lo que espera un perro? Un perro que no conozco, que sólo oigo por las tardes, cuando termino mi trabajo. ¿En qué trabajo, me preguntarán ustedes? Dibujo y

escribo. Escribo y dibujo. A veces un dibujo me obliga a escribir un cuento o un poema, otras veces un cuento me obliga a dibujar algo, algo que nunca pensé dibujar. A veces dibujo sin modelo, otras veces escribo un cuento sin gente. Ahora dibujaré un perro. El perro del piso de arriba de esta casa. ¿Cómo se llama? Okno. Imagino el color de su pelo: blanco en la frente, su cuerpo casi rosado, con pinceladas grises. Cuando encienda la luz eléctrica veré si el color del pelo es igual al que describo. No busco todavía los lápices, ni la carbonilla ni el pastel. Todavía no sé cómo lo pintaré o si simplemente lo dibujaré en grandes trazos oscuros cómo los primeros dibujos de mi infancia, cuando la maestra me ponía en una mano la carbonilla y en la otra la miga de pan para borrar. Muchas veces yo comía la miga de pan o borraba sin querer lo mejor del dibujo y repasaba con la carbonilla las líneas más equivocadas, que corregía echando mi cabeza para atrás, entornando los ojos, gesto que veía hacer a los pintores o a mi maestra.

Me puse de pie, encendí la luz eléctrica. La pata que me había salido estaba a mis pies, reemplazando uno de mis pies. Sin duda era una pata de perro, preciosa, con las uñas curvas, el pelo blanco y gris salía de las garras. No me asombró. El perro respiraba, su pecho se elevaba y bajaba con el movimiento espasmódico de su ansiedad. Me arrodillé a su lado, lo acaricié, le dije algo en el oído. Me miró con sumisión. Yo no quería sumisión, quería compañía y cariño. Le dije: "Quédese quieto". Busqué el lápiz y el papel y comencé a dibujar muy seriamente. Él me lamió la mano, para traerme suerte. Pero yo no sabía qué hacer de esa pata inexorable que estaba transformándome en perro. Le dije: "Transfórmame de nuevo en mujer, como en el momento en que te conocí". Me miró, pero no dijo nada. Yo comprendía. Entonces me tiré a sus pies y pensé: "¿Se dará cuenta de que soy un perro?".

Me quedé dormida en el suelo, con la cabeza apoyada sobre las baldosas del piso, tan profundamente que no sentí que habían puesto la mesa para servir la comida, y que alguien se asomó a la puerta y preguntó: "¿No hay nadie?". Y yo: "¿Nosotros somos nadie?". "No creo. Discúlpeme. Creía que sólo el perro estaba aquí. ¿Me equivoco?" "No. Qué se va a equivocar. Aquí hay perros y personas y los perros valen como las personas."

Dije el otro día que, si conociera a alguien que ocupara un puesto importante en la municipalidad, aconsejaría prohibir la tenencia de animalitos y otorgaría el permiso de tener animales salvajes. ¿Tengo o no razón? "Claro que sí", declaró una mujer a quien no conozco.

Acaricié al perro, y cuando lo acaricié sentí que su pelo era suave como el pasto que me seduce cuando llueve, y salí de mi cuarto corriendo, como si Dios me hubiera ayudado a ser perro. Yo no era la misma

persona. Me cubrí de pelos y de patas, con uñas afiladas, y mi respiración volvió a vivir con la misma pasión, y la sentí golpear dentro de mi pecho, con vehemencia. No me despedí de la sala de trabajo ni de dibujo, ni de nada, salvo de mi libertad absoluta. Es claro que era un perro. Un perro esclavo de su amo parece enamorado. Cuando está solo mira por la ventana, pero si la voz que él espera lo llama, de un salto cruza el abismo inexplicable de la ausencia y perdura.

Anotaciones

El día en que me muera caerán de mis ojos lágrimas y de mi boca palabras. Nunca se contradicen. ¿No volveré a Italia? ¿No llegaré en góndola a Venecia? ¿No oiré las campanadas de las siete y los acordes de la tarde? Las campanadas dicen: tal vez las oigas y tal vez llegues a Venecia pronto y tal vez se ilumine el cielo y tal vez el mundo se transforme abruptamente. ¿En qué? En Venecia. Iré corriendo por la plaza San Marco, por todas las edades, y no me reconoceré en ningún espejo, por mucho que me busque, y que me busquen. No seré una niña de siete años, ni una joven de quince, ni una columna de la iglesia, ni un caballo de mármol, ni una rosa de estuco, ni una muñeca de 1880, ni un cuadro de Guirlandaio ni de Rafael, y llegaré al Palazzo Ducale y lloraré; nadie sabe por qué, ni yo misma. Lloraré oyendo las voces de los gondoleros, tristes en la noche. No veré los cisnes de mi infancia nadando en un lago de San Isidro o en la costa del Río de la Plata, rodeado de sauces, ni el precioso bosque de madreselvas asesinas, que se comen los árboles.
¡La torre del reloj sin fin! No veo la hora. ¿Serán las ocho? Serán las dos menos veinte? ¿Qué hora será? Toda hora me da miedo, como me da miedo la hora en que quedó clavada, con sus agujas, la muerte dé Murena. Las ocho en un reloj que no andaba y no andaría nunca.

And let me look at you as I can look at something else someone I do not know.

Hace años, en un hotel veneciano, donde dormimos, quise correr las cortinas al despertar. Puse tanta fuerza para abrirlas, que súbitamente cayó todo el cortinado, con el sostén altísimo, de hierro. Si hubiese caído sobre mí, me hubiera asesinado, ¡un peso que nadie puede sostener! Casi muero en Venecia. La cortina era de terciopelo marrón, con flores protuberantes y por fortuna los dobleces no traían un cuchillo en la mano.

Let me stay here for ever and ever. Amen. Forgive me, I will wait for you at nine. It is so late, I can not imagine that you will be here at nine. Please, come back. I can not wait till nine today. With my eyes full of Carpaccio I imagine the rest of the world and this world full of water. If you were a sad person, as myself, I would die in your arms, if you want. I would be an assassin with blood in my hands. I would kill without knowing who or knowing what crime has committed the person I killed. Only a murder before dying. I would pray for hours and hours during all the rest_of my life looking at your pictures, the pictures of Raphaél, his portraits of children.

Arrodillada rezo. ¿Alguien, con desesperanza, rezó tanto como yo? No lo creo. El retrato de un tigre, con una mujer pálida, en el fondo del follaje, donde muero por ver un color de cielo atardecido.

I would love your gardens and your flowers and every person that loves you like I do. Every thing can take you away from me: eyes, arms, words, lies, a bench with flowers, my real self, a drink, a sad thought, history, the sea, the waves, the earth, the stars, the glass, Venice, only Venice.

No estoy aquí. Podría morir hoy mismo, no conocer a nadie ni a mí misma. ¿Qué soy? Ni siquiera una hormiga. Cuántas ventanas, nunca las contaré, porque mis ojos se pierden de tanto mirarlas. ¿En cuál aparecerás riendo o llorando o tan serio que serás otra persona? Cuántas ventanas dan a mi cielo tu luz, cuántas columnas ojivales.
Los barcos; el que prefiero tiene velas y lo vi en una nube inmensa, de la tarde; quise acercarme, se alejó; quise seguirla, desapareció. Los barcos de mi infancia aquí están. ¿Saldrán? ¿Cuándo? Cuando no piense en ellos... Si no llegas a las siete me muero, y vos llegarás sin saber que he muerto tan delicadamente que nadie lo advirtió.
Una perspectiva como un espejo sin término y sin preocupación. Te adoro, Venecia. Quiero morir de noche. De noche nada se ve, ni la muerte ni el color de los ojos, ni el color de la esperanza, ni el color del olvido. Quiero oír el canto de tus ruiseñores y que el rocío caiga como otro canto y darme entera a la tarde. Es tan fácil decir adiós, sin decirlo, mover la mano apenas y mirar para otro lado, sin apuro, y caer al suelo y desaparecer para el mundo. Madonna della Salute, mírame piadosamente. ¿Cómo es la piedad? En la comisura de los labios se arquea suavemente una línea apenas perceptible.
Por hoy solamente el gusto de los higos maduros y de las ciruelas, sin vos no existen.

¡Ah! primavera mueres con la rosa,
tu juvenil y dulce manuscrito
se cierra, el ruiseñor canta entre las ramas.
¡Ah! Cuándo y dónde de nuevo se fue.

Si no vuelvo, no te asustes. Estaré en el aire, siempre, como un recuerdo, y bajaré y subiré, y bajaré de nuevo como la espuma. Déjame mirarte, imagen de mi alma, un día llegaré a conocerte como conozco tu amor o tu mirada, tu enojo o tu gracia. Y aquí me detengo para mirarte. Qué pena tengo de no ser lo que pude ser, otros días. Redimida por lo menos una vez. Basta una vez.
Y aquí avanzo con la velocidad de una tortuga que espera, sin esperar una tormenta. ¡Sálvame con tus brazos de agua una vez! Y para siempre soñaré con vos en las largas noches de mi exilio. Y aquí en el agua me muero sin esperanzas de encontrar algo mejor que el agua, soy una exiliada. The only thing I love, A.B.C. "the rest is lies".
Y aquí me quedaré como un ángel que vive de los otros, que vive de un mundo ajeno, incomprensible. Para siempre un barco perdura, navega, llega, no llega, se acerca, así es la vida. El barco se aleja, pero yo nunca tengo más de mil remos que vuelven a llevar al punto de partida. No volveré. ¡Que no me esperen!.
No hay diferencia entre el viejo y el niño. El viejo y el niño son iguales.
Quisiera escribir un libro sobre nada.

FIN